

# El reloj de la muerte

John Dickson  
Carr



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Johannus Carver, relojero aficionado, tenía extraños huéspedes en su casa de Lincoln's Inn Fields. Al terminar la fabricación de un gran reloj de acero para la casa de campo de *sir* Edwin Pacell alguien robó las agujas. A la noche siguiente el largo y poderoso minuterero apareció clavado en el cuerpo de un desconocido. Identificado el cadáver, inmediatamente recayeron sospechas sobre cada uno de los moradores de la casa.

El doctor Fell, sagaz detective, desenreda paciente y hábilmente la madeja que lleva al descubrimiento del asesino.

**Lectulandia**

John Dickson Carr

# **El reloj de la muerte**

**Selecciones Séptimo Círculo - 31**

**Gideon Fell - 5**

ePub r1.3

Akhenaton 23.11.14

Título original: *Death Watch*  
John Dickson Carr, 1935  
Traducción: Clara de la Rosa  
Selecciones del Séptimo Círculo nº 31  
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares  
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton  
Retoque de portada: Orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## NOTA

Para que no se pueda acusar al autor de mentiroso (¡Dios no lo permita!), debo decir que el reloj de la calavera descrito en el capítulo XIII no es imaginario. Es un reloj verdadero, cuya descripción se encontrará en la inapreciable obra de F. J. BRITTEN, *Relojes antiguos y sus fabricantes*, y está ahora en una colección privada. Lleva la firma de «Moyse, Blois», pero a fin de evitar complicaciones, ha sido atribuido a un relojero que vivió en una época más reciente. No necesito agregar que se ha usado simplemente para la conveniencia del relato, sin que se intente referirse a ninguna persona verdadera, viva o muerta.

J. D. C.

## UNA PUERTA ABIERTA EN LINCOLN'S INN FIELDS

—¿Crímenes extraños? —dijo el doctor Fell al hablar del caso de los sombreros y de las ballestas y de aquel problema aún más raro de la habitación revuelta en Waterfall Manor—. En absoluto. Parecen extraños porque tratan de un hecho que aparentemente debía ser normal y no lo es. Por ejemplo —exclamó, respirando hondo para argumentar—, un ladrón se introduce en la casa de un relojero y roba las agujas de un reloj. No se lleva ni toca otra cosa: solamente las agujas, sin mayor valor, de un reloj... ¿Y entonces? ¿Qué deduciría usted si fuese el inspector encargado del caso? ¿Qué clase de crimen lo consideraría usted?

Pensé que se dejaba llevar por la fantasía, como es su costumbre cuando los vasos de cerveza están llenos y las sillas son cómodas. Repuse que lo consideraría como matar el tiempo, y esperé el bufido de protesta. Pero no lo hubo. El doctor Fell fijó la vista en su cigarro; la viva expresión de su cara rubicunda y mofletuda se puso tan pensativa como le correspondía, y frunció los ojos detrás de los lentes sostenidos por una ancha cinta negra. Volvió a resoplar, acariciándose el bigote de bandido. Luego asintió.

—¡Ha acertado! —exclamó—. Arrumpf, sí. Ha acertado exactamente —señaló con el cigarro—. Esto hizo que el asesinato fuese tan horrible..., pues hubo un asesinato, ya lo sabrá. La idea de que Boscombe pensara apretar el gatillo simplemente para matar el tiempo...

—¿Boscombe? ¿El asesino?

—Únicamente el hombre que admitió que pensaba cometer un asesinato. En cuanto al verdadero asesino... Fue un asunto muy sórdido. No me pongo nervioso —dijo el doctor Fell, y dio un profundo resoplido—. Eh, no. Estoy muy rozagante... Pero le doy mi palabra de que el maldito asunto me asustó, y creo que es el único que me ha asustado. Recuérdele que se lo cuente algún día.

No lo supe de sus labios, pues aquella noche él, su esposa y yo fuimos al teatro, cuando ya tenía decidido partir de Londres al día siguiente. Pero dudo que me hubiese relatado detalladamente la forma tan curiosa en que salvó la dignidad del CID Sin embargo, cualquiera que conozca al doctor Fell sabe que nunca le descubriría un hecho que pudiese molestarlo. Conocía finalmente la historia por el profesor Melson, que lo había acompañado en el asunto. Ocurrió en el otoño anterior al que el doctor Fell se trasladó a Londres en calidad de consejero de Scotland Yard (los motivos de este traslado se comprenderán al final del relato), y fue el último caso dirigido oficialmente por el inspector jefe David Hadley antes de jubilarse. Pero no se retiró, y es ahora el inspector general Hadley (lo que también se entenderá). Puesto

que cierta persona de importancia para esta historia ha muerto hace cuatro meses, ya no hay motivo para callarla. Van, pues, los hechos. Cuando Melson terminó de contar la historia, comprendí por qué él, sin ser persona nerviosa, conservará siempre aversión por las claraboyas y la pintura dorada; por qué el móvil fue tan diabólico; y el arma, tan original; por qué Hadley dice que todo el asunto podría llamarse «El caso del guante volador»; y por qué, en resumen, muchos de nosotros consideraremos siempre el problema de la esfera del reloj como uno de los mejores casos del doctor Fell.

Ocurrió en la noche del cuatro de septiembre, como lo recuerda Melson, porque una semana después debí regresar y dar comienzo, el quince, al período de otoño. Estaba cansado. No son vacaciones las que uno pasa obsesionado por la idea de tener que «publicar algo» con el fin de mantener su posición académica. *Compendio de la historia del obispo Burnet, realizado y anotado por Walter S. Melson, Ph. D.* le había ocupado mucho tiempo y, aunque disentía violentamente del viejo charlatán, ni siquiera el frecuente placer de pescarlo en una mentira podía estimularle ahora. Pero, sin embargo, sonrió ante la compañía del viejo amigo, que iba renqueando a su lado: su sombrero de copa, su gran corpulencia y la capa negra que hacía volar el viento se destacaban contra las luces de los faroles; fogosamente discutiendo como de costumbre, golpeaba sus dos bastones, a modo de énfasis, sobre el pavimento de la calle desierta.

Venían caminando por Holborn en una noche fresca y ventosa: eran cerca de las doce. Bloomsbury estaba inesperadamente lleno, y el mejor alojamiento que Melson pudo encontrar fue una cama en un cuarto piso, en Lincoln's Inn Fields. Regresaba tarde del teatro; el doctor Fell, hechizado por los encantos de Miss Miriam Hopkins, había querido ver la película dos veces. Además, el doctor había insistido en no regresar a casa sin antes hojear un diccionario de escritura latina medieval que Melson había descubierto aquella tarde en Foyle's.

—¿No pretenderá decir que quiere meterse en la cama a esta hora? —protestó—. ¿Eh? Hombre, es desalentador. Si yo fuese tan joven y activo como usted...

—Tengo cuarenta y dos años —repuso Melson.

—El hombre de más de treinta años que hace alguna mención de su edad empieza a enmohecerse —dijo vehementemente el doctor Fell—. Le estoy observando —parpadeó detrás de los lentes— ¿y qué parece usted? Parece un descuidado Sherlock Holmes. ¿Dónde está su sentido de la aventura y su impaciente curiosidad humana?

—*Great Turnstile* —dijo Melson al ver la señal conocida—. Aquí, a la derecha. Iba a hablarle de su impaciente curiosidad humana —continuó al tomar la pipa y golpearla contra la palma de la mano—. ¿Algún nuevo caso criminal?

El doctor Fell refunfuñó.

—A lo mejor. Todavía no sé. Puede resultar algo de aquel asesinato del detective

de los almacenes, pero lo dudo.

—¿Qué ocurrió?

—Anoche cené con Hadley, pero no parecía conocer los detalles. Dijo que no había leído el informe; ha encargado de ello a un inspector. El asunto empezó con una serie de raterías en los grandes almacenes, obra de una mujer que no pueden identificar...

—Las raterías no son muy...

—Sí, lo sé. Pero parece que hay algo endiabladamente extraño en estos robos. Y el resultado ha sido malo. ¡Maldita sea! ¡Melson, esto me preocupa! —resopló por un momento, y los lentes se le cayeron sobre la nariz—. Sucedió hace una semana en Cambridge. ¿Usted no lee los diarios? Se realizaba una venta especial, o algo por el estilo, en el departamento de joyería, y estaba lleno de gente. Llegó un detective, un individuo inofensivo, vestido con su acostumbrado traje de calle y pelo engominado, y de pronto agarra a uno por el brazo; gran alboroto, se arremolina la gente, gritos, y las joyas de una bandeja se desparraman por el suelo; luego, en medio de la batahola, y antes de que nadie comprenda lo que ha ocurrido, el detective cae. Chillidos. Alguien observa sangre debajo de él, lo da vuelta y descubre que le han abierto el vientre con un cuchillo. Murió poco después.

Hacía un frío desagradable y húmedo en el angosto callejón llamado Great Turnstile. Las pisadas sonaban sobre las baldosas, en medio de las filas de comercios cerrados. Los letreros chirriaban, y algún débil destello de la luz de gas iluminaba las letras doradas. De pronto, algo en la escueta conversación, o los ruidos nocturnos que resonaban bajo el murmullo de Londres, hizo que Melson mirara por encima del hombro.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Quiere usted decirme que alguien cometió un asesinato sólo para evitar ser atrapado por unas raterías?

—Sí. *Y de esta manera*, muchacho. ¡Umf! Le dije que era desagradable. Ningún indicio, nada, excepto que era una mujer. Cinco docenas de personas la vieron, y todas las descripciones fueron diferentes. Ella desapareció; es todo. Esto es lo peor. Ninguna base para poder empezar.

—¿Se llevaron algo de valor?

—Un reloj. Estaba en una bandeja de curiosidades de la exposición; son modelos expuestos para mostrar el progreso de la fabricación de relojes, desde Peter Hele en adelante —un timbre extraño sonó en la voz del doctor Fell—. Este..., Melson, ¿cuál es el número de la casa de Lincoln's Inn Fields donde usted para?

Melson se detuvo, sin motivo aparente, para encender la pipa, y también como si hubiese sentido una llamada en el hombro, a causa de un recuerdo que le perturbaba y le asustaba. Raspó un fósforo en la parte esmerilada de la caja. Aquel recuerdo lo provocó, quizá, la expresión en los ojitos vivos del doctor Fell, que le miraban sin pestañear mientras encendía el fósforo; o quizá la campana de un reloj que procedía del lado de Lincoln's Inn Fields y que en sordina empezó a dar las doce. Para la

mente imaginativa de Melson había algo de fantasmal en la gran figura del doctor, cubierta con su capa; en la cinta de sus lentes que la brisa agitaba. Fell le observaba en aquella estrecha callejuela. El reloj que daba las horas..., superstición... Apagó el fósforo. Las pisadas continuaron resonando en la oscuridad.

—El número quince —respondió—. ¿Por qué?

—Escuche. Usted debe de vivir en la casa vecina a la de un hombre que me interesa bastante. Tipo extraño, dicho sea de paso; su nombre es Carver. Es un relojero, y muy famoso, Arrumf, sí. A propósito, ¿entiende usted algo de la fabricación de relojes? Es un tema que fascina. Carver prestó a los almacenes varios de sus relojes menos importantes..., uno de los suyos fue el reloj robado; creo que también había algunos del Guildhall Museum. Yo pensaba...

—¡Charlatán infame! —exclamó Melson, y sonrió con sarcasmo, hecho que produjo una amplia sonrisa en la cara de luna del doctor Fell—. ¿No quería ver el diccionario? En realidad —vaciló— lo había olvidado..., pero algo extraño ha ocurrido hoy aquí.

—¿Qué hubo de extraño?

Melson miró a lo lejos, a lo largo de las paredes oscuras, hasta donde los faroles de la calle iluminaban el verde pálido de los árboles de Lincoln's Inn Fields.

—Una broma —respondió lentamente—. Una broma. No puse mayor atención. Ocurrió esta mañana. Todavía no eran las nueve cuando salí, fumando, a dar un paseo después del desayuno. Todas estas casas tienen una escalinata, con un pequeño pórtico bajo un par de columnas blancas y un banco a cada lado. Había poca gente en los alrededores; un policía venía, de nuestro lado, por la calle. Yo estaba sentado y me sentía holgazán..., miraba distraído hacia la puerta de la casa vecina. Me interesaba porque el relojero tiene en la puerta una chapa que dice «Johannus Carver». Me intrigaba que, en esta época, alguien tuviese el descaro de convertir su nombre en «Johannus».

—¿Y entonces?

—... Y aquí es donde empieza lo extraño —dijo Melson, intrigado—. De repente, se abrió la puerta y salió una anciana, de expresión dura, que bajó a prisa las escaleras y corrió en busca del policía. Primero me pareció que quería enviar a varios chicuelos de la vecindad al reformatorio; tenía una agitación del demonio y gritaba. Detrás de ella salió una mujer joven, casi una niña, una rubia bonita...

(Muy bonita, reflexionó; el sol brillaba sobre su pelo y no estaba completamente vestida).

—Por cierto que no correspondía quedarme sentado en el pórtico, embobado con ella; pero fingí no escuchar y me quedé sentado. Por lo que pude comprender, la mujer de expresión dura era el ama de llaves de Johannus Carver. Johannus Carver se había pasado semanas enteras fabricando un gran reloj para la torre de la casa de campo del señor Fulano de Tal, y éste no era su trabajo habitual, sólo lo hacía para complacer al señor Fulano de Tal, que era su amigo personal...; así hablaba ella. Y el

reloj quedó terminado la noche anterior, Johannus lo pintó y lo dejó en el cuarto del fondo para que se secara. Luego alguien se metió dentro, dañó el reloj y le robó las agujas. ¿Le parece una broma?

—No me gusta —dijo el doctor Fell después de una pausa—, no me gusta —meneó uno de los bastones—. ¿Qué hizo la autoridad?

—Pareció bastante confundida y tomó muchas anotaciones, pero no ocurrió gran cosa. La joven trataba de calmar a la vieja. Le dijo que probablemente no era nada más que una travesura, bastante mala, sin embargo, porque el reloj estaba estropeado. Después entraron. Yo no vi a Johannus.

—Umf. ¿La joven pertenece a la familia de Johannus?

—Lo supongo.

El doctor Fell refunfuñó.

—Maldición, Melson. Desearía haber interrogado más minuciosamente a Hadley. ¿Vive alguien más en la casa? ¿No lo ha observado usted?

—No he prestado atención, pero es una casa grande y parece que viven varias personas. También he visto en la puerta la chapa de un abogado. ¿Cree que tendrá alguna relación con...?

Llegaron a Lincoln's Inn Fields por el lado norte. La plaza parecía más amplia que a la luz del día, las fachadas de las casas tranquilas y oscuras, sólo unas pocas filtraciones de luz asomaban detrás de las cortinas cerradas, y hasta los árboles parecían un bosque ordenado. La luna estaba acuosa; y su luz, tan débil como los faroles de la calle.

—Doblemos a la derecha —dijo Melson—. Allí está el Sloane Museum. Dos casas más allá... —pasó la mano por la superficie húmeda de la verja de hierro y levantó la vista hacia las casas chatas—. Aquí vivo yo. La puerta siguiente es la casa de Johannus. No veo bien de qué nos puede servir permanecer parados mirando la casa...

—No estoy tan seguro —dijo el doctor Fell—. La puerta de la calle está abierta.

Ambos se detuvieron. Estas palabras sobresaltaron a Melson, sobre todo al ver que en el número dieciséis no había luces. La luna y el farol de la calle lo iluminaban en una bruma, como un dibujo esfumado. Era una casa pesada, alta y angosta, de ladrillos rojos que parecían casi negros; los marcos de las ventanas estaban pintados de blanco, y una escalinata subía hasta las dos columnas redondas de piedra que sostenían el techo del pórtico, casi tan pequeño como la tapa de un reloj. La puerta estaba abierta de par en par; a Melson le pareció que rechinaba.

—¿Qué cree usted...? —preguntó con un suspiro que subía de tono. Calló al ver una sombra más oscura de alguien que estaba observando desde detrás de un árbol la fachada de la casa. La casa ya no estaba silenciosa; se oía una voz quejarse y llorar y fragmentos incomprensibles de palabras que parecían acusadoras. Luego la sombra se apartó y, con una sacudida de alivio, Melson vio que cruzaba la calle la silueta del casco de un policía; oyó sus pasos firmes y vio el resplandor de una linterna que

apuntaba hacia adelante cuando el policía subía los escalones del número dieciséis.

## LA MUERTE EN EL RELOJ

**E**l doctor Fell resoplaba cuando cruzó la calle; levantó un bastón y le tocó el brazo al policía. La luz le alumbró.

—¿Ocurre algo? —preguntó el doctor Fell—. ¿No puede quitar esa luz de mis ojos?

—¡Vamos, vamos! —refunfuñó el policía, evasivo y vagamente incomodado—. ¡Vamos, señor...!

—Entonces manténgala en mis ojos por un segundo. ¿Qué ocurre, Pierce? ¿No me reconoce? Yo sí le reconozco. Usted estaba de servicio en la Comisaría. Eh. ¡Hum! Usted estaba de guardia en el despacho de Hadley...

El policía, confundido, presumió que la presencia del doctor Fell era intencional, y dijo:

—Yo no sé, señor, pero venga.

Después de hacer una seña a un displicente Melson, el doctor Fell siguió a Pierce por la escalera.

Una vez que se pasaba la puerta, el zaguán no estaba completamente a oscuras. Al fondo había un tramo de escalera, y un reflejo de luz caía desde el piso superior. La voz quejumbrosa calló, como si quedase a la espera. Desde alguna parte a su izquierda, detrás de una puerta cerrada, Melson oyó lo que al principio tomó por un susurro nervioso e insistente antes de identificarlo como el tic-tac confuso de muchos relojes. Al mismo tiempo, desde el piso de arriba, la voz de una mujer chilló:

—¿Quién anda ahí? —un movimiento y un susurro; luego la voz gritó—: No puedo pasar por encima de él. Le digo que no puedo pasar por encima de él. Está cubierto de sangre —y sollozó.

Las palabras provocaron una áspera exclamación de Pierce antes de que se adelantara corriendo. La luz de la linterna le precedía por la escalera, y sus dos acompañantes le seguían de cerca. Era una escalera severa, con baranda pesada, cubierta con una alfombra floreada y varillas de bronce, símbolo de los sólidos hogares ingleses, donde no llega ninguna violencia, y que no crujía al subirla. Arriba y al frente, en el vestíbulo del piso superior, estaba abierta una puerta doble. La débil luz venía de más allá, de un cuarto donde dos personas miraban asustadas hacia el umbral y una tercera persona estaba sentada en un sillón, con la cabeza entre las manos.

Atravesado en el umbral se veía tendido un hombre, en parte sobre el costado derecho y en parte de espaldas. La luz amarillenta lo dejaba ver bien, formando juego de sombras sobre los músculos de la cara y de las manos que todavía se crispaban.

Los párpados se movían, dejando ver el blanco de los ojos. La boca estaba abierta, la espalda parecía arquearse por el dolor; Melson podía haber jurado que sus uñas hacían ruido al arañar la alfombra, pero debían de ser reflejos nerviosos después de la muerte, pues la sangre ya había dejado de correr desde la boca. Finalmente, los talones dieron una última sacudida y golpearon contra el suelo; los párpados quedaron abiertos.

Melson se sintió descompuesto, dio un paso atrás y casi perdió pie en la escalera. Agregado al espectáculo del hombre muerto, el insignificante resbalón acabó de ponerle nervioso.

Una de las personas que estaban en la puerta era la mujer que había gritado. Melson sólo podía verle la silueta y el reflejo de su pelo rubio. Ella se precipitó junto al hombre muerto, perdiendo una chinela, que fue a caer grotescamente al suelo, y tomó al policía del brazo.

—Está muerto —dijo la mujer—. Mírele —la voz brotó histérica—. ¿Y? ¿No lo va a arrestar? —señaló al hombre parado en la puerta, quien miraba tontamente hacia abajo—. Él le disparó. Mire el revólver que tiene aún en la mano.

El otro se recobró y se dio cuenta de que, con el dedo en el gatillo, sostenía una pistola automática, cuyo cañón parecía largo y pesado. Casi la dejó caer al meterla dentro del bolsillo cuando el policía se adelantó; luego se volvió y salió; todos pudieron ver que la cabeza le temblaba con un terrible movimiento como el de un parálítico. Visto a la luz, era un hombrecito limpio y ordenado, bien afeitado, con lentes cuya cadena de oro pendía de la oreja y se sacudía con su temblor; tenía mentón puntiagudo que comúnmente habría demostrado resolución lo mismo que su boca afilada, cejas oscuras y tupidas, nariz larga y pelo castaño peinado a la *pompadour*. Pero ahora la cara estaba arrugada y relajada, con lo que podría ser terror, cobardía o puro susto; se volvió grotesca cuando intentó asumir un aspecto de dignidad —¿sería el abogado de la familia?— al levantar una mano con ademán reprobador, y aun alcanzó una parodia de sonrisa.

—Mi querida Eleanor —dijo, con un temblor en la garganta...

—Apártele de mí —pidió la joven—. ¿No lo va a arrestar? Mató a este hombre. ¿No ve su revólver?

Una voz sorda, sensata y casi afable resonó en medio del histerismo. El doctor Fell, con el sombrero de copa en la mano y el abundante mechón desparramado sobre la frente, la dominaba benévolamente con su altura.

—Arrumf —dijo el doctor Fell, rascándose la nariz—. ¿Está segura de eso? ¿Cómo fue el disparo? Nosotros estábamos fuera de la casa y no oímos ningún disparo.

—Pero ¿no lo vio, cuando lo tenía en la mano? Tiene un silenciador en el cañón...

La muchacha se volvió rápidamente cuando el policía, que había estado inclinado sobre el cuerpo, se enderezó impasible y se aproximó al hombrecito azorado que se

hallaba en la puerta.

—Bueno, señor —dijo, sin inmutarse—. Esa pistola. Entréguela.

El otro dejó caer las manos a cada lado. Habló rápidamente.

—Usted no puede hacer esto, oficial. No debe hacerlo. Ayúdame, Dios; nada he tenido que ver en el asunto —los brazos le temblaban nerviosamente.

—Tranquilícese, señor, y deme esa pistola. Tranquilícese; se va a enganchar la mano...; por favor, démela por la culata. Sí. ¿Cuál es su nombre?

—Es r... realmente un gran error. Calvin Boscombe. Yo...

—¿Y quién es este hombre muerto?

—No lo sé.

—¡Vamos! —exclamó Pierce, dando un golpe de fastidio con la libreta de apuntes.

—Le digo que no lo sé —Boscombe se enderezó; cruzó los brazos y se quedó atrás, contra el borde de la puerta, como a la defensiva. Llevaba puesta una *robe de chambre* de lana negra, cuyo cordón anudado formaba un moño. Pierce se volvió lentamente hacia la joven.

—¿Quién es, señorita?

—Yo..., yo tampoco lo sé. Nunca le he visto.

Melson la miró. La muchacha estaba ahora de pie, de cara a la luz; comparó la impresión que había tenido aquella mañana, cuando la joven había salido corriendo a la calle, con esta Eleanor (¿Carver?), vista de cerca. Edad, digamos unos veintisiete o veintiocho años. Decididamente bonita, al estilo de las películas cinematográficas, que es, no obstante, el mejor. De mediana estatura y delgada, con una lozanía inclinada hacia la sensualidad física que se reflejaba también en los ojos, en la nariz y en el labio superior ligeramente arqueado. Algo en su aspecto, a la vez enigmático y evidente, llamó tanto la atención de Melson, que pasaron varios minutos antes de que comprendiese lo que era. Posiblemente la habían sacado de la cama, pues su largo pelo estaba despeinado; usaba un pijama rojo y negro sobre el cual llevaba puesta una chaqueta de chófer polvorienta, de cuero azul, con el cuello levantado; una chinela perdida aparecía tirada no lejos del hombre muerto. Pero tenía colorete recién renovado en las mejillas y rouge en los labios, que contrastaban con su palidez. Los ojos celestes demostraron temor cuando miró a Pierce y se cerró mejor la chaqueta.

—¡Le digo que no le he visto nunca! —gritó—. ¡No me mire así! —de pronto su mirada reflejó intriga—. El... parece un vagabundo, ¿no? Y no sé cómo pudo entrar, a menos que él —señaló a Boscombe— le haya hecho entrar. La puerta queda cerrada, y con cadena, todas las noches.

Pierce refunfuñó e hizo una anotación.

—¡Hum! Está bien. ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Eleanor... —titubeó—. Es decir, Eleanor Carver.

—¡Vamos, señorita, por favor! ¿No está segura de su propio nombre?

—Oh, bueno. ¿Por qué es tan exigente? —preguntó ella, quisquillosa, y luego

cambió de tono—. Lo lamento mucho, pero estoy impresionada. En realidad, mi nombre es Eleanor Smith, pero Mr. Carver es algo así como mi tutor y quiere que yo use su nombre...

—¿Y usted dice que este señor disparó...?

—Oh, no sé lo que dije.

—Gracias, Eleanor —dijo Boscombe, de pronto, y algo suplicante. Su pecho chato se levantó—. ¿Quieren ustedes..., todos ustedes..., entrar, por favor, a mi cuarto y sentarse y cerrar la puerta detrás de eso tan horrible?

—Todavía no puede ser, señor. Ahora, señorita —continuó el policía, con impaciente exasperación—, ¿quiere decirnos qué ocurrió?

—Pero ¡no lo sé! Yo dormía, eso es todo. Duermo en la planta baja, al fondo. Allí es donde mi tutor tiene su taller. Bueno, una corriente de aire abría y cerraba mi puerta. Quería saber cuál era la causa y me levanté a cerrarla; me asomé y vi que la puerta de la calle estaba abierta de par en par. Esto me asustó un poco. Salí y entonces vi esta luz arriba y oí voces. Le oí a él —señaló a Boscombe; en su mirada se notaba la fuerte impresión y más terror del que parecía explicable, y también algo de malicia. La muchacha respiró hondo—. Le oí decir: «¡Dios mío!, está muerto...».

—Si me permite explicar... —intervino Boscombe, desesperado.

El doctor Fell pestañeó, molesto, y pensó hablar, pero Eleanor continuó:

—Estaba terriblemente asustada. Subí la escalera..., no se oyen los pasos sobre la alfombra..., y me asomé. Le vi parado allí, en la puerta, agachado sobre él, y a aquel otro hombre, de pie, al fondo del cuarto, con la cara dada la vuelta.

Cuando le señaló notaron por primera vez la presencia de una tercera persona que observaba al muerto. Este hombre había estado sentado en la habitación de Boscombe, junto a una mesa que tenía una lámpara con pantalla, apoyando un codo sobre la mesa y frotándose la frente con los dedos. Como si tuviese gran tranquilidad, se adelantó, con las manos en los bolsillos. Era un hombre corpulento, con orejas salientes, cuyo rostro permanecía en la sombra; hizo varios saludos a nadie en particular y sin mirar hacia el cadáver.

—Y esto es todo cuanto sé —declaró Eleanor Carver—, salvo que él —fijó la vista en el hombre muerto—, al venir aquí, pretendió... asustar...; digo, parece un vagabundo, ¿no?; pensándolo bien, si estuviese lavado y con buena ropa, podría parecer un...

Desvió su mirada del cuerpo hacia Boscombe. Pero se contuvo, mientras ellos examinaban lo que había en el suelo. Cuando Melson observó los detalles personales del asesino, en el cuadro mental, le pareció que, aun con vida, no habría sido nada agradable. Su traje andrajoso, de un color indeterminado a causa del uso y cerrado con imperdibles que dejaban libres los brazos y las piernas, estaba cubierto de una grasa que parecía jabón frío. El desconocido tendría unos cincuenta años, era a la vez flaco e hinchado. Resaltaba el botón de bronce de la camisa en el pescuezo rojo y arrugado como el de un pavo: los dientes negros y cariados y la barba de tres días.

Sin embargo (por lo menos muerto), no parecía totalmente un vagabundo. Al pensar en esto, mientras trataba de descifrar el parecido, Melson notó el único detalle incongruente: el hombre tenía puestos unos zapatos blancos de tenis que estaban casi nuevos.

De pronto, Pierce se volvió hacia Boscombe.

—Este cadáver —dijo— ¿es acaso pariente suyo, señor?

Boscombe pareció sorprenderse, y hasta se disgustó.

—¡Santo Dios, no! ¿Pariente mío? ¿De dónde diablos ha sacado usted esta idea? —vaciló, molesto, y Melson vio que la idea conmovía a Mr. Calvin Boscombe casi tanto como si sospechase que fuera el asesino—. ¡Oficial, este asunto se está haciendo grotesco! Le digo que yo no sé quién es. ¿Quiere saber qué ocurrió? ¡Pues nada! Es decir, para ser preciso, mi amigo y yo —señaló al hombre corpulento que permanecía inmóvil— estábamos conversando en mi living-room y tomando un último trago. Cuando él recogía su sombrero para retirarse...

—Un momento, señor —la libreta de apuntes entró en funciones—. ¿Su nombre?

—Peter Stanley —repuso el hombre corpulento. Habló con voz gruesa y apagada, como si algún recuerdo extraño le cruzara por la mente—. Peter E. Stanley... —puso los ojos en blanco como si repitiera una lección en la que hubiese un deje de ironía—. De 211 Valley Edge Road, Hampstead. Yo..., este..., no vivo aquí y tampoco conozco al muerto.

—Continúe, señor.

Boscombe miró a los demás con cierto nerviosismo antes de continuar:

—Le repito, estábamos simplemente sentados como..., como dos ciudadanos observantes de la ley —algo de incongruente y absurdo en sus palabras llamó la atención aun del propio Boscombe, quien consiguió esbozar una sonrisa—. Es decir, estábamos sentados aquí. Esta puerta doble se hallaba cerrada. La pistola, que ustedes parecen encontrar sospechosa, nada tiene de particular. No hice fuego con ella. Le mostraba a Mr. Stanley cómo es un silenciador Grott. Él nunca lo había visto...

Stanley se echó a reír sin poder evitarlo. Se llevó una mano al pecho, pues la risa parecía golpearle como una bala al herirle. Inclinandose hacia un lado, apoyado en el marco de la puerta con una mano gruesa y musculosa, los observó con una cara cadavérica cuya pesada gordura y color macilento daban el efecto de una máscara de barro, resquebrajada por un sofocado regocijo que resonaba terriblemente cuando tragaba y pestañeaba.

Eleanor se apartó gritando.

—Lo lamento, viejo —exclamó Stanley, con un rugido que se perdió en un estremecimiento al golpear a Boscombe en la espalda—. L... lo l... lamento, oficial. A todos pido disculpas. Es endiabladamente gracioso. ¡Oh, oh! Pero es la pura verdad. Él *me* lo mostraba.

Se secó grotescamente los ojos. Pierce dio un paso hacia adelante, pero el doctor Fell le puso la mano sobre el brazo.

—Calma —dijo el doctor, con serenidad—. ¿Y entonces, Mr. Boscombe?

—Yo no sé quién es usted, señor —repuso Boscombe, con el mismo tono sereno—, ni sé por qué está aquí, pero parece ser ese raro fenómeno que es un hombre sensato. Repito que Mr. Stanley y yo estábamos sentados aquí examinando la pistola, cuando..., sin ningún aviso..., se oyó un golpe y un rasguño en esta puerta —puso la mano sobre una de las hojas de la puerta, la retiró rápidamente y bajó la vista—. Este hombre la abrió de repente, se resbaló y cayó de espaldas, como usted lo ve ahora. Le juro que es absolutamente todo cuanto sé de ello. No sé qué está haciendo aquí, ni cómo entró. Nosotros no le hemos tocado.

—Así es —asintió el doctor Fell—, pero ustedes debieron haberle hecho —después de una pausa, miró a Pierce y, con un bastón, le indicó el cuerpo—. Usted ha mirado el revólver y probablemente habrá visto que no se ha hecho fuego con él. Ahora dele la vuelta.

—No puedo hacerlo, señor —dijo Pierce—. Tengo que telefonar a la Comisaría para que venga el forense antes de que podamos...

—Dele la vuelta —dijo el doctor Fell, bruscamente—, yo me hago responsable.

Pierce metió la pistola y la libreta de apuntes dentro del bolsillo, y se agachó cuidadosamente y le dio la vuelta. Los nudillos de la mano izquierda del muerto golpearon la alfombra; las rodillas y el mentón se desplomaron al darse la vuelta. El oficial retrocedió, limpiándose las manos.

Justamente encima de la primera vértebra sobresalía un trozo de metal cuyo extremo, seguramente delgado y afilado, había tomado evidentemente una dirección oblicua hasta el pecho, atravesando la garganta. No era un cuchillo cualquiera. Lo que se veía, en medio de la sangre, era un trozo de acero delgado, pintado de dorado, como de cuatro centímetros de ancho en el extremo y perforado por un curioso rectángulo en forma de tuerca.

Eleanor Carver gritó.

—Sí —dijo el doctor Fell—. Alguien le alcanzó por detrás antes de que llegase arriba. Y esa cosa... —siguió la indicación del dedo de la joven—; sí. Mucho me sorprendería si no fuese el minuterero de un reloj. De un gran reloj con marco de acero, para el aire libre, para una torre, digamos como el que Carver estaba fabricando para el señor Fulano de Tal.

## LA VENTANA ROTA

—Fijese —continuó el doctor Fell, disculpándose—, creo que esto va a resultar más diabólico de lo que parecía. Y por mucho que deteste los trámites oficiales, me temo que tendré que hacerme cargo hasta que llegue Hadley.

Stanley, que aparentando estar medio dormido se refregaba una manga contra los ojos, se volvió. El rostro triste tenía surcos alrededor de la boca.

—¿Usted? —protestó, y se enderezó—. ¿Usted se hará cargo? ¿Y qué diablos sabe usted de esto, amigo?

—¡Ya sé! —refunfuñó el doctor Fell, con aire inspirado—. ¡Por fin lo sé! Es este tono especial de su voz. Estaba meditando sobre usted, Mr. Stanley. ¡Hum!, sí. A propósito.

Mr. Boscombe, ¿tiene usted teléfono? Bien..., Pierce, ¿quiere entrar y telefonar a interior veintisiete? Sé que usted tiene que enviar su informe a la Comisaría del Distrito; pero primero hable con Scotland Yard. Comuníquese con el inspector jefe Hadley. Sé que todavía está allí porque hoy trabaja hasta tarde. Vendrá con el forense, aunque sólo sea para discutir conmigo. No se preocupe si lo manda al diablo. ¡Umf! ¡Espere un momento! Pregunte a Hadley quién se ocupa del caso de los almacenes Cambridge, y dígame, a quien sea, que también venga. Creo que encontrará algo interesante... ¿Miss Carver?

La muchacha había retrocedido algunos pasos hacia la escalera, quedando en la sombra, y se refregaba la cara con el pañuelo. Cuando guardó el pañuelo dentro del bolsillo y subió a reunirse con ellos, Melson observó que el reciente maquillaje había desaparecido, revelando una palidez más intensa; sus ojos celestes se pusieron oscuros cuando ella miró a Boscombe, pero estaba completamente serena.

—No los he abandonado —repuso—. ¿No creen que es mejor que despierte a la tía y a J.?..., mi tutor —se apoyó fuertemente en la barandilla de la escalera y agregó—: No sé cómo se ha enterado usted, pero eso es la aguja del reloj. ¿No puede echar algo sobre él? Esto es peor que mirarlo a la cara —dijo estremeciéndose.

Boscombe aceptó rápidamente la idea, atravesó la puerta y regresó con una manta polvorienta. A una señal del doctor Fell, la echó sobre el cuerpo.

—¿Qué significa esto? —gritó de pronto la joven—. ¿Lo sabe usted? No lo sabe, ¿no es cierto? Supongo que el pobre hombre sería un ladrón.

—Usted sabe que no lo era —dijo suavemente el doctor Fell. Apoyado en sus bastones, miró hacia el zaguán y luego al rostro pálido de Boscombe y a un Stanley muy vencido, pero no los instó a que hablaran—. Creo adivinar qué hacía aquí. Y espero estar equivocado.

—Alguien de fuera —dijo entre dientes Stanley, hablando en un monólogo con el rincón de la puerta— subió los escalones detrás de él y...

—No necesariamente de fuera. Miss Carver, ¿podemos encender alguna luz?

Fue Boscombe quien se movió y apretó el interruptor junto a la puerta. Una araña en el techo iluminó el espacioso pasillo superior, de unos dieciocho metros de largo por seis de ancho, completamente alfombrado con el mismo dibujo de flores rojizas. La escalera, de unos dos metros y medio de ancho, corría a lo largo de la pared de la derecha. En la pared de enfrente, mirando hacia la calle, había dos ventanas largas con cortinajes marrones cuidadosamente corridos. En la pared de la derecha, entre estas ventanas y la escalera, había dos puertas, y al lado del descansillo, casi contra el ángulo de la pared del fondo, había otra puerta más, ésta cerrada, vecina de la puerta doble que conducía a los cuartos de Boscombe. En la pared de la izquierda había otras tres puertas, todas cerradas. Estaban todas pintadas de blanco, como el sencillo artesonado de las paredes y el cielo raso blanqueado de castaño claro. El único adorno, entre las dos ventanas, era un reloj con una caja larga de madera, cuya esfera tenía una sola aguja (objeto bastante feo para el gusto de Melson). El doctor Fell parpadeó distraído, mirando hacia el vestíbulo y resoplando para sus adentros.

—Eh —dijo—. Sí, por supuesto. Una casa grande. Admirable. ¿Cuántas personas viven aquí, Miss Carver?

La muchacha, como descuidadamente, recogió la chinela perdida antes de que Boscombe pudiese tomarla.

—Bueno... J. es el propietario, por supuesto. Está J. y la tía... Mrs. Steffins en realidad no es mi tía. Después están Mr. Boscombe, Mr. Paull, Mrs. Gorson, que generalmente cuida de la casa; Mr. Paull ha salido —su fino labio superior se curvó ligeramente—. Después, por supuesto, está nuestro abogado...

—¿Quién es él?

—Es una ella —repuso Eleanor, y miró con indiferencia hacia abajo—. No quiero decir que sea nuestro, comprende usted, pero nos sentimos orgullosos de ella.

—Es una mujer muy brillante —declaró Boscombe, con alguna autoridad.

—Sí. L. M. Handreth. ¿No ha visto abajo la chapa con su nombre? La L es por Lucía. Y le contaré un secreto —en el nerviosismo contra el que luchaba, un rayo de malicia asomó en sus ojos celestes—. La M es por Mitzi. Es asombroso que siga dormida con todo este bochinche: ocupa un lado entero de la planta baja.

—Es asombroso que todos estén dormidos —convino el doctor Fell, con complaciente afabilidad—. Me parece que tendremos que hacerles levantar pronto, si no mi amigo Hadley sacará siniestras deducciones por el mero hecho de que estas personas tienen la conciencia limpia. ¡Hum!, sí..., ¿dónde duermen todas estas personas, Miss Carver?

—Le he dicho que Lucía ocupa un lado de la planta baja —señaló con la mano hacia la izquierda—. Al frente, los dos cuartos que dan a la calle son los correspondientes al comercio de J. ¿Sabe usted que fabrica relojes? Hay una sala

detrás de ellos, luego el cuarto de la tía y el mío al fondo. Mrs. Gorson y la criada están en el sótano. Aquí arriba...

»Aquella puerta a la derecha conduce al dormitorio de J. La que sigue da a un cuarto para los trastos; trabaja allí cuando hace frío, pero generalmente lo hace en un triángulo junto al patio del fondo porque a veces hay ruido. Del otro lado del vestíbulo están los cuartos de Mr. Paull; le dije que él está fuera. Eso es todo.

—Sí, sí, comprendo. Un momento; casi lo olvidaba —dijo el doctor Fell, mirando otra vez en derredor. Señaló la puerta al final de la escalera, en la misma pared y próxima al ángulo de la pared del fondo—. ¿Y aquella puerta? ¿Otro cuarto de trastos?

—¡Oh! ¿Aquella? Aquella conduce únicamente a la azotea; quiero decir —explicó rápidamente—, a un pasaje y a otra puerta, y por varios escalones a un pequeño desván; después viene la azotea... —el doctor Fell dio descuidadamente un paso adelante, y la muchacha, sonriendo, se volvió dándole la espalda—. Está con llave. Quiero decir que siempre la tenemos cerrada con llave.

—¿Eh? Oh, no hablaba de eso —dijo al girar y mirar hacia abajo con aire vago—. Se trataba de otra cosa. ¿Quiere indicarme, por simple fórmula, en qué punto de la escalera estaba usted cuando se asomó y vio a nuestro difunto visitante tendido, arriba, en el suelo? Gracias. ¿Quiere usted apagar esas luces centrales, Mr. Boscombe? Sí, el tiempo necesario, Miss Carver. Usted estaba abajo, en el sexto... en el quinto... ¿está segura?, en el quinto escalón, a contar desde arriba, mirando como lo hace ahora, ¿eh?

Melson sintió que otra vez la inquietud los rodeaba, a causa de la débil luz amarillenta que provenía del living-room de Boscombe. Atisbó la ancha escalera, siguiendo la mirada del rostro pálido de la joven que, con las manos apretadas, se había detenido en un escalón. En la oscuridad del vestíbulo, contra la luz del farol de la calle que penetraba por una angosta ventana a un lado de la puerta, se esbozaban sus hombros y su cabeza. La sombra tembló al inclinarse el doctor Fell hacia adelante.

Detrás se oyó un grito tan brusco que la hizo tropezar.

—¿Qué diablos significan todas estas tonterías? —preguntó Stanley y salió al vestíbulo. El doctor Fell se volvió lentamente para mirarlo. Melson no podía ver la cara del doctor, pero tanto Stanley como Boscombe se detuvieron.

—¿Quién de ustedes movió la hoja derecha de esta puerta? —preguntó el doctor Fell.

—Yo..., ¿cuál? —preguntó Boscombe.

—Esta —avanzó pesadamente y tocó, justamente detrás de la cabeza del muerto, la hoja de la puerta, que estaba abierta hasta casi tocar la pared interior. Al moverla, una ancha franja de sombra cayó sobre el cuerpo oculto por la manta—. Ha sido movida, ¿no? ¿Estaba así cuando descubrió el cuerpo?

—Bueno, yo no la toqué —dijo Stanley—. Yo no estaba cerca del viejo..., no me

acerqué para nada. Pregúntele a Boscombe si me acerqué.

Boscombe se acomodó los lentes.

—Yo la moví, señor —respondió con cierta dignidad—. Usted me disculpará, pero no sabía que estaba haciendo algo malo. La moví para obtener más luz del cuarto.

—Usted no hizo nada malo, por supuesto —convino amablemente el doctor Fell, y rió entre dientes—. Ahora, si no se opone, aceptaremos su hospitalidad, Mr. Boscombe, y pasaremos a su cuarto para formular otras preguntas. Miss Carver, ¿quiere despertar a su tutor y a su tía y decirles que se pongan a nuestra disposición?

Cuando Boscombe, solícitamente, los hizo entrar, disculpándose por un desorden que no existía en el cuarto y como si no hubiese ningún hombre muerto atravesado en el umbral, Melson se sintió aún más intrigado y perturbado. Intrigado porque Boscombe no parecía de esos hombres que se interesan por los silenciadores de pistola. Hombre astuto, este Boscombe; probablemente astuto empedernido, bajo un aspecto suave y pedante —si las paredes del cuarto servían de indicación— y con un modo de hablar de mayordomo en una comedia de salón. Muchas personas nerviosas y afectadas hablaban así, lo cual era otra indicación. Muy atildado, con su pijama y *robe de chambre* negros y gruesas zapatillas forradas de lana; ¿qué diablos indicaba? Parecía un cruce de Jeeves y de Soames Forsyte.

Y Melson se sentía perturbado porque comprendía que estos dos hombres ocultaban lo que sabían. Podía haberlo jurado; se palpaba en la atmósfera de la habitación tanto como en la hospitalidad de Mr. Peter Stanley. Aumentó aún más su intranquilidad al mirar a Stanley a plena luz. Stanley no se mostraba simplemente hostil, sino que estaba enfermo y lo había estado mucho antes de esta noche. Hombre de contextura grande, los nervios de las sienas temblaban como alambres en tensión, y movía su mandíbula pesada y floja como si máscara. Sus ropas holgadas eran buenas, pero raídas en las mangas; y la corbata estaba floja debajo de un cuello alto y anticuado. Se sentó en una silla Morris a un lado de la mesa y extrajo un cigarrillo.

—¿Bien? —siguió con la mirada de sus ojos congestionados al doctor Fell cuando éste paseó lentamente la vista alrededor del cuarto—. Sí, la habitación parece suficientemente confortable... para un asesinato. ¿Le dice a usted algo?

Por el momento nada le decía a Melson. Era un cuarto grande, de techo alto, con un ligero declive y abierto por una claraboya. Todo el techo, menos una parte de la claraboya, que tenía dos vidrios abiertos para ventilación, estaba protegido por una cortina de terciopelo negro sostenida por rieles de acero. Las dos ventanas al fondo también tenían cortinajes. En la pared de la izquierda había una puerta que aparentemente conducía al dormitorio. El resto de la pared lo ocupaban estanterías con libros, hasta la altura del hombro; encima colgaban, irregularmente, una serie de grabados que Melson observó con sorpresa que eran buenas copias de originales de Hogarth. Se notaban ciertas anormalidades en el orden de esta habitación, en donde algunas cosas hubiesen podido pasar inadvertidas. La mesa redonda del centro tenía

ubicada una lámpara de estudio exactamente en medio; a un lado había un reloj de arena, y del otro, una caja antigua de bronce en cuyo dibujo de filigrana se entrelazaban curiosas cruces verdosas. A la izquierda de la mesa había un gran sillón tapizado, una especie de trono con grandes brazos y respaldo alto, colocado frente a la silla en la cual estaba sentado Stanley. Aunque en el cuarto se sentía un olor a humo de tabaco, Melson observó el hecho curioso de que todos los ceniceros estaban perfectamente limpios y no había vasos a la vista, a pesar del despliegue de botellas y vasos sobre el aparador...

Melson reflexionó que en el ambiente había algo de falso, ¿o sería simplemente un tonto con excesiva sutileza? Proveniente del dormitorio oía la voz de Pierce, quizá al teléfono. Al mirar en derredor volvieron a reflejarse las extrañas cruces verdosas sobre el bronce descolorido de la caja. Contra la pared de la puerta por donde habían entrado, y desplegado como para formar un recinto separado, había un biombo gigantesco de varias hojas, de cuero español repujado. Las hojas, adornadas con tachones de bronce, eran alternadamente negras con dibujos dorados de llamas, y amarillas con cruces rojas.

Un vago recuerdo se agitó en la mente de Melson: la palabra *sambenito*<sup>[1]</sup>. Pero ¿qué es un *sambenito*<sup>[2]</sup>? Este biombo interesaba al doctor Fell. Los segundos pasaban, y el molesto silencio aumentaba, mientras el doctor Fell observaba el biombo con curiosidad. Oían su respiración asmática y sentían una inexplicable corriente de aire que agitaba el cortinaje de la ventana. El doctor Fell avanzó, empujó el biombo con su bastón y miró detrás...

—Disculpe, señor —dijo Boscombe, con voz chillona, y dio un paso adelante para aflojar la tensión—, pero usted debe de tener asuntos más importantes que...

—¿Qué? —instó el doctor Fell, frunciendo el ceño.

—... que mis enseres culinarios. Esto es un hornillo para gas, donde a veces preparo el desayuno. Me parece una cosa fea...

—¡Hum!, sí, Mr. Boscombe, parece usted muy descuidado. Ha derramado una lata de café y la leche por todo el suelo —se volvió e hizo un ademán al dar Boscombe involuntariamente un paso adelante en un ímpetu de preocupación doméstica—. No, no, por favor, no se ocupe de esto ahora. ¿Nos entenderemos si digo que no es ahora el momento de lamentarse por la leche derramada? ¿Eh?

—No lo entiendo.

—Y hay tiza sobre la alfombra —refunfuñó el doctor Fell, señalando de pronto hacia el sillón del trono—. ¿Por qué hay señales de tiza sobre la alfombra? Señores, esto me preocupa; este asunto no tiene ningún sentido.

Boscombe se sentó como si temiera que el doctor Fell le ocupase la silla. Cruzó los delgados brazos, miró al doctor, burlón, y le dijo:

—Quiquiera que sea, usted, señor, y sea cual fuere su posición oficial, estoy preparado para responder a sus preguntas. Confieso que preveo..., ¡hum!..., algo desagradable. Esto es bastante informal. No alcanzo a comprender por qué no tiene

sentido que yo derrame una jarra de leche, ni que en la alfombra haya un trozo de tiza rota. ¿Ve usted aquel objeto chato detrás del canapé? Es una mesa de billar plegable... No deseo apremiarle, señor, pero ¿puede usted decirme lo que quiere saber?

—Dispense, señor —dijo Pierce, desde la puerta del dormitorio, con aspecto impasible, pero perturbado al dirigirse al doctor Fell—. Creo que hay algunas preguntas que usted puede formularles, si no está fuera de lugar que yo se lo indique.

Boscombe se enderezó.

—Entré aquí para telefonar —continuó Pierce a prisa (cuadrándose como si ya luciera orgullosamente los galones de sargento)— antes de que este señor viniese a buscar la manta. En este canapé, señor..., había cosas sobre ese canapé. Él las empujó para esconderlas. Así.

Al levantarse Boscombe muy a prisa, Pierce se le adelantó, llegó hasta el canapé y buscó detrás. Sacó un par de zapatos muy usados, con las punteras y suelas gastadas, los cordones anudados sobre los pocos ojales que quedaban y embadurnados con barro todavía blando. Dentro de un zapato se habían metido un par de guantes de algodón sucios.

—He pensado que es mejor que se lo diga, señor —insistió, haciendo balancear los zapatos—. Estos guantes... están cortados por los nudillos y tienen pequeños fragmentos de vidrio pegados a ellos. Y esta ventana —se movió hacia la ventana, cuyo cortinaje se mecía por la corriente—. La miré primero porque..., bueno, señor, pensé que podría haber alguien escondido detrás de este cortinaje. No había nadie escondido. *Pero* hay pedacitos de vidrio debajo de ella. Levanté el cortinaje así... — la ventana no estaba cerrada del todo, y uno de los cristales estaba hecho pedazos justamente debajo del pestillo. Aun a cierta distancia, se veían manchas de barro sobre el antepecho blanco—. ¿Eh, señor? —requirió Pierce—. ¿No es más adecuado que el muerto llevase puestos estos botines, en lugar de los zapatos blancos que tiene ahora? Sería conveniente que le preguntase usted a estos hombres si no entró por la ventana... Especialmente porque fuera hay un árbol por el que un niño dormido podría trepar. ¿Qué tal?

Después de una larga pausa, Melson se volvió. Stanley rió otra vez terriblemente, golpeando las manos contra el respaldo de la silla.

## EL MUERTO ATRAVESADO EN EL UMBRAL

—Mi amigo está enfermo —observó Boscombe, sin mayor alharaca. A pesar de la inescrutabilidad de su rostro agudo y seco, no pudo controlar la expresión de los ojos, que demostraban haber perdido los cinco sentidos, no por la complicidad, sino por algo inesperado.

Melson pensó que esto lo empeoraba. Un hombre que pasa por alto un cristal roto y manchas de barro en el antepecho no es un criminal que comete un desliz: debe estar loco del todo.

—Mi amigo está enfermo —repitió Boscombe, aclarándose la garganta—. Permítame traerle un poco de coñac... Reanímese —dijo, de repente.

—¡Por Dios! ¿Me está usted disculpando? —preguntó Stanley, y sofocó una risa—. ¿Enfermo, yo? Y por supuesto que puedo cuidarme solo. Vea, me parece que voy a largar todo —sonrió—. Hadley estará aquí dentro de un momento y podrá apreciarlo... Robert, muchacho —le dijo al policía con una baladronada que no soportaron sus párpados crispados—, malditos seáis... tú y todos tus compañeros..., estáis todos podridos..., todos sois unos puercos... —al alzar la voz se ahogó—. ¿Sabe usted quién soy yo? ¿Sabe usted con quién está hablando?

—Estaba pensando —dijo el doctor Fell— cuánto tiempo pasaría sin que usted lo dijese. Si recuerdo bien, usted ha sido inspector jefe de la Sección de Investigaciones Criminales.

Stanley miró lentamente en derredor.

—Retirado con honor.

—Pero, señor —protestó el policía—, ¿no va usted a interrogarlos?

El doctor Fell no pareció escuchar.

—¡Árbol! —rugió de pronto—. ¡Árbol! ¡Señor! ¡Por Cristo! ¡Por mi viejo sombrero! Por supuesto. Esto es terrible. Dígame... —calló y se dirigió a Pierce—. Muchacho —continuó con benevolencia—, ha hecho usted un buen trabajo. Ya los interrogaré. Pero ahora tengo que hacerle un encargo —tomó su libreta de apuntes y un lápiz y garabateó rápidamente mientras hablaba—. A propósito, ¿consiguió hablar por teléfono con Hadley?

—Sí, señor. Viene en seguida.

—¿Y el que se ocupa del caso de los almacenes?

—Sí, señor. Dijo Mr. Hadley que es el inspector Ames. Dijo que lo traería si daba con él.

—Bien. Tome esto —el doctor Fell arrancó la hoja de la libreta— y no haga preguntas. Serán un paso para su promoción. Márchese ahora —miró a Stanley con

ojos sombríos, mientras Boscombe le traía medio vaso de coñac—. Señores, no quiero apremiarlos ahora, pero mi amigo el inspector jefe no andará con rodeos cuando encuentre esos zapatos. ¿No creen que es necesaria una explicación? Y si yo fuese usted, no bebería ese coñac.

—Váyase al diablo —gritó Stanley, y vació el vaso de un trago.

—Calma —dijo el doctor Fell—. Es mejor que vaya al cuarto de baño. No me agrada este inminente... Eso es —esperó a que Boscombe ayudara a Stanley, tambaleante, a llegar hasta la puerta. Boscombe, refregándose las manos, volvió tan poco tranquilo como su compañero—. Ese hombre —continuó el doctor Fell— está muy cerca de un ataque nervioso. ¿Y si usted me dijese... qué ha ocurrido aquí esta noche?

—¿Y si usted lo demostrase por sí mismo? —repuso Boscombe, con un fugaz destello de perversidad. Se acercó lentamente al aparador, quitó el tapón a un botellón y se volvió—. Le daré un indicio. No quiero que ese loco me estrangule cuando descubra que yo trataba de gastar una broma... Admito, si usted quiere, que este cristal roto es un hecho curioso...

—Bastante. Podría llevarle a usted a la horca.

La mano de Boscombe se crispó.

—Esto es una tontería. Un extraño, un ladrón trepa por esta ventana. Nosotros lo apuñalamos con la aguja de un reloj; nos tomamos el trabajo de ponerle un par de zapatos nuevos y le arrojamos al otro lado de la puerta. Realmente es éste un procedimiento extraño, ¿no es así? ¿Por qué lo hacemos? Contra los ladrones se hace fuego.

—Me parece recordar que usted tenía una pistola.

—Por lo que sé —dijo Boscombe, meditativo, y ladeó la cabeza— nada hay de ilegal en romper y en poseer zapatos viejos. Los zapatos son míos. Yo rompí el cristal. Por qué lo hice, no viene al caso. Yo rompí el cristal.

—Lo sé —dijo el doctor Fell con calma.

Melson pensó: ¿estarán todos locos? Primero al doctor y luego al hombrecillo, que de pronto se perturbó con estas palabras más que con las cosas que se habían dicho antes. El doctor Fell alzó la voz.

—Quiero saber también los porqués de muchas otras cosas. Quiero saber por qué Stanley estaba escondido detrás de aquel biombo y por qué usted estaba sentado en el sillón cuando esta noche Mr. X subió la escalera. Quiero saber por qué usted preparó los guantes y los zapatos; por qué limpió tan cuidadosamente los ceniceros y lavó los vasos. Quiero saber quién era la persona que Eleanor Carver tuvo miedo que fuese el herido cuando vio a Mr. X tendido en el umbral de la puerta... En resumen —dijo el doctor Fell, con un movimiento instintivo de la mano y una extraña mirada de soslayo hacia el biombo español—, quiero saber la verdad. Y en esta casa, donde todo está desbarajustado, es una pregunta tortuosa. Eh... eh... eh... eh. No me sorprendería nada descubrir a alguien que camina por el techo. En realidad, parece literalmente

verdad que ha...

—¿Cómo?

—... que alguien ha caminado por el techo —dijo el doctor Fell—. ¿Hablo claro? No. Veo que no. Oh, maldición —añadió afablemente—, permítanle a este viejo que sea un poco charlatán... Buenas noches, señor. ¿Es usted Mr. Johannus Carver?

Melson se volvió. No había oído acercarse a nadie; la alfombra mullida hacía que toda aparición fuese sorprendente y perturbadora. El hombre que estaba en el umbral no se parecía al Johannus Carver que Melson se había imaginado. Había pensado que sería bajo, con aspecto de abuelo y desarreglado. Johannus era musculoso, de más de un metro ochenta de altura, aunque como se agachaba perdía gran parte de su estatura. Cuando ellos le vieron, estaba contemplando el cuerpo cubierto con la manta y se refregaba con la manga en una expresión, no tanto de horror, cuanto de inquietud y de perplejidad, como si estuviera mirando el dedo de una criatura. Tenía el cráneo abovedado, con un tupido rastrojo de ese pelo que parece rubio aun cuando es canoso, un par de apacibles ojos celestes fruncidos por las arrugas y una mandíbula fuerte, una boca irresoluta y un pescuezo arrugado. Usaba un pijama a rayas, con el extremo de los pantalones arremangado dentro de unos botines anticuados con elásticos en los costados.

—Está... —dijo y pareció buscar en su memoria una palabra evasiva—, está... ¡Santo Dios! ¿No hay duda de que está...?

—Bien muerto —dijo el doctor Fell—. ¿Miss Carver le ha dicho cómo ocurrió? Bien. ¿Quiere usted levantar la punta de la manta y decir si le conoce?

Carver dejó caer rápidamente la manta.

—Sí, sí. Por supuesto. Quiero decir, no; no le conozco. Espere un momento, sin embargo... —con un esfuerzo volvió a levantar la manta—. Sí, es aquel hombre, o creo que es. No soy muy bueno para recordar las caras —frunció vagamente el ceño al mismo tiempo que paseaba la vista por la habitación. Se palmeó la mejilla con sus dedos cuadrados y afilados—. No sé su nombre, pero le he visto en las tabernas, por supuesto. Andaba por las tabernas de la vecindad mendigando bebidas. A mí me gustan mucho las tabernas. Este..., Mrs. Steffins no lo aprueba —Carver se animó—. Pero usted comprende, algo hay que hacer —declaró con cierta firmeza, y echó otro vistazo—. ¡Así es, así es! Eleanor me dijo que fue apuñalado con la aguja del reloj de Paull. Pero ¿por qué? Sé que no ha tomado ninguno de mi colección. En cuanto Eleanor me despertó miré las alarmas contra ladrones. Todas están intactas. ¡Ah! Sí. ¿Entonces?

Interrumpió para toser, y abrió grandes ojos.

—¡Espere un momento! ¡Boscombe! ¿Tiene usted aquel Maurer bien guardado?

Boscombe palmeó la caja de bronce que estaba sobre la mesa.

—Sí. Aquí está, sano y salvo. Este..., Carver, ¿tiene usted el placer de conocer a nuestro investigador? Confieso que me gustaría que le conociese. Hemos tenido una conversación muy interesante.

Carver volvió a animarse.

—¡Pero hombre, si es el doctor Fell! El doctor Gideon Fell. ¿Cómo está usted, señor? Eleanor lo reconoció por un retrato del diario. ¿No recuerda el comentario de su libro sobre lo sobrenatural en la novela inglesa? Usted no estaba de acuerdo en algunos puntos... —otra vez las ideas de Carver se perdían, y tuvo que hacer un esfuerzo para poder reunirías—. Muéstrole el Maurer, Boscombe. Le va a interesar.

Boscombe era demasiado reservado para hablar otra vez, ahora que se había escondido dentro de su cascarón, pero parpadeó.

—Esto..., esto es desafortunado —dijo con un espasmo en la garganta—. Le pido disculpas, señor. No tenía idea... ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Un coñac?

—Eh —dijo el doctor Fell—, eh, eh, eh. Permítanme presentarle al profesor Melson, que tiene la ingrata tarea de editar *Gilbert Burnet*. ¿Un coñac? Bueno, no me opongo. Pero, por favor, no le ponga *nux vómica* adentro.

—¿*Nux vómica*?

—¿No fue eso? —preguntó el doctor Fell, afablemente—. Le vi a usted ponerlo dentro de la bebida de Stanley. Pensé si un gusto depravado por los *cocktails* podía llegar tan lejos.

—Me doy cuenta que usted ve todo —dijo Boscombe, con frialdad—. Sí, pensé que sería mejor si Stanley..., éste..., desapareciese por un rato. ¿Un coñac, Mr. Melson?

Este sacudió la cabeza; le era muy desagradable el contraste entre las dos personas, el relojero de maneras suaves, y el otro hombre también de maneras suaves, y la actitud de ambos frente a la muerte.

—Gracias —dijo—. Otra vez será —trató de forzar una sonrisa—. No creo que mis costumbres ancestrales sean muy fuertes, pero nunca podré acostumbrarme a beber en un velatorio.

—¿Le molesta, entonces? Y, sin embargo, ¿por qué? —preguntó Boscombe, arqueando ligeramente el labio superior—. Por ejemplo, considere mi propio caso. El doctor Fell me asegura que estoy en una posición muy mala. Y, sin embargo...

Carver interrumpió, con una voz gruesa que de pronto se aproximó al temor.

—¿Piensa sinceramente que alguien en esta casa está bajo sospecha de haber matado a este..., a este pobre diablo?

—No era un pobre diablo —dijo el doctor Fell—. No era un vagabundo y no era un ladrón. ¿Le ha mirado las manos? Entró tranquilamente, y con zapatos que no harían ruido, pero no para robar. Lo esperaban. Por eso le dejaron la puerta de la calle sin llave y sin cadena.

—Le digo que eso no es posible —declaró Carver—. ¿La puerta de la calle? No. Tengo un recuerdo preciso de haber echado la llave y la cadena yo mismo a esa puerta antes de irme a la cama...

El doctor Fell asintió.

—Sí. Ahora pasemos al interrogatorio. ¿Generalmente le echa la llave de noche?

—No. Lo hace Mrs. Gordon. Pero el jueves es su noche de salida. Por lo general cierra a las once y treinta, pero..., este... Evidentemente no los jueves. Va a visitar a unos amigos, creo que en un *suburbio* —explicó Carver, vacilando como si se refiriese a alguna lejana guarida misteriosa—. Y cuando regresa, bastante tarde, entra por la puerta del patio del fondo. Sí, eché la llave a la puerta, como bien lo recuerdo, porque Mrs. Steffins dijo que estaba cansada y deseaba acostarse temprano y me pidió que cerrara.

—Y usted cerró la puerta... ¿cuándo?

—A las diez. Lo recuerdo porque grité: «¿Están todos en casa?». Y también recuerdo haber visto la luz de Miss Handreth y que Mr. Boscombe subió la escalera temprano; yo sabía que Eleanor estaba en casa y que Mr. Paull estaba fuera.

El doctor Fell gruñó.

—Pero usted dice que la casa comúnmente queda cerrada a las once y media. ¿Qué pasa si alguno regresa después de esa hora? ¿No hay llaves de la puerta de la calle?

—¿Llaves de la puerta de la calle? No. Mrs. Steffins dice que siempre se pierden y las encuentran personas deshonestas. Además —se palmeó ligeramente la frente, y los ojos apacibles mostraron un fulgor de picardía—, ella tiene la impresión de que toda clase de vicios sobrevienen cuando se entrega una llave de la puerta de la calle. «El arma del diablo» la llama ella. Esto causa gran diversión a Miss Handreth. Miss Handreth se muda al final del trimestre... ¿Cómo hacen? Oh, sí. Si las personas se retrasan, tocan el timbre. Tenemos una serie de timbres en la puerta, y Mrs. Gordon se levanta y abre la puerta. Es muy sencillo.

—Muy sencillo —dijo el doctor Fell—. ¿Entonces usted no sabía que Mr. Stanley estaba esta noche dentro de la casa cuando cerró la puerta?

Carver frunció el ceño y luego miró hacia Boscombe.

—¡Esto es extraño! Había olvidado completamente al pobre Stanley. Debe de haber llegado tarde... ¡Sí! ¿No recuerda usted, Boscombe? Subí y golpeé su puerta y le pedí algo para leer en la cama. Usted estaba sentado, leyendo y fumando, y aquí no había nadie más. Usted me mostró unos polvos para dormir y dijo que los iba a tomar y a meterse en la cama inmediatamente. ¡Ah! —exclamó Carver, respirando con alivio, y señaló hacia el doctor Fell con el pulgar—. Ahí tiene usted la explicación, mi estimado señor. Por supuesto que Stanley llegó tarde y tocó el timbre de Boscombe..., pero si es tan sencillo como el diablo... Boscombe bajó para hacerlo entrar, olvidó de volver a cerrar la puerta, y este ladrón se introdujo en el cuarto... ¿Eh? ¿Eh?

Pareció que el doctor Fell iba a hacer un comentario que haría volar el techo, pero controló su soplado, miró a Boscombe y dijo con acritud:

—¿Y entonces?

—Es absolutamente cierto —confirmó Boscombe, con compostura—. Lamento que se me fuese de la mente, ja, ja —la tímida malicia volvió a brillar—. Un olvido

imperdonable, pero exacto. Yo no esperaba a Stanley. Cuando llegó, la puerta de la calle quedó, por desgracia, entornada...

Calló al oír, nítidamente en la quietud de la noche, el zumbido de un automóvil y el chillido de los frenos. Se oyeron voces y pisadas que subían la escalera de la fachada. Por un breve tiempo, que pareció muy largo en aquel cuarto silencioso y frío, el doctor Fell observó a Boscombe y luego a Carver. Nada dijo; puso sobre la mesa una copa de coñac que no había probado, saludó lentamente y salió del cuarto.

Llegaron toda clase de ruidos desde el vestíbulo de abajo, que Melson, al seguir detrás del doctor Fell, vio que estaba muy iluminado. Un grupo de gente vestida de oscuro se destacaba contra el artesonado blanco, y entre los trípodes de los fotógrafos y las maletas verdes de los hombres de las impresiones digitales se hallaba el inspector jefe David Hadley, el sombrero echado hacia atrás y tratando de mordisquearse la punta del recortado bigote gris, como lo haría un brigadier fastidiado.

Melson había conocido a Hadley y le agradaba. El doctor Fell siempre decía que prefería discutir con Hadley mejor que con cualquier otro, porque en diversos puntos cada uno suplía el sentido común que al otro le faltaba. Disentían violentamente en todo lo que a cada uno le gustaba, y se entendían únicamente en lo que les desagradaba, lo que es la base de la amistad. Hadley tenía las maneras y el porte de un brigadier, pero con un lenguaje más controlado, y trataba de cumplir con su deber, a veces penosamente, como lo hacía ahora.

Muy cerca, una mujer hablaba vehementemente en voz baja y rápida. Aquella mañana Melson no había visto bien a la Mrs. Steffins de espíritu vigoroso, y su memoria andaba otra vez errada. La mujer era un contraste: baja y corpulenta. Sin embargo (por lo menos a la luz artificial), su cara pequeña tenía la delicada belleza de una porcelana de Dresden. Los ojos violáceos y los hermosos dientes blancos (los mostraba mucho) eran como los de una joven. Solamente en sus momentos de enojo o de agitación se notaba la aspereza de su cutis debajo del maquillaje, la tenue arruga profunda que señalaba cada mejilla y la carne que se aflojaba. El pelo parecía más castaño. Había terminado de vestirse y, según Melson, ahora estaba bien vestida y no como por la mañana. Sentía que la mujer podía ser terrible, pero no llegaría al terrorismo hasta que hubiese agotado su encanto.

—... Sí, ciertamente, señora. Sí, comprendo muy bien —dijo Hadley, haciendo un ligero ademán como si una mosca le molestara. Se asomó por la escalera con bastante fastidio—. ¿Dónde se ha metido ese gran canalla? ¡Betts! ¡Vaya a ver si lo encuentra...!

El doctor Fell refunfuñó una bienvenida desde la escalera, saludando con un bastón. Mrs. Steffins calló en medio de una sonrisa mecánica, aquella sonrisa que hacía mover su cabeza de lado a lado para resaltar su fuerte voz.

—Y yo sé algo... —insistió la mujer— de la mayor importancia... —Hadley distraídamente se levantó el sombrero, volvió a colocárselo y avanzó. Detrás de él

venía la pequeña figura vacilante y displicente del doctor Watson, el forense. Hadley miró con mala cara al doctor Fell.

—Muy bien, mi excelente charlatán —dijo, con un movimiento de la mandíbula—. Oh, buenas noches, profesor Melson. No sé por qué le ha metido a usted en esto, pero me imagino que debe de ser una endiablada empresa quimérica. Veamos, ¿qué le hace pensar a usted que la puñalada de un ladrón en Lincoln's Inn Fields esté ligada con Jane la Destripadora?

—¿Jane la Destripadora?

—Habladurías de los diarios —dijo Hadley, irritado—. De todos modos, es más fácil que decir la-mujer-desconocida-que-abrió-la-barriga-del-detective-en-Gambridge.

—Estoy más preocupado de lo que jamás creo haber estado —repuso el doctor Fell—. Y necesito conocer varios hechos. ¿Trajo usted al hombre que se ocupa del caso...? ¿Cómo se llama?... ¿Inspector Ames?

—No, no pude hallarle. Está de servicio. Pero tengo su último informe. Todavía no lo he leído; lo tengo aquí en mi cartera. ¿Dónde está el cuerpo?

El doctor Fell exhaló un profundo suspiro e indicó el camino por la escalera. Subió lentamente, golpeando los barrotes con un bastón. Arriba, Carver y Boscombe estaban de pie en la puerta; pero Hadley sólo les echó un vistazo. Poniéndose un par de guantes, apoyó la cartera contra la pared y con la otra mano levantó la manta que tapaba el cadáver. Algo prodigioso y misterioso en la actitud del doctor Fell hizo que a Melson se le pusiera la carne de gallina durante el instante de silencio que se hizo mientras Hadley se inclinaba...

Hadley refunfuñó algo, vivamente, desde el fondo de su garganta, y dio un empujón a la puerta para obtener más luz.

—¡Watson! —gritó—. ¡Watson!

Cuando volvió a enderezarse, en su cara no se movía un músculo; estaba inmóvil de rabia y de odio.

—No —dijo—, no he traído a Ames —con un dedo tieso señaló a la persona que estaba debajo de la manta y añadió—: Este es Ames.

## DOS PERSONAS EN LA AZOTEA

**E**n los archivos del CID hay una tarjeta que dice:

Ames, George Finley, inspector detective, grado superior, nacido en Bermondsey E., 10 de marzo de 1879. Agente de la División K, 1900. Ascendido a sargento, División K, 1906. Traslado a División D, no uniformado, 1914. Ascendido a inspector detective de la Oficina Central A, por el caso Hope-Hastings, mencionado por el juez Gale en la reorganización de 1919.

Estatura 1 metro 75 cm. Peso 70 kilos. Ninguna seña particular. Aptitudes: experto en disfraces, seguir pistas y obtener informes. Mención especial por su habilidad para disfrazarse. Paciente, discreto, educado por sus propios esfuerzos.

Al final de la tarjeta se ha escrito en tinta roja: Muerto en cumplimiento del deber, 4 de marzo de 1932.

Esta es la información más completa que pueda obtenerse del inspector detective George Finley Ames. En el caso de la aguja del reloj, la figura menos destacada fue la de la víctima. Su nombre pudo haber sido Smith, Jones o Robinson; pudo no haber sido un ser humano que goza con un vaso de ginebra y es feliz en su hogar; pudo tener o no quienes le odiaran como George Ames, pero fue asesinado por otro motivo.

Aunque su período de servicio fue tan largo como el de Hadley, éste le conocía poco. Hadley dijo que a pesar de sus años, Ames tenía todavía muchas ambiciones y le gustaba hablar de las vacaciones que se tomaría en Suiza cuando obtuviera su próximo descanso. Pero no tenía la pasta de los que llegan muy lejos; se le estimaba en Scotland Yard, pero no era especialmente inteligente y sí demasiado confiado. Tenía el talento intuitivo del animal, como un bulldog cuya tenacidad en una ruda batida en Limehouse le supuso el ascenso en la época en que Limehouse era realmente un barrio peligroso; a pesar de que su estatura era la mínima aceptada, pudo ingresar en la policía metropolitana. Pero era confiado, y murió.

Por cierto, que nada de esto dijo Hadley al mirar el cadáver de Ames. No hizo comentarios y ni siquiera profirió maldiciones. Solamente dijo por lo bajo al doctor Watson que continuara con la tarea silenciosa que debía cumplirse, luego recogió su cartera y se encaminó lentamente hacia la escalera.

—La rutina de costumbre —dijo a sus acompañantes—. Ustedes probablemente reconocerán quién es, pero no lo comenten. Volveré a subir cuando ustedes lo hayan retirado. Entretanto... —hizo una seña al doctor Fell y a Melson.

Mrs. Steffins, en el vestíbulo de abajo, estiraba el cuello de lado a lado para espiar arriba. Con un brazo extendido retenía a Eleanor, que estaba malhumorada; le sonreía maquinalmente por encima del hombro para causar efecto en los presentes, pero

cuando vio la cara de Hadley, las arrugas asomaron a través de su belleza de porcelana y formuló una observación tonta y descabellada.

—Muy mal —dijo el inspector bruscamente. Su expresión decía que no quería ser molestado por tontos en ese preciso momento—. Debo pedirle alguna ayuda. Puede haber tarea para toda la noche. Pienso revisar dentro de un instante el cuarto de arriba. Por ahora quiero un cuarto, en cualquier parte, donde pueda hablar con mis amigos.

—Bueno, por cierto —convino Mrs. Steffins, con alguna vehemencia pero en su expresión se notaba un cálculo y como si pensara en sacar partido de la situación—. Y nos sentimos muy honrados de tener al doctor Fell en nuestra casa, a pesar de que eso sea tan horrible... y todo lo demás. ¿No es así? Eleanor, querida, estoy pensando... en nuestra salita, pero Johannus es tan desordenado y está tan repleta con sus ruedas, sus obras y todas sus cosas... Está también el cuarto delantero de Miss Handreth, su oficina, usted sabe que es abogado, y esto le convendrá seguramente a usted, siempre que a ella no le importe; lo que por cierto será así...

En medio de su charla, sin tomar aliento, y antes de que ellos supiesen lo que pensaba, la mujer fue a prisa a golpear la segunda puerta del lado izquierdo.

—¡Miss Handreth! —llamó en forma amable, golpeando con los nudillos y luego afinando el oído—: ¡Querida Lucía!

La puerta se abrió instantáneamente, tan rápido que Mrs. Steffins casi perdió el equilibrio. El cuarto estaba a oscuras. En el umbral apareció una mujer que no podría ser mayor (si no era más joven) que Eleanor. El pelo oscuro le caía sobre los hombros, y los echó hacia atrás al mirar a todos con frialdad.

—Este... ¡oh! —exclamó Mrs. Steffins—. Discúlpeme, Lucía, pensaba si estaría usted despierta...

—Usted sabía perfectamente que estaba despierta —dijo la otra. Habló con voz clara, como si todos fuesen hostiles y desafiándoles por colocarla en una posición molesta. Los ojos castaños brillaban por debajo de sus largas pestañas semientornadas. Miró a Hadley mientras se cerraba la *robe de chambre* azul—. Presumo que habrá un médico. Por favor, llámele. Hay un hombre que puede estar muy mal herido.

—¡Lucía! —gritó Mrs. Steffins en el mismo tono, y luego, con expresión enteramente distinta, miró a Eleanor por encima del hombro, arqueando una ceja en señal de triunfo.

Lucía Handreth también miró a Eleanor.

—Lo siento —le dijo con calma—, le habría ocultado, pero está herido, y ellos acabarían por descubrirle. Es Donald.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Mrs. Steffins—. ¿Y está ocupándose usted de Donald, querida?

Sus ah..., ah... triunfantes eran una parodia y gorgoteaban extrañamente al menear la cabeza y frotarse las manos. Eleanor, muy pálida, la miró. Lucía respiró

hondo y, con un esfuerzo, agregó:

—Parece haber sufrido una mala caída..., haberse golpeado en la cabeza..., y no puedo reanimarle. Le oí quejarse en el patio del fondo y que se arrastraba. Yo le traje hasta dentro porque, lógicamente, no quería llamar la atención... Oh, ¿nadie puede hacer algo?

—Esto es importante, Hadley —refunfuñó el doctor Fell—. Llame a Watson en seguida. El otro puede esperar. ¿Nos permite entrar, Miss Handreth? —hizo vehementes señas a Hadley, quien asintió y subió a prisa la escalera.

Lucía Handreth encendió la luz y los hizo pasar, a través de una salita, hasta el dormitorio al fondo. La pantalla había sido retirada de una fuerte lámpara eléctrica que estaba junto a la cama y daba un resplandor indefenso. Tendida sobre la colcha de seda amarilla había una persona boca abajo, ligeramente contraída. Una toalla mojada dejaba ver sólo en parte la cabeza cubierta con un vendaje pardusco sujeto con esparadrapo y medio desacomodado; sobre una silla cerca de la cama había más toallas, una botella de yodo y un bol con agua teñida de sangre. Eleanor Carver corrió hacia él, y al tratar de incorporarle, la figura tendida en la cama refunfuñó algo con voz ronca; de pronto, empezó a forcejear.

—Calma —dijo el doctor Fell, poniendo la mano sobre el hombro de Eleanor—, Watson vendrá en seguida y lo hará volver en sí...

—La nariz le sangraba continuamente —explicó Lucía Handreth con voz agitada—. Yo no sabía qué hacer. Yo...

La persona que estaba tendida en la cama dejó de luchar. De no ser por el débil crujido de las sábanas y de los resortes de la cama, como si algo se arrastrase por la seda amarilla, que perturbaba el silencio en la habitación desagradablemente iluminada, parecía haber concluido la vida. Las ropas estaban manchadas y desgarradas en un hombro, y algunas raspaduras rojas mostraban puntos azulados en una muñeca. Luego el crujido también cesó, y sólo se oía el tic-tac del reloj.

Eleanor Carver dejó escapar un grito, y Mrs. Steffins le dio una bofetada. Luego, el hombre que estaba en la cama habló.

—*Eso vino por el rincón de las chimeneas* —dijo claramente, como obedeciendo a una orden. Las palabras sorprendieron a todos como si hablase un hombre muerto—. *Eso tenía pintura dorada en las manos.*

Había un intrínseco terror en estas palabras desapasionadas que le afectaron a él. Estiró una pierna, golpeando la silla; esto hizo caer estrepitosamente el bol con agua teñida, que al derramarse por el suelo parecía sangre.

Al volverse Eleanor hacia Mrs. Steffins se oyó desde la puerta una voz sensata y muy quisquillosa.

—Está bien, está bien —dijo el doctor Watson—. Salgan todos de aquí. No me corresponde, pero si me lo ordenan... Arrumf, un poco de agua tibia.

Melson se encontró en el frío vestíbulo. El forense no pudo, naturalmente, deshacerse de las mujeres. Tanto Eleanor como Mrs. Steffins se apresuraron a ir al

cuarto de baño de Lucía Handreth en busca del agua tibia, en un loco afán, ridículamente semejante a una pelea; Mrs. Steffins agregó una sonrisa por encima del hombro a un doctor Watson que no la observaba. Lucía Handreth, calladamente, se puso a recoger los fragmentos del bol y a secar con una toalla el agua derramada. En el vestíbulo exterior, a puerta cerrada, el doctor Fell se enfrentó con el irascible Hadley, que le dijo:

—¿Ahora quiere explicarme a qué se debe todo este bochinche?

El doctor Fell sacó un pañuelo de vistosos colores y se secó la frente.

—Usted encuentra que la atmósfera se está poniendo espesa, ¿eh? Bueno, he tenido que soportar más que usted. No sé cuál es el apellido de «Donald», pero sospecho que será nuestro principal testigo. Punto número uno: Donald es, con toda probabilidad, el *caius* de Eleanor Carver...

—Por favor, no diga tonterías —interrumpió Hadley, con rudeza—. No sé por qué, pero un simple asesinato resucita en usted sus peores tendencias hacia la erudición. ¿Qué diablos es un *caius*?

El doctor Fell resopló.

—Empleo la palabra para no usar el desagradable término moderno de «amigo». ¿Quiere callarse? Estoy muy seguro de que no es su novio, puesto que, aparentemente, la muchacha se encuentra con él en la azotea en plena noche...

—Tonterías —dijo Hadley—. Nadie se cita en la azotea. ¿Cuál es Eleanor, la rubia?

—Sí. Y ahí es donde no da suficiente importancia al espíritu romántico de uno ni al extremo sentido práctico del otro. Todavía no estoy seguro, pero..., ajá. ¿Cómo le fue, Pierce?

El agente, hombre en extremo ordenado, se sintió culpable y en cierta manera nervioso al saludar a Hadley. Estaba excitado por el éxito de los zapatos y del cristal roto, pero se encontraba sucio y algo manchado, y el ojo de Hadley le censuró.

—¿Qué diablos ha estado haciendo? —le preguntó—. ¿Trepando por los árboles?

—Sí, señor —repuso el agente—. Fueron órdenes del doctor Fell, señor. No había nadie allí arriba. Pero más de una vez ha andado gente por allí. Encontré colillas de cigarrillos por todas partes, especialmente en un lugar chato y grande entre las chimeneas. En el techo, no muy lejos de la claraboya del cuarto de Boscombe, hay una puerta que se levanta y que conduce a la casa.

Hadley miró con curiosidad al doctor Fell.

—¿Y no cruzó por su mente sutil la idea de mandarlo a la azotea por aquella puerta en lugar de que trepara por el árbol?

—Bueno, se me ocurrió que quien estuviese en la azotea tendría la excelente oportunidad de escapar..., si todavía continuaba allí. Habrá perdido pie y caído. Ya hará un buen rato que ha sido arrastrado dentro de la casa... ¡Hum! Además, Hadley, la puerta que conduce a la azotea está con llave. Y sospecho que pasaremos un buen rato antes de encontrar la llave.

—¿Por qué?

Alguien los interrumpió.

—Disculpen, señores... —y aun el impasible Hadley, abrumado por la muerte de Ames, se puso tan nervioso que giró rápidamente. El corpulento Johannus Carver, de ojos apacibles, estaba desconcertado. Se había puesto los pantalones sobre el pijama y se tiraba de los tirantes.

—No, no, yo no escuchaba detrás de la puerta. Pero por casualidad oí que usted le pedía un cuarto a Mrs. Steffins. Permítame que ponga mi sala a su disposición. Por este lado... —vaciló. La cabeza grande y las cejas sobresalientes formaban sombras debajo de los ojos—. No entiendo de esas cosas, pero ¿puedo preguntar si han progresado algo?

—Mucho —dijo el doctor Fell—. Mr. Carver, ¿quién es «Donald»?

—¡Santo Dios! —exclamó Carver, dando un saltito—. ¿Está él otra vez acá? Mi estimado señor, dígame que se retire. ¡En seguida! Mrs. Steffins le...

Hadley lo aceptó sin impresionarse.

—Gracias, usaremos ese cuarto —dijo—. Y ahora deseo formular algunas preguntas a todos los de la casa. Si quiere reunirlos... En cuanto al amigo Donald, no creo que pueda retirarse por algún tiempo. Es opinión general que se cayó de un árbol.

—Entonces... —dijo Carver, y recapacitó. Con ojo desaprobador vaciló, como diciendo que los jóvenes siempre serán jóvenes y alguna vez se caerán de un árbol, pero únicamente tosió.

—¿Bien? —preguntó vivamente Hadley—. ¿Donald acostumbraba pasar las noches en la azotea?

Melson tuvo la repentina sensación de que este viejo y misterioso relojero les estaba embromando. Podría jurar que un destello de diversión aparecía debajo de sus frondosas cejas. Johannus se asomó para asegurarse de que no les escuchaban.

—La verdad es que sí —reconoció—, pero mientras no molestaran a los vecinos y no hiciesen ruido, ciertamente no me molestaban a mí.

—¡Demonios! —exclamó Hadley, sin aliento—. ¿Es ésta toda la explicación que puede darnos?

—Mrs. Steffins tiene sus motivos —explicó Carver, asintiendo prudentemente—. Donald es un joven muy agradable, con un profundo interés por mi profesión, pero para ser sincero, no tiene ni cinco. Estudia leyes, dice Mrs. Steffins, así que no tengo motivos para dudarlo. Sin embargo, es norma mía no intervenir en las discusiones de las mujeres. Da igual la posición que se adopte, cada cual está convencido de que el otro está equivocado. Hum. Yo estoy por la vida tranquila... Pero ¿qué tiene que ver con el..., el infortunado fallecimiento?

—No lo sé. Y debo de estar algo aturdido para que un testigo tenga que corregirme —rezongó Hadley—. Quiero hechos. Vamos. Entremos en este cuarto.

Carver los condujo por el vestíbulo, tratando de demorarse, pero Hadley estuvo

brusco. La habitación era espaciosa, con el mismo artesonado blanco, las sillas curvilíneas de Hepplewhite, con escudos en el respaldo, y en la gran chimenea ardían todavía algunas brasas. Encima de la chimenea colgaba un cuadro descolorido que representaba a un hombre de pelo ondulado que le caía sobre el ancho cuello blanco, con aquella etérea mirada grisácea que los artistas del siglo diecisiete atribuían a los hombres gordos; y escrito al margen se leía: *Wm. Bowyer, Esq., gracias a cuyos esfuerzos se fundó la Real Compañía de Relojeros, Año del Señor 1631*. En vitrinas, a lo largo de las paredes, se exponían objetos curiosos. Una concha descolorida de metal, en forma de bol, perforada en el centro; una ménsula alta de la que de un brazo pendía una lámpara con el pabilo suelto, y al lado un cristal cilíndrico vertical apoyado en una tablilla con números romanos, con muecas numeradas del 3 al 12 y del 12 al 18; finalmente, un pesado reloj abierto, detrás de cuya esfera y única aguja colgaba de una cadena un cilindro hueco en latón; en la esfera tenía escrito: *John Banks, de la ciudad de Chester, Año del Señor 1682*. Hadley puso su cartera sobre la mesa y se sentó en una silla; el doctor Fell, silbando, cruzó la habitación para examinar aquellas cosas.

—Hadley: Carver tiene aquí algunas piezas raras. Es extraordinario que la municipalidad no se las haya birlado. Son las etapas del desarrollo de la clepsidra. Usted sabe que el primer reloj de péndulo no se fabricó en Inglaterra hasta 1640. Y a no ser que esté muy cerrado, este bol es un modelo brahmín, algo más antiguo que la civilización cristiana. Funcionaba... —se volvió, agitando agresivamente la cinta negra de sus lentes, y añadió—: Oh, y tampoco diga que estoy disertando. Habrá observado que el pobre Ames fue apuñalado con la aguja de un reloj, ¿no?

Hadley, que había estado revisando su cartera, arrojó dos sobres encima de la mesa y dijo:

—¿Así fue? No comprendo... —y se sentó, contemplando tristemente el fuego—. ¡La aguja de un reloj! —exclamó, haciendo un ademán violento—. ¿Está seguro de esto? ¡Es fantástico! En nombre de Dios, ¿por qué la aguja de un reloj? ¿Quién pensaría en usar una cosa como esa para matar a alguien?

—Este asesino, sí —dijo el doctor Fell—. Por eso me asusta. Tiene usted toda la razón. Cualquier persona que monta en cólera rara vez piensa en arrancar la aguja de un reloj, semejante a una daga, como arma al alcance de la mano. Pero alguien en esta casa vio el reloj que Carver estaba construyendo... —rápidamente contó a Hadley el asunto del robo—. Alguien, con imaginación brillantemente diabólica, lo observó como un símbolo literal del tiempo que se mueve hacia la tumba. Hay algo de profano en la idea de no poder mirar un objeto, que debe de haber visto muchas veces todos los días de su vida, sin mala intención. No lo consideró para recordar la hora de la comida, o de la cita con el dentista; ni siquiera vio en él una aguja de reloj. Lo que sí vio fue un delgado dardo de acero, de algo menos de veinticinco centímetros de largo, provisto de una punta de flecha afilada y con el mango admirablemente equilibrado para apuñalar. Y lo utilizó.

—Por fin toma usted el paso —dijo Hadley, golpeando los nudillos sobre la mesa en irritada meditación—. Usted dice «él». Aquí están los últimos informes de Ames y todos los datos que he podido obtener sobre el caso de los almacenes. Yo pensaba...

—¿En mujeres? Ciertamente. Es nuestro propósito. Empleo «él» porque es conveniente, en lugar de «eso», como hizo el joven de la azotea (y vuelvo a repetirle que será nuestro principal testigo) cuando dijo: «Eso tenía pintura dorada en las manos».

—Pero eso suena a reloj verdadero —declaró Hadley—. Le digo que el individuo debe de haber desvariado y confundió las cosas. ¡Espero que usted no me diga que un reloj es humano y que puede salir caminando por una azotea!

—Pensaba... —refunfuñó el doctor Fell, al ocurrírsele una idea—. No, no resople. Se trata de seguir las maniobras de un loco muy lúcido, y nada adelantaremos hasta que descubramos por qué usó esta clase de arma. Debe tener un significado; ¿será humano? ¿Alguna vez se le ocurrió pensar que el reloj es el único objeto inanimado que se considera humano, como la cosa más natural, en la novela, en la poesía y aun en la vida diaria? En literatura, ¿qué reloj no tiene voz y aun palabra humana? Habla en las coplas infantiles, abre el camino a los fantasmas y acusa de asesinato; es elemento principal de todos los efectos escénicos de susto, y señal de condena y de justo castigo. Si no hubiese relojes, ¿qué ocurriría con los cuentos de terror? Y se lo demostraré. Hay algo especial, *vide* el cinematógrafo, que sirve para provocar un estruendo de risa en cualquier momento... un reloj de cuco. Sólo hay que hacer aparecer el pajarito con sus trinos, y el auditorio considera que es ruidosamente divertido. ¿Por qué? Porque es una parodia de algo que nosotros tomamos en serio, una burla de la solemnidad del tiempo y de los relojes. Si piensa en el efecto que obtuvo el fantasma de Marley cuando le dijo a Scrooge: «Aguarde al primero de los tres espíritus cuando el cuco cante la una»; tendrá una remota idea de lo que quiero decir.

—Muy interesante —dijo Hadley, sin entusiasmo—. Pero quiero que me diga qué *ocurrió* aquí esta noche para que pueda formarme mis propias teorías. Este tema metafísico puede ser muy bueno...

El doctor Fell, resoplando, sacó su cigarrera metálica.

—Usted quiere pruebas, ¿no?, de que no hablo por hablar. Muy bien. ¿Por qué fueron robadas ambas agujas del reloj?

Hadley apretó los brazos del sillón...

—Calma, calma. No insinúe más puñaladas. Pero permítame que haga otra pregunta. Probablemente usted habrá visto con gran frecuencia relojes; sin embargo, no sé si podrá contestar a una pregunta con absoluta certeza: ¿Qué aguja está encima y cuál abajo: el minuterero largo o el horario corto?

—Bueno... —dijo Hadley. Después de una pausa refunfuñó algo y miró su reloj—. ¡Hum! La larga está encima; por lo menos en este reloj. ¡Maldición, sí! Así debía ser. El sentido común lo dice: tiene que recorrer el arco mayor del círculo..., quiero

decir, la distancia mayor. ¿Y entonces?

—Sí. El minuterero está encima. Y Ames fue atacado con el minuterero —continuó el doctor Fell, con el ceño fruncido—. Otro hecho más: si en su niñez alguna vez hizo usted la travesura de tomar el mejor reloj de la sala de su padre para ver si podía hacerle dar las trece, sabrá que es endiabladamente difícil quitar las agujas... El asesino de Ames necesitaba sólo el minuterero. Podía haberlo retirado sin tocar la otra aguja. ¿Por qué, entonces, se tomó el tiempo y la molestia (y en esos relojes de acero no es tarea fácil) de birlar la *otra aguja*? No puedo creer que fuese por minuciosidad. Pero ¿por qué?

—¿Otra arma?

El doctor Fell sacudió la cabeza.

—Esto es lo extraño: no puede ser, si no, sería comprensible. Por su aspecto, el minuterero tiene aproximadamente veintitrés centímetros de largo. Por lo tanto, lógicamente, el horario, más corto, no puede ser lo suficientemente largo para servir de arma. Si cualquier puño normal lo toma, quedarían, a lo sumo, cuatro centímetros de acero libres en el extremo. No se puede hacer daño grave con eso, dado que la arista no tiene el borde cortante. Entonces ¿por qué, por qué, por qué birlar la pequeña?

Se colocó un cigarro en la boca e invitó a Hadley y a Melson. Luego empleó varios fósforos para encenderlo. Hadley, con ademán irritado, sacó varios pliegos de papel de un sobre que estaba en la mesa.

—Y ese no es el peor enigma —prosiguió el doctor Fell—. Casi todo depende del comportamiento de un señor llamado Boscombe y de otro llamado Stanley. Pensaba hablarle a usted de esto. Supongo que recordará a Peter Stan... ¿Qué ocurre?

Hadley profirió un bufido de satisfacción.

—Nada más que un hecho. En el primer renglón de este informe, tres palabras de Ames dicen más que seis capítulos de una persona que conozco. ¿Entiende usted esto?

*Continuando mi informe de fecha 1 de septiembre, creo poder demostrar concluyentemente que la mujer que asesinó a Evan Thomas Manders, detective de los almacenes Gambridge, el 21 de agosto pasado, vive en el número 16 de Lincoln's Inn Fields...*

## EL INSPECTOR AMES INFORMA

—Continúe —dijo el doctor Fell—. ¿Qué más?

Hadley recorrió con la vista la breve hoja diligentemente escrita. Arrojó su sombrero y se soltó el abrigo, como buscando auxilio. Su fastidio aumentó.

—¡Maldito sea el misterioso bandido! Dice..., ¡hum, hum! No hay una sola palabra precisa en todo el asunto, a no ser que haya algo en un informe anterior. Después que Stanley le ganó por la mano en el caso Hope-Hastings, no hablaría así si no estuviese preparado para pedir una orden de arresto... —de repente Hadley levantó la vista—. ¿Mis oídos están tan confusos como mi cerebro, o no le he oído a usted mencionar hace un momento un nombre como Stanley?

—Lo ha oído.

—Pero no es...

—Es el Peter Stanley que ocupaba, hace unos doce o trece años, su puesto. Ahora está arriba. Y esto era lo que quería preguntarle. Recordaba de manera vaga que había renunciado, o algo así, pero no podía precisar los detalles.

Hadley miró hacia la chimenea.

—«Renunció» por haber disparado sobre un hombre desarmado que no ofrecía resistencia al arresto —dijo Hadley, ásperamente—; y además por apresurar un arresto para ganar méritos, cuando el pobre Ames no había logrado todas las pruebas. Lo sé muy bien. Obtuve mi ascenso en el lío; fue en la reorganización de 1919, cuando se crearon los Cuatro Grandes. No fue enteramente culpa de Stanley. Insistió en cumplir servicio activo durante la guerra; sus nervios estaban hechos pedazos, y no se encontraba en condiciones de que se le confiara nada mayor que un matagatos. Por esto le permitieron «renunciar». Pero le metió cuatro balas en la cabeza al viejo Hope, que era un banquero prófugo y tímido como un conejo —Hadley se sintió molesto—. Esto no me gusta nada, Fell. ¿Por qué no me dijo que estaba mezclado en este asunto? Esto..., bueno, será un descrédito para la Policía si algún diario lo desentierra. En cuanto a Stanley... —frunció los ojos y calló.

—Por el momento tiene usted preocupaciones más apremiantes, muchacho. ¿Qué dice Ames en el informe?

Con un esfuerzo Hadley volvió al tema.

—Sí..., no, por supuesto que no puede ser. ¡Al diablo con la suerte! ¡Esto había de sucederme cuando falta un mes para retirarme...! Bueno, ¡hum! ¿En dónde estaba? No hay gran cosa. Dice:

*Continuando mi informe de fecha 1 de septiembre, creo ahora poder demostrar concluyentemente que la mujer que asesinó a Evan Thomas Manders, detective de los almacenes Gambridge, el 21 de agosto,*

vive en el número 16 de Lincoln's Inn Fields. De acuerdo con el dato anónimo recibido, que se indica en el informe del 1 de septiembre...

—¿Lo tiene usted?

—Sí, pero espere un momento:

*... He tomado una habitación, fingiendo ser un exrelojero en apuros, con debilidad por el alcohol, en 21 Portsmouth Street, Lincoln's Inn Fields, cerca de la taberna Duquesa de Portsmouth. A la taberna acuden todos los hombres y una de las mujeres que viven en 16 Lincoln's Inn Fields, y al comedor otras dos...*

—A propósito —interpuso Hadley—. ¿Cuántas mujeres hay en la casa?

—Cinco. Usted ha visto a tres de ellas —el doctor Fell hizo un bosquejo de la casa—. Las otras dos son: Mrs. Gorson, ama de llaves de mala muerte a las órdenes de la Steffins, y una criada, de nombre desconocido. Le apuesto que son estas dos últimas las que acuden al comedor. Sería interesante descubrir cuál de las otras tres va a la taberna. Conozco la *Duquesa de Portsmouth*. Es un lugar bastante antiguo, pero con mucho ambiente y algo elegante... ¿Qué más?

*Hace dos días (2 de septiembre) mi hasta aquí anónimo informante me hizo una visita en mi habitación, revelando saber quién era yo y cómo llegué hasta allí. (Debo excusarme de no dar mayores detalles por el momento). Sea cual fuere el motivo, el informante me ofreció más ayuda. Declaró haber visto en posesión de una determinada mujer dos de los artículos catalogados como robados en las raterías de los almacenes (ver informe del 28 de agosto para la lista completa). Estos artículos son: 1) pulsera de platino con turquesas, valor 15 libras, y 2) reloj antiguo del siglo dieciocho, caja de oro, grabado «Thomas Knifton. Londini fecit», expuesto en el salón de propaganda de Gambridge y prestado por J. Carver. El informante también declaró haber visto, en la noche del 27 de agosto, a la misma mujer cuando quemaba, en la chimenea, un par de guantes negros de cabritillo manchados de sangre...*

—Sí. En resumen, una casa que deja bastante que desear. Alguien —refunfuñó Hadley— desea ver a otro en la horca, y sin embargo, hace un pacto enigmático y secreto con un inspector de policía. No, no del todo. Permítame seguir leyendo:

*Mi posición, hasta mañana, es la siguiente: El informante está dispuesto a repetir la anterior manifestación si declara como testigo, pero se niega a hacer la acusación que nos permitiría obtener una orden de arresto, en caso de que la prueba fuese destruida. El informante expresa que esta responsabilidad debe ser nuestra, en cuanto a lo referente al arresto...*

—Inteligente, sea hombre o mujer —dijo Hadley—. He conocido muchos de estos delatores aficionados y son los tipos más despreciables que caminan en dos patas. ¿O habrá sido una trampa? Lo dudo. Bueno...

*Por lo tanto, sugerí a mi informante que conviniéramos la forma de hacerme entrar (secretamente) dentro de la casa para poder examinar en privado los bienes de la acusada y convencer así a mis superiores de que había pruebas para pedir una orden de arresto...*

—¡Grandísimo tonto! No debió ponerlo en un informe. Esto se sabrá, y cuanto burro hay rebuznará en los diarios durante los próximos seis meses. ¡Buen trabajador

y perseverante Ames! Y el resto es peor:

*... pero mi informante, aunque aceptando la idea, se negó a ofrecer ayuda activa con el argumento de que podría comprometerse. En consecuencia, resolví entrar en la casa bajo mi propia responsabilidad.*

*Esta tarde, justamente antes de redactar este informe, un golpe de suerte lo ha facilitado. Otro ocupante del 16, L. I. F. (no es mi informante anterior) prometió darme algunas ropas en desuso y me dijo que fuese a buscarlas esta noche. Tengo así una buena excusa para trabar amistad con él, como lo hice con otros ocupantes de la casa; en este caso, le dije que necesitaba ropa, y como él y yo somos de la misma estatura...*

—Por supuesto que Boscombe —asintió el doctor Fell. Encendió el cigarro y echó bocanadas de humo, expresando la intriga que le causaba el informe—. Hadley, no me agrada cómo suena este asunto. Es inverosímil. Puede haber impresionado a Ames, y por eso murió. La cuestión es: ¿qué treta habían urdido Boscombe y Stanley contra él? Algo hay. Lo juraría. Son más rastros confusos que corren paralelos a los de Jane la Destripadora... No, no; Boscombe no pensó en dar ropas nuevas a un vagabundo. En una taberna, Boscombe sólo hubiera renegado contra este mendigo andrajoso y lo mandaría echar. Él y Stanley estaban jugando. ¿Qué más?

Hadley recorrió los informes.

—Es todo. Dice que arregló una entrevista, a una hora tardía, con quienquiera que fuese. Ir a ver a Boscombe, recibir la ropa, simular salir de la casa, ocultarse y luego hará una pequeña ratería en el cuarto de la mujer acusada. Confía en que esta leve irregularidad encontrará aprobación en sus superiores... ¡Bah! ¿Para qué escribir esto?... Y termina a las cinco de la tarde, su hora postrera, el jueves, G. F. Ames... ¡Pobre tipo!

Hubo un silencio. Hadley puso el informe sobre la mesa, y distraídamente se dedicó a manosear un cigarro, hasta casi deshacerlo, y luego intentó, inútilmente, encenderlo.

—Usted está en lo cierto, Fell. Suena a inverosímil. Pero no puedo poner el dedo en el punto exacto donde aparece lo inverosímil. Quizá sea porque no conozco todos los detalles. Entonces...

El doctor Fell dijo, meditativo:

—¿Podemos suponer que ha sido realmente él quien escribió este informe?

—¿Eh? Oh, sí. Bueno, no hay duda sobre esto. Aparte de que está escrito con su letra, él mismo lo trajo. Además, no quiero que por lo que he dicho tenga usted la impresión de que alguien engañaba a Ames. Nada de eso. Tenía buenos motivos para escribir lo que escribió... Tenía...

—Por ejemplo, ¿tenía sentido del humor? —preguntó el doctor Fell, descaradamente—. ¿No estaría jugando con los hechos y dejándose tomar un poco el pelo, creyendo que lo hacía por una buena causa?

Hadley se rascó el mentón.

—¿Y si así fuese? Ames necesitaba tener mucho sentido del humor para inventar una historia de una mujer que quemaba guantes manchados de sangre simplemente

para provocar la risa en el CID. Usted no dudará —dijo Hadley— que esta mujer, esta Jane la Destripadora, se encuentra realmente en la casa, ¿no es así?

—No tengo ningún motivo para dudarlo. Además, no es necesario ser caritativo con nuestras sospechosas. Ciertamente hay aquí un asesino, y más desagradable de lo que creía... Escuche ahora. Le diré exactamente qué ocurrió, y usted podrá sacar sus propias conclusiones.

El doctor Fell habló sucinta y soñolientamente, pero sin omitir nada. El humo del cigarro se condensaba en el cuarto, y Melson sintió que al mismo tiempo también se le condensaba la inteligencia. Trató de fijarse en los puntos principales que le preocupaban para tenerlos preparados en el interrogatorio de Hadley. Mucho antes de que el doctor Fell hubiese terminado, Hadley se puso a caminar de arriba abajo y se detuvo junto a una de las vitrinas con relojes, cuando el doctor Fell movió la mano y profirió un estruendoso resoplido para indicar que el cuadro estaba completo.

—Sí, endereza muchas cosas —convino el inspector jefe—, pero tuerce muchas más. Ahora queda aclarado por qué usted pensó que había un hombre en la azotea y que la rubia subía a encontrarse con él...

El doctor Fell frunció el ceño.

—La primera parte es fácil —reconoció—. Eleanor dijo que la corriente de aire hacía golpear la puerta de su dormitorio y saltó de la cama para sujetarla. Pero para hacerlo se maquilló cuidadosamente. Esto parece insólito; es como si un hombre se levanta de la cama y se atavía con un traje de etiqueta para tirar un botín a un gato que maúlla. No encendió ninguna luz, aunque hubiese sido muy natural hacerlo; y se quitó apresuradamente el maquillaje cuando alguien insinuó que despertara a los demás de la casa. Esto, naturalmente, indicaba una cita clandestina: ¿dónde?

»Ahora viene la parte interesante —dijo enérgicamente el doctor Fell—. Eleanor subió esta escalera al oír decir a Boscombe: “Dios mío, está muerto”, y vio un cuerpo tendido en el suelo; inmediatamente se puso tan histérica que insistió desatinadamente en acusar de asesinato a Boscombe, aun mucho después de ver que no era culpable. *Ça s’explique*, Hadley. No fue solamente la impresión de ver a un ladrón muerto.

El inspector jefe asintió.

—Sí, es evidente que creyó encontrar a otro. ¡Hum! Pero a causa de la luz que brillaba sobre su cara, habrá visto que Ames no era el hombre que creyó herido o muerto..., a no ser que una hoja de la puerta estuviese entornada para dar sombra sobre la cara. De ahí la impresión y el terror.

Y usted hizo que ella reconstruyese la escena... ¡No está mal, maldita sea! —dijo Hadley, con displicencia, y golpeó el puño contra la palma de la mano—. Nada mal para una rápida conjetura.

—¿Conjetura? —bramó el doctor Fell, apartando el cigarro—. ¿Quién habló de conjetura? He aplicado principios de la más profunda ló...

—Está bien. Está bien. Continúe.

—¡Umf! ¡Ja! ¡Burr! Muy bien. Esto nos lleva a lo esencial. Aunque Eleanor se mostró sorprendida de encontrar a este hombre (con quien presumiblemente tenía la cita) en la casa, sin embargo, no se sorprendería de encontrarle *arriba*. Por lo pronto ella iba arriba, y el propio hecho de que confundiese al muerto con él lo comprueba. Cuando descubro, a menos de dos metros del muerto, una puerta que conduce directamente a la azotea, y cuando veo que esta joven hace decididos esfuerzos para alejarme de allí ante mi primera señal de curiosidad, entonces empiezo a sospechar. Cuando reflexiono que la joven se levantó seductoramente preocupada por los cosméticos y los pijamas, a pesar de que usa un abrigo gastado y polvoriento de cuero, con forro comfortable de piel...

—Lo comprendo —repuso Hadley, con cierta dignidad—, salvo que el asunto está lejos de tener sentido, y solamente un loco podría...

El doctor Fell, magnánimo, sacudió la cabeza.

—Eh —dijo—. Eh, eh, eh. Nuestra dificultad de siempre. Usted no quiere decir que solamente un loco se pasaría las horas extasiado en una azotea barrida por el viento. Solamente quiere decir que usted no lo haría. Apuesto que, aun en sus tiempos de enamorado, la actual Mrs. Hadley se hubiese sorprendido de verle trepar hasta su balcón por las ramas de un árbol...

—Hubiese creído que estaba loca —dijo Hadley.

—Bueno, y yo también, por el motivo que quiero demostrar. Pero hay jóvenes de veinte y veintiún años que lo harían (sospecho que Eleanor es mayor y más prudente, pero ¿qué significa eso?). Y trate de meterse en la cabeza que esta loca comedia es lo más desesperadamente serio de su vida. El joven que no hace alarde de sus músculos trepando a un árbol en situaciones románticas, esperando romperse el cuello, aunque mucho me sorprendería que así ocurriese, no vale el pan que come —declaró el doctor Fell, la cara ardiendo con la polémica—. Usted lee muchas novelas modernas, Hadley... La parte irónica de estos libros de sueños y salvamentos de peligros románticos es que a veces cae el verdadero cadáver, y nuestro joven galán casi se rompe el cuello cuando se enfrentó con la realidad. Pero he dicho que Eleanor es mayor y más prudente, y ahí está la parte reveladora del asunto...

—¿Cómo? Si usted no conoce los hechos...

—La muchacha vio en el suelo, muerto, a alguien que tomó por este joven. Y junto a él vio a Boscombe, con un revólver en la mano. Por eso se puso histérica, y ni por un instante dudó que Boscombe le había matado.

—Entonces, Boscombe...

—Está enamorado de ella, Hadley; puedo decir, tristemente enamorado; y creo que la muchacha le odia. Este individuo suave tiene muchas energías, y ella puede tenerle un poco de miedo. Si pensó que mataría o habría matado a nuestro amigo Donald, se puede sacar una extraña deducción con respecto al otro...

Hadley le observó.

—También puede deducirse —indicó casi al pasar— que en la oscuridad de aquel

vestíbulo pudo confundir a Boscombe con Ames... Reconozco que ya tenemos bastantes complicaciones, pero Boscombe me interesa.

—¿Y los zapatos, y los guantes, y el cristal roto, y Stanley?

—Oh, obtendré la verdad —dijo Hadley, con tranquilidad. Había algo en los lugares comunes y en la suave sonrisa que los acompañaba que hizo estremecer a Melson. Tenía la sensación de que algo quedaría destruido, como si el inspector jefe bajara el puño enguantado sobre una de las vitrinas y desparramara su frágil contenido. Hadley se movió hacia la luz de la lámpara—. Tengo la impresión de que Boscombe y Stanley tramaban una farsa de «crimen» para gastarle una broma a Ames. ¿Ha pensado usted en esto?

El doctor Fell hizo un ruido indistinguible.

—Y lo más significativo de todo —continuó Hadley— ha sido la declaración de quien conocía o no a Ames. ¡Por Dios!, le prometo que voy a descubrir todas las puercas mentiras que se han dicho en esta casa, hasta que encuentre al cochino que apuñaló a este buen hombre por la espalda —golpeó estrepitosamente contra la mesa; y, como si fuese una respuesta, se oyó un golpe en la puerta. Hadley volvió a ser el hombre impasible de costumbre cuando el sargento Betts apareció trayendo algo envuelto en un pañuelo.

—El..., el cuchillo, señor —informó. Estaba pálido—. No había nada en sus bolsillos, nada, excepto un par de guantes. Aquí están. Ames nunca... —calló, hizo un saludo innecesario y esperó.

—Tómelo con calma, hijo —dijo Hadley, tratando de no dejar ver que se sentía molesto—. A ninguno nos gusta. Nosotros... ¡Cierre la puerta! ¡Hum! Este..., ¿dijo usted algo? ¿Nadie pudo averiguar qué es? Es importante.

—No, señor, aunque dos personas han hecho un montón de preguntas: la señora regordeta con el pelo teñido y el hombrecito inquieto en *robe de chambre* negra —Betts le miró con una agudeza que asomaba debajo de su aspecto exterior de palo—. Pero algo raro ha ocurrido hace sólo un minuto. Mientras buscábamos impresiones digitales..., no hay ninguna en esa punta de flecha, dicho sea de paso...

—No, ya me imaginaba que no las habría —comentó Hadley, agriamente—. No hay nadie que en estos tiempos deje impresiones digitales. ¿Y bien?

—... Mientras Benson trabajaba, y nosotros estábamos parados en el umbral de la puerta, apareció un hombre corpulento, con un curioso modo de caminar vacilante y una mirada extraña en los ojos. Benson dijo: «Santo Dios», casi sin aliento, y yo dije: «¿Qué?», y Benson dijo (casi sin aliento, señor, porque la señora seguía mirando y diciendo que ella no estaba nerviosa y estaba como para ir a la enfermería): «Stanley. Él debió reconocer a Ames...».

Hadley permaneció impasible.

—Mr. Stanley —repuso— fue inspector de policía. Supongo que no habrá permitido que les dijera a los demás quién era Ames.

—No pareció reconocer a Ames..., al inspector, señor. Por lo menos, no pareció

prestar atención. Se acercó al aparador y se embriagó con coñac que sacó de un botellón, luego se volvió sin mirarnos y se alejó con el botellón en la mano. Como un fantasma exuberante, señor, si usted me comprende.

—Sí. ¿Dónde está ahora el doctor Watson?

—Todavía con el joven en el dormitorio de la señora —repuso Betts, no sin una curiosa mirada hacia el inspector jefe—. El médico dice que ha sido un golpe feo, pero no hay contusión, y pronto estará en buenas condiciones. El pequeño...

—¿Pequeño?

—Tiene unos veintiún años, señor —explicó el sargento Betts, con la severidad de sus veintiséis años—. Sigue riendo y diciendo algo sobre «esperanza postergada, esperanza postergada». Las otras dos mujeres están con él. Y ahora ¿qué más?

—Busque a Mr. Carver —dijo Hadley— y envíele aquí. Monte guardia usted.

Cuando el sargento se retiró, Hadley, sacando una libreta de apuntes y un lápiz, se sentó junto a la mesa. Cuidadosamente desenvolvió el pañuelo, y el reluciente dorado de la aguja, que había sido limpiada, brilló bajo la lámpara. El dorado del extremo grueso estaba rayado y empañado por huellas de manos enguantadas, y por toda su longitud aparecían débiles rayas similares.

—Robada del reloj antes de que la pintura estuviese seca —observó Hadley—. Quisiera saber si la sustancia está completamente seca ahora... Está todavía húmeda por el lavado, pero también algo pegajosa; si la pintura fuese de anoche, ya estaría seca. Quizá sea algún barniz a prueba de agua que tarda mucho tiempo en secar. Observación —escribió—. El aspecto de las marcas de más abajo me hace pensar que pueden haberse producido al arrancarla de la garganta de Ames. Por lo tanto, puede haber manchas sobre el asesino...

—Y qué buen canalla es —dijo el doctor Fell. Avanzó pesadamente hasta la mesa y contempló la hoja de acero a través del humo de su cigarrillo—. ¡Hum! ¡Hum! Estoy meditando. Hadley, parece como si el ladrón deliberadamente se hubiese embadurnado de dorado. Hubiera podido birlar esta hoja sin tanto bullicio, ¿no cree usted? ¿O será que el espíritu de la astucia está otra vez taconeando este viejo cerebro? Sigo meditando.

Hadley no hizo caso.

—Larga... —refunfuñó y la midió con la suela de su zapato—. Se quedó usted un poco corto, Fell. Tiene a lo más veintiún centímetros, más cerca de veinte... ¡Ah! Adelante, Mr. Carver.

Hadley, con una peligrosa cortesía, se sentó cómodamente en su sillón. Las ruedas se ponían ahora en movimiento; la investigación comenzaba, y Melson sabía que tarde o temprano ellos entrevistarían a un asesino. En la habitación de los relojes antiguos, Hadley cogió suavemente el minuterio dorado de la mesa, mientras Carver cerraba la puerta detrás de sí.

## EL RUIDO DE UNA CADENA

**A** Melson le parecía que cada vez que veían a Johannus Carver se había puesto una prenda más. Ahora se trataba de una chaqueta de fumador sobre el pijama, agregada a los pantalones color sal y pimienta. Era como si pensase qué hacer, al ver su casa invadida y en cada intervalo subía la escalera para ponerse otra prenda, aunque sólo fuese para aparentar actividad. Su primera mirada fue hacia las vitrinas que contenían los relojes. Luego observó atentamente la pared de la derecha de la habitación..., mirada que ellos no interpretaron ni entendieron en absoluto hasta que el caso tomó un giro más tremendo. Sin el cuello, el pescuezo arrugado parecía flaco y huesudo, y la cabeza demasiado grande. Los ojos apacibles parpadearon por el humo del cigarro. Su sonrisa cambió de pronto cuando vio el minuterero, aparentemente por primera vez.

—Sí, Mr. Carver —insinuó suavemente Hadley—. ¿Lo reconoce?

Carver extendió la mano, pero la retiró.

—Sí, por cierto, sin ninguna duda. Es decir, así lo creo. Es el minuterero que se quitó de la esfera que hice para *sir* Edwin Paull. ¿Dónde lo encontró?

—En el pescuezo del muerto, Mr. Carver. Fue matado con esto. Usted miró el cuerpo, ¿no lo vio?

—Yo... ¡Santo Dios, no! Yo no busco estas cosas en..., bueno, en el pescuezo de los ladrones —repuso Carver, con un tono de protesta en su voz—. Es espantoso e ingenioso. ¡Por Júpiter! —se puso pensativo y miró hacia un estante con libros situado sobre un escritorio—. No puedo recordar, en toda la historia de..., ¡es extraordinario! Cuanto más pienso...

—Volveremos a esto más tarde. Siéntese, Mr. Carver. Quiero formularle varias preguntas...

Contestó a las primeras algo distraídamente, sentado con el cuerpo encorvado, mientras fijaba la vista en el estante con libros. Vivía en la casa desde hacía dieciocho años. Era viudo, la casa había pertenecido a su mujer. (Por ciertas vagas digresiones Melson comprendió que el hogar de Carver se había sostenido gracias a una anualidad que dejó de recibir cuando murió su mujer). Eleanor era hija de una antigua amiga de la difunta Mrs. Carver (que era inválida); y se habían hecho cargo de ella a la muerte de sus padres porque no podían tener hijos. Mrs. Millicent Steffins era también una herencia, pues era una amiga que atendía fielmente a Mrs. Carver durante su enfermedad. De lo que se deduce que la difunta Mrs. Carver se había rodeado de personas que eran verdaderas joyas.

—¿Y los inquilinos? —insistió Hadley—. ¿Qué sabe de ellos?

—¿Inquilinos? —repitió Carver, como si la palabra lo sorprendiera, y se refregó la frente—. Ah, sí. Mrs. Steffins dijo que era necesario alquilar una parte de la casa. Usted quiere saber algo de ellos, ¿es eso? ¡Hum! Bueno. Boscombe es inteligente. Creo que tiene mucho dinero, pero, sinceramente, no le hubiese vendido ese reloj *Maurer* si Millicent..., Mrs. Steffins..., no hubiera insistido —caviló—. Luego está Mr. Christopher Paull. Es un joven muy amable. Se emborracha y a veces canta en el vestíbulo, pero socialmente está muy bien relacionado, y a Millicent le gusta. ¡Hum!

—¿Y Miss Handreth?

Otra vez asomó un débil destello de diversión en los ojos de Carver.

—Bueno —dijo con desgana—, Miss Handreth y Millicent no se entienden, así que oigo hablar mucho de ella. Pero no creo que le interese saber que no tiene clientes para asuntos legales y que no usa camiseta en invierno y que probablemente lleva una vida inmoral, ¡hum!, especialmente puesto que de la mayor parte de estos informes es algo que la verdad o falsedad mi edad me impide verificar... ¡Hum!, ha estado aquí poco tiempo. El joven Hastings la trajo y le ayudó a instalarse. Son viejos amigos, y por eso creo que Millicent sospecha lo peor...

—¿El joven Hastings?

—¿No se lo dije? Es ese «Donald» de quien hablaba, el joven que se cae de un árbol cuando viene a ver a Eleanor. Tengo que hablar con él al respecto. Puede lastimarse... Oh, sí, él y Miss Handreth son viejos amigos. Así conoció a Eleanor.

Aquí Carver pareció tropezar con una idea, como si quisiese recordar algo; pero parpadeó, se refregó la mejilla y lo olvidó.

—Finalmente, Mr. Carver —continuó Hadley—, ¿usted tiene una segunda ama de llaves..., una tal Mrs. Gorson... y una criada?

—Sí. Mrs. Gorson es una mujer extraordinaria. Creo que ha sido actriz. Habla con un tono orgulloso, pero tiene mucha disposición para cualquier trabajo, por pesado que sea, y se lleva bien con Millicent. Kitty Prentice es la criada... Ahora que usted conoce a la gente de la casa, ¿quiere contestarme a una pregunta?

Algo en la voz del hombre retuvo a Melson. No levantó la voz, ni se movió. Pero repentinamente adoptó la fría vigilancia de un luchador detrás de un escudo.

—Me parece que usted cree —dijo bruscamente— que una de las personas de esta casa robó la aguja de la esfera y que por algún motivo insospechado mató al hombre que está arriba. Sin duda tendrá usted alguna causa para pensar así, aunque parece ridículo. Pero me gustaría saber: ¿de quién de nosotros sospecha?

Esta vez miró hacia el doctor Fell, que seguía con la vista el resto de su cigarro, peligrosamente sentado en una silla liviana. La inesperada pregunta no sorprendió a Hadley.

—Tal vez usted pueda saberlo mejor —insinuó, inclinándose hacia adelante—. ¿Es cierto que muchas personas de esta casa tienen costumbre de frecuentar una taberna en Portsmouth Street?

De nuevo, apaciblemente, Carver había vuelto a ponerse en guardia.

—Oh, sí. Voy a menudo con Boscombe, y Miss Handreth a veces va con Mr. Paull. Ahora quisiera saber —dijo, frunciendo ligeramente el ceño— cómo se enteró usted. Pensándolo bien, recuerdo que el «hombre de arriba» hacía frecuentes y a veces penosos esfuerzos para entablar conversación con todos nosotros.

—¿Y a pesar de esto le fue difícil reconocerle cuando le vio muerto arriba?

—Sí. La luz...

—Pero ¿le reconoció? Sí. Era relojero, Mr. Carver, y se presentó a usted como tal. Pero no le reconoció arriba, dijo que no, a pesar de que era de su misma profesión. ¿Por qué no lo dijo? ¿Por qué «el ladrón» y no «el relojero»?

—Porque no era relojero —explicó Carver, suavemente, frunciendo el ceño—. En tanto que resultaba evidente que se trataba de un ladrón.

La expresión de Hadley apenas se alteró, pero notó que había sorprendido a uno de los testigos más difíciles de su carrera y que sólo ahora se daba cuenta.

—Se presentó como tal —continuó Carver, aclarándose la garganta—. Pero comprendía que no lo era por las primeras palabras que dijo. Señaló al reloj de la taberna y se refirió a él como el «reloj». Todo relojero dice el «cuadrante». Es la palabra acostumbrada, la única palabra. Luego me pidió trabajo. Yo tenía en el bolsillo un reloj que estaba componiendo para, ¡hum!, para un amigo, y dije: «Amigo, usted ve que tengo que colocarle una cuerda nueva; es un reloj de valor, le dije, así que no lo toque, pero explíqueme cómo haría usted para colocarle la cuerda». Murmuró alguna tontería sobre sacarle el resorte.

La carcajada de Carver resonó en el cuarto lleno de humo. Por primera vez demostraba cierto entusiasmo.

—«Bueno», le dije, «explíqueme entonces cómo se coloca un cilindro nuevo y una péndola. Vamos, esto es muy sencillo, pero usted no lo sabe. En realidad, usted no sabe nada de relojes, ¿no es así? Acepte esta media corona y váyase al comedor y no me moleste más».

Hubo un silencio. Hadley renegó por lo bajo. Pero Carver no había terminado.

—No —afirmó, sacudiendo la cabeza—, no era relojero. ¡Hum!, en ese momento, señor, sospeché que podría ser un inspector de policía o un detective privado.

—¿Tenía algún motivo para pensar que un inspector de policía pudiese interesarse por sus movimientos? —preguntó Hadley.

—Por todos nuestros movimientos. No, no, en absoluto, señor. Pero observé que cuando Boscombe habló con el patrón para que tratara que ese tipo no nos siguiera los pasos y no nos molestara (especialmente porque rara vez pagaba las bebidas), es decir, que no le dejara entrar, el tipo se quedó —Carver se frotó la mejilla, reflexionando—. He observado, ¡hum!, que solamente los gatos y los policías pueden estar en las tabernas sin pagar sus bebidas.

Hadley apretó las mandíbulas, pero no se movió, y dijo:

—¿Mr. Boscombe quería que echaran a este hombre de la taberna y, sin embargo, después le ofreció un traje y no le reconoció cuando le vio muerto?

—¿Así ha sido? —preguntó el otro con cierta cortesía—. Bueno..., este..., usted verdaderamente tendrá que preguntarle a Boscombe. Yo no sé.

—Y puesto que usted conoce tan bien las tabernas, ¿notó si alguien de su casa mantuvo conversaciones privadas con este hombre?

Carver meditó, pareciendo algo fatigado.

—Estoy casi seguro de que no. ¡Oh! Con la posible excepción de Mr. Paull. Pero Mr. Paull, como él dice, bebería hasta con un arzobispo, si no tuviese otra persona a mano.

—Comprendo... ¿Alguien comentó esta terrible persecución?

—Yo..., este..., creo que Miss Handreth dijo que un día lo matarían. Parecía preocupada.

—¿Él la molestaba?

Carver miró extrañamente al inspector jefe, por debajo de sus delgados párpados arrugados.

—No. Creo más bien que la evitaba. Pero entonces..., es difícil de admitir...

—¿Mrs. Steffins o Miss Carver han ido alguna vez a la *Duquesa de Portsmouth*?

—Nunca.

—Llegamos a esta noche. Creo que usted le dijo al doctor Fell que a las diez cerró con llave la puerta de la calle y echó la cadena. Luego subió...

Carver se inquietó.

—Sé, inspector..., ¿es usted inspector?... Sé que la policía quiere que la gente sea minuciosamente exacta. Yo no fui *instantáneamente* arriba, ¡hum!, como quien dice volando. Fui primero a mi taller para ver si la alarma estaba puesta —dijo, señalando hacia la izquierda, hacia el cuarto de delante que da a la calle—. Luego vine aquí para asegurarme si la alarma estaba puesta en la caja de hierro de la pared. Por último, fui al cuarto de Millicent —señaló hacia la pared de la derecha— a desearle buenas noches. Había estado ocupada con sus pinturas en porcelana y dijo que tenía dolor de cabeza y que se iba en seguida a la cama; en efecto, como se lo dije al doctor Fell, Millicent me pidió que cerrara...

—Continúe.

—Fui al cuarto de Boscombe en busca de algo para leer. Intercambiamos *hobbies* y..., ¡ah!, esto le va a interesar, doctor Fell. Tomé sus *Lettres à un gentilhomme russe sur l'Inquisition espagnole*, el libro de Lemaistre. He estado estudiando la *Historia de los Heterodoxos españoles*<sup>[3]</sup>, de Menéndez Pelayo, pero mi español es pobre, y prefiero a Lemaistre.

Melson ahogó un silbido. Ahora descubría el motivo que explicaba los extraños dibujos pintados en el biombo de cuero y en la caja de bronce que estaba sobre la mesa del cuarto de Boscombe. El *hobby* de este enigmático Mr. Boscombe era la Inquisición española. Melson miró al doctor Fell, quien abrió los ojos y dejó escapar un suspiro ronco como si le hubiesen despertado.

—Lo despachó pronto, ¿no? —preguntó el doctor Fell.

—No me quedé mucho rato, inspector. Luego fui a mi cuarto de delante, leí alrededor de una hora y me dormí. Eso es todo lo que sé hasta el momento en que Eleanor me despertó.

—¿Está seguro de esto? —preguntó Hadley.

—Por supuesto, ¿por qué no?

—Cuando usted fue al cuarto de Mr. Boscombe, Mr. Peter Stanley todavía no había llegado..., según le dijo usted al doctor Fell. No discutiremos sus poderes de observación —dijo Hadley, sin quitar los ojos de la cara de Carver—, sino solamente su declaración.

—Yo..., yo ciertamente no lo vi.

—No. En realidad usted ha declarado concluyentemente que llegó más tarde. Usted dijo que él había tocado el timbre de Boscombe, y que Boscombe bajó a abrirle. Esa puerta tiene una cerradura complicada y una cadena que mete mucho ruido. Esta es la explicación que usted dio de que la puerta estuviese accidentalmente abierta y que el «ladrón» haya podido entrar después. Supongo que usted duerme con la ventana abierta, ¿no?, y justamente encima de esa puerta. ¿No oyó que dejaban entrar a alguien?

Carver, refregándose la mejilla, miró hacia las vitrinas.

—Lo oí —contestó de pronto—. ¡Por Dios!, pensándolo bien, ¡lo oí! Mucho después, cuando me quedaba dormido me pareció oír a alguien que tanteaba la puerta. Tal vez haya sido a eso de las once y media.

Parecía agitado, pero intrigado. Hadley le observaba atentamente.

—¿Fue entonces una media hora antes de que se cometiese el crimen? Sí. ¿Oyó voces, pasos, y que la puerta se abría y se cerraba?

—Bueno..., no. Usted ya sabe que estaba medio dormido. Todo lo que puedo jurar es que abrieron la puerta, porque el riel de bronce en que se engancha el remate de la cadena está torcido. Produce un chillido si no se trata suavemente. Esto es lo que recuerdo. Algunas noches lo oigo cuando la gente regresa tarde.

—¿Y eso no le sorprendió, a pesar de que sabía que todos estaban en casa cuando usted cerró?

Melson tuvo la sensación de que los nervios de Carver se debilitaban, aunque conservaba su aire de tonta naturalidad. Posiblemente Hadley pensó lo mismo.

—Mr. Paull no estaba en casa —respondió Carver, después de una vacilación—. Estaba pasando unos días en el campo con su tío, *sir* Edwin. *Sir* Edwin encargó el «cuadrante» que fue..., sí. Pensé que Christopher había regresado de improviso. Quería decirle que necesitaría varios días para reemplazar las agujas. Por otra parte, el «cuadrante» no está dañado, excepto la clavija y las arandelas... que sujetan las agujas al eje..., que también han sido robadas.

Hadley se inclinó hacia adelante.

—Llegamos ahora al reloj y también a algo más que le han robado. Usted terminó y pintó el reloj ayer...

—No, no. En interés de la más estricta precisión, lo terminé y lo probé hace dos días. Me dio bastante trabajo, aunque es un péndulo corto común, nada complicado. Anteayer le apliqué el esmalte a prueba de agua... No, no —explicó con cierta irritación, al desviar Hadley la vista hacia el minuterero—, el dorado no. El esmalte que permite que un reloj resista a la intemperie los cambios de tiempo. Hace dos noches lo puse en el lavadero, al aire libre, para que secase más rápidamente. No pensé que ningún ladrón se pudiera llevar un mecanismo que pesa más de ochenta libras. En ese lugar, donde estaba al alcance de cualquiera, nadie lo tocó...

Melson oyó que el doctor Fell sofocó una exclamación.

—... y anoche le apliqué el esmalte dorado. Luego lo traje hasta aquí, lo metí en este armario y lo cubrí con una tapa de vidrio grande para que el esmalte fresco no se ensuciara.

Y siempre echo la llave a este cuarto, a pesar de la alarma contra ladrones de la caja de hierro. Entonces, durante la noche, cuando la puerta estaba cerrada y la llave en mi poder, alguien abrió la cerradura de esta puerta y se llevó las agujas. Inspector, ¡es extraordinario! ¿Quiere usted que se lo demuestre?

La cara de Hadley tenía una expresión violenta, pero hizo un ademán cuando Carver quiso levantarse.

—Dentro de un momento. ¿Quiénes sabían que el reloj estaba aquí anoche?

—Todos.

—¿Quitar las agujas habrá sido una tarea difícil? Me refiero para una persona inexperta.

—En absoluto. En este caso es muy sencillo. Aseguré la clavija con una chaveta; por tanto, puede quitarse con un destornillador. En verdad, puede necesitarse algún tiempo para retirar ambas agujas del eje, pero... —Carver alzó sus fuertes hombros y accionó cansado. Ahora parecía débil y preocupado.

—Por el momento quiero hacerle una sola pregunta más. Pero es importante. Tan importante —recalcó Hadley, con una suavidad que llamó la atención distraída de Carver—, que si no me contesta con franqueza puede resultar muy peligroso para usted —hizo una pausa—. Lo diré con toda precisión. Quiero saber dónde estaban usted y todas las demás personas de la casa, especialmente las mujeres, el martes veintisiete de agosto, entre las cinco y media y las seis de la tarde.

Carver se quedó verdaderamente perplejo. Después de un silencio, dijo:

—Quisiera ayudarle. Pero francamente, no lo sé. El martes... No llevo control de las fechas. No lo sé. ¿Cómo puedo establecerlo con exactitud?

—Usted recordará este día —dijo Hadley, impasible—, aunque olvide todos los demás del calendario. Fue el día en que robaron un valioso reloj de su pertenencia en la exposición de Gambridge, en Oxford Street. ¿Usted no ha olvidado eso?

—No sé, todavía no lo sé —repitió Carver, después de un silencio tremendo—. Pero ahora entiendo un poco mejor. Este hombre era un inspector, y usted cree que la persona que le mató es la misma que mató al pobre hombre de los almacenes —habló

con voz apagada, como abstraído, y apretó los brazos del sillón—. ¿Y cree que ha sido una mujer? ¡Usted está loco!

Hadley hizo un ademán significativo a Melson; un ademán para que moviese el picaporte y dejase la puerta ligeramente entreabierta. De pie, de espaldas a la puerta, Melson sintió los latidos del corazón cuando suavemente la entreabrió un poco. Tenía la sensación de que la casa entera esperaba y escuchaba.

Luego habló Hadley. Sus palabras sonaron claras en la quietud de la noche.

—Alguien de esta casa ha acusado a otro de asesinato —declaró—. Por el último informe del inspector Ames, entregado a Scotland Yard esta tarde, conocemos el nombre del acusador. Si dicha persona quiere repetirnos este cargo, muy bien. *Es lo más que puedo prometerle a usted, Mr. Carver.* De otra manera, tendremos que arrestar al acusador por cómplice después del hecho y por ocultar una prueba importante en una investigación capital.

Rápidamente hizo otro ademán a Melson, que cerró la puerta, y Hadley reanudó su tono normal.

—Mr. Carver, le doy esta noche para que trate de recordar dónde pasaron esa media hora las personas de esta casa —dijo—. Gracias, eso es todo.

Carver se levantó. Su andar no era firme al salir del cuarto, e hizo varias tentativas para poder cerrar la puerta. Melson sintió que la casa estaba agitada, las palabras aquellas todavía resonaban, y habían traído el terror. En la espesa quietud de la sospecha, el doctor Fell arrojó a la chimenea el resto de su cigarro apagado.

—¿Esto ha sido hábil, Hadley?

—He arrojado una bomba. ¡Maldición, pero tuve que hacerlo! —replicó Hadley, y se puso a caminar por el cuarto—. ¿No ve usted que es el único modo de emplear nuestra ventaja? Estaría todo muy bien si pudiese ocultar que Ames era un inspector de policía..., entonces me apuntaría un tanto. Pero no es posible. Mañana se sabrá, y aunque no salga mañana, aparecerá en la investigación pública al día siguiente. Todos sabrán por qué Ames estaba aquí... Y antes de que comprendan que no sabemos cuál de ellos acusó a una mujer de esta casa de haber apuñalado al detective de los almacenes, tenemos que hacer hablar al acusador. ¿Por qué él..., o ella..., no habría de hablar? Él acusó a alguien de asesinato ante Ames. ¿Por qué no habría de hacerlo ante mí?

—No sé —admitió el doctor Fell, rizándose un mechón de pelo—. Es otra de mis preocupaciones. Pero no creo que él..., o ella..., lo haga.

—Usted cree en el informe, ¿no?

—No se trata de eso. Lo que me molesta es esta excesiva cautela por parte del acusador. Podría venir a hurtadillas y hacer confidencialmente su acusación. Pero ahora que usted ha propagado una llamada pública, y que todo el mundo lo sabe, se ha armado un alboroto...

Hadley asintió ásperamente.

—Un alboroto es lo que queremos —dijo—. Si alguien en la casa ha visto

cualquier cosa sospechosa, lo sabremos. Y si lo que he dicho no despierta el temor de Dios en quien formuló aquella acusación, no sirvo para juez de la naturaleza humana. Esta persona tendrá que tener una prudencia de hierro para permanecer callada ahora. Fell, le apuesto que antes de cinco minutos alguien golpea esta puerta con una novedad para nosotros... Entretanto, ¿qué piensa de lo que ha dicho Carver?

El doctor Fell golpeó caprichosamente el borde de la mesa con un bastón.

—Pienso en dos cosas —refunfuñó—. En una que no entiendo, y en otra que sí entiendo. *Imprimis*, nadie se preocupó, como dijo Carver, de robar las agujas del reloj cuando estuvo en un lugar que cualquiera hubiese podido llegar sin dificultad. El ladrón esperó hasta que el reloj estuvo bajo llave y, lo peor de todo, *hasta que estuvo pintado*. Si pensó en utilizarlo para el crimen, ¿por qué correr el riesgo innecesario de que se le ensuciaran los guantes y las ropas con un barniz aceitoso mezclado con trementina que precisaría nafta para quitarlo? A no ser, es decir..., a no ser...

Se aclaró la garganta con un ruido estruendoso.

—Arrumf. ¿Sugestivo, eh? —dijo y miró de soslayo hacia Hadley—. Ahora viene el punto que sí entiendo. Carver oyó mover la cadena de la puerta de la calle a las once y media. Dijo al principio que pensó que podría ser ese individuo Paull, que regresaba inesperadamente. Después, cuando se enteró de la presencia de Stanley en la casa, pensó que debió de ser Boscombe, que recibía a Stanley. Boscombe confirmó...

—¿Y mintió?

—Y mintió, si usted lo mira como yo —convino el doctor Fell; resoplando sacó otra vez la cigarrera. Melson miró a uno y a otro.

—Pero ¿por qué? —preguntó, encontrando por primera vez su voz.

—Porque está bien claro que Stanley ya se encontraba en la casa —dijo el inspector jefe—. Me parece que Fell tiene razón. Los dibujos de biombo de cuero en el cuarto de Boscombe son muy sugestivos. ¿Cuál era la situación? Detrás del biombo había un infiernillo de gas sobre una mesa, y alguien había derramado recientemente una botella de leche y volcado una lata de café. No fue Boscombe. Su alma cuidadosa hizo que deseara ir rápidamente a limpiarlo en cuanto Fell lo mencionó. Sí, Stanley estuvo oculto detrás de aquel biombo... Estuvieron fumando y bebiendo, pero todos los ceniceros habían sido vaciados, y los vasos estaban limpios, para dar la impresión de que solamente una persona, Boscombe, se hallaba en la habitación.

—¿Simplemente para engañar a Carver?

—No solamente para engañar a Carver —dijo el doctor Fell—. Para engañar...

Se oyó un golpe a la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó una voz de mujer—. *Tengo algo bastante importante que decirles.*

## LO QUE VIO DESDE LA CLARABOYA

**S**in saber por qué, Melson se sobresaltó al verla. Hadley había pronosticado que dentro de cinco minutos tendría una respuesta a la bomba que había lanzado. De pie junto a la mesa, con una sonrisa retenida debajo del bigote recortado, Hadley sacó descuidadamente su reloj y lo mostró a los demás. Melson observó que las agujas marcaban las dos y cinco, y luego miró hacia la mujer que se había detenido con la mano sobre el picaporte.

Lucía Handreth vestía ahora un traje sastre gris; llevaba su abundante pelo negro enroscado alrededor de la cabeza, y su brillo, a la luz de la lámpara, contrastaba con la cara pálida. Una cara agradable, no del todo hermosa, pero llena de esos impulsos, simpatías y pasiones que la muchacha parecía tratar de dominar frunciendo su boca grande y expresiva y volviendo lánguidos los ojos castaños que estaban fijos en Hadley.

—Adelante, Miss Handreth —dijo el inspector jefe—. La estábamos esperando.

Esta leve mentira pareció sorprenderla. Levantó los dedos y volvió a dejarlos caer sobre el picaporte de la puerta que seguía entornada.

—¿Esperándome a mí? Entonces es usted adivinador de pensamientos. He... estado tratando de decidirme a venir. Sé que corro un riesgo, pero tengo que explicar algo que él nunca dirá, y usted nunca lo comprenderá si no lo sabe. Usted tiene un derecho..., y él insiste en verle —sacudió el picaporte con la palma de la mano—. Es a propósito de la muerte de este hombre, Ames.

Hadley miró de soslayo al doctor Fell.

—Entonces usted sabía que era el inspector Ames —expresó.

—Lo he sabido desde que empezó a rondar por la taberna —respondió la muchacha—. Yo sólo tenía trece años cuando le vi por primera vez, pero nunca le olvidaré. ¡Oh, no! No había cambiado mucho, salvo que había perdido algunos dientes y estaba sin afeitar —tembló—. Creo que él... también sintió algo, aunque, por supuesto, no me reconoció. De todos modos, se mantuvo alejado de mí.

—¿Y usted sabe quién le mató?

—¡Santo Dios, no! Es lo que quería decirle... Solamente sé quién no le mató. Aunque hubiese querido que le matara, y entonces habríamos podido descartar a los demás. Sin embargo —de pronto una sonrisa áspera le asomó a la cara—, como Don es mi primer cliente, yo puedo iniciar los trámites por él... —la muchacha se adelantó, abrió la puerta y habló hacia afuera—. Entre, Mr. Boscombe, esto le va a interesar.

—¡Qué diablos! —gritó un Hadley perplejo.

—Es lo suficientemente raro —dijo la joven—, lo suficientemente bajo y lo suficientemente mezquino para ser un fin adecuado para Ames. Hay en ello una sencillez desagradable. Mr. Boscombe, aquí presente, y ese hombre Stanley se proponían matar a Ames. Por lo menos lo iba a hacer Calvin Boscombe mientras Stanley vigilaba... Don Hastings le vio desde la claraboya. Ellos se proponían ser..., oh, tan indiferentes, desprendidos y científicos, que ningún policía los descubriría cuando cometieran el crimen perfecto. Tenían toda la escena preparada, pero alguien les ganó por la mano. Y cuando esto ocurrió, los dos asesinos perfectos casi se desmayan de miedo y todavía no han vuelto en sí.

Al apartarse de la puerta, vieron a Boscombe, que, cerca de la puerta, con expresión tonta y disimulada e inclinado hacia adelante, trataba de asomarse al cuarto, retenido por el brazo del sargento Betts. Era un cuadro curioso ver a Boscombe contra el fondo blanco de la pared, con su pelo descolorido, la cara afilada y la *robe de chambre* negra, la cadena de oro de sus lentes bamboleándose al querer entrar al cuarto, librándose de Betts. De una sacudida, el sargento le hizo retroceder; luego, a una señal de Hadley, lo empujó hacia delante, y Boscombe, imperturbable, entró calladamente.

—Aquel hombre de arriba era un inspector de policía, ¿verdad? —dijo mientras se sacudía la ropa para arreglarse.

—¿No lo sabía usted? —preguntó Hadley, con mucha calma—. Usted le ofreció un traje. Sí, era inspector de policía.

—¡Santo Dios! —exclamó Boscombe. Se volvió y se secó el sudor del labio superior.

—Y estoy segura, viejo, que usted y Stanley le habrían matado —dijo Miss Handreth, observándole con aire desinteresado— si el asunto hubiera seguido adelante como usted lo había planeado. El crimen perfecto... —la muchacha se volvió hacia Hadley. El diluvio de palabras le había coloreado las mejillas—. A esto me referí cuando hablé de la parte divertida del asunto; dice Don que por esto debía llevarse a cabo el plan. Boscombe no sabía que Ames era un policía. Y Stanley no sabía quién iba a ser la víctima —Miss Handreth se echó a reír, con los brazos cruzados, y una extraña belleza le iluminó repentinamente la cara—. ¡Y usted, que predicaba la frialdad a ese náufrago nervioso que está arriba, y él emborrachándose con coñac y sacudiendo la mano que apenas podía sostener la pistola...!

Boscombe estaba un poco ofuscado como si se encontrase rodeado y acorralado por enemigos imprevistos. Se volvió impotente.

—Poco esperaba de *usted*, Lucía... Yo..., usted no comprende. Yo sólo quise darle un escarmiento a ese matasiete grandullón, con su desfachatada charla...

—No mienta —replicó—. Desde la claraboya, Don siguió todos los movimientos de ustedes, y por suerte que lo hizo. Se enteró de la idea hace un mes, cuando usted habló por primera vez a Stanley de «la psicología del crimen» y de «las reacciones del cerebro humano cuando su poseedor se halla frente a frente con la muerte» y todo

el resto de su charla venenosa..., para probar que usted era un superhombre...

Hadley golpeó varias veces la mesa. Miró fijamente alrededor. Lucía Handreth, que respiraba hondo, dio un paso atrás.

—Quiero comprender bien —dijo Hadley, con un esfuerzo—. Tratemos de aclararlo —agregó después de una pausa y con voz poco natural—. Usted, Miss Handreth, acusa a este hombre y al viejo Peter Stanley de conspiración de asesinato. ¿Usted dice que ese Hastings no sólo estaba en la azotea y observó todo, sino que lo supo también de antemano?

—Sí. No quién sería la víctima..., eso tampoco lo sabían ellos mismos. Pero que probablemente harían una prueba.

Hadley volvió a sentarse y la miró con curiosidad.

—Esto es algo nuevo en mi experiencia. ¡Por Dios! ¡Yo también creía conocer todas las tretas! Hastings estaba en la azotea, vio la preparación de un crimen ¿y no hizo el menor esfuerzo para evitarlo?

—No lo hizo ni lo hubiese hecho —repuso la muchacha, con voz muy clara—. Esto es lo que quería explicarle. Usted comprende...

Se oyó una voz a través de la puerta entreabierta:

—Permítame que lo explique yo mismo.

»Tengo una manifestación que hacer —continuó la voz— y quiero hacerla antes de que vuelva a perder el sentido».

Entró con poca firmeza, observando sorprendido el avance de sus pies. Era un joven delgado, de hombros fuertes, manos y pies grandes y cara agradable, pero algo distraída, que comúnmente habría tenido una expresión de implacable seriedad. Ahora trataba de sonreír casualmente, con aire de hombre de mundo, para contrarrestar su timidez. Le acompañaban Eleanor Carver y Betts.

—*No debería hacerlo* —protestó vivamente Eleanor mientras le ayudaba—. El médico dijo...

—Bueno, bueno —repuso el joven paternalmente. Con una mirada afable, pero vaga, observó a las personas que le rodeaban. Mostraba raspaduras en la cara, manchadas con yodo, y un vendaje cubría la parte posterior de la cabeza. Parecía sentirse contento de desobedecer las órdenes del médico. Cuando le colocaron en una silla profirió un suspiro de alivio, y su color tomó un matiz menos grisáceo.

—Escuchen —dijo con seriedad—. Ahora se descubrirá todo, y con mi caída tengo miedo de haber armado un barullo, pero hay algo que quiero que se sepa. Créase o no, no me caí del árbol porque estuviese alarmado, ni nada que se le parezca. Yo soy capaz de subir y bajar con los ojos vendados y una mano atada. No sé cómo ocurrió. Me apresuré a bajar y llegar a la puerta de la calle, y no sé cómo... ¡pum!

Hadley hizo girar la silla para estudiar al recién llegado.

—Si se siente bien para llegar hasta aquí —le dijo—, se sentirá bien para hablar. Yo soy el inspector jefe Hadley, a cargo del caso. ¿Es usted el joven que ve que un

crimen está a punto de cometerse y no dice nada?

—Sí, estoy en ese caso —repuso Hastings, con calma.

Pero era una calma desagradable. El joven hizo un movimiento brusco que casi le hace brotar otra vez sangre. Sacó un pañuelo, echó hacia atrás la cabeza y se lo apretó fuertemente contra el labio superior. Cuando pudo controlarse, dijo, tembloroso:

—Es decir, casi. Temo que no le gustará a la tía Millie. Estoy dispuesto a hablar, señor. Pero quiero que te retires, Eleanor, y tú también, Lucía. Es mejor que Mr. Boscombe se quede.

—¡No me iré! —gritó Eleanor, y saltó de la silla. Duramente contuvo las lágrimas, y la expresión de su cara, voluptuosamente bonita, se endureció. Miró a Lucía y luego a Hastings—. Tonto —agregó, sin poder retener las palabras—, debiste decírmelo a mí, debiste venir a verme, hacer algo o decirme algo, ¡y no a *ella*!

—¡Oh, cállate! —dijo vivamente Lucía—. Vete, no mezcles una pelea de familia con un caso de asesinato.

—¿Mientras tú te quedas? —preguntó Eleanor, y rió. Lucía dijo:

—Yo soy su asesor legal... —y calló de repente, sonrojándose, cuando Eleanor volvió a reír. Melson pensó que las palabras, por correctas que fuesen, parecían tontas, y que únicamente cuando las mujeres abogados impresionan es en la universidad antes de graduarse. La brillante Lucía Handreth ciertamente parecía eficaz, pero en este particular embrollo sólo hacía pensar en una bonita morena agujoneada por la rabia de la mofa femenina. Hadley no llegó a tanto.

—No me propongo convertir esta casa en una *nursery* o en un patio de recreo —dijo—. Miss Carver, por favor, retírese. Si Miss Handreth insiste en sus derechos legales, podrá quedarse —su voz se volvió dura cuando vio que Boscombe tomó suavemente a Eleanor del brazo—. ¿Usted se va, amigo? ¿No le interesa nada este asunto?

—No —replicó fríamente Boscombe—. Estoy atendiendo los derechos de Miss Carver. Voy a acompañarla como debería hacerlo un miembro de la *nursery*, y vuelvo en seguida.

No me interesan las declaraciones de..., de tipos que escuchan desde las claraboyas. Por aquí, Eleanor. ¡Vamos! ¿No sabe quién soy yo?...

Cuando la tranquilidad renació en medio de las risitas ahogadas del doctor Fell, Hastings se echó atrás en la silla.

—A menudo he deseado sentar de un puñetazo a este canalla, pero sería un infanticidio —dijo con cierta avidez—. Así que me llama tipo, ¿eh? —dijo Hastings, encolerizándose otra vez—. No tenía ningún rencor especial contra él, e iba a olvidarlo, pero si ese envenenado pequeño...

—Lo que me gusta de esta casa —observó el doctor Fell, con adormecida admiración— es el espíritu de amor, confianza y sana alegría que anima a todos. ¡Ah, las puras alegrías de la vida del hogar inglés! Continúe con su historia, muchacho.

—... Y estoy seguro de que ha tratado de manosear a Eleanor... —continuó

Hastings, cavilando. Después de una pausa, sonrió al doctor Fell, como generalmente lo hacía en su confortable presencia—. Usted tiene razón, señor.

»La..., la primera parte es la más difícil de explicar —continuó a disgusto—. Estoy estudiando con el viejo Fuzzy Parker aquí, en Lincoln's Inn. Dicen que soy bastante bueno para la discusión y que seré un abogado de primera; pero no es tan fácil. Hay que aprender un montón de tonterías.

Y estoy pensando que más bien debí haberme metido en la Iglesia. De todos modos, no parece que progrese mucho, y después de haber pagado la matrícula y encima las cien guineas de Fuzzy no me ha quedado gran cosa. Le digo esto porque fue entonces cuando conocí a Eleanor y..., este..., bueno, en resumen..., empezamos a vernos de vez en cuando en la azotea. Por supuesto que nadie lo sabía...

—Tonterías —interrumpió Lucía con claridad ridícula—. Seguro que los de la casa lo sabían, excepto tal vez la abuela Steffins. Chris Paull y yo lo sabíamos. Sabíamos que estaban arriba recitando versos...

La cara de Hastings manchada de yodo se volvió rosada.

—¡Yo no recitaba versos! Pequeña diab..., no mientas. ¡Oh, santo Dios! Nunca quisiera haber...

—Trataba simplemente de ser caritativa —le dijo la muchacha—. Está bien, si así lo prefieres. Haciendo lo que estuvieses haciendo, aunque me imagino que será un lugar bastante incómodo —Lucía se cruzó de brazos. A pesar de su palidez y de sus nervios, una débil sonrisa crispó los gruesos labios—. Y no tienes por qué sentirte ofensivo conmigo. Chris Paull quiso subir para asomar la cabeza por la puerta y gritar un par de veces: «Soy la conciencia. ¿No tienen vergüenza?», pero se lo impedí.

Por extraño que parezca, esto no pareció remover su enojo, y la miró fijamente.

—Oye —le dijo en voz baja—, ¿quieres decir que fue Paull el que estuvo en la azotea?

Hadley, que había esperado pacientemente, se inclinó hacia adelante. Las palabras de Hastings tenían una nota indefinible de horror. No resonaban como el eco de una broma; evocaban una visión de chimeneas oscuras sobre la ciudad y de algo que se movía entre ellas con un propósito implacable.

—Ha tenido usted suficiente libertad —dijo severamente Hadley. Sus palabras resonaron en el cuarto claro—. Explíquese.

—A cada momento me parecía oírle andar —prosiguió Hastings— o que le veía deslizarse por detrás de una chimenea. Supuse que alguien nos espiaba. No le dije nada a Eleanor, porque de nada servía alarmarla.

»Nuestra primera idea fue que yo llevara mis libros allí arriba, y Eleanor me ayudaría a estudiar. ¡No se sonrían! —miró a los que le rodeaban—. Esto es verdad, ¿y por qué no? Hay allí arriba un espacio plano rodeado por las chimeneas. Eleanor tiene unos cojines y una linterna que guarda en una cómoda en aquel pequeño desván cercano a la azotea; las chimeneas evitan que la luz se vea desde los alrededores... Algunas veces, cuando teníamos la luz encendida, me pareció oír algo que rascaba y

crujía; y una vez, algo, que pensé fuese el sombrero de una chimenea, se movió de repente, de modo que pude ver el cielo estrellado por un claro entre las casas. Allá arriba, en el silencio, apartado de todos los ruidos, le vienen a uno locas fantasías y la sensación de que alguien observa aun cuando no haya nadie. Así que verdaderamente no vi a nadie..., hasta esta noche.

Calló, indeciso. El rostro hermoso, pintado con yodo como el de un extravagante comparsa, parecía triste. Miró por encima del hombro, levantó una mano vendada para enderezar el nudo de la corbata en los restos de su disfraz, dio un respingo de dolor y dejó caer otra vez la mano.

—Ahora..., la claraboya. La descubrí, o pensé en vagar por ahí, por esto: normalmente me encontraba con Eleanor a las doce y cuarto. La casa se cierra a las once y media, y así todos tenían tiempo de acostarse. Pero siempre me anticipaba a la hora. Media hora de anticipo. ¡Oh, maldición! —dijo agitado—. Entonces hurgué sin hacer ruido, porque siempre uso zapatos de tenis. Observé aquella claraboya a un lado...

—Un momento. ¿Cuándo fue esto? —interrumpió Hadley, cuyo lápiz había estado activo.

—Por lo menos hace un mes y medio. Cuando hace calor gran parte de la claraboya está levantada. Pero no se puede oír mucho lo que se halla en el cuarto, a menos que se ponga el oído cerca. Y cuando Boscombe tiene la cortina corrida, no se oye nada. Pero aquella noche trepé por la chimenea y me arrastré por encima hasta lograr oír algo. Si hay alguien que sabe que alguna vez estuve en esa azotea, estoy seguro de que no son ellos. Cuando oí aquellas primeras palabras... —tragó saliva—. Boscombe dijo..., «nunca lo olvidaré», dijo: «El problema es, Stanley, si usted tendrá tan sólo el coraje de mirar una muerte. Por otra parte, la cosa es sencilla. A usted le fascina matar. Le gusta». Luego se rió. «Y usted disparó contra aquel pobre diablo de banquero porque creyó que podía hacerlo sin peligro».

Hubo un prolongado silencio. Con su mano libre, Hastings revolvió un bolsillo y sacó la cigarrera para seguir sereno.

—Estas fueron las primeras palabras que oí —continuó, tranquila, pero rápidamente—. Me estiré y miré hacia abajo por la parte del cristal que estaba descubierta. Alcanzaba a ver el respaldo de aquel sillón azul frente a la puerta, donde generalmente está, y la parte de la cabeza de alguien que sobresalía del respaldo. Boscombe iba y venía, frente al sillón, fumando un cigarro y con un libro abierto en las manos. La pantalla estaba ladeada, y yo podía verle claramente la cara. Seguía yendo y viniendo..., yendo y viniendo..., mientras hablaba, con esa risita boba tan suya, y sin quitar los ojos de la persona que estaba en el sillón...

»Es extraño —dijo de pronto Hastings—. Usaba anteojos, y la luz se reflejaba en ellos: lo que no me permitía pescar toda su mirada. Cuando yo era pequeño tenía una tía que se oponía a la vivisección y solía tener un montón de carteles para pegarlos en lugares estratégicos. Uno de los carteles mostraba a un médico... La expresión de la

cara de Boscombe me recordó...

»Escuché todo el manso veneno que largaba. Él iba a matar a alguien, sin ningún motivo, ni porque le odiara, sino únicamente para “observar las reacciones” de la víctima cuando la arrinconara y jugara con sus nervios y le dijera que se preparase para morir. O tonterías tan horribles como éstas... quería que Stanley lo acompañara. ¿A Stanley no le agradaba la idea? Sí, por supuesto. ¿Y Stanley, al cometer un crimen perfecto, o simplemente presenciando uno, no quería vengarse así de este policía por cuya causa lo habían echado? Él planearía los detalles, dijo Boscombe. Sólo le interesaban las reacciones de Stanley cuando hiciera frente otra vez al espectro que, más que ningún otro, había hecho fracasar su carrera.

»Yo lograba ver un lado de aquel sillón y parte de la cara de la persona. Pero veía sobre todo su mano apoyada en el brazo del sillón. Cuando Boscombe empezó a hablar de vengarse de la policía, la mano se abría y se cerraba. Luego apretó el puño, que tomó un extraño color amoratado, y volvió a abrirlo. Boscombe seguía yendo y viniendo, con esa *robe de chambre*, pasando por delante de un curioso biombo amarillo y negro con llamas y diablillos pintados, y mostrando los dientes.

Melson sintió otra vez la sensación nebulosa de pavor que siempre le invadía cuando pensaba en el biombo pintado con el dibujo del sambenito<sup>[4]</sup>, el ropaje que usaban las víctimas de un auto de fe cuando iban hacia el lugar donde serían quemadas. En el cuarto claro, todas las personas estaban animadas, pero nadie se movía. Lucía Handreth dijo en voz baja:

—Creo que el *hobby* del querido Mr. Boscombe es la Inquisición española.

—Sí, pero estoy pensando —dijo el doctor Fell— que si todos ustedes todavía sostienen la opinión popular de que la Inquisición española fue simplemente una brutalidad absurda, saben tan poco de ella como Boscombe. Pero dejemos esto ahora. Continúe, joven.

Hastings se llevó un cigarrillo tembloroso a la boca, y Lucía le encendió un fósforo.

—Bueno, me arrastré hasta el otro lugar. Estaba nervioso, lo reconozco. Este asunto me hacía tenerle miedo a la azotea y a quien anduviese por ella. Por supuesto que no pensé que hablaban en serio. Cuando Eleanor subió, nada le dije, pero notó que tenía los nervios de punta. Le pregunté quién era Stanley... Una cosa recordaba, y era que Boscombe había dicho «Tendrá que ser un jueves por la noche».

»Esto se me quedó grabado; lo seguía pensando y me intrigaba...; sí, y a medias lo esperaba; lo reconozco...

—¿Esperaba? —interpuso el doctor Fell.

—Espere, señor —dijo Hastings, cortante—, espere un momento. Mi trabajo se fue al diablo, y fui otras noches hasta la claraboya, pero no oí una palabra; ni siquiera un par de noches que vi que Stanley estaba allí. No diré que lo olvidé, pero los pensamientos perversos dejaron de atormentarme, y ese «tendrá que ser un jueves» dejó de repicarme en la cabeza.

»Hasta esta noche. La idea más persistente, lo que me persiguió como un diablillo azul fue: *¿Cómo van a poderlo ocultar? ¿Cómo van a cometer ese crimen perfecto y no acabar en la horca?* Pero aun esto se había desvanecido de mi mente hasta esta noche.

»Trepé al árbol a las doce menos cuarto. Lo recuerdo porque la campana del vestíbulo daba los tres cuartos. No llevaba libros; todo lo que tenía, por extraño que parezca, era un diario metido en el bolsillo. Aquel árbol..., ¿lo ha observado usted? ..., está frente a una de las ventanas de Boscombe. Esto nunca me causó dificultad, porque las ventanas estaban siempre cerradas y cubiertas por espesas cortinas negras. Pero esta noche observé una cosa curiosa. La luna había salido y se reflejaba sobre los cristales; vi que la ventana próxima al árbol tenía uno de los cristales roto y no estaba completamente cerrada.

»Es extraño cómo trabaja la mente. No hice más que ver ese cristal y pensé que debería proceder silenciosamente para que Boscombe no oyese ruido. Pero cuando llegué a la azotea se me metió en la cabeza echar un vistazo por la claraboya de Boscombe.

»Esperé hasta recuperar el aliento y me arrastré hasta allí.

Tenía que mantenerme agachado en las partes visibles, porque la luz de la luna brillaba, y no quería que me vieran desde otra casa. Entonces oí algo, muy bajo, como un cuchicheo en el cuarto. Sentí un frío repentino y dolor de estómago, mis brazos temblaron hasta el extremo de que casi me caí hacia adelante contra el borde cortante del cristal. Boscombe dijo: “Lo haremos dentro de quince minutos o nunca. Ya es demasiado tarde para echarse atrás”.

»Temblaba tanto que tuve que tenderme cuán largo soy sobre la rampa en declive del techo. El abrigo se me enredó en los brazos y se dobló de tal manera que el maldito diario se salió del bolsillo. Cuando volví la cabeza, pude verle tan..., tan de cerca como a alguien que viene a disparar contra mí. La luna lo iluminaba, y leí: “Jueves, 4 de septiembre...”. Lanzó un profundo suspiro. El fuego había consumido un lado del cigarrillo. En medio del silencio, continuó:

—Luego Boscombe habló otra vez, y supe cómo lo iba a hacer...

## EL CRIMEN IMPERFECTO

«Este Hastings», reflexionó Melson, «nunca será un abogado sobresaliente, pero como narrador tiene indiscutiblemente sus valores». Había absorbido a sus oyentes, pues no se oía ni un chirrido, y aun el lápiz de Hadley estaba inmóvil. La cara de Hastings mostraba la mueca de una sonrisa, que le hacía más viejo; su respiración silbaba débilmente.

—Cuando de nuevo miré hacia abajo —continuó—, había perdido el sentido del tiempo, del lugar y de todo, con excepción del rectángulo de luz que no cubría las cortinas. Veía el lado derecho del sillón, que me daba la espalda, pues miraba hacia la puerta, como antes; veía, también, la puerta doble y a la derecha una parte del biombo.

»Stanley, la cara verdosa, estaba de pie con la mano apoyada en el biombo y temblaba tanto como yo. Boscombe, junto a la lámpara, metía balas en el cargador de la pistola automática; parecía un poco nervioso, pero sonreía, y su mano estaba tan firme como esa mesa; alargó la mano y tomó la pistola de la mesa..., que parecía tener un cañón bastante largo, pero un minuto después comprendí por qué..., y empujó el cargador: clic. Entonces Stanley dijo: “¡Oh Cristo! ¡No puedo verlo! ¡Me hará soñar!”. Boscombe examinó otra vez pacientemente el plan completo para asegurarse de que todo estaba listo, y entonces comprendí.

»Siguió el principio, que había expuesto el mes anterior, de que debía ser escogido para el “experimento” alguien que no tuviese probabilidades de ser “una pérdida para la raza humana”. Lo cual —dijo Hastings, volviéndose y arrojando el cigarrillo dentro de la chimenea— era extraordinariamente honesto de su parte. Segundo, la víctima debía ser un zarrapastroso bien conocido en la vecindad, de quien se pudiera pensar que era capaz de cometer un robo. Y había escogido el hombre adecuado, un parroquiano de la taberna cercana, a quien estuvo observando durante una semana. Había tenido cuidado de que, en público, este hombre aparentase guardarle rencor por haberle pedido ostensiblemente al patrón que le prohibiese la entrada.

Alguien en el grupo sofocó una exclamación, pero Hastings no lo notó.

—Con indirectas, había hablado en la taberna del dinero y de los objetos de valor que dejaba sin guardar... Ahora que pienso, por lo que me dijo Eleanor —reflexionó Hastings—, él le compró al viejo un valioso reloj y no usaba ninguna alarma contra ladrones como el viejo; guardaba el reloj simplemente en una caja de bronce. Eleanor le dijo que le gustaba más que cualquier otra cosa de la colección del viejo.

»Todo estaba preparado. Esta tarde buscó al zarrapastroso, asegurándose de que

nadie les viese, simuló ablandarse y le ofreció regalarle un traje si venía esta misma noche a la casa a buscarlo. Quedaba así preparada la patraña del “robo”, porque...

El doctor abrió los ojos e interpuso vivamente:

—Calma, hijo. ¿Este ingenioso caballero no tuvo miedo de que el vagabundo..., siempre suponiendo que fuese realmente un vagabundo..., le contara a alguno que Boscombe le esperaba en su casa para darle un traje?

Lucía Handreth abrió grandes ojos.

—Pero ¿no lo sabes, Don? —gritó—. ¿Estabas tan turbado que no escuchaste lo que te dije en el otro cuarto? Ese vagabundo era...

—Repito mi pregunta —interrumpió el doctor Fell—. Calma, Miss Handreth. No se trata aquí de secretos. Ahora no queremos divagaciones.

Hastings se quedó pensativo, considerando la pregunta anterior.

—Boscombe también pensó en esto. Dijo que no le importaba que el tipo se lo contase a todo el mundo; en realidad, esperaba que así lo hiciera. Luego, una vez realizado el crimen, se tomaría como una mentira más del hombre, dicha para excusar su presencia, en caso de que se le hubiese visto rondando la casa; evidentemente, debía de ser una mentira porque Boscombe había demostrado no quererlo.

»Sin embargo, hay algo extraño. Recuerdo que a este respecto Boscombe le dijo a Stanley: “No entiendo esto, pero le dejo a usted la preocupación. Mientras imaginaba una excusa para hacerle venir aquí de noche, tarde, en busca de la ropa, él mismo la sugirió”. Boscombe dijo que creía que este hombre pensaba realmente birlar algo si encontraba una ocasión oportuna.

»Le dijo al tipo que viniese exactamente a las doce, ni antes ni después. Debía tocar el timbre de Boscombe. La casa estaría a oscuras, pero no tenía de qué preocuparse. Si Boscombe no respondía a la llamada querría decir que estaba ocupado arriba en un trabajo intenso y entonces le dejaría la puerta sin llave. Por lo tanto, si el hombre no obtenía respuesta al timbre, debía entrar silenciosamente, sin despertar a nadie encendiendo fósforos ni buscando luces, sino caminar directamente hasta la escalera que encontraría al fondo, y subir...

»Boscombe, naturalmente, nunca tuvo intención de aventurarse a salir de su cuarto al encuentro del vagabundo. Su treta era hacer creer a los demás de la casa que él se había acostado a las diez y media. Y ahora —dijo Hastings, golpeando fuertemente una mano contra la mesa—, ahora viene la diabólica inventiva.

»Alrededor de las once y media Boscombe había bajado a hurtadillas, en la oscuridad, para quitar el cerrojo y la cadena de la puerta de la calle. El tocar el timbre a medianoche era, por supuesto, simplemente para avisarle de que subía el hombre... ¿Cómo? Perdón.

Se volvió, pálido, al proferir Hadley una exclamación. Hadley dio la vuelta a una página de su libreta de apuntes mientras miraba al doctor Fell.

—Esto —dijo— fue lo que oyó Carver a las once y media. Observe que no oyó ni pisadas sobre el pavimento, que es lo que se oye cuando entra alguien; solamente oyó

rechinar la cadena. Pero no es lo más importante. ¿Ve usted lo que tiene más importancia?

—Lo veo —dijo Lucía Handreth, inesperadamente. Hadley la miró sorprendido, frunció los ojos, y la muchacha lo enfrentó con desafiante serenidad—. Quiere decir que si el inspector Busy Ames encontró la puerta abierta..., y era de esas personas que encuentran las puertas abiertas..., tuvo un breve espacio de tiempo para rondar la casa antes de tocar, a las doce, el timbre de Boscombe.

—De acuerdo —convino suavemente el doctor Fell—. Se interesaba por un determinado cuarto. Y por esto fue asesinado.

Hadley golpeó la mesa.

—¡Por Dios! ¡Acertó!... Pero Miss Handreth, ¿cómo sabe usted no solamente quién era, sino hasta su apodo? ¿Tiene usted algo que decir sobre esto?

—Cada cosa en su momento. Don está hablando... Ahora, Don, no seas tonto y no te pongas tan violento. Te lo dije hace un rato, aunque no me hicieras caso. Ese vagabundo era el *inspector* Ames, y en caso de que el nombre no signifique nada para ti...

Hastings fijó la vista. Se cogió la cabeza entre las manos, con los codos apoyados en la mesa, y se echó a reír de una manera espantosa que parecía sollozase.

—Deja de embromar —articuló, y luego la miró medio asustado—. ¡No querrás decir..., que un policía esperaba a otro y que ninguno de los dos sabía...! Mi cabeza..., cálmate..., ¿dónde está el pañuelo?

»Escucha —continuó luego, con un leve deje de diversión en la voz— de todos modos, esto es una buena salsa para la broma. Me recompensa. Me siento feliz, feliz para siempre a pesar del susto que me di.

»Les he dicho que Boscombe quitó el cerrojo de la puerta. Bueno, cuando vi a Boscombe por la claraboya ya tenía todas las cosas preparadas. Un par de zapatos viejos, un par de guantes de algodón y dos pistolas. Una de las pistolas era un revólver Browning, comprado en una casa de empeños, con los números borrados y con la carga completa. La otra era su automática de calibre treinta y ocho, con un silenciador alemán en el cañón, cargada con siete cartuchos verdaderos y uno vacío.

»En su dormitorio tenía un par de macetas con plantas. Después de quitar el cerrojo a la puerta de la calle, sacó un poco de tierra de una de las macetas y, en el lavabo del cuarto de baño hizo con agua barro, con el que manchó las suelas de los zapatos. Luego entró en el estudio, abrió la ventana más próxima al árbol, se sentó en el antepecho y se puso los zapatos. Con los guantes puestos se echó hacia atrás, de espaldas, como un limpia cristales, rompió un cristal, levantó los pies e hizo marcas en el antepecho como si una persona hubiese entrado por allí. Dejó muy poco barro..., lo necesario para hacer esas marcas y para que quedara un rastro muy débil hasta la mesa donde estaba la caja de bronce. Por supuesto que hizo todo esto con las luces apagadas, pero descabelladamente, sólo unos diez minutos antes de que subiera; esto lo comprendí por lo que él y Stanley decían.

»Tuvieron las luces apagadas desde las diez y media, momento en que debía suponerse que Boscombe se había acostado, para que después *nadie* pudiese decir que había visto luz, y solamente las encendieron fugazmente para asegurarse de que todo estaba listo. Boscombe colocó los zapatos y los guantes, desordenadamente, al revés, sobre el canapé. Tenía una pistola en la mano libre, y la otra, que no había tocado más que con un pañuelo, metida dentro del bolsillo de su *robe de chambre*.

»Habían convenido que cuando oyeran sonar el timbre, a medianoche, Stanley debía meterse detrás del biombo y observar por la rendija para que nadie pudiese ver luz ni capturar a ese vag..., a ese policía...

Al pronunciar esta palabra, que le sorprendió nuevamente, Hastings hizo las mismas señales inexplicables que antes.

—¡Siga! —ordenó Hadley.

—Disculpe..., ni capturar al policía que subía la escalera.

Boscombe le había dicho que estaría trabajando en otro cuarto; el cuarto exterior se encontraría a oscuras, pero no debía preocuparse por ello. Boscombe le había dicho que simplemente abriera la puerta, subiera y llamara sin hacer ruido... Luego empezaría la fiesta, el alborozado griterío y el hermoso experimento de un hombre en trance de morir —la voz de Hastings se alzó—. En cuanto entrara, Stanley debía asomarse por detrás del biombo, encender las luces junto a la puerta y cerrar ésta con llave.

»Ellos atraparían al conejo antes de que gritara. La víctima encontraría a Boscombe, sonriéndole, sentado en el gran sillón, con una pistola en la mano, y a Stanley, también sonriendo, justo detrás de él. Boscombe también había ensayado lo que iban a decir. La víctima diría algo así: “¿Qué es todo esto?”... “¿Qué significa esto?”, y Boscombe respondería: “Vamos a matarle”.

Hastings se oprimió el dorso de una mano contra los ojos.

—¡Maldición! Oír hablar a Boscombe..., saltando de un lado para otro y gesticulando mientras ensayaba era..., bueno, era igual que una de esas terribles pesadillas en las cuales la gente no se considera humana, sino autómatas con quienes no se puede razonar. Se les ve acercarse cada vez más, sabiendo, por supuesto, que lo van a matar a uno.

»Boscombe explicó cómo le llevarían suavemente hasta la otra silla y le harían sentarse, *para ponerle los zapatos viejos con los que le encontrarían muerto*. Luego Boscombe le diría: “¿Ve usted aquella bonita caja sobre la mesa? Ábrala. Contiene dinero y un hermoso reloj. Métselo todo en el bolsillo, que no lo tendrá por mucho tiempo”. Le explicaría exactamente lo que pensaban hacer después que hubieran exprimido toda la sangre de las venas de la víctima y obtenido todas sus “reacciones”, de haberle visto implorar y rogar. Ellos considerarían *dónde* le matarían, y después de haber gozado con este juego de manera sinuosa, Boscombe retrocedería y le apuntaría al ojo con la pistola con el silenciador.

»“No deseo que sufra”, le oí decir a Boscombe. “No es éste mi propósito”.

Lucía Handreth, que estaba de pie junto a la chimenea, se volvió de pronto y se tapó los ojos con las manos. Gritó:

—Él no pudo..., ni siquiera Calvin Bos... Usted ve..., ¡es demasiado horrible! Debe de haber sido una broma para poner a prueba los nervios de ese hombre, Stanley..., como dijo.

Durante el silencio enfermizo y pesado, Hadley dijo:

—No veo que haya mucha diferencia, si esa es la forma de gastar una broma a un neurótico enfermizo —se aclaró la garganta y finalmente añadió—. ¿Bueno, Mr. Hastings? ¿Qué harían ellos, entonces?

—La diversión terminaría con otro pequeño trabajo. Lo tenderían en el suelo, con los zapatos y guantes puestos, al lado de la caja robada. Le pondrían en la mano el revólver Browning, sin descargar, Stanley le daría un apretón de manos a Boscombe, le agradecería la noche agradable y huiría mientras Boscombe volvía a echar la llave a la puerta de la calle. Boscombe iría entonces a arrugar la cama. Volvería al cuarto, dejando el cartucho usado en el suelo; ocultaría el silenciador y los zapatos del hombre y dispararía al aire un cartucho vacío... Cuando el estrépito del disparo despertara a la casa, Boscombe (que habría repuesto el cartucho vacío) explicaría que se había despertado por un ruido y...

»Lo ve usted. Él no hubiera sido ni por un momento acusado, sino encomiado. “Valiente amo de casa mata a un ladrón armado en defensa propia. *Retrato intercalado*: Mr. Calvin Boscombe, que se anticipó una fracción de segundo al temerario criminal que amenazó su vida”. —Hastings ahogó su risa desagradable y se inclinó hacia adelante.

»Esto fue lo que debió suceder. Ahora le diré lo que realmente ocurrió.

La puerta del cuarto se abrió suavemente, y entró Boscombe. Nadie se movió ni habló. Todos le miraron fugazmente, sin verle, y luego volvieron la vista hacia Hastings; pero Melson sintió en el aire un murmullo, una repulsión, como si cada uno se hubiese alejado un poco de él. La atmósfera era cada vez más espesa, porque la cara de Boscombe mostraba una sonrisa enfermiza al frotarse las manos. Él los miró a todos, pero nadie le miró a él. Únicamente el doctor Fell le estudió, y en sus ojos se observaba una turbación enigmática. Los labios de Boscombe se crisparon al cruzarse de brazos.

—Una cosa observé... a medida que la hora cero se acercaba —continuó Hastings, aunque su tensión decaía y estaba aún más pálido que cuando había entrado —: Stanley temblaba menos y se ponía un poco más humano..., o inhumano. La mandíbula floja perdió algo de su contracción nerviosa. Los minutos seguían corriendo, hasta que de repente la campana grande en el vestíbulo empezó a dar la medianoche. ¡Dios mío!, ¡sonaba fuerte!, como un trueno el día del Juicio Universal. Pensé que no iba a poderme mover, casi se me ponían los pelos de punta. Y por añadidura, Stanley dijo con una voz que sonó tan fuerte como la campana: “¿Lo va a hacer? ¿Piensa hacerlo?”, y Boscombe dijo: “Sí. Métase detrás del biombo y no eche

a perder su parte cuando le toque. Usted encontrará el interruptor de la luz porque hay una luna brillante y he dejado la...”.

»Fue entonces cuando miró hacia arriba.

—¿Le vio a usted? —preguntó Hadley y se adelantó como si Boscombe no hubiese estado allí.

—No. La luz le daba en los ojos y estaba pensando en otras cosas. Su cara era igual a la del ciego que mira a través del cristal. Lo que le distrajo, y me favoreció, fue que en el mismo instante sonó el timbre de la puerta de la calle.

»Esa chicharra debe de estar colocada cerca del techo porque la maldita cosa sonaba como una serpiente de cascabel, justamente debajo de mis manos. Yo salté y casi rodé. Boscombe dijo: “Detrás del biombo. En cinco minutos estará aquí”, y apagó la lámpara de la mesa.

»La luz de la luna penetraba en el cuarto con un débil color azulado. No podía ver a Stanley, que estaba detrás del biombo, pero veía claramente a Boscombe, y delante la luz de la luna sobre la puerta doble y la sombra del gran sillón, densa y oscura. Boscombe, de pie en medio de aquella luz misteriosa, sacudiendo los hombros; oí el golpe seco del seguro de su pistola cuando lo soltó. El timbre de la puerta sonó otra vez, terriblemente, y zumbó un par de veces más: la víctima clamaba por caer en la trampa. Cuando cesó el zumbido (que pareció increíblemente fuerte y nervioso), Boscombe retrocedió hasta el sillón grande y se sentó. Yo le veía inclinado hacia adelante, sosteniendo la pistola con la mano, nerviosa, y la luz de la luna que temblaba sobre el largo cañón azulado...

»Había dicho que en cinco minutos llegaría la víctima. Parecieron diez minutos largos, aunque no lo fueron porque puedo jurar que contuve mi respiración durante todo el tiempo. Un silencio completo reinaba por todas partes. Fuera ni siquiera se oía la bocina de un automóvil, dentro ni el tiro de la chimenea. Pensé que ahora estaría abriendo la puerta de la calle y mirando hacia adentro. Ahora atravesaría el vestíbulo...

»Minutos, horas...

»La tensión aumentaba. Oía crujir la silla de Boscombe. Hasta podía oír su respiración; pero él seguía empuñando firmemente la pistola. Stanley hizo sonar una lata o cualquier otra cosa detrás del biombo. Era como oír el tic-tac de un reloj dentro de la cabeza. Sentí que no podría resistir mucho más, cuando de repente habló Boscombe. No fue más que un susurro, pero el hombre estaba perdiendo su dominio, y la pistola tembló. Dijo:

»“¿Qué diablos le está demorando?”.

»La voz alcanzó un tono descabellado al articular el susurro, se le notaba la angustia, que parecía despedirle de la silla. Se levantó y dio un par de pasos hacia la puerta doble. La luz azulada iluminaba las dos hojas, y de repente me pareció que veía moverse uno de los picaportes. Pero estoy seguro de que oí un ruido...

»Fue un ruido que sonaba del lado exterior de la puerta, como un perro que tratara

de entrar, que se tambaleó y manoseó durante unos minutos. Luego, como un estampido, la hoja izquierda se abrió de golpe. Alguien o algo cayó dentro, se apoyó sobre las manos como si estuviese saludando al estilo indio, hizo un esfuerzo y quedó tendido con medio cuerpo dentro del cuarto. Era un hombre que tenía algo brillante en la parte posterior del pescuezo y que trataba de hablar como si tuviese la boca llena de agua.

»Boscombe dijo una maldición y saltó hacia atrás. Al golpear aquel hombre la puerta hubo una especie de chasquido repentino, y Stanley gritó algo detrás del biombo. Por un segundo nadie se movió, a excepción del hombre que se retorció en el suelo y golpeaba con los talones. Boscombe tropezó antes de llegar hasta la mesa para encender la lámpara.

»La materia brillante era dorada. Lo miré una vez. Luego apoyé la frente en el techo y me sentí tan débil que no pude moverme. Creo que mis zapatos también golpearon...

Hastings calló, se acomodó en la silla y cobró aliento. Continuó más tranquilo:

—Qué me hizo mirar hacia arriba, no lo sé. Puede haber sido un ruido en la azotea, aunque creo que no estaba en condiciones de prestar atención a ruidos en ese momento. Pero miré... hacia una chimenea a mi derecha, y le vi.

»Estaba junto a la chimenea y me miraba fijamente. No sé si era hombre o mujer; la única impresión que tuve fue de una cara pálida y (no sé si lo digo claro) de una malignidad tan poderosa que me sobresaltó. Y vi una mano a un lado de la chimenea. Al moverse, un rayo de luz que salía de la claraboya cayó sobre aquella mano en el momento en que la persona desaparecía de mi vista. Sobre la mano había una mancha de pintura.

Sus ojos se dirigieron hacia el reluciente reloj que estaba sobre la mesa y luego los cerró. Calló tanto tiempo, que Hadley le incitó:

—¿Bueno? ¿Y qué más?

Hastings hizo un ademán.

—Usted sabe lo demás... La primera idea coherente que tuve fue que, si podía evitarlo, Eleanor no debía subir a la azotea, pasando por delante de la puerta de Boscombe y viendo lo que allí había. Pude haber bajado por la puerta de la azotea, pero no había motivo para revelar a la abuela Steffins dónde estaba yo. Pensé que si bajaba, corría hasta la puerta de la calle y... No sé, no estoy seguro de lo que tenía en la cabeza, excepto que debía correr ciegamente a alguna parte y librarme de aquel espectáculo. Llegué al árbol con facilidad. Recuerdo haberme balanceado para alcanzarlo. Es todo lo que recuerdo, además de oír cómo se rompían las hojas, y de pronto ver el árbol al revés, hasta que me desperté. En el cuarto de Lucía, un viejo con barbita gris estaba inclinado sobre mí, y al minuto siguiente sentí que cuando hablaba para contarle todo esto a Lucía me machacaban la cabeza con clavos de acero.

Hadley la miró interrogativo. La muchacha hizo un ademán cínico y se anticipó a

su pregunta.

—Sí, inspector. Usted querrá, por supuesto, saber algo de mí. No sé cuánto tiempo después de caer le recogí; no le oí caer... Estaba leyendo en mi dormitorio y debí de haberme quedado dormida...

—¿Usted tampoco oyó nada de lo que pasó en la casa?

—No. Le dije que estaría dormitando en el sillón —vaciló y se estremeció ligeramente—. Algo me despertó; no sé qué fue, pero sé que me sobresaltó. Miré al reloj y vi que era bien pasada la medianoche. Sentí frío y..., bueno, estaba destemplada; no quería molestarme en encender el fuego. Fui entonces a la cocina para calentar un poco de agua y tomar un ponche antes de acostarme. La ventana de la cocina estaba abierta, y oí que alguien se quejaba en el patio. Salí...

—Usted demostró mucha presencia de ánimo, Miss Handreth —le dijo Hadley, con ironía—. ¿Y entonces?

—No mostré gran presencia de ánimo, y me parece que no tiene por qué ser sarcástico. Le hice entrar. Sangraba horriblemente. Pensé despertar a Chris Paull o a Ca... —miró a Boscombe, se dominó, y un brillo asomó por debajo de los párpados, aunque su cara continuaba pálida—, para que Chris me ayudara sin despertar a los demás. Abrí la puerta de mi salita al vestíbulo, vi una luz que se reflejaba desde arriba y oí voces. También vi a Mrs. Steffins, parada en medio de la luz, mirando hacia arriba y escuchando. Observé que estaba completamente vestida. Mrs. Steffins me vio; cerré entonces la puerta y volví junto a Don. Esto fue unos pocos minutos antes de que usted llegara. Cuando el médico vino a ver a Don, Mr. Carver le acompañó y me contó lo que había ocurrido. Cuando Don volvió en sí insistió también en hablar.

La muchacha habló con la voz de sonsonete sin sentido de un policía que presenta las pruebas delante del magistrado. Luego la voz se avivó.

—Por supuesto que cayó solamente desde nueve metros, y por supuesto que las ramas amortiguaron el golpe —agregó Lucía, vehementemente—. Y por supuesto que debe declarar. Pero ¿quiere dejarle irse ahora?

—No tengo nada —interrumpió Hastings, con voz quejosamente alta—. Por el amor de Dios, Luce, ¿quieres dejar de tratarme como a un niño? —se hallaba en tal estado de debilidad, que hasta las cosas de poca importancia adquirirían ante sus ojos un matiz espantoso que casi le llevaba al llanto—. Lo has hecho desde siempre, y ya me tiene cansado. Persigo un fin al decirlo, piensen ellos lo que quieran. No tengo nada en especial contra Boscombe. No me agrada —los ojos le relampaguearon fugazmente—, pero no tengo nada contra él. Es ese sinvergüenza de Stanley. Quien sea que haya matado al tipo, sé muy bien que ellos no fueron; pero pensaron hacerlo, y quiero que todos sepan lo sinvergüenza que es Stanley. Quiero que sepan que él fomentó el asesinato, que él estuvo allí y lo presencié...

—Sí —dijo Hadley—, pero usted también.

Hastings se quedó muy callado, y por primera vez muy seguro de sí mismo. Una

sonrisa terrible le apareció en la cara.

—No, es diferente —dijo—. ¿No lo he dicho bien claro? —la sonrisa fue convirtiéndose en mueca—. Esto fue lo que acabó con mis nervios: la alegre expectación... Yo lo tenía todo planeado. Contaba con tiempo suficiente. Cuando ellos hubiesen acabado de hablar con la víctima y estuvieran preparados para disparar me descolgaría por la claraboya. Y esperaba que la víctima pudiese luchar con Boscombe; de todos modos, al viejo Bossie le quedarían pocas energías, y yo lucharía con los dos. Tal vez debería explicar que fui figura principal en el equipo de boxeo del colegio. Primero le pegaría a Stanley, golpeándole hasta dejarle hecho una gelatina —calló, respiró hondo, y la sonrisa alcanzó un éxtasis criminal—. Bueno, no importa. Luego cargaría contra los dos con el testimonio de la víctima, y *todas las pruebas convenientes que ellos no podrían destruir...*, por intento de asesinato. No los van a ahorcar, pero estoy dispuesto a apostarle que aun así arderán sus efigies en una altísima hoguera que se ha construido para el día de Guy Fawkes.

—Pero ¿por qué? Calma, Mr. Hastings. ¿Qué tiene usted contra...?

—Es mejor que se lo digas, Don —insinuó suavemente Lucía—. Las cosas están tan sucias que de todos modos se sabrá. Y si tú no lo haces, lo haré yo.

—Oh, se lo diré. No me avergüenzo de... Mi nombre completo —dijo, ásperamente— es Donald Hope-Hastings. Y ese sinvergüenza mató a mi padre.

Saltó de la silla y se dirigió hacia la puerta. Cuando la cerró detrás de él, se oyó una exclamación de sorpresa del sargento Betts y un golpe seco producido por las rodillas de alguien que caía al suelo.

## PINTURA DORADA

—**A** tiéndale —dijo Hadley, lacónicamente, a Lucía Handreth— y luego vuelva. Quiero que todas las mujeres de la casa vengan inmediatamente —se quedó mirando hacia la puerta que se cerró detrás de ella, escuchando el barullo que había en el pasillo, y le dijo al doctor Fell—: Esto se está poniendo peor que una pesadilla, se ha complicado con el hecho de que a este joven le gustan los melodramas. ¿Dirá la verdad? ¡Hum! Recuerdo que el viejo Hope (es la persona de quien le estuve hablando; la que robó un cuarto de millón de su propio banco) tenía entonces un hijo de siete u ocho años. Si este joven no fuese tan aficionado al melodrama...

Pero Hadley no estaba cómodo. Se secó la frente con el pañuelo y miró su libreta de apuntes como si no tuviese ninguna información útil.

—En eso está equivocado, Hadley —le contradijo el doctor Fell, con voz gruesa—. No le gusta el melodrama, pero lo vive: y no representa un papel estudiado porque pertenece a la errática y verdadera raza humana. A usted le impresiona tanto la emoción, que le lleva a decir que no existe, si alguien no se lo dice en términos normales. Usted sólo entiende los castos sentimientos del ladrón que desea la propiedad ajena. Cuando alguien siente realmente mucho odio o pesar, usted no le considera un interesante problema metafísico como un personaje de Ibsen. (Por esto todas las casas de Ibsen son casas de muñecas). Pierde, por el contrario, la cabeza y habla de melodramas descabellados. Lo mismo que... —refunfuñó para sí, alisándose el bigote, y pareció más preocupado que nunca.

—Creo que ahora sé en qué está usted pensando —dijo suavemente Boscombe.

El doctor Fell se sorprendió.

—¿Eh? ¡Oh! ¿Todavía está usted aquí? —preguntó y resopló, mientras sus ojitos saltaban de uno a otro. Para serle sincero, tenía esperanzas de que se hubiese ido.

—¿Así que estoy bajo sospecha? —preguntó Boscombe, con voz aguda. Su control volvía a aparecer, a pesar de que trataba de adoptar un aire de cínico humorismo. ¿Me considera un monstruo?

—No. Pero le gustaría parecerlo —dijo el doctor Fell—. Esta es su preocupación y su fobia. Usted está lleno de desagradables tonterías, pero yo le creo un farsante. Su cerebro no está a la altura del *verdadero* diablo que anda detrás de todo esto, y por cierto que usted nunca pensó en matar realmente a Ames...

—Ya se lo dije —repuso Boscombe—. Ya le dije que era una broma para ese jactancioso de arriba, porque estoy cansado de oírle charlar sobre su personalidad en otros tiempos.

—¡Uh!, sí. Eso fue cuando usted pensó que podría ser acusado de asesinato. Pero

ahora que sabe que no corre peligro, cree que puede darse el gusto de pasar por un demonio. Sostiene ahora que realmente pensó en el asesinato y lo ventila para alabarse. En cierta manera, usted me molesta, amigo.

Boscombe se echó a reír, y Hadley se volvió.

—Usted cree que no está en peligro, ¿eh? —dijo—. No cuente con ello, pues tal vez me dé el gusto de arrestarle con la acusación de intento de asesinato.

—Usted no puede hacerlo —intervino el doctor Fell, desalentado—. Dañará su reputación de demonio, pero...; miré la pistola cuando la tuvo Pierce... y observé que el silenciador es falso.

—¿Qué?

—No es de ningún modo un silenciador; es simplemente un cilindro de lata pintado de negro, con un gollete delante para darle mejor aspecto. Maldición, Hadley, ¿no se da cuenta de que ha fomentado demasiado su imaginación? Debería saber que en Inglaterra no hay más que media docena de silenciadores verdaderos y son muy difíciles de conseguir; pero todo buen simulador de crímenes asegura que lo ha empleado. ¡Bah! Todo su caso contra Boscombe y Stanley tendría que depender de que Ames hubiese sido matado empleando un silenciador, y ellos podrían burlarse de usted cuando presentara la prueba número uno. Es una suerte, Boscombe, que usted no hiciera que Stanley lo mirara de cerca, porque todavía podría estrangularle por su broma.

Hadley se puso de pie y miró a Boscombe.

—Salgo —dijo.

—Quisiera sugerir... —empezó Boscombe.

—Salga de aquí —repitió Hadley, dando un paso hacia delante—, o dentro de un minuto...

—Antes de terminar este caso —le dijo Boscombe, frunciendo la nariz al retirarse—, usted me buscará para pedirme mi opinión; pero por el momento no me siento dispuesto a ayudarle. Diviértase hasta que se lo diga.

La puerta se cerró. Hadley refunfuñó algo, se restregó las manos y volvió a su libreta de apuntes.

—Lo que más me molesta —declaró— es el enredo del asunto por la espantosa serie de coincidencias. ¡Observe! Alguien de esta casa, anónimamente, le dice a Ames que la mujer que apuñaló al detective de los almacenes vive aquí, ocultando algunas pruebas, pero se niega a ayudar a Ames a entrar. Posteriormente, otro hace entrar a Ames..., para hacerle llegar hasta una trampa criminal, instalada para divertirse por Boscombe y un exinspector de policía que ha estado íntimamente vinculado a Ames. Al dirigirse hacia la trampa. Ames es apuñalado por una tercera persona..., posiblemente la mujer que antes mató al detective de los almacenes. Observando todo este infernal asunto desde la claraboya, hay un joven cuyo padre fue matado por Stanley hace catorce años y también fue perseguido y declarado culpable por Ames. Fell, si las coincidencias llegan más allá, no quiero oírlo. Si fuese una

novela, y no la vida real, me negaría sencillamente a creerlo.

—¿Usted cree que son puras coincidencias? —intervino el doctor Fell, meditativo—. Pues yo no.

—¿Qué quiere decir?

—Que no lo creo —afirmó el doctor, con cierta porfía—. Pueden suceder milagros, pero no ocurren a montones como en una actuación de prestidigitadores. Asimismo, muchos de los casos criminales (lamento decirlo) se resuelven por una o dos coincidencias: alguien que mira por una ventana inesperadamente, o que no tiene bastante dinero para pagar el coche, o cualquier otro motivo llevan a la horca al asesino más astuto. Pero el simple azar no puede producir la sarta de mentiras que tenemos aquí.

—¿Usted quiere decir...?

—Quiero decir que todo fue preparado, Hadley. Una miserable pequeña coincidencia es verdadera, pero el resto fue urdido por la imaginación de alguien a cuyo lado resulta insípida la gastada bromita de Boscombe. Esa persona es el mismo diablo. Alguien conocía las historias y las situaciones de las personas de esta casa. Alguien hizo mover a estas personas como en un gambito y provocó esta situación complicada como marco para el golpe final con la aguja del reloj. Hadley, voy a tener miedo de cada persona que encuentre hasta...

—Dispense, señor —dijo el sargento Betts, asomando la cabeza dentro del cuarto—, ¿quiere venir un momento? Hay algo... —cambió de expresión al entrar Lucía Handreth—. Benson, Hamper y el doctor han terminado ya y le informarán antes de retirarse.

Hadley asintió y cerró a prisa la puerta al salir. Lucía le miró, meditativa. La muchacha fumaba un cigarrillo con bocanadas cortas, y con la uña del meñique se quitó un pedacito de papel del labio inferior. Cuando apartó los labios, asomaron los afilados dientes blancos; por encima de Melson, clavó la mirada en el doctor Fell.

—Estoy lista para el interrogatorio de tercer grado de las mujeres —anunció—. Eleanor y Steffins vendrán dentro de un momento. Todavía están peleándose. Don está... tan bien como puede esperarse.

—Siéntese, señorita —la instó el doctor Fell con ese modo alegre y benévolo que reservaba para las mujeres bonitas—. Eh, eh, eh, eh. Me alegro de saberlo. Creo que usted le conoce desde hace tiempo, y así fue como vino a dar con el difunto inspector Ames.

La muchacha sonrió.

—Se han revelado muchos secretos esta noche. Así que no me importa reconocer que somos primos hermanos. Por lo menos, servirá para persuadir a nuestra pequeña Nell de que no tiene motivos para estar celosa —un vivo menosprecio asomó en sus ojos; lo disimuló y contempló su cigarrillo—. Mi madre era hermana de Carlton Hope, o Hope-Hastings, el hombre que ellos capturaron.

—¿Capturaron?

La muchacha apartó rápidamente el cigarrillo; Melson pudo ver sus dientes afilados.

—Él no era más culpable que usted de aquel desfalco, y aún menos si usted pertenece a la policía. ¿Es así? —Lucía le examinó y esbozó una sonrisa—. Le hago el cumplido de decirle que usted no lo parece. Ellos no podían encontrar una víctima, entonces le acusaron, pero luego supieron que no podrían condenarle en juicio público, y entonces... —arrojó el cigarrillo a la chimenea y se puso a caminar de arriba abajo, rápidamente, con los brazos cruzados, como si sintiese frío.

»Don tenía entonces solamente ocho años, y yo trece; así que sé algo más de ello. Lo curioso es que Don cree realmente que su padre era culpable..., porque su madre le hizo creerlo; y se siente avergonzado, tan avergonzado, que oculta nuestro parentesco. Cuando vine aquí, y Don se enamoró de Eleanor, no quería que se supiese que éramos parientes por miedo a que Steffins lo descubriera de algún modo. Sin embargo, odia violentamente a la policía. En cambio, sé perfectamente bien que el tío Carlton era inocente, y yo... —calló y se encogió de hombros, con cansancio—. De nada sirve continuar, ¿no? Algunos son deshonestos, y me atrevo a decir que otros son honestos; pero en este caso no hay mucho que hacer. Soy un poco fatalista.

El doctor Fell sopló la cinta de los lentes para alejarla de la nariz, y refunfuñó amablemente.

—Puede serlo, por supuesto —reconoció—, aunque tal vez no conozca bien el significado del término. Cuando una persona dice que es fatalista, muy a menudo quiere decir simplemente que es demasiado haragana para tratar de cambiar el curso de los acontecimientos; pero sospecho que usted es una luchadora, Miss Handreth —sus soplidos le sacudían la papada y sus ojitos parpadeaban—. Dígame, cuando usted vio que el inspector Ames rondaba por aquella taberna, ¿qué pensó?

La muchacha vaciló, pareciendo cambiar de idea, y con un ademán de entendimiento, contestó:

—Sinceramente, me alarmé. Sabía que yo no había hecho nada, pero... su presencia... —Lucía le miró fijamente—. ¿Por qué iba allí?

Calló cuando Hadley, con una agitación contenida en los músculos de la mandíbula, hizo entrar a Mrs. Steffins y a Eleanor. Ambas estaban sonrojadas. Mrs. Steffins meneaba ligeramente la cabeza sin mirar a Eleanor, pero clavando la vista delante, como si estuviese prestando mucha atención a una de las vitrinas, mientras continuaba un monólogo entre dientes.

—... Y no basta —siguió a la manera de un ventrílocuo, mientras iba ruborizándose— con proceder a una seducción vulgar en la propia azotea de esta casa, donde cualquiera podría estar mirando; destroza el corazón de su pobre tutor, mientras que por cualquiera se gasta los dedos hasta los huesos; y guarda todo, cada penique del dinero que gana, mientras que no contribuye ni con medio penique al sostenimiento de esta casa, donde yo gasto también mis dedos hasta los huesos —una breve pausa—; arriba en la azotea, sobre nuestras cabezas, frente a los vecinos...,

cosa que le prevengo que nunca olvidaré hasta que llegue a mi lecho de muerte — aquí las lágrimas brillaron en sus ojos—. Podría pensar a veces un poco en nosotros, pero ¿lo hace? No, y no sólo eso —dijo Mrs. Steffins, de pronto, llegando al ataque de frente y girando en derredor—: le pide, además, a su amante que se quede toda la noche en esta casa, después que usted deliberadamente, en aquella azotea...

—¡Tonterías! Estos edificios son en su mayor parte oficinas —dijo Eleanor, con brusco espíritu práctico—, y ¿quién podría mirar? Lo he averiguado.

Mrs. Steffins se puso fríamente ceñuda.

—Muy bien, señorita. Todo cuanto puede decir es que él no se quedará aquí. Por supuesto que usted es de las que hablan de todo esto con extraños —dijo, alzando la voz sin darse cuenta, con la aparente esperanza de encontrar apoyo en alguno de los presentes—, pero, puesto que lo hace, puedo asegurarle que él no se quedará aquí. ¿Dónde le pondríamos? No con Miss Handreth, le aseguro. ¡Ja, ja, no! —exclamó Mrs. Steffins, sacudiendo la cabeza y haciendo una mueca al sonreír, una sonrisa mezquina, como si viera la intención solapada y siniestra, pero fue lo suficientemente perspicaz para dominarla—. ¡Ja, no!, no con Miss Handreth, le aseguro.

—Póngale en el cuarto de Chris Paull. A Chris no le importará.

—No haremos nada de eso... Además —titubeó—, el cuarto está ocupado, como ve...

—¿Ocupado? —preguntó Eleanor.

Mrs. Steffins apretó firmemente los labios. Hadley, que las había dejado hablar por un motivo personal, intervino.

—Me interesa eso, Mrs. Steffins. Parece que ha habido un malentendido. Se nos informó que Mr. Paull estaba ausente, y nada se nos dijo de que alguien ocupase su cuarto. Si hay alguien allí, debe de estar sordo o muerto. ¿Quién es?

El cambio fue tan notable como rápido. Mrs. Steffins, sensiblera, había mantenido contraído el mentón; luego, como por efecto de uno de esos croquis al carboncillo de un artista impresionista, una serie de arrugas se marcaron en su cara que había sido bonita. Sobre el cuello arrugado, y entre los labios de una cara ligeramente sonrojada, brillaban unos dientes perfectos. Una amplia sonrisa, una sonrisa dental, una expresión desaprobadora en sus ojos violáceos; el porte insinuante de sus fuertes hombros indicaban su atractivo; la voz adquirió un timbre distinto y, en el esfuerzo por hacer resaltar su atractivo, pareció por primera vez algo siniestra.

—Pero se me habrá pasado —dijo, con voz armónica, como parodiando a la BBC—. Mi querido señor..., mi querido inspector..., ¿quién podría estar en el cuarto del querido Mr. Paull sino el propio Mr. Paull?

Eleanor la miró con suspicacia.

—¿Oh? Yo no sabía que estaba aquí, y tiene el sueño ligero. Seguramente habrá...

—Por supuesto, querida, que usted los conoce a todos, ¿no? —dijo Mrs. Steffins, inclinando un poco la cabeza para mirar—. Pero no creo que sea realmente necesario

despertarlo. No creía que era necesario decírselo a Johannus, ni a Eleanor, ni siquiera a su amiga Miss Handreth. Y me parece que es de buen tono para un joven pertenecer a buenos clubs, ¿no les parece a ustedes?, porque entonces está con gente, y no va a esas tabernas sucias y desagradables o a la otra clase de clubs donde dicen que las mujeres perdidas bailan muy inmoralmente —una rápida pausa para recobrar aliento—, aunque, por supuesto, si está en clubs y habla con miembros de la nobleza..., tal vez usted conozca la casa de *sir* Edwin Roxmoor, a tres horas y quince minutos de tren..., tal vez beba demasiado, y sé perfectamente bien...

El doctor Fell se golpeó la frente.

—¡Ya sé! —declaró, con un repentino aire de inspiración—. ¡Por fin empiezo a comprender! Usted quiere decir que está como una cuba.

Mrs. Steffins dijo que eso era vulgar y lo rechazó. Confesó, presionada, que Christopher Paull había llegado aquella tarde hacia las siete y treinta, con muchas copas encima, y que por un misterioso motivo había entrado por la puerta de atrás; ella le había ayudado a llegar hasta arriba, sin que nadie se enterase de su presencia y, por lo que sabía, estaba todavía en su cuarto. Le gritó a Eleanor por haberla hecho hablar, y después enmudeció. Hadley fue hasta la puerta y le dio instrucciones al sargento Betts. Cuando volvió, algo en la expresión de su cara dominó aún a la atractiva Mrs. Steffins. Su verbosidad se desvaneció, y se encerró en un miedo histérico a que el tema tomara un giro desagradable.

—Tengo varias preguntas importantes que formular a cada una de ustedes —dijo Hadley, mirando por turno a las tres mujeres. Lucía parecía natural, Eleanor a la defensiva y Mrs. Steffins lloriqueaba—. Siéntense, por favor —esperó hasta que Melson hubiese adelantado las sillas, luego él también se sentó, y cruzó las manos—. Es tarde, y no las retendré mucho tiempo esta noche; pero quisiera que todas ustedes estuviesen seguras de lo que dicen. Miss Carver...

Hubo una pausa preparatoria mientras leía sus anotaciones. Eleanor se enderezó.

—Miss Carver, a propósito de la puerta que conduce a la azotea. Anoche estaba cerrada con llave, y usted dice que generalmente está con llave. Tenemos motivos para creer que anoche el asesino estuvo en esa azotea unos pocos minutos o inmediatamente después de apuñalar... ¿Quién tiene la llave de esa puerta?

Alguien en el grupo respiró entrecortadamente, pero como estaba de espaldas a Melson, no podría decir quién fue. Hizo un pequeño movimiento para poder verle.

—Yo la tenía —repuso Eleanor—. Ahora que usted conoce todo el asunto, no me importa decírselo. Alguien me la robó.

—Mañana quedará cerrada con un candado. Con un candado y clavada... —dijo violentamente Mrs. Steffins, pero la mirada de Hadley la hizo callar.

—¿Cuándo fue robada, Miss Carver?

—Yo... no lo sé. Generalmente la guardo en el bolsillo del abrigo —se tocó la chaqueta de cuero—. Creí que anoche la tenía. Yo..., anoche, cuando me puse la chaqueta, ni siquiera me molesté en asegurarme de que la tenía. Supongo que al salir

metí la mano en el bolsillo, automáticamente..., tenía un pañuelo, un par de guantes, algunas monedas y otras cosas en el bolsillo, así que simplemente supuse que estaría entremezclada con las demás cosas. No descubrí que no la tenía hasta que fui arriba..., cuando subí por primera vez —se sentía molesta, entre furiosa y temerosa.

—¿La primera vez?

—Sí. Cuando estos dos —señaló al doctor Fell y a Melson— entraron y me vieron, era la segunda vez. Reconozco que subí por primera vez unos quince minutos antes...; lo recuerdo porque el reloj estaba dando las doce menos cuarto. Llegaba anticipadamente porque habían cerrado la casa temprano y estaba segura de que todos se habían acostado... ¡Oh, no me mire así! —se interrumpió para observar fijamente a Mrs. Steffins, luego agitó los pesados párpados y prosiguió con sereno desafío al enfrentarse a Hadley—. Subí, pues, en la oscuridad y entonces descubrí que no tenía la llave. Pensé que la había perdido. Por eso bajé a buscarla a mi cuarto, y cuanto más buscaba más segura estaba de que la había puesto en este bolsillo; entonces pensé...

—¿Bien, Miss Carver?

—Que alguien me estaba gastando una broma pesada —repuso vehementemente. Miró de frente, abría y cerraba las manos—. Estaba muy segura porque recuerdo que la última vez la puse en un dedo del guante..., en el caso de que alguien viniese a curiosear como lo hacen..., y, además, es una costumbre que tengo con las llaves. No sabía qué hacer; volví al vestíbulo y entonces vi y oí..., usted ya lo sabe.

—Sí. Volveremos a esto dentro de un momento. ¿Cuándo fue la última vez que vio la llave?

—El domingo pasado por la noche...

—¿Y su cuarto está cerrado con llave?

—Oh, no. A nadie se le permite tener llaves en las puertas —dijo y se echó a reír vivamente—, excepto a J.

—No veo motivo —interpuso Mrs. Steffins, encogiendo los hombros en señal de asombro—, no veo motivo, verdaderamente, para que una mujer de treinta años, que gana su propio sueldo..., y estoy segura que mejor sueldo del que jamás soñé pedir cuando fui la acompañante y confidente de una mujer excelente y refinada como la querida difunta Agnes Carver, aunque sin duda tienen distintas ideas los empresarios de teatros..., para que una mujer de treinta años permanezca aquí si no le agrada, después de toda la gratitud que debería tener.

Eleanor se volvió. El rostro suave se había sonrojado aún más.

—Usted sabe por qué —repuso amargamente—. ¿Qué está insinuando con toda su charla y sus lágrimas? ¿Cómo podría ser desagradecida con mi tutor, que me salvó del orfanato cuando me quedé sin padres, pobres como éramos...?, mentirosa..., y usted necesita el dinero y..., ¡oh!, yo sé lo que es usted ¡y estoy harta! He aprendido mucho esta noche y he sido una tonta sentimental, pero ¡de ahora en adelante...!

Hadley la dejó seguir porque sabía que estas cosas producen extraordinaria sinceridad en los testigos. Ahora interrumpió.

—Retrocedamos hasta la segunda vez que fue arriba, Miss Carver... Cuando usted oyó a Boscombe decir «¡Dios mío, está muerto!» —la miró rápidamente— y vio a alguien tendido en el suelo a la sombra de la puerta; usted pensó que era alguien que conocía, ¿no es así?

—Sí —una vacilación—. No sé cómo lo ha adivinado usted, pero creí que era Donald.

—¿Y usted pensó que Boscombe lo había matado?

—Yo..., sí, creo que sí. Yo..., fue horrible, y esto fue lo primero que pensé...

—¿Por qué?

—Odia a Donald. Anduvo rondándome; es muy gracioso cuánto tiempo necesitó para decir lo que quería; estaba nervioso y finalmente se me acercó, resuelto a llegar a algo, ¡oh!, tan diabólico; me puso la mano sobre la rodilla y me preguntó si me gustaría un bonito automóvil y un apartamento...

Mrs. Steffins sollozaba con un desconcierto que le impedía hablar; y Eleanor la miró, traviesa, mientras hablaba a Hadley.

—... yo le contesté: «Muy bien, con tal que me lo ofrezca la persona que me conviene» —se echó a reír—. Entonces dio un salto y repuso: «Hasta me casaría con usted», pero fue tan gracioso que no pude dominarme.

Hadley la observó.

—Aun así —la interrumpió cuando iba a continuar—. ¿Qué le hizo pensar que Hastings pudiese estar en la casa? Por lo general no entraba, ¿no es así? ¿Y cómo pensó que podía haber entrado, si la puerta estaba cerrada con llave?

—Oh, bueno..., tiene la cerradura en el picaporte. Puede abrirse desde el otro lado girando el picaporte, simplemente. Y, ve usted, Don es tan..., tan tonto en algunas cosas, que podía haber sido tan loco como para entrar.

Hadley lanzó una mirada al doctor Fell, que refunfuñó algo en forma distraída y le dio la espalda.

—¿Quiere decir, Miss Carver, que la cerradura está hecha para que cualquiera..., un ladrón, por ejemplo..., pueda entrar por la azotea?

La muchacha frunció el ceño.

—Bueno, antes había un pasador, uno herrumbroso, y una noche se atrancó cuando yo quería subir; entonces Don lo quitó...

—¿Verdaderamente lo hizo? —dijo Mrs. Steffins, con tal tono de frío enojo que parecía confirmar lo anunciado—. ¿Verdaderamente lo hizo? Entonces me parece que tendré algo que decirle a la policía sobre este joven inteligente y desconsiderado...

Hadley se volvió hacia ella.

—Ahora su declaración, Mrs. Steffins —interrumpió bruscamente—; eso es lo que quiero ahora. Quiero una explicación —buscó entre los papeles de la mesa y de pronto tomó la reluciente aguja—. ¿Sabe que anoche un hombre fue matado con esto?

—No quiero verlo, ¡sea lo que fuere!

—¿Y comprenderá que probablemente habrán quedado rastros de pintura en las manos y en las ropas del asesino?

—¿Sí? Me niego a que me miren de este modo. Me niego a que se dirija a mí de esta forma y no permitiré que me haga reconocer que he dicho algo.

Hadley arrojó la aguja sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Se le exigirá que explique los rastros que quedaron en una palangana vacía que el sargento Betts encontró en su dormitorio. Hay rastros de jabón y también rastros de pintura dorada. ¿Y bien?

## El impostor

**M**elson, con la experiencia de nueve años de matrimonio feliz, no había presenciado nunca un ataque de histeria femenina. Cuanto más chillaba Millicent Steffins, tanto más molesto se sentía; pero esto no era lo principal, sino lo que ella dijo en el curso de los siguientes diez minutos. Siempre lo recordaría, como ejemplo del progresivo extravío de las ideas de una neurótica, posiblemente una mujer peligrosa, sin ningún sentido de humor y en las peligrosas proximidades de los cincuenta años.

A Mrs. Steffins nunca se le ocurrió (Melson podría jurarlo) ni por un momento que pudiese ser seriamente sospechosa de un crimen. Su imaginación, en cuanto de lo que podría acusársela, no llegaba más allá de una insinuación de egoísmo o de mentiras insignificantes. Si se la encontrase con un frasco de veneno, en una casa en la que varias personas hubiesen muerto envenenadas, hubiera pensado que era una desgraciada coincidencia. Pero puesto que las desgraciadas coincidencias siempre las causan otras personas, si ella se veía envuelta en ellas, sea por la maldad o por la ligereza de esas mismas personas, debía explicarse denunciando a la persona responsable.

Sus primeras palabras coherentes a este fin fueron para enfurecerse contra Hadley y contra Johannus Carver. Contra el primero, porque evidentemente la creía un ama de llaves ineficaz que no tenía las palanganas limpias y le enviaba a sus agentes de policía a curiosear en los cuartos. Contra el segundo, porque Carver era el responsable de todo el barullo..., de sus pinturas en porcelana y cerámica.

Ella pintaba en cerámica, manifestó, y siempre habían dicho que hacía un trabajo espléndido (citaba autoridades), y ahora lo utilizaban como una serpiente para picarla. Pero no pintaría más. Aquella tarde había estado ocupada en festonear con hortensias doradas un jarrón y había pescado un serio dolor de cabeza por forzar la vista. Carver lo sabía. Carver la había alentado en el trabajo, puesto que fue el primero, hacía años, en insinuárselo. Anoche, cuando él, insensible, subió a acostarse, la había visto ocupada, empleando una pintura al aceite que cuesta un chelín y tres peniques el tubo, mezclada en un plato con trementina. La había comprado con dinero de su bolsillo. Pero puesto que Carver no sólo despreciaba sus economías domésticas al incitarla alevosamente a pintar, sino que también conspiraba con la policía para acusarla del asesinato de un puerco vagabundo, entonces...

Era un asunto desagradable, y por lo desagradable ocultaba el lado cómico y para ella extremadamente real (o así lo parecía). Y esta vez no surtió el efecto que suponía Melson. Los acontecimientos habían progresado de tal manera que haría falta algo

más que histeria para dominar a los que la rodeaban. Mientras la mujer se secaba furtivamente los ojos después de la tormenta y atisbaba a los demás a través de los párpados amoratados, Eleanor permanecía impassible, y Lucía Handreth parecía cansada en medio del humo de un nuevo cigarrillo. Pero Melson, confusamente, sentía que había una causa más profunda detrás de toda la tempestad...

—Lamento afligirla, Mrs. Steffins —dijo Hadley, inflexible—. Si ésta es la procedencia de la pintura, es fácil comprobarlo. Entretanto debo insistir en que me conteste a otras preguntas. Dígame todo lo que hizo anoche desde la hora en que Mr. Carver echó la llave a la puerta, habló con usted cuando estaba pintando y luego subió.

Mrs. Steffins se mostró indiferente, con el aire de una mártir a quien ahora nada le importa, y sus ojos embadurnados asomaban por encima del pañuelo.

—Yo..., yo trabajé hasta eso de las diez y media —repuso; las lágrimas afluían a sus ojos al recordar, y se los frotó suavemente—. Estaba demasiado cansada, incluso para guardar mi trabajo, lo que siempre hago. Yo... —algo ocurrió que le hizo cerrar los ojos antes de continuar rápidamente—. Creo que debería usted dejarme tranquila. No sé nada de su brutal asesinato. Me acosté después de esto y, naturalmente, me lavé las manos para quitarme un poco de pintura que tenía en ellas. No sé nada más hasta que oí un tumulto fuera, de gente que subía la escalera y hablaba. Asomé entonces la cabeza por la puerta y, por lo que oí... desde arriba... era Eleanor, que hablaba con ese señor robusto...

El doctor Fell, divertido con este relato tan sencillo, inclinó la cabeza, pero Mrs. Steffins lo tomó como el ademán de un aliado.

—... Sí, sé que usted estará de acuerdo conmigo. Bueno, entendí que un ladrón había sido herido o matado, o que alguien había querido entrar en la casa; era horrible, sobre todo porque Eleanor estaba allí delante de todos esos hombres con poca ropa; pero yo no sabía qué había sucedido; iba a llamarla, pero no lo hice, y primero me vestí.

Se detuvo tan bruscamente que Hadley esperó a que continuara, pero resultó que había terminado.

—¿Se tomó la molestia de vestirse enteramente —la instó Hadley—, antes de venir a ver qué pasaba?

Asintió abstraída; luego se puso tiesa al comprender la pregunta y apretó los labios.

—Así fue.

—Y ahora una pregunta muy importante, Mrs. Steffins —Hadley arqueó las cejas lentamente—. Por casualidad ¿se acuerda del martes de la semana pasada..., el martes veintisiete de agosto?

Mrs. Steffins, evidentemente muy sorprendida, dejó de refregarse los ojos, arrugó la cara con nuevas muestras de dolor, tragó y exclamó:

—¿Elige usted ese día por el simple placer de torturarme? ¡Cómo ha sabido

usted... que Horace..., que ese día era su funeral! Murió el veinticuatro, el veinticuatro de agosto de mil novecientos doce, el..., el año en que se hundió el Titanic, y el funeral fue el veintisiete, en Stoke-Bradley, en Bucks. Nunca olvidaré ese día. La aldea entera...

—Entonces —dijo Hadley, ásperamente—, si ese fue el día en que murió su marido, seguramente recordará...

—Mi difunto marido —interrumpió Mrs. Steffins— era un g..., grosero y un falso, aunque nunca hablaré mal de los muertos y desaparecidos. Se dio a la bebida y murió en la guerra. No quise hablar de Mr. Steffins. Quise hablar de su pobre hermano Horace, que fue como un marido para mí. Tanta gente que he conocido ha muerto. Me pone triste pensarlo. En los aniversarios me gusta estar cerca de mis seres queridos para confortarme. Por eso me acuerdo del martes de la semana pasada. Johannus y yo tomamos té en este mismo cuarto. Yo quería tener cerca a toda la familia, pero, por supuesto, en una ocasión como esa Eleanor llegaría tarde.

Lucía Handreth observó suavemente:

—Ahora empiezo a comprender. El martes fue el día... en que aquel pobre diablo... y el reloj. Bueno, bueno.

Hadley la ignoró y mantuvo su mirada fija en Mrs. Steffins, mientras decía rápidamente:

—Usted y Mr. Carver tomaron té aquí. ¿A qué hora?

—Bueno, bastante tarde; como a las cuatro y media; y varias horas después nos levantamos de la mesa; como usted sabe, siempre es así cuando uno empieza a hablar de viejos amigos. Sí, lo recuerdo porque eran las seis y media cuando llamé a Kitty para que retirara las cosas, y Eleanor no había regresado todavía.

—¿Kitty es la criada? Miss Handreth..., ¿quiere decirnos con exactitud dónde estaba usted esa tarde, digamos entre las cinco y media y las seis?

La muchacha parecía estar pensando qué actitud adoptar. Cuando contestó, su voz era inexpresiva, con un tono de atención cortés, y no lo miró hasta terminar.

—Martes veintisiete. ¿Llovió o no ese día? Creo que fue el día en que asistí a una reunión en Chelsea.

—¿Puede darme el nombre de las personas que dieron la reunión?

—Calma, inspector. No necesita escribir eso. Es bastante difícil decirlo de repente, ¿no? —Lucía Handreth frunció el ceño y se inclinó, como meciendo el cigarrillo—. Echaré un vistazo a mi «diario» y se lo diré con certeza —levantó la vista—. Sin embargo, de una cosa estoy segura. No estuve en ninguna parte cerca de Gambridge.

—Bueno, yo sí —dijo Eleanor, inesperadamente, con tanta naturalidad que Melson saltó—. ¿Qué pasa con Gambridge? ¿Quiere usted decir el día en que alguien mató a ese pobre hombre y birló todas las cosas de la exposición de joyas? Debo de haber estado allí cuando sucedió, aunque no lo supe, ni me enteré hasta que lo vi en el diario al día siguiente —se alarmó al ver la expresión de los que la rodeaban y calló

nerviosa—. ¿Qué hay con esto? ¿Qué tiene esto que ver con nosotros?

Hadley se quedó cortado, miró a una y a otra, con expresión violenta, y luego al doctor Fell, que tampoco parecía sentirse cómodo. Melson pensó que alguien era un gran mentiroso. Un mentiroso con tal habilidad que... Al articular Hadley una respuesta, se oyó un golpe, y el sargento Betts titubeó cuando vio el cuarto lleno de gente.

—¿Y bien? —instó el inspector jefe, exasperado—. Diga. ¿Qué hay?

—A propósito del hombre borracho —expresó Betts, indeciso.

—¿Sí?

—Está allí dentro, señor. Le oí roncar a través del ojo de la cerradura, pero no obtengo ningún resultado golpeando: ha corrido el pestillo. ¿Armo un bochinche, fuerzo la puerta o qué?

—No. Déjele tranquilo por el momento. Sí, ¿qué más?

—Una vieja acaba de entrar por la puerta del patio y con ella viene una chica bonita. La vieja dice que es el ama de llaves. Tiene tendencia a la gordura y es amable. ¿Quiere verla?

—Sí. Las haremos pasar a todas aquí —dijo Hadley, ceñudo—, y estas dos son las últimas. Este asunto se ventilará en seguida. Mándelas arriba, Betts. No les hable de lo que ha sucedido..., sólo hable de un robo.

Indicó a los demás que callasen mientras esperaban. Melson, en tensión, aguardó la llegada de Mrs. Gorson y Kitty Prentice, como si esperara un misterioso final, pero la presencia de las mujeres produjo un anticlímax. Trajo a su mente poca esperanza en cuanto a sospechosos. Ambas entraron con gran alboroto, y en Mrs. Gorson se advertía una impaciente prisa dramática. Era una mujer de fuerte corpulencia, que fue de gran belleza, pero que ahora sólo conservaba afabilidad. Llevaba un sombrero con plumas que daban varias vueltas como una aplanadora; sus ojos castaños eran viejos y bastante saltones, como los de una vaca inteligente, y la falta de los dientes de delante hacía más visibles los dos superiores que todavía le quedaban. Para hablar tenía la manía de echar atrás la cabeza y llevarla lentamente hacia adelante, con la mirada fija en el oyente, mientras la voz se alzaba hasta alcanzar un tono de comedia, como si imitara el viento. Los ademanes correspondían.

—Veo que tiene a la policía dentro, señora —le dijo a Mrs. Steffins, de forma agradable como si se refiriese a una reunión social, y luego volvió a su tono de comediante—. Es terrible, aunque me han dicho que no han robado nada. Tengo que presentar mis excusas por llegar tan inusualmente tarde, pero nuestro ómnibus chocó con un camión, en la Fulham Road, y el conductor del ómnibus tuvo un cambio de palabras con el que conducía el camión, ¡tremendas palabras fueron, además!

—¡Oh! —exclamó Kitty, asintiendo con energía. Su rostro estaba sonrojado, y el sombrero descolocado.

—No voy a retener a ninguna mucho tiempo —dijo Hadley, con naturalidad—.

Tengo el caso a mi cargo y debo formularle una o dos preguntas por cuestión de forma. ¿Su nombre?

—Y nos vimos obligados a caminar hasta casa. Henrietta Gorson. Con dos «tés» —agregó amablemente al ver que Hadley escribía.

—¿Cuánto tiempo lleva en esta casa?

—Once años —las plumas se arremolinaban al echar atrás la cabeza—. No he sido siempre como usted me ve ahora —dijo, sacudiendo aún más la cabeza con pensativa nostalgia.

—Sí, sí. Ahora, Mrs. Gorson, quisiera oír el relato completo de lo que ustedes dos han hecho esta tarde.

—¿Es eso lo que quiere saber la policía? ¿Es eso, ahora? —preguntó Mrs. Gorson, admirada—. Tuvimos una tarde espléndida, se lo aseguro. Nos encontramos en Lyon's con el fiel caballero de Kitty, Mr. Albert Simmons. Luego nos encaminamos al Marble Arch Pavilion para ver una película musical, una comedia ligera romántica, La princesa de Utopía. El argumento es espléndido. Diré —observó Mrs. Gorson, cruzando juiciosamente las manos— que el desarrollo de la trama recalca los tres principios dramáticos de Unidad, Coherencia y Énfasis, pero el argumento es espléndido.

—¡Oh! —exclamó Kitty, asintiendo con energía.

—¿Estuvieron juntas toda la tarde?

—Sí, desde luego. Después nos dirigimos a casa de los padres de Albert, en Fulham, y es extraordinario cómo perdimos la noción del tiempo hasta que llegó la medianoche. Cuando...

—Gracias —refunfuñó Hadley y pareció más preocupado—. Una última pregunta. ¿Recuerda el penúltimo martes, el veintisiete...?

—El día, Henrietta —interrumpió Mrs. Steffins, vivamente, olvidando sus lágrimas anteriores—, el día, ¿recuerda?, que el querido Horace...

—El día del crimen horrible —dijo Kitty, con fruición—. ¡Oh!

Un inspector jefe hastiado obtuvo finalmente el informe. Ese día, entre las cinco y las cinco y media, Kitty y Mrs. Gorson habían tomado té abajo con una Miss Barber que trabaja en la casa vecina. Kitty había subido el té para Mrs. Steffins y Carver a las cuatro y media; había vuelto a subir, un poco después de las cinco, con más agua caliente y había retirado el mantel a las seis y media, Hadley realizó una última anotación.

—Hay aquí alguien que ustedes pueden haber visto en la *Duquesa de Portsmouth*, que tal vez les haya hablado. Ese hombre está aquí esta noche... ¡Betts! —llamó Hadley, que evidentemente no quería hacer frente a más histerias—. Llévelas a ver a Ames y luego anote todo lo que quieran decir. Nada más..., gracias.

Cuando se retiraron, Hadley miró otra vez en derredor.

—Ahora todos lo sabrán. Alguien de esta casa acusó a una de estas cinco mujeres de ser el ladrón que mató al detective en Gambridge. Una de ustedes ha sido acusada

de asesinato, ¿lo han entendido bien? Le doy una última oportunidad al acusador para que hable. ¿Quién fue?

Silencio.

—¿Quién vio a una mujer que quemaba un par de guantes manchados de sangre? ¿Quién vio una pulsera de turquesas y un reloj robados en poder de uno de ustedes?

Golpeó fuertemente los nudillos contra la mesa.

—Yo no sé de qué está hablando —gritó Eleanor—. Esto es lo primero que oigo. Y por cierto que no maté a nadie en aquellos almacenes. Si lo hubiese hecho, ¿cree que hubiese sido tan tonta como para reconocer que había estado allí?

Pasado un primer momento de susto, Mrs. Steffins se puso pensativa.

—¿No es una suerte que usted sepa dónde estuve toda la tarde el día del aniversario del funeral de Horace? —murmuró, con fría suavidad—. ¡Esto es verdaderamente atroz!

—Y yo también me declaro inocente —dijo Lucía, con una sonrisa burlona—. No se preocupe, presentaré mi coartada... Pero me molesta el mentiroso que hizo una observación como esa, si usted no está engañándonos.

Hadley dijo, suavemente:

—¿Entonces nos autorizan a realizar un minucioso registro de sus cuartos? ¿Ahora?

—Con mucho gusto —repuso Lucía.

—Por cierto que no tengo inconveniente —dijo Eleanor, resoplando un poco—. Registre cuanto quiera, pero tenga cuidado de dejar todo en su sitio.

Mrs. Steffins se irguió.

—¡No admitiré nada de eso! —gritó, y los ojos se le nublaron otra vez—. Sólo registrarán si pasan por encima de mi cadáver. Gritaré. Daré alaridos por el p..., me quejaré al Ministerio del Interior. Me ocuparé de que todos ustedes sean despedidos si se atreven..., ¡oh, mis nervios! ¿No pueden dejar a una pobre...? ¡Además!, ¡ah! Usted sabe que no lo hice. Usted sabe dónde estaba yo. Entonces ¿qué motivo puede tener para querer que registren mi cuarto?

Hadley, cansado, se puso de pie.

—Es todo por el momento —dijo, e hizo un ademán—. Lo dejaremos por esta noche. El cuerpo lo retiraremos ahora; pueden acostarse, si quieren.

Pero el daño quedó hecho en una última insinuación de sospecha; el aire de la casa, ya envenenado, se hizo tan denso que todos parecieron poco dispuestos a retirarse. Mrs. Steffins esperó a Eleanor, y Eleanor esperó a Mrs. Steffins, hasta que Hadley dijo:

—¿Algo más? —y ambas salieron a prisa. Lucía Handreth, únicamente, conservó una alegría insensible. Una vez en la puerta, se volvió para mirar por encima del hombro.

—Buena suerte, Mr. Hadley —saludó—. Si usted va a registrar mis dominios, espero que se dé prisa, quiero acostarme. Buenas noches.

El picaporte sonó. Fue el final de la tensión. Melson se sentó soñolientamente, y el cuarto se enfrió.

—Fell —dijo Hadley—, me siento perdido. Tengo la sospecha de que hasta ahora he llevado mal este asunto. El asesino está aquí; el asesino está, en este instante, bajo este techo y al alcance de mi mano. Están todos aquí. ¿Cuál es?

El doctor Fell no habló. Apoyó un codo en el mango del bastón y el mentón sobre su mano grande. La cinta de los lentes se movía por una corriente de aire que venía del cuarto blanco. Fue la única señal de movimiento. Suavemente, con la concisión del punto final, la campana de Lincoln's Inn dio las tres y media.

## Cinco preguntas

**E**l viernes cinco de septiembre amaneció fresco y otoñal. Cuando la patrona golpeó a la puerta de Melson como de costumbre a las ocho, trayendo el desayuno, le hizo algún comentario más que el general sobre el tiempo. Aunque estaba enterada de los disturbios de la noche anterior, no relacionó a su inquilino con los acontecimientos de la casa vecina. Melson, por su parte, inclinado a preocuparse por su salud, se sintió de buen humor ante la sorpresa de encontrarse bien y descansado, después de sólo cuatro horas de sueño.

Tenía cuarenta y dos años; ocupaba el segundo lugar, después del internacionalmente famoso erudito que estaba al frente del departamento de historia de su colegio; tenía un hogar feliz, trabajaba con personas inteligentes, y nada le enojaba, a excepción de los opositores a la *Teoría de la enseñanza*. Mientras fumaba su primera pipa después del desayuno, sonreía de la manera evasiva que significaba, para sus alumnos de Historia 3 A (*La prerrogativa monárquica y sus opositores en la historia constitucional inglesa desde las guerras civiles hasta el advenimiento de Guillermo III*), que el viejo Melson iba a decir una de sus desconcertantes bromas y la estaba preparando.

Frunció el ceño al contemplar su imagen en el espejo del armario. «Un Sherlock Holmes descuidado», había dicho Fell. Bueno..., se podía reprochar un ligero engreimiento, aunque no era en absoluto orgulloso. En sus primeros tiempos había pensado que era necesario. Si uno tiene fama de *raconteur* y de buen muchacho, se es popular, pero las autoridades no lo toman a uno en serio. Esta arrogancia había quedado tan establecida como parte de su fama que nunca se atrevía a usar en sus clases las discusiones e informalidades de los miembros más espectaculares de la facultad, aunque en su interior hubiese querido hacerlo. Una sola vez se había salido de su norma. Fue en una clase sobre Cromwell; había criticado a este viejo villano ante toda la clase, con una repentina riqueza de elocuencia dramática cuya acogida le desconcertó. El auditorio lo tomó al principio con deslumbrado silencio y luego con discreto regocijo, y los comentarios subsiguientes le hicieron sentirse molesto durante el resto del semestre. Le volvió la tos seca, y nunca intentó repetirlo.

Gideon Fell..., éste era diferente. Para Fell estas cosas eran incienso y pólvora. Melson recordaba aquellos dos semestres cuando habían invitado al doctor a pronunciar conferencias sobre Inglaterra; su figura bullangueramente popular había desorganizado la universidad. Recordaba la risita ruidosa de Fell, el ademán pesado al escoger a un estudiante para que hablara, su costumbre de arrojar los apuntes cuando se emocionaba; recordaba especialmente las cinco famosas conferencias de

Fell sobre *La influencia de las amantes de los reyes en el gobierno constitucional*, o aquella otra igualmente famosa de la serie de la reina Ana, que empezó brusca y tormentosamente así: «¡Vuelan ahora las águilas del encarnizado Churchill, oscuras de honor y de guerra, hacia una condenación por siempre gloriosa!», e hizo poner de pie a todos los oyentes al final de la batalla de Oudenarde.

Ahora Fell se encontraba otra vez ante un caso criminal. Desde hacía muchos años que le conocía, Melson nunca le había visto trabajar en estos problemas. Un alumno distinguido de Melson, a quien había presentado al doctor, le había hablado del caso de Chaterham Prison; y hacía solamente un mes que los diarios habían comentado el crimen de Depping, cerca de Bristol. Esta vez Melson lo vería por sí mismo. El inspector jefe Hadley había dicho que no se opondría a la presencia de Melson, y si su conciencia le permitía descuidar la historia del obispo Burnet, pensaba seguir el caso hasta el fin.

Maldito Burnet, siempre se escapaba a Escocia cuando uno quería que se quedara en Inglaterra. Melson examinó el desordenado escritorio y experimentó una sensación de libertad al maldecir a Burnet. De pronto le pareció que, después de todo, pensaba demasiado en Burnet. Fell le había invitado al apartamento que siempre alquilaba en Great Russell Street cuando se dedicaba a trabajar en el Museo Británico en busca de material para su gran obra *Bebidas típicas de Inglaterra desde las primeras épocas*. Le había dicho que viniese a desayunar, si le era posible, o a cualquier hora que le fuese conveniente. Entonces...

Melson tomó el sombrero y bajó aprisa.

Con sensación de culpabilidad echó una rápida mirada al pasar por el número 16. La austeridad de las columnas blancas y de los ladrillos rojos parecía diferente a la luz de la mañana; y dejaba tan lejos los terribles acontecimientos que Melson casi esperaba ver a Kitty barriendo los escalones con toda calma. Pero las persianas estaban cerradas, y allí nada se movía. Como no quería preocuparse, Melson se encaminó por el ruidoso tránsito de Holborn, y diez minutos después subía en el crujiente ascensor del *Dieckens Hotel*, casi frente al Museo Británico. A través de la puerta del doctor Fell llegaba el ruido de una violenta discusión, por lo que supo que Hadley ya estaba allí.

En un cuarto lleno de libros y arropado en un albornoz de colores vivos el doctor Fell gozaba plácidamente de uno de los desayunos más abundantes que Melson hubiese visto jamás. Hadley hacía sonar las llaves dentro del bolsillo y miraba, caviloso, por la ventana a la muchedumbre de paseantes que ya se amontonaban a las puertas del museo.

—Para un hombre que vive en Croydon —dijo Melson—, llega usted al trabajo notablemente temprano.

Hadley se sentía amargado.

—Desde las cinco y media —dijo—, he pasado la noche en Scotland Yard. Este canalla obeso que usted ve engullendo tocino con huevos se escapó y me dejó

haciendo todo lo desagradable. Si está usted sirviendo café para mí, que sea bueno y fuerte.

—Yo quería pensar —repuso plácidamente el doctor Fell—. Si el pensamiento le resulta desconocido, por lo menos podría decirme qué ha hecho. Estoy como usted anoche: quiero hechos y no gruñidos. ¿Qué ocurrió?

Hadley le pasó una taza de café a Melson y tomó otra él.

—Bueno, ante todo registramos los cuartos de las mujeres de la casa. No encontramos nada. Pero ni Hamper ni yo somos muy expertos en esto, así que no significa gran cosa. Tengo un muchacho en Scotland Yard que es de primer orden para este trabajo y voy a mandarlo allí esta mañana. Las mujeres se vigilan una a la otra tan cuidadosamente que, si alguna de ellas tiene algo escondido, no tendrá la oportunidad de deshacerse de ello sin ser vista. De todos modos...

—¿Registró también el cuarto de Mrs. Steffins?

—Sí, al final. Las demás armaron tal escándalo que la asustaron. Soltó el llanto, dijo que hicieran el trabajo y finalmente me preguntó por qué no la degollaba. Me he quedado pensando por qué... ¿Y sabe usted el motivo del escándalo? Tenía un par de libros pornográficos metidos en el fondo del cajón de un escritorio. Simulé no verlos, y todo pasó tranquilamente.

—¿Ningún inconveniente con Mrs. Gorson y la criada?

Hadley refunfuñó.

—No, en lo que se refiere al registro de sus cosas. La joven resultó un problema después que descubrió que se había cometido un crimen, pero Mrs. Gorson la calmó. Me agrada esta mujer, Fell; lástima que siguiera con sus modos de comedianta, con un montón de observaciones filosóficas sobre la vida y la muerte. Si algo hubo, es que me prestó demasiada cooperación en el registro. Desenterró todas sus viejas fotografías de teatro y por lo menos me mostró un baúl lleno de poesías que ha escrito, con anotaciones marginales sobre la iniquidad de los editores. Parece que escribió una novela en tres volúmenes y se la mandó a los editores más importantes de Londres y, después de rechazarla, le birlaron vilmente la trama, la volvieron a escribir, lo que se prueba porque el nombre de la heroína es el mismo, y vendieron un millón de ejemplares... Le puedo decir que me titubeaba la cabeza.

Respiró hondo, hizo sonar pensativamente las llaves y agregó:

—A propósito, no he mencionado una cosa extraña que había entre las pertenencias de Mrs. Steffins. Creo que no tiene importancia, pero después de toda esa agitación respecto a la pintura dorada...

—¿Cómo? —dijo el doctor Fell, mirándole con curiosidad.

—Examiné los tubos de pintura que Mrs. Steffins había usado. El tubo dorado está aplastado, casi plano en su extremo, como si ella, o algún otro, hubiese apoyado accidentalmente una mano. Usted sabe de la forma que se hace con el tubo de la pasta de dientes para que ésta salga. La mujer negó haberlo hecho, y dijo que el tubo estaba intacto cuando lo vio la última vez... —en este punto del relato el doctor Fell se

quedó con el tenedor cargado a mitad de camino de la boca y frunció el entrecejo. Hadley continuó:

—De todos modos da igual. La pintura cuyos restos encontramos en la palangana y la pintura de la aguja del reloj son completamente diferentes. El sargento Hamper (que inició su vida como pintor y tiene alguna autoridad) lo juró anoche. Y yo he tenido la confirmación esta mañana: una es con aceite y la otra es esmalte, así que esto está descartado. Mrs. Steffins continuó con el tema durante el resto de la noche. ¡Libreme Dios de más casos donde estén implicadas tantas mujeres! —dijo vivamente Hadley—. Y para terminar de forma grata la noche, tuve problemas con Stanley; pero por lo menos a él sé cómo tratarle.

El doctor Fell dejó el tenedor y el cuchillo.

—¿Qué ocurre con Stanley?

—Watson dijo que estaba agotado por un ataque de nervios y que no era responsable. Así que pagué el pato, tuve que llevarle en un coche hasta su casa en Hamstead. Después de todo —dijo Hadley, molesto—, ha pertenecido a la policía, y la guerra le ha deshecho. Además, tenía que interrogarle, me gustase o no. Pero ¿él lo reconoció? ¡Ni la mitad!..., si puede llamarse reconocimiento. Se puso desagradable, se negó a responder a las preguntas y empezó a despotricar contra la policía. Finalmente trató de pelear, y tuve que darle un golpe en la mandíbula para dejarle dormido hasta que lo entregué a su hermana, en su casa —Hadley hizo una mueca de desagrado, terminó la taza de café y se sentó—. Era ya pleno día cuando regresé a Scotland Yard, y espero que alguien lo aprecie.

—Sí, ha tenido una buena noche —reconoció el doctor Fell. Se echó hacia atrás con un suspiro de satisfacción, pescó su vieja pipa negra en el bolsillo del vistoso albornoz y se dirigió al inspector jefe—. ¿Me imagino que será un insulto preguntarle si ha habido algo más desde entonces?

Hadley tomó su cartera.

—He estado recogiendo todas las pruebas que Ames nos ha dejado sobre el crimen del detective de los almacenes...

—¡Ajá!

—Y también las anotaciones del sargento Preston, que colaboró con Ames hasta que éste empezó a trabajar por su cuenta. Lo que más me preocupa es saber cuál de las cinco mujeres de esa casa... Todas contaron historias infernalmente correctas, Fell. O por lo menos historias normales. Estoy confundido hasta el punto de que me asaltan toda clase de ideas fantásticas. Por ejemplo: ¿el asesino de Gambridge no habrá sido un hombre disfrazado de mujer?

El doctor Fell le miró.

—No diga tonterías, Hadley. Detesto las tonterías. Los hombres del número 16 de Lincoln's Inn Fields pueden tener sus defectos, Dios lo sabe, pero por lo menos ninguno de ellos sirve para ir vestido de mujer. Además...

—Lo sé. Lo sé. El golpe lo dirigió a la cabeza. Parece que cuando la criminal se

disponía a huir... —tanteó entre sus papeles y encontró un *précis* escrito a máquina— ... una tal Miss Helen Gray (domicilio desconocido) hizo un ademán para detenerla. La mujer llevaba una blusa debajo de la chaqueta, que se rasgó cuando se desprendió de Miss Gray. Miss Gray y dos hombres que estaban cerca atestiguaron que no había duda de que fuera una mujer. Los hombres son muy categóricos en este punto. Su declaración es...

—Tut, tut, Hadley —dijo el doctor Fell, desaprobando—. A veces hay límites, aun para la escrupulosidad de Scotland Yard. Lo que no entiendo es esto. ¿Quiere decir que, a pesar de todo, nadie, ni esas personas ni ninguna otra, ha podido hacer una descripción aproximada de la asesina?

Hadley hizo un ruido evasivo.

—¿No ha tenido ninguna experiencia con una multitud de personas excitadas que trata de servir de testigo de un accidente..., por ejemplo en un choque de automóviles? Cuanta más gente hay, tanto más confuso es el relato. En este caso es peor. En el remolino de la confusión, una persona describe a otra y jura que es la indicada. Tengo muchas descripciones, y sólo unas pocas concuerdan remotamente.

—En cuanto a Miss Gray y los dos hombres, ¿puede tomárselos en consideración?

—Sí. Ellos son los únicos testigos verdaderos que tenemos porque vieron cometer el crimen —Hadley miró hacia la hoja de papel—. Vieron a la mujer junto al mostrador; ellos estaban a la derecha y atrás, pero podían ver bien. Vieron pasar de cerca al detective y tomarle el brazo a la mujer, mientras le decía algo. Ella instantáneamente giró y alargó la mano hacia el mostrador cercano a la exposición de joyas, que desgraciadamente tenía artículos de plata. Había varios juegos de mesa en estuches expuestos sobre el mostrador; juegos de tenedor-trinchador, piedra de afilar y cuchillo-trinchador. Vieron que ella arrebatava un cuchillo; todos son categóricos en que tenía guantes puestos. Entonces ocurrió el suceso. Vieron sangre que corría por el cristal del mostrador, que tenía luces interiores, y vieron que la mujer dejaba caer el cuchillo y que luego corría, con la cabeza agachada, y Gray la agarró violentamente cuando el detective desfalleció. Esta es la única prueba cierta... Entonces empezaron los gritos y las carreras.

Melson sintió un desagradable estremecimiento, y dejó su café frío. El detalle de la sangre salpicada sobre el mostrador iluminado... El doctor Fell dijo:

—Arrumf, sí. Es desagradable. ¿Como son sus descripciones, aparte de los detalles psicológicos?

—Tenía la cabeza agachada, como le dije. Miss Gray sostiene que era rubia y bastante joven. De los dos hombres, uno afirma que era rubia, y el otro, morena, pues llevaba un sombrero muy hundido. Miss Gray dice que el sombrero era azul oscuro, y los dos hombres, negro. Otros detalles... —Hadley frunció el ceño al dar la vuelta a la página—. Miss Gray dice que usaba un traje sastre de sarga azul, con una blusa blanca, sin abrigo. De los dos hombres, uno cree que llevaba un abrigo azul o

castaño, bastante largo, y el otro no está seguro de cómo era. Pero todos concuerdan absolutamente en la blusa blanca desgarrada —Hadley arrojó los papeles sobre la mesa, y el doctor Fell, cuidadosamente, alejó la mermelada.

—Lo cual es cosa del demonio —declaró el inspector jefe—. Es sabido que cualquier mujer tendrá todas o alguna de estas cosas en su guardarropa. La blusa desgarrada puede ser una guía...; quizá se la prendió con un alfiler en el lavabo o en otra parte. Puede ser. Además, si usaba abrigo largo, pudo resultarle fácil ocultar cualquier cosa. Anoche no tenía estos detalles, que me habrían ayudado mucho... Bueno..., ¿qué ocurre?

—Digo, Hadley —refunfuñó el doctor, con un aire de agitación contenida—, ¿aparecieron estos detalles en el diario?

—Es probable. Por lo menos están reseñados. El «Boletín de la Asociación de la Prensa» puede contener... ¿Hable claro, quiere? ¿Qué diablos tiene esto que ver?

El doctor Fell empezaba a recuperar su buen humor. Encendió la pipa; su cara grande y rojiza se puso contenta y reluciente cuando el desayuno quedó concluido. Cerró un ojo, meditativo, bajando la vista hacia la pipa.

—El plan se está esbozando, muchacho. Pero por supuesto, habrá comprendido desde anoche que... si acepta las coartadas de Mrs. Steffins, de Mrs. Gorson y de Kitty Prentice... le quedan solamente dos sospechosas, ¿verdad?

—Lucía Handreth y Eleanor Carver. Naturalmente. También he comprendido —señaló Hadley, con cierta amargura— con cuánta claridad esta nueva prueba se divide entre ellas... Anoche vimos a la Handreth con un traje sastre. Era gris y no azul, pero supongamos que las jóvenes profesionales serias tienen costumbre de usarlo. Uno de los testigos de confianza dice que la criminal era morena. Por otro lado, dos de los testigos..., uno de ellos Helen Gray, a quien considero el de más confianza de los tres en lo que se refiere a las observaciones sobre una mujer..., dice que la criminal era rubia como Eleanor Carver, y anoche Eleanor usaba un abrigo azul. Bien. Admirable. Usted tiene donde elegir.

—Calma, muchacho —dijo benévolamente el doctor Fell—. ¿Está dispuesto a admitir las coartadas y a excluir a las otras tres mujeres?

—No soy tan crédulo. ¡No, no! Esto es irrefutable ante un tribunal; pero en lo que se refiere al sentido común, una coartada es la defensa menos digna de confianza porque sólo necesita dos mentirosos. Trataré de destruirlas, por supuesto. Pero si no puedo..., bueno, no puedo.

El doctor Fell tomó la tabaquera y siguió fumando meditativo.

—Entonces lo dejaremos por el momento. Lo siguiente que deseo preguntarle, Hadley, es tan sencillo que podemos pasarlo por alto. ¿Está usted completamente seguro de que la misma persona que apuñaló al detective de los almacenes apuñaló también anoche al inspector de policía?

Hadley se movió.

—No estoy seguro de nada... Pero están ligadas por un hilo diabólico. ¿Qué nos

queda?

—En realidad, esa era mi pregunta siguiente; la pregunta número tres —dijo el doctor Fell, moviendo la cabeza—. ¿Qué nos queda? Bueno, nos queda, principalmente, el informe de Ames que se refiere a un acusador anónimo. Hadley, hay que advertir lo anónima que es esta persona, desde el principio hasta el fin. A Ames le pone sobre la pista alguien desconocido que hace que se aloje en Portsmouth Street para vigilar la casa de Carver. Para ser una indicación anónima, debe de haber sido muy conveniente para que Ames se tomara tantas molestias. El mismo X visita después a Ames y..., no necesito reseñarle a usted todo este asunto fantasmagórico e intangible de aquí en adelante. Y sin embargo, ahora que se ha cometido otro crimen que todavía está sin aclarar, pero con el asesino viviendo bajo el mismo techo, ¡el acusador aún no ha hablado!... ¿Ha meditado lo suficiente sobre las monstruosas deducciones a que lleva esto?

—Anoche ya hablamos —repuso Hadley, con algo parecido a un gemido—. ¡Diablos! ¡Usted no puede pensar que alguien tomaba el pelo a Ames! Sería demasiado fantástico, incluso en un asunto como este. Y por otra parte, ¿no pensará que Ames se burlaba de nosotros? ¿No lo cree, verdad?

—No. Aunque puede haber una tercera y sencilla explicación. Estoy tratando de indicársela a usted, ligando una serie de hechos por medio de preguntas. Puedo estar equivocado —refunfuñó el doctor Fell, afirmándose los lentes sobre la nariz—, y si lo estoy habrá un estruendo de risas a expensas mías que resonarán en Scotland Yard —refunfuñó para sí por un momento—. Pero déjeme entregarme a una humorada. Tengo dos preguntas más que formularle..., números cuatro y cinco. Número cuatro...

Hadley se encogió de hombros. Melson, con sus metódicas costumbres, sacó un sobre y escribió «Serie de hechos».

—A propósito —dijo Melson—, y hablando de cosas tan evidentes que nadie las ha mencionado. No sé nada del arte de los descubrimientos, pero se me ocurre que la razón más simple para que el acusador no haya hablado puede ser...

—¿Eh? —dijo el doctor Fell, con interés—. ¿Cuál?

—Que él (o ella) tiene miedo. La mujer que apuñaló al detective de los almacenes es tan juguetona como una cobra. Mató una vez, tan rápidamente que casi nadie la vio. El acusador debe pensar dos veces antes de decir en público: «Vi a Fulana de Tal con una pulsera robada o quemando un par de guantes». Este puede ser su motivo para no querer declarar hasta que la asesina esté en manos de la policía.

Hadley se enderezó.

—Es una probabilidad —reconoció—. Sí...

—Es una probabilidad que no sirve para nada —dijo el doctor Fell, sacudiendo la cabeza—. Le concedo todo lo que usted ha dicho. Pero si el temor está detrás de todo esto, procede en una forma bastante curiosa. Si X, el acusador, hubiese tenido miedo de la asesina cuando la vio quemando los guantes manchados de sangre, pensaría que

X se alarmaría ante la posibilidad de que en varias ocasiones le pescara escuchando detrás de las puertas y no se sentiría seguro hasta que Scotland Yard lo supiese. Pero si aceptamos que X tranquilamente se lo dice a Ames, ¿qué ocurre? Que Ames, el *segundo depositario del secreto*, es instantáneamente acuchillado. A estas alturas me imagino que el asunto de X debe de estar soplando como un violento huracán. X todavía no ha hablado; sin embargo, sigue viviendo pacíficamente y durmiendo bajo el mismo techo que esa cobra domesticada. Si el asunto es así, yo no lo llamaría miedo; lo llamaría, con la apreciación más modesta, una tonta temeridad.

Se produjo un silencio. Hadley asintió de mala gana.

—Algo hay de esto —admitió—. Escuchemos los dos últimos puntos o preguntas, o lo que sean. Luego trataremos de darle un sentido a todo el asunto.

—Umf. Ja. ¿En dónde estaba? ¡Ah! Bueno, ya he mencionado mi punto cuarto, pero lo detallaré otra vez para que pueda llegar donde quiero. Se trata de las agujas robadas. ¿Por qué el ladrón, aparentemente loco, habría de birlar ambas agujas, esperando que el reloj estuviese prudentemente bajo llave, en vez de tomarlas cuando el reloj estaba sin guardar? ¿Eh?

—¿Y la última pregunta?

El doctor Fell sonrió.

—La última pregunta es en cierto modo el corolario de la cuarta y parece aún más disparatada, a no ser que quede explicada debidamente por las otras. Para recalcarlo, dígame primero qué artículos fueron robados de Gambridge el día del crimen.

—Tengo la lista —dijo Hadley, mirándole indeciso, y observando luego las hojas escritas—. Veamos. «Boletín de la Prensa», «Lista Oficial de Gambridge»..., aquí están. Par de pendientes de perlas, valor diez libras. Anillo de ópalo engarzado con pequeños diamantes, valor veinte libras. Y el reloj de Carver. Eso es todo.

—¿Estaba el reloj de Carver marcado como tal en la exposición?

—¿Quiere usted decir con su nombre? Oh, sí. Cada artículo tenía una tarjetita con el nombre del propietario y una breve historia... —Hadley dejó caer la mano de plano sobre la mesa y se enderezó—. ¡Santo Dios! ¡Por supuesto! Le dije que estaba perdiendo mi dominio. Comprendo lo que usted quiere decir. Su último punto, entonces, es: ¿por qué un miembro de la casa de Carver que deseara ese reloj correría el disparatado riesgo de robarlo en unos concurridos almacenes cuando hubiese sido mucho más fácil robarlo en la casa?

—Exactamente. Y tanto más cuanto que las alarmas contra ladrones que emplea Carver no funcionan dentro de la casa. Supongo que a él le gustará mostrar su colección a cualquiera que le interese. Dicho sea de paso, lo comprobaremos. ¿Y qué deduce de esto?

Después de una pausa, Hadley dijo:

—No sé qué deducir —sacudió la cabeza y miró distraídamente por la ventana—. Este asunto ha alcanzado ahora el punto máximo de locura. Si usted puede hallar una clave que vincule todo, es un hombre mejor de lo que creía. Estas preguntas... Lea lo

que ha escrito —añadió de pronto, volviéndose hacia Melson—. Veámoslas todas. He olvidado ahora su orden.

Melson dejó correr un lápiz inseguro por la lista.

—Si no he entendido mal, es así:

*Puntos que deberán considerarse en el crimen de los almacenes y vinculados con el asesinato del inspector George Ames:*

1. Que, puesto que por el momento pueden aceptarse las coartadas de todas las demás, las sospechosas como asesina de los almacenes se reducen a Lucía Handreth y a Eleanor Carver.
2. Que no hay una prueba concreta concluyente que demuestre que el asesino de Evan Manders, el detective de los almacenes, sea también el asesino del inspector Ames.

—Bravo —dijo Hadley, melancólicamente—. ¡Bonita manera de empezar a trabajar en un caso! Usted declara primero que, de acuerdo con las pruebas, la Handreth o la Carver pueden haber matado al detective de los almacenes; y luego echa un balde de agua fría al decir que el asesino de Ames podría ser otro... No me pida, Fell, que crea que hay dos asesinas en esta casa, ambas dedicadas a apuñalar a la gente, porque no lo creeré. Es demasiado. Es un *embarras de richesse*. No, no. Si puedo probar que una de esas dos mujeres es la asesina de los almacenes no me van a quedar muchas dudas de que ella también mató a Ames.

El doctor Fell se enojó un poco y luego suavizó el tono de la discusión.

—Temía que dijera eso —declaró, amenazando con la pipa—. Quiero meterle en la cabeza que no trato de forzar el caso contra nadie en particular. Repita estas palabras: «De acuerdo con las pruebas, de acuerdo con las pruebas». Esto es lo que las pruebas nos dicen, y se lo señalo porque quiero que lo interprete y que comprenda todo el significado de este endiablado asunto... Continúe, Melson.

—Pasemos, entonces, al punto siguiente:

3. Que la acusación, y el caso entero, contra una mujer por haber asesinado a Evan Manders proviene de una persona no identificada que ahora, en circunstancias de suma urgencia, se niega a comunicarse con nosotros.
4. Que, para proveerse de un arma, la asesina del inspector Ames: a) robó las dos agujas de un reloj, cuando solamente necesitaba una para su propósito; y b) no llevó a cabo el robo cuando era fácil, sino que esperó hasta que el reloj estuvo bajo llave en el cuarto de Carver.
5. Que la asesina de los almacenes no robó el reloj perteneciente a Carver en la casa cuando hubiese sido más fácil, sino que corrió el riesgo de robarlo en la exposición de unos almacenes muy concurridos.

—Eh —dijo el doctor Fell—, eh, eh, eh. Este documento tiene sabor de Donald, Melson, y esto me incita a guardarlo. Umf, sí. Es una declaración favorable que explica ese poco de razón que tengo. Se lo dejaré para que mediten mientras me visto. Luego iremos a casa de los Carver.

## EL RELOJ DE LA CALAVERA

**E**ran las diez y media cuando llegaron a la casa del relojero, en el automóvil de Hadley. Un gentío se había reunido en la puerta; un gentío dócil, que era empujado hacia un lado por un policía, retrocedía respetuosamente y se acercaba otra vez, repitiendo el procedimiento, a medida que el policía iba y venía, con la misma silenciosa regularidad de un péndulo de Carver. Un grupo de periodistas discutía con el sargento Betts, y las cámaras fotográficas aparecieron cuando el automóvil se detuvo. Un movimiento de aprobación brotó del grupo cuando apareció Fell, y la Prensa invadió el terreno. Con cierta dificultad, Hadley apremió al doctor Fell, que mostraba inclinación a ponerse de pie en el asiento delantero del automóvil para responder amablemente a cualquier pregunta. Cuando Betts les abrió paso, Hadley dijo lacónicamente: «Se dará un comunicado». El doctor Fell, envuelto en su voluminosa capa negra, levantaba el sombrero de copa a modo de saludo y sonreía por encima del hombro, entre los clics de las cámaras fotográficas y un coro que lo invitaba a ir a la taberna. Kitty, nerviosa, abrió la puerta de la calle y la cerró detrás de ellos, en medio de un estruendo.

El zaguán estaba fresco y tranquilo en la oscuridad. Hadley se volvió hacia un joven moreno de cara afilada que había seguido a Betts al entrar.

—¿Usted es Preston? Sí. Conoce las instrucciones: hacer un cuidadoso registro de los cuartos de estas mujeres, empleando todas sus habilidades y recursos.

—Sí, señor —respondió el joven moreno, asintiendo con anticipado placer.

Hadley se volvió hacia la joven.

—¿Dónde está la gente, Kitty? Espero que todos estén levantados.

—No todos —dijo Kitty—. Mr. Carver y Mrs. Steffins están levantados. Mr. Hastings, que pasó la noche en el canapé de la salita de Mr. Paull, se siente mucho mejor —Kitty, nerviosa, se echó a reír sin motivo— y ha salido a tomar un poco de aire con Miss Eleanor. Eso es todo.

—Veré a Mrs. Steffins —resolvió Hadley, con cierta desgana—. ¿Dijo que el comedor está al fondo de la casa? Bueno —vaciló—. ¿Quiere vernos actuar, Fell?

—No —repuso firmemente el doctor—. Umf, no. Creo indicada una pequeña *causerie* con Carver. También quiero ver al jovial Christopher Paull y tener en orden la lista de personas por si él no está ahora en sus cabales. Vamos, Melson, creo que esto le va a interesar.

Golpeó en la puerta de la salita donde había tenido lugar la conferencia la noche anterior, y la voz plácida de Carver respondió. En el cuarto blanco ardía un fuego brillante en contraste con la mañana triste y fría. Carver, que había movido la mesa

hacia la ventana, tenía una taza de té junto a él y una tostada a medio comer que hacía equilibrios sobre el plato. Estaba inclinado, con una lente de joyero delante del ojo, sobre un objeto que tenía sobre la mesa. Corpulento, encogido de hombros junto a los viejos relojes descoloridos guardados en vitrinas a lo largo de las paredes, con su chaqueta de fumador y zapatillas, indeciso, se levantó con cierto fastidio que se desvaneció cuando sus ojos claros reconocieron al doctor Fell; demostró gran placer al verlos.

—¡Ah! —exclamó—. Doctor Fell y doctor... Melson, ¿no es así? ¡Bien! Pensé que pudiesen ser... Señores, siéntense.

Como ven, trataba de distraerme. Este modelito —y tocó con la lente un curioso reloj chato cuya tapa de bronce estaba adornada con la figurita de un negro, de turbante y traje oriental que había sido de vivos colores, y de un perro parado junto a él—, como ustedes pueden ver, es una esfera de manufactura francesa. Por lo general, los artesanos ingleses desprecian estas cosas como si fuesen simples juguetes. Yo no estoy de acuerdo con la protesta de Hazlitt de que los caprichos y rarezas de los relojes, grandes y chicos (de los franceses), parecen hechos para cualquier cosa menos para decir la hora, llámesele charlatanismo o impertinencia. Me gustan las figuritas que se mueven al toque de los cuartos de hora y he visto algunos modelos notables, desde los chistosos hasta los terribles.

»Por ejemplo —el entusiasmo apareció en su mirada, e hizo un dibujo grande en el aire con un dedo—, el dibujo de la tapa es la figura del Padre Tiempo, sentado en un bote con Eros a los remos, con el lema *L'amour fait passer le temps*, el cual, como se observa, ha sido cambiado por *Le temps fait passer l'amour*. He visto en París un dibujo, no muy agradable, de Grenelle, con un mecanismo sonoro, cuyas figuras representan la flagelación de Nuestro Señor, y las horas dan con los azotes —se encogió de hombros—. Este..., no quiero cansarlos, señores.

—De ningún modo —repuso el doctor Fell amablemente, y sacó su cigarrera—. Solamente tengo un conocimiento superficial del tema, pero siempre me ha interesado. ¿Fuma usted? Pero me alegro que haya hablado de los lemas. Me recuerda algo que pensaba preguntarle. ¿No ha inscrito una divisa en el reloj que preparó para sir Edwin Paull?

La expresión de Carver perdió interés y demostró paciencia.

—Señor, por un momento me había olvidado de que usted está ligado a la policía —repuso—. Siempre volvemos sobre lo mismo, ¿no es así?... Sí, tiene un lema. No es costumbre en esferas de esa clase, pero no pude resistirme a una pequeña vanidad. Véalo usted mismo.

Con paso vacilante llegó hasta la puerta de un armario en la pared junto a la chimenea, lo abrió y señaló hacia dentro. Melson y el doctor Fell se hicieron a un lado para que la débil luz penetrara, y atisbaron la vislumbre amarilla de un mecanismo chato, pesado y carente de agujas. El aspecto de desagradable mutilación, como si hubiese tenido vida, les trajo el recuerdo de los terrores de la noche anterior,

y fuertemente impresionado Melson leyó las letras góticas que formaban un círculo en la parte superior de la esfera.

—«Trataré de que se haga justicia».

—Una pequeña vanidad —repitió Carver, aclarándose la garganta, mientras los otros permanecían en silencio—. ¿Le gusta? Quizá sea un poco trivial, pero creo que solamente los relojes, como símbolo de eternidad, pueden establecer el orden del futuro. Este... —continuó durante el silencio—, toda la fuerza del lema está en la palabra «Trataré». Me interesan las sutilezas, como a mi amigo Boscombe, en el tortuoso...

El doctor Fell miró por encima del hombro y cerró lentamente la puerta del armario.

—Usted se interesa por las sutilezas. ¿Es todo lo que esta inscripción significa para usted?

—Yo no soy policía —respondió Carver, con voz tan serena que Melson casi no supo interpretar su mirada—. Mi querido doctor, usted puede pensar lo que quiera, pero ahora que tocamos el asunto (brevemente lo espero), quisiera preguntarle...

—¿Sí?

—Si ha hecho algún progreso en aquello tan infamante a que Mr. Hadley aludió anoche. No escucho detrás de las puertas, pero entendí que tenían dificultades para saber dónde estaban las damas... (en ese asunto de Gambridge)... el veintisiete de agosto. ¿Me comprende?

—Lo comprendo. Y pienso contestar a su pregunta con otra pregunta. Cuando Hadley le habló de aquella tarde y de las andanzas de todos, usted dijo que podía recordarlo. Entre nosotros, Mr. Carver, eso no fue estrictamente cierto —dijo el doctor Fell, pestañeando—, ¿no es así? Los panegíricos de Mrs. Steffins sobre el difunto Horace no le harían olvidar a usted la fecha. ¿Eh?

Carver titubeó. Abrió y cerró las manos y las miró. Eran manos grandes, con dedos afilados y huesudos, que tenían, no obstante, un aspecto de delicadeza, y uñas bien arregladas. El cigarro que el doctor Fell le había ofrecido todavía seguía sin encender.

—Entre nosotros, no.

—¿Y por qué lo olvidó?

—Porque sabía que Eleanor no estaba aquí —el tono de declaración formal desapareció—. Quiero mucho a Eleanor. Hace tiempo que está con nosotros. Tengo casi treinta años más que ella, por supuesto, pero en una época esperaba..., la quiero mucho.

—Sí. Pero ¿por qué el simple hecho de que ella se demorara en regresar a casa a tomar el té le hizo a usted olvidar toda la tarde?

—Sabía en realidad que Eleanor iba a llegar tarde. En realidad, sabía que en algún momento se encontraría en Gambridge, pues ella... es la secretaria privada de Mr. Nevers, un empresario teatral, en Shaftesbury Avenue. Y aquella mañana me había

dicho... —abrió y cerró las manos otra vez, mirándolas fijamente— que trataría de dejar el trabajo temprano para hacer unas compras con el fin de «tranquilizar» a Millicent, en caso de que tardara en llegar a casa... Lo recordé porque hice una breve visita a Cambridge, por la tarde, con Boscombe y Mr. Peter Stanley, para inspeccionar la colección de relojes que se exponía, y pensé que tal vez me encontraría con ella. Pero por supuesto...

—Si usted la quiere —dijo el doctor Fell, con repentina violencia—, explique qué está insinuando.

—Tuvimos ciertas dificultades con ella cuando era pequeña... —Carver calló. La expresión vaga le desapareció de los ojos. Su fuerte espíritu práctico venció su mirada preocupada y habló secamente—: Me molesta mentir o tergiversar la verdad. No porque me oponga a una mentira, simplemente porque perturba mi tranquilidad de conciencia. ¿Lo llamaremos egoísmo? —sonrió ceñudo—. Mentí anoche, pero he dicho la verdad esta mañana y he dicho todo lo que sé... No pienso decir nada más ni creo que ningún ardid pueda hacerme decir lo que no deseo decir. Si usted tiene realmente algún interés en mi colección, tendré mucho placer en mostrársela... De otro modo...

El doctor Fell le observó. En la frente del doctor se marcaba una profunda arruga; por lo demás, su cara seguía impasible. Envuelto en su amplia capa negra, se destacaba en el cuarto blanco, de pie con un cigarro recién cortado en una mano y un fósforo sin encender en la otra. Por espacio de veinte segundos permaneció así; Melson tuvo la sensación de que los ojitos que parpadeaban detrás de los lentes amenazaban cosas implacables y de una importancia terrible. Luego, tan repentinamente que hizo sobresaltar a Melson, se produjo un crujido, y se oyó el ruido de la llama del fósforo cuando el doctor Fell encendió el cigarro.

—¿Quiere fuego? —preguntó jocosamente—. Sí, me interesa mucho la colección. Los relojes de agua, ahora...

—¡Ah, la clepsidra! —Carver trató de interrumpir el silencio y recobró su dignidad y entusiasmo al indicar las vitrinas—. Si usted se interesa por las primitivas formas de marcar la hora, aquí empieza su historia. Para entenderlo debe tener presente la división del tiempo que hacían los antiguos. Por ejemplo, los persas dividían el día en veinticuatro horas, a contar desde la salida del sol; los atenienses tenían el mismo sistema, pero a contar desde la puesta del sol. El día egipcio tenía doce horas. El horario de los brahmines era más complicado. Este —tocó la caja que contenía el bol grande de metal con el agujero en el centro—, si es auténtico, debe de ser uno de los modelos más antiguos que existen en el mundo. Los brahmines dividían el día en sesenta horas de veinticuatro minutos cada una, y éste era su Big Ben. Estaba colocado en una tina de agua en un lugar público y junto a él se había colocado un gong grande. Exactamente en veinticuatro minutos, el bol se hundía y golpeaba el gong para marcar el paso de una hora.

»Este es el principio más primitivo. Antes del invento del péndulo, todos

consistían en la regulación de una corriente de agua que sumergía una serie de muescas numeradas con las horas.

Mostró el aparato que Melson había observado la noche anterior, el tubo vertical de vidrio con los números romanos grabados en una tabla y la lámpara de sebo sobre una ménsula.

—Este es un reloj nocturno, con la lámpara que siempre se mantiene encendida. Demuestra que es de principios del siglo diecisiete, obra de Jehan Shermite, y tiene probablemente el mismo dibujo que el que Pepys describe en el cuarto de la reina Catalina, en 1664.

El cerebro frío y curioso de Melson seguía trabajando. Comprendió que, por algún motivo oscuro, el doctor Fell, con algún provecho, animaba a Carver en su afición.

—¿En aquella época todavía seguían en uso los relojes de agua? —preguntó—. Siempre los he asociado con los romanos. En alguna parte he leído que en los debates del senado se permitía a los oradores un tiempo determinado, y los relojes de agua se combinaban para que el orador tuviese un tiempo mayor o menor para hablar.

Carver estaba ahora dominado por el entusiasmo. Se restregó las manos.

—Muy bien, señor. Muy bien. Se hacían con cera... Las clepsidras se utilizaron hasta 1700. Aunque una forma primitiva de nuestro moderno mecanismo de esfera se utilizó en el siglo catorce, hubo un renovado interés por las clepsidras hacia mediados del siglo diecisiete..., aunque sólo fuese como juguetes ingeniosos. ¡Tienen vida, estos personajes! Son tan inteligentes como los niños dotados para la mecánica y la química. La Royal Society hizo entonces una vaga tentativa para construir una máquina de vapor; nosotros hicimos yesqueros, la alarma contra ladrones, el grabado de media tinta...

»Por ejemplo, este reloj de agua —señaló el esqueleto con esfera y una aguja de cuyo reverso colgaba una cadena con un cilindro de bronce—. *Esto sé que es auténtico. A medida que disminuye la cantidad de agua del cilindro, su peso decrece y mueve la aguja a la velocidad exactamente estipulada. Data de 1682, pero es común si usted simplemente busca mecanismos ingeniosos. Por ejemplo, observe el reloj que marcha con vapor, como el que usted puede ver ahora en el Guildhall...*

—Un momento, por favor —interrumpió el doctor Fell—. Umf. Ah. Usted parece dudar de la autenticidad de muchas de estas cosas. Pero observemos algunas de las piezas auténticas de su colección. Por ejemplo, los relojes de bolsillo.

Carver alcanzó ahora el punto culminante de su entusiasmo.

—¡Relojes de bolsillo! —dijo—. ¡Ah, *ahora* tengo algo para ustedes, caballeros! Veamos. Por lo general no hago esto, por lo menos con extraños; pero si ustedes quieren, abriré mi caja de hierro y les mostraré unos auténticos tesoros —dirigió una mirada hacia la pared de la derecha; la misma mirada, recordó Melson, que instintivamente había dirigido al entrar al cuarto la noche anterior, y su cara se turbó—. Por supuesto que ustedes deben recordar que la joya de mi colección ha

desaparecido, aunque sigue bajo el mismo techo...

—¿El reloj que usted vendió a Boscombe?

—Sí, el reloj Maurer con la calavera. Tengo otro con el mismo dibujo e igualmente perfecto como pieza de artesanía, pero no tiene ni la décima parte de valor, a causa del lema y de los antecedentes que posee el primero. Usted debe verlo, doctor. Boscombe se lo mostrará.

El doctor Fell frunció el ceño.

—A eso quería llegar. Tengo muchísima curiosidad por conocer ese reloj, porque me parece que ha habido un enorme alboroto respecto a él —refunfuñó—. Para ser un reloj, aun un reloj antiguo, ha perturbado a muchos otros, además de a usted. ¿Es realmente de valor? Quiero decir: ¿muy valioso?

Los ojos de Carver se movieron inquietos, y sonrió débilmente.

—Su valor, doctor, es mucho mayor que su precio. Pero puedo decirle lo que Boscombe pagó por él. Fue el mismo precio que yo pagué cuando lo compré hace unos años: tres mil libras.

—¡Tres mil libras! —exclamó violentamente el doctor Fell y lanzó una gran bocanada de humo al retirar bruscamente el cigarro de la boca. Tosió, la cara se le puso más roja, y luego los suspiros cedieron a una risita—. Tres mil libras, ¿eh? —añadió más suavemente, y sus ojos parpadeaban—. ¡Oh, demonios, espere que Hadley se entere de esto! Eh, eh, eh.

—Usted..., este..., usted ve ahora por qué Mrs. Steffins a veces se queja de falta de dinero. Usted comprenderá lo que significa el reloj. Lo juzgará por sí mismo.

Se dirigió hacia el panel del centro de la pared de la derecha. Aunque Melson no pudo seguir el movimiento de la mano, debió de haber tocado un resorte, porque se abrió una rendija, y Carver empujó hacia atrás el panel. Dentro apareció un espacio alto y oscuro, como un dormitorio cerrado por una puerta paralela a la pared. Vieron a la derecha del dormitorio el contorno de una caja de hierro, y a la izquierda, otra puerta.

—Un momento, que voy a desconectar la alarma —continuó Carver—. Como ustedes tal vez lo sepan, el reloj de la calavera fue un curioso acontecimiento en el siglo dieciséis. No piensen en relojes como los conocemos ahora. El reloj de la calavera nunca se lo llevaba uno consigo, por lo menos con comodidad, pues pesaba tres cuartos de libra. Se exponen algunos modelos en el Museo Británico. Este es mucho más pequeño...

Se acercó a la caja de hierro y con la mano izquierda hizo girar el botón de la combinación, cubriéndola con la derecha. Después de abrir una puerta interior extrajo una bandeja pequeña forrada de terciopelo negro y la llevó a la mesa del centro.

El reloj tenía la forma de una calavera achatada, con la mandíbula inferior caída; su misma longitud le daba un aspecto siniestro. Fuera, la luz del día se había vuelto más lóbrega, y la luz amarillenta del fuego formaba un juego cambiante de luces sobre la cara de la calavera, cuyo oscuro tinte de plata dorada brillaba en contraste

con el terciopelo negro. A su manera, era hermoso, pero a Melson no le agradó. Le prestaba un toque *macabro*, y aun terrible, la inscripción del fabricante grabada en letras curvas, en la frente y alrededor de las cavidades de los ojos..., un hombre que escribe su nombre en la cabeza de un muerto...

—¿Le gusta? —preguntó Carver, ansioso—. Sí, puede tocarlo. Vea, la mandíbula se mueve. Abra la mandíbula..., inviértalo..., así. Ahí está la esfera. El mecanismo está en el cerebro, como debe ser —se echó a reír—. Es muy pequeño y bastante liviano. Isaac Penard lo hizo casi un siglo después del de Boscombe, pero los dos son semejantes. Excepto...

—¿Excepto? —instó el doctor Fell, que pesaba el reloj en la mano.

—Excepto su historia. Sí —dijo Carver; le brillaban los ojos débiles—. Excepto el simbolismo de lo que está escrito sobre la frente. ¿Tiene un lápiz? Gracias. Aquí hay un papel. Se lo escribiré para usted. ¡Ja! Señores, ustedes no tendrán dificultad en...

Carver escribió espasmódicamente y respiró hondo. Al agacharse para pasar el papel por encima de la mesa, el fuego le iluminó la dura sonrisa, por debajo de la amplia frente. El fuego crepitó y disminuyó. Melson se sobresaltó al descifrar lo que había escrito:

EX DONO FRIS, R. FR. AD MARIAM SCOTORUM ET FR. REGINAM, 1559.

Hubo una pausa.

—El obsequio de Francisco —leyó el doctor Fell, llevándose una mano hasta los lentes—, rey de Francia, a María, reina de Francia y Escocia, 1559. Entonces...

—Sí —dijo Carver, asintiendo—. El obsequio de Francisco II cuando ascendió al trono su prometida..., María, reina de los escoceses.

## LA ÚLTIMA COARTADA

—Este es interesante —continuó Carver, señalando el reloj en la mano del doctor Fell—. Pero no tiene, si puedo emplear la palabra, ninguna personalidad, ninguna indicación de quienes lo han usado. Es un simple metal. En cambio, el otro es diferente. No hay nada que rememore tanto los rastros del pasado como un reloj. Es tan personal como un espejo. Piensen —continuó con tranquilidad, mientras contemplaba el fuego—: En 1559 María tenía diecisiete años, era reina en la tierra, e Isabel era una arpía vulgar y pelirroja que subía al trono tambaleante. No hubo indicios de complots de amantes asesinados y su cabello había encanecido cuando cayó la peluca junto con la cabeza bajo el hacha. Señores, pueden mirar aquel reloj y verán todo reflejado en su superficie.

A Melson, profesor de historia constitucional, no le agradaban estas cosas. Tosió automáticamente, preparándose para discutir. En otro momento podría haber discutido, pero ahora permaneció callado. Algo en el sordo terror de la casa no le permitía quitar los ojos del reloj que brillaba en la mano del doctor Fell. Además, su cara tenía una curiosa expresión cuando dejó el reloj de la calavera en la bandeja forrada de terciopelo.

—Supongo que todos en la casa conocen... el otro —observó—, ¿eh?

—Oh, sí.

—¿Les agradó?

Repentinamente, Carver se cubrió con su coraza de reserva y recogió la bandeja.

—Mucho..., pero continuemos. Usted querrá ver otros —se produjo un ligero estrépito—. ¡Maldita sea, soy un torpe! ¿Quiere usted recoger la taza de té, doctor, o lo que queda de ella? Siempre tiro al suelo la porcelana. ¡Hum!, sí. Sí. Gracias. Me he dejado llevar por mi entusiasmo —hablaba en medio del silencio, hundiendo la gran cabeza, arrugando la cara; y casi se lleva por delante la puerta. Luego continuó rápidamente—: Usted me creerá por demás prudente dado que tomo tantas precauciones. Es cierto que la caja de hierro es buena, y que cualquier ladrón que robara algo mío tendría dificultades para deshacerse de ello. Pero..., me siento más seguro. Especialmente porque esta puerta —señaló a la de la izquierda del dormitorio — conduce a una escalera que sube a la azotea, y aunque tiene cerrojo...

—¿A la azotea? —preguntó el doctor Fell.

Sus palabras todavía resonaban cuando, de repente, se abrió la puerta que daba al vestíbulo y entró Hadley. Estaba perturbado y trataba de ocultar, en la palma de la mano, algo que parecía un pañuelo. Dijo:

—Vea, Fell... —y calló cuando vio la expresión en la cara del doctor—. No me

diga que ha sucedido algo más —articuló después de una pausa—. ¡Por el amor de Dios, no me lo diga!

—Arrumf. Bueno, no sé si usted lo llamaría sucedido. Pero parece que hay otro camino para subir a la azotea.

—¿Qué es eso?

Carver se puso tieso y sereno.

—Yo no sabía, inspector, que le interesaba —dijo—. Por lo menos, usted no se molestó en preguntármelo —y guardó la bandeja en la caja de hierro, cerró la puerta con un golpe fuerte e hizo girar el botón—. Esta puerta da a una escalera. La escalera sube entre las paredes de dos cuartos del piso de arriba, ahora desvanes, y luego llega a la azotea. Creo que se usaba a principios del siglo diecinueve, cuando este cuarto era comedor, como escalera privada para conducir al dueño de la casa hasta la cama cuando había terminado de beber oporto... Repito, ¿qué ocurre con esto? Usted ve, tiene un doble cerrojo de este lado y otro en el interior de la puerta de fuera. Por lo tanto, no podría entrar nadie desde fuera.

—No, pero alguien de dentro podría salir a la azotea, ¿eh? —dijo Hadley al señalar la puerta detrás de Carver, la puerta de al lado del dormitorio, paralela a la pared del cuarto—. Y este..., sí, estuve allí dentro hace un momento. ¿Este es el cuarto de Mrs. Steffins, no es así, al otro lado de la puerta?

—Así es.

—¿Y respecto a estos desvanes del piso de arriba? ¿También se comunican con la escalera?

—Sí —repuso Carver, sin demostrar interés.

—Digo, Hadley —intervino el doctor Fell—, ¿dónde quiere ir a parar usted?

—Cualquier persona de esta casa, con acceso a esta escalera, sea desde aquí abajo o desde los desvanes, pudo subir a la azotea. Una vez en la azotea, pudo volver a bajar por la otra puerta (usted recuerda que la joven dijo que antes había un cerrojo en el lado interior; pero que estaba roto), luego seguir hasta la puerta al final de la escalera principal, abrir esa puerta con el picaporte de dentro y... —Hadley hizo el ademán de apuñalar—. Esto se le había ocurrido a usted, ¿no es así? Usted se ha vuelto excepcionalmente reservado de repente.

—Puede ser —refunfuñó el doctor Fell, tirándose del bigote—. Pero ¿por qué esta treta tan estudiada? Si usted fuese a matar al querido Ames, ¿no hubiese sido mucho más sencillo subir la escalera detrás de él, cumplir la tarea y luego volver cómodamente a su cuarto?

Hadley le miró con cierta curiosidad, como si tuviese la intuición de una broma o de un propósito oculto, pero descartó la idea.

—Usted sabe perfectamente bien que no. Primero tiene usted la posibilidad de una pelea o de una alarma, que despertaría a toda la casa. Segundo, y más importante, una vez cumplida la tarea, usted podría volver directamente a su cuarto por el mismo camino sin peligro de que le vieran.

—Bueno, ahora... —dijo el doctor Fell, desaprobador—. No diga eso. Con Miss Carver y Hastings arriba tomando el aire y a la luz de la luna, usted correría mucho más peligro de ser visto que un confortable vestíbulo. ¿Eh?

Hadley le miró con cierta sospecha.

—Oiga, ¿es ésta su idea de una broma ingeniosa? Usted está usando para sostener su teoría la misma evidencia que prueba la mía. A saber, que alguien fue visto en la azotea, y ese alguien es el probable asesino. Eleanor Carver y Hastings no se encontraban con regularidad en esa azotea; el asesino probablemente no pensó que estarían allí. Vamos. Vamos a explorar la azotea.

El doctor Fell abrió la boca para contestar, mientras Carver, que los miraba con divertida ironía, hacía mucha ostentación de correr los cerrojos de la puerta de la escalera.

—Sin duda ustedes tienen..., ¡hum!..., que explorar —insinuó, con ademanes—. Sí, sí. Me desagrada desanimarle, señor inspector, pero todo lo que sé es que su teoría está equivocada.

—¿Equivocada? ¿Por qué?

—Millicent estaba anoche muy preocupada, ¿lo recuerda? Especialmente cuando Eleanor dijo que el joven Hastings no podía, ¡hum!, dominar su carácter y que había roto el cerrojo de la puerta de la azotea. Ella me lo contó. Para ser franco, tampoco me gustó a mí. Era innecesario y además peligroso, después de todas mis precauciones. Entonces, naturalmente, subí a echar un vistazo...

—¿A la puerta de la azotea? Esto es interesante —dijo Hadley—. La puerta al final de la escalera estaba anoche con llave. Y su pupila dijo que a ella le habían robado la llave... ¿Encontró usted la llave? O ¿cómo hizo para pasar?

Carver sacó un manojito de llaves de su bolsillo y las revisó.

—Tengo duplicados de las llaves de todas las puertas de la casa —repuso—. Usted no me preguntó, si no se lo hubiese dicho. ¿La quiere? Aquí la tiene.

Desprendió una llave y se la arrojó. La llave brilló en el aire, como un chispazo de desprecio, y Hadley la recogió. Carver continuó:

—Revisé la puerta. Y Eleanor, en cierta manera, se ha equivocado. El cerrojo no estaba roto. Estaba en perfectas condiciones, y la puerta firmemente asegurada con un cerrojo de acero de siete centímetros... Nadie hubiese podido entrar a la casa desde la azotea. Por lo tanto, su interpretación de que el asesino hubiese entrado por esa puerta y bajado por otra, como un personaje de una pantomima, resulta una tontería. ¡Hum!, sí. Si usted duda de mí... —señaló la llave.

Se produjo un silencio, interrumpido por un ronco suspiro del doctor Fell.

—De nada vale, Hadley, meterse en honduras —dijo—. Así que... la gente de la azotea queda eliminada, ¿eh? Aparentemente, aparentemente —reflexionó—. Sí, tendremos que subir a explorar la azotea, Hadley, pero no en este preciso momento... Tengo ganas de ver el reloj.

—¿El reloj?

—El de Boscombe. No quiero examinarlo —insistió el doctor, con innecesario énfasis—; solamente quiero verlo y asegurarme de que está allí. Humf... ¡Ah! Buenos días, Miss Handreth.

Calló al oír golpear la puerta y permaneció sonriente cuando ella entró. Lucía Handreth parecía despabilada y aun contenta. Vestida para salir, con un abrigo ajustado de cuello de piel y con sombrero gris, se ponía con vivacidad un par de guantes negros y sostenía una cartera apretada debajo del brazo. Ningún rastro quedaba de la desafiante incertidumbre de la noche anterior. Sus ojos tenían el aspecto forzado de quien se levanta después de dormir poco, pero traía salud y energía al cuarto, junto con un perfume de violetas silvestres que en cierto modo parecía tan activo y práctico como su cartera de trabajo.

—Me voy a la oficina, aunque parezca sorprendente —dijo sonriendo a Hadley—. Pensé que le encontraría a usted aquí antes de irme. ¿Quiere venir al teléfono?

—Bueno. Dígales que...

—Oh, no es de su oficina. Es con respecto a mi coartada —explicó con calma—. Con respecto a la tarde del martes de la semana pasada. Le dije que lo miraría en mi diario. *Fue* efectivamente el día de la reunión. Esta mañana llamé a los que dieron la reunión. Recuerdo ahora que llegué allí como a las cuatro y media y me quedé hasta las siete. Ken está ahora al teléfono, y él y su mujer se hallan dispuestos a confirmarlo. Él es un artista que diseña cubiertas de revistas, y supongo que para usted tendrá suficiente autoridad. Por supuesto que hay otros... Sé que usted deberá controlar todo personalmente, pero quisiera que hablase con él ahora, y así puedo olvidarme de ello. Me dejó bastante preocupada.

Hadley asintió y, con una mirada significativa hacia el doctor Fell, la siguió complacido. El doctor Fell no lo parecía tanto y salió pesadamente detrás de ellos, pero no llegó más allá del vestíbulo. Cuando Melson cerró la puerta, después de una palabra de agradecimiento a Carver, encontró al doctor en pie en la oscuridad, con el sombrero de copa echado hacia atrás y golpeando suavemente un bastón en la alfombra con furia contenida. Melson nunca lo había visto así y volvió a tener la sensación de terrores desconocidos que se reunían y se complicaban. El doctor Fell, mirando en derredor, se sobresaltó al hablarle.

—¿Eh? ¡Oh! No puedo impedirlo —dijo, dando un golpe errado con el bastón—. Lo veo venir, lo he visto acercarse gradualmente desde que estamos en esta maldita casa y me siento tan inútil como dentro de una pesadilla. El diablo nunca tiene prisa. Y ¿cómo atacarlo? ¿Qué prueba tangible tengo para exponer ante un jurado de doce hombres buenos y sinceros y decirles...?

—Vamos, ¿qué le aflige? —preguntó Melson, que a cada pisada o puerta que se abría se ponía nervioso—. Usted parece turbado porque la joven Handreth ha probado su inocencia respecto al crimen de los almacenes.

—Lo estoy —asintió el doctor Fell—. Pero siempre me siento turbado cuando veo a una persona inocente en peligro de ser ahorcada.

Melson le miró.

—¿Quiere decir que la joven Handreth, realmente...?

—¡Calma! —pidió vivamente el doctor Fell.

Hadley, con los músculos de las mandíbulas tensos de satisfacción, cedió el paso a Lucía Handreth cuando salieron del cuarto. La muchacha se ajustó los guantes entre los dedos, dio un toque final al sombrero y dijo:

—¿Se siente mejor ahora, Mr. Hadley?

—Tendré que verificarlo, por supuesto, pero...

La muchacha asintió, serena.

—Sí. Sin embargo, creo que bastará. ¿Puedo irme, ahora? Bien. Si quieren, pueden seguir registrando mi cuarto. Buenos días.

Los dientes puntiagudos asomaron en una amplia sonrisa, y los ojos castaños brillaron. Luego el eco del golpe de la puerta de la calle y del chirrido de la cadena subió hasta arriba junto con el creciente rumor de la gente todavía arremolinada fuera. Por la débil luz que penetraba a través de las angostas ventanas laterales situadas a cada lado de la puerta, Melson podía ver la superficie de la baranda y unas caras impacientes, boquiabiertas, que iban y venían sobre ella como cabezas en picas. Una cámara fotográfica fue levantada, y el fogonazo brilló en el cielo otoñal. Melson oyó que Hadley, detrás de él, tarareaba por lo bajo una tonada en señal de regocijo. No era muy entendido en canciones populares, pero no podía dejar de reconocer ésta. Las palabras se destacaban:

—... *cabalgando para el último rodeo*... —luego Hadley habló, incisivo—: Esta mujer queda descartada, Fell. Aparte del artista, parece que había allí un montón de gente reunida en una ruidosa merienda. Todos quisieron hablar y dijeron lo mismo. Así...

—Venga arriba —dijo el doctor Fell—. No discuta; venga arriba. Tenemos que descubrir otra cosa más.

Subió a tropezones, haciendo poco ruido sobre la mullida alfombra, y los otros lo siguieron. Hadley, al recordar el pañuelo que había tenido en la mano durante un rato, trató de hablar, pero el doctor Fell le hizo callar, con un ademán violento, porque la puerta del cuarto de Boscombe estaba ligeramente abierta. Después de llamar formulariamente, la abrió. Los restos del desayuno estaban sobre la mesa, y las cortinas aparecían descorridas. Boscombe, melindrosamente vestido, con aspecto pálido y desencajado a la luz del día, se estaba sirviendo un *whisky* con soda junto a una mesa. Al oírlos entrar, se volvió, con la mano puesta sobre el sifón.

—Buenos días —saludó el doctor Fell—. Hemos estado hablando con Carver..., una conversación sumamente interesante. Nos ha contado muchas cosas sobre relojes, y nos interesa el reloj de la calavera que usted le compró. ¿Le importa mostrarlo?

Los ojos de Boscombe se fijaron rápidamente en la caja de bronce; vaciló y, de repente, se puso aún más pálido y desencajado; parecía como si le faltara el aire, a pesar de que luchaba para disimular.

—Sí —dijo—. Me importa. Salgan de aquí.

—¿Por qué?

—Porque no me place mostrárselo —repuso el hombre, con esfuerzo. Su voz se volvió áspera—. Me pertenece, y nadie va a verlo si yo no quiero. Si usted se imagina que simplemente porque tiene poderes policíacos puede hacer lo que le da la gana, verá que está equivocado.

El doctor Fell hizo una tentativa de dar un paso hacia delante. Boscombe abrió rápidamente el cajón de la mesa, metió la mano dentro y retrocedió con energía.

—Les advierto que lo que están haciendo es un robo. Si llegan tan sólo a tocar esa caja, yo...

—¿Disparará?

—Sí, ¡maldición!

Su voz demostró furia humillada por haberse dejado intimidar, pero no pensaba permitirlo otra vez. Hadley refunfuñó una palabrota y se adelantó a prisa. Melson vio que el doctor Fell ahogaba la risa entre dientes.

—Boscombe —dijo el doctor, con calma—, si alguien me hubiese dicho anoche que en el futuro usted me iba a agradecer, le hubiera llamado mentiroso; pero estoy cambiando un poco de opinión. Por lo menos tiene bastante coraje y suficiente cariño en su pequeña alma para proteger a alguien, aun cuando esté usted equivocado respecto a quien...

—¿De qué diablos se trata? —preguntó Hadley.

—El reloj Maurer de la calavera ha sido robado —dijo el doctor Fell—. Pero sospecho que no por la persona que Boscombe cree. Le va a interesar, Hadley. Ese reloj vale tres mil libras. Y ha desaparecido.

—Eso es una mentira.

—No sea tonto, hombre —dijo el doctor Fell, vivamente—. En la indagación se le interrogará sobre este punto, y si no puede mostrarlo...

Boscombe se volvió hacia el aparador y tomó otra vez el sifón.

—No tendré necesidad de mostrarlo. Si se lo presté a un amigo antes de que ocurriese este asunto, me incumbe a mí y a nadie más —se oyó ruidosamente el chorro del sifón, y él se volvió para enfrentarlos.

—En realidad —observó el doctor Fell, sin entusiasmo—, siempre impresiona que alguien entre audazmente a hurtadillas en el cuarto de uno y le acuse de un hecho correcto. Debe perturbar la propia vanidad. ¡Vamos, hombre! El mundo no está tan tremendamente podrido para que uno tenga siempre que golpearlo por miedo a que lo golpeen. En cuanto a...

Una voz en la puerta dijo con tono rápido, tembloroso y reservado:

—Este..., viejo... —y tragó.

Se volvieron para ver a un hombre joven y gordito que penetraba en el cuarto. Con una mano se cerró el cuello de su *robe de chambre* de seda arrugada, y con la otra se sostuvo fuertemente del marco de la puerta. Su pelo rubio y escaso estaba

desordenado; su cara, que ordinariamente debía de ser fresca, estaba pálida, con ojos dormidos, que tenían una mirada impresionada por el horror. Aunque no se tambaleaba, su aspecto daba a entender que si soltaba el marco de la puerta saltaría y volaría por el aire. La voz era rápida, confusa y espasmódica, aun ahora que se había vuelto ronca y confidencial.

—Este..., viejo —repitió, aclarándose la garganta—, ¿por casualidad podría darme un trago? Maldita suerte la mía. Yo..., yo he roto la última botella, la he perdido o no sé qué. Se lo agradeceré.

Parecía abatido. Boscombe le miró, tomó la botella, sirvió más *whisky* dentro del vaso que tenía en la mano y se lo dio. El recién llegado, que Melson supuso que no podía ser otro sino Mr. Christopher Paull, soltó el marco de la puerta y su *robe de chambre* y entró horrorizado como si no pudiese creer en la existencia de un estado de nervios tan espantoso como el que sentía. Estaba descalzo, y las dos partes de su pijama no combinaban. Mr. Paull parecía desentonado y, después de aceptar el vaso de Boscombe, lo sostuvo indiferente durante varios segundos.

—Salud —dijo débilmente Mr. Paull, bebió y se puso a temblar con una sonrisa espectral—. Viejo. Invitados. Siento mucho que tenga invitados. Este... —se limpió nerviosamente el bigotito con el dorso de la mano—. Usted conoce estas cosas. Una comida de regimiento o algo parecido. *Muchachos de raza bulldog* y demás. ¿Fue así? No sé cómo sucedió, ni cómo llegué a casa. *Muchachos de raza bulldog*, ¡hurra! ... Sé que alguien cantó eso. Viejo, lo lamento mucho —volvió a beber—. Ya me siento mejor —la voz de vehemente contrición salía a gorgoteos.

—¿Entonces no sabe lo que ocurrió aquí anoche? —preguntó vivamente Boscombe.

—¡Santo Dios! ¿Qué hice? —dijo Paull, y de pronto apartó el vaso de la boca.

—Por casualidad, ¿no ha cometido un asesinato? —interpuso Hadley.

Paull se echó hacia atrás. El vaso le temblaba en la mano y tuvo que dejarlo sobre la mesa. Por un momento fijó una mirada incrédula; luego el temor le asomó a los ojos, y la voz se volvió insegura.

—Digo, digo, ésta no es hora para bromas —miró a Boscombe—. Viejo, ¿quiénes son estos hombres? Repréndales. Repréndales pronto y bien. Malditos sean, alarmando a un hombre que se siente como yo me siento; si me lo pregunta, está muy mal hecho. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Cometer yo un asesinato? ¡Dios mío! ¡Qué disparate!

Intentó tomar otra vez el vaso.

—Yo soy del CID..., de Scotland Yard —dijo Hadley, alzando la voz como si hablase con una persona sorda—. Y supongo que usted es Mr. Christopher Paull. Anoche fue asesinado aquí un inspector de policía cuando subía esa escalera. En realidad, al final de la escalera...

—¡Tonterías! Usted está em...

—No. Fue apuñalado no muy lejos de la puerta del cuarto de usted. Tenemos

pruebas de que usted llegó aquí anoche a las siete y treinta, y debe de haber estado en su cuarto en aquel momento. Quiero que me diga lo que sabe.

Paull miró a Boscombe, que hizo un movimiento de cabeza y se quedó muy quieto. Melson no podría decir si de pura impresión o de miedo, pero por un momento no pudo hablar. Fue necesario repetirle varias veces las preguntas. Se dirigió entonces a una silla y se sentó, dejando el vaso sobre una mesa cercana.

—¿Y bien, Mr. Paull?

—¡No sé! ¡Dios mío! ¿No creerá que lo hice yo?

—No. Sólo queremos saber si vio u oyó algo, o si estaba en condiciones de oír o de ver algo.

Paull se sintió algo tranquilizado, y su respiración se volvió más serena. Apretando las manos contra los ojos, se meció en la silla.

—No puedo pensar, ¡maldición! No puedo encontrar una idea clara en mi cabeza. Todo está embarullado. Qué malo ha sido largarme una noticia como ésta... ¡Un inspector de policía! Un inspector de policía que se deja matar, qué tontería... ¡Espere un momento!

Levantó la vista.

—Sucedió algo..., no consigo ver claro..., en algún momento. ¿Cuándo fue? Déjeme pensar. No, lo he soñado. A veces uno cree que se levanta en la oscuridad y no es así. Qué tontería. Pensé...

Como para ahuyentar un fantasma, introdujo la mano dentro del bolsillo de la *robe de chambre* y hurgó. Encontró algo, pues su expresión cambió, y del bolsillo sacó aturdidamente un guante negro de mujer, de cabritilla, en parte al revés. Al darle la vuelta, cayó de uno de los dedos una llavecita, que brilló en el suelo... y la palma del guante estaba ligeramente manchada con pintura dorada.

## 15

# EL GUANTE VOLADOR

**H**adley se quedó momentáneamente helado. Luego se agachó y de la mano sin fuerzas de Christopher Paull tomó el guante. Se acercó a la ventana, lo examinó a la débil luz gris. Fuera las ramas del árbol, apenas matizado de amarillo, casi tocaban las ventanas, y una brisa penetraba a través del cristal roto. Hadley tocó las manchas doradas; luego pasó los dedos por encima de otras manchas, evidentemente secas del todo.

—Sangre —dijo.

La palabra resonó tranquila. Parecía aún más desagradable pronunciada en aquel cuarto grande, con sus libros oscuros y las burlonas expresiones de los grabados de Hogarth en las paredes. Volviéndose sin prisa, Hadley recogió la llavecita. Al retroceder, se echó a un lado para tener luz y quedó contra el alto biombo pintado con llamas y cruces color de azafrán. La cara de Hadley parecía gris, pero sus ojos oscuros expresaban satisfacción. Del bolsillo sacó la llave que Carver le había dado, la llave de la puerta del descansillo. La puso encima de la otra y sostuvo ambas contra la luz. Eran exactamente iguales. Luego metió las llaves en bolsillos distintos.

—Ahora, Mr. Paull, ¿quiere explicarnos por qué tiene este guante?

—¡Le digo que no lo sé! —gritó con una especie de gemido—. ¿No puede darle a uno la oportunidad de pensar? Tal vez si tengo una oportunidad de pensar pueda ver las cosas claras. Tengo una idea..., ¿no puedo haberlo recogido en alguna parte? ¿Así fue? Tengo otra idea..., ¿en la escalera, mientras hablaba con alguna mujer? No, ésta era la tía Steffins. Ella me metió la corbata en el bolsillo. Estaban entonces las luces encendidas. No sé por qué recuerdo esto.

—¿Sabe usted a quién pertenece este guante?

—No es mío, ¡Santo Dios! ¿No puede apartarlo? ¿Cómo habría de saberlo? —lo miró, vacilando, como un hombre que se aproxima a una serpiente que se le ha dicho que es inofensiva—. Un guante de mujer. Podría ser de cualquiera... Viejo, ¿me permite tomar otra copa? No estoy borracho. Me siento como el demonio, pero no estoy borracho y me haría bien.

—¿Y usted, Mr. Boscombe?

La nariz de Boscombe se crispó, pero permaneció inmóvil, cruzado de brazos, contra la mesa. De nuevo luchaba y apenas echó un vistazo al guante.

—Nunca lo he visto.

—¿Está seguro?

—Muy seguro. También estoy seguro de que se halla al borde de uno de los mayores errores de su vida. Disculpen —se acomodó los lentes y fue a tomar el vaso

de Paull.

—Usted dijo anoche —continuó Hadley— que antes de terminar este caso vendríamos a pedirle consejo. Usted dijo que tenía algo que decirnos. ¿Tiene algo que decir ahora?

—Haré una pregunta —tomó el vaso de Paull, pero no se volvió—. ¿Qué deduce usted de este guante?

—No necesito esforzar mucho la imaginación —repuso el inspector jefe— cuando veo las letras «E. C.» marcadas en el interior.

Boscombe se volvió violentamente.

—Es muy de su inteligencia superficial pensar así. Ahora le diré algo. El apellido de Eleanor no es Carver, sino Smith. En las cosas que le pertenecen...

—¡Ya recuerdo! —dijo Paull, de repente—. ¡Eleanor! ¡Por supuesto!

Se sentó tieso, tirándose del bigote. Los colores de la cara desaparecieron; parecía corpulento e inútil, pero por primera vez más seguro de sí mismo.

—¡Eleanor!, en el pasillo...

—¿La vio en el pasillo?

—¡Vamos, vamos!, no me apremie —rogó plañideramente Paull, como si su memoria pudiera volcarse como un balde de agua al mover la cabeza—. ¿No fue así? Me vuelve un poco la memoria. Nada tiene que ver con su maldito policía. Eleanor. ¡Oh, no! Pero puesto que usted quiere saber..., digo, ¿qué ocurrió realmente? Tal vez si usted me dijera...

Hadley, con un esfuerzo, contuvo su impaciencia.

—Recuerde lo que pueda recordar sin ninguna ayuda. No queremos pruebas desfiguradas para que se acomoden con lo que usted cree que puede haber sucedido. ¿Y bien?

—Ya lo sé, en parte. Lo que me embarulla es que usted dice que volví aquí temprano —refunfuñó Paull con terquedad—. Al diablo con todo. Hubo una cena..., ¿la hubo? No lo sé. De todos modos, me desperté...

—¿Dónde?

—En mi cuarto. Estaba oscuro, y no sabía dónde me encontraba ni cómo había llegado allí; sentía la cabeza tan aturdida que creí que todavía seguía soñando. Estaba sentado en una silla y sentí frío, me toqué entonces el hombro y comprendí que me encontraba a medio vestir y sin zapatos. Entonces alargué la mano y di con una lámpara, la encendí y descubrí que estaba en mi cuarto, pero la luz parecía rara.

»Sí, ¡Dios mío!, ya lo sé... Recuerdo que algo me preocupaba. De repente recordé y pensé: “¡Diablos! ¿Qué hora es? Tengo que llegar a esa cena”. Pero no podía sostenerme, el cuarto parecía extraño, y no encontraba el reloj; entonces pensé: Kit, todavía estás borracho como una cuba, pero tienes que llegar a esa cena”. Luego di vueltas y vueltas por el cuarto hasta que oí dar la hora. Conté...

Tembló. Hadley, que había tomado su libreta de apuntes, le instó:

—¿Recuerda la hora?

—Estoy completamente seguro. Medianoche. Conté las campanadas. Recuerdo esto porque como tenía frío busqué la *robe de chambre* y me senté sobre la cama. Pensé que todavía podría llegar a esa cena si tomaba otro trago. Entonces..., no, tengo otra laguna. No recuerdo haberme levantado de la cama. Lo siguiente que sé es que estaba junto al armario, entre mis trajes y mis cosas, y no podía mantenerme erguido; tenía una botella en la mano. Había poco en la botella y lo bebí, pensando: “Vamos, viejo, esto no es bastante para poder continuar”. Siempre me siento más a gusto con una botella entera.

»Entonces, no sé cómo, me encontré en el vestíbulo, en la oscuridad...

—¿Cómo ocurrió eso?

—¡No puedo hacerlo...! ¡Sí puedo! —se sentía muy agitado mientras luchaba lentamente la imagen por salir de la bruma. Se dirigió hacia Boscombe, que le trajo una bebida muy suave: no la probó en seguida—. Era usted. Ya lo sé. Pensé: «Viejo Boscombe. Siempre tiene una botella del mejor en su cuarto». Luego pensé que podía molestarse si entraba y le despertaba para pedirle un trago. Algunos son así. Pero pensé que no cierra la puerta con llave; entonces podría entrar silenciosamente, sin hacer ruido..., así, y birlar una botella.

—Continúe.

—Así lo hice. Silenciosamente. De puntillas. Apagué la luz. Pero aquel último trago... me sentó mal. Todo lo veía confuso, aun en la oscuridad. La cabeza me daba vueltas, y no podía encontrar la puerta. Era espantoso —volvió a temblar—. Entonces abrí la puerta, muy silenciosamente, y caminé en la oscuridad. Tenía la botella en la mano; recuerdo esto...

—¿Y qué vio usted? —preguntó Hadley, con voz bastante ronca.

—No sé. Algo..., algo se movía. Creí oír algo, pero no estoy completamente seguro... Eleanor, sí.

—¿Puede jurarlo?

—¡Estoy seguro! —refunfuñó Paull, con aire de inspiración—. Se me ocurrió que era Eleanor que iba a encontrarse con ese tipo en la azotea. Ella lo hace. Muchas veces he pensado gastarles una broma. Me daban ganas de reír. Pensé qué buen susto se llevaría la muchacha si me acercara por atrás y le decía «¡Buu!». Luego me sentí mal y me dije: «Pobre chica, ¿qué diversión encontrará?», y me dije para mí: «Eres un sinvergüenza, eso eres, un sinvergüenza si piensas en interrumpirla...».

En su caballerosidad y nervios sobrecitados, la mano le tembló al beber el resto del *whisky* con sifón.

—Vea usted, Mr. Paull —dijo Hadley, con violenta paciencia—, a nadie le interesa lo que pensó. Nadie quiere saber en qué pensaba usted. El asunto es ¿qué vio? Cuando tenga que declarar en el juicio...

—¿En el juicio? —balbuceó Paull, levantando la cabeza—. ¡Qué tontería! ¿Qué quiere decir? Quise hacer una buena acción...

—Lo que usted vio, o creyó ver, en la oscuridad fue un hombre apuñalado. ¿Lo

entiende? Un hombre apuñalado en la garganta..., así..., que subió la escalera y murió contra esta puerta —Hadley dio unos pasos y la abrió de golpe—. Usted puede ver todavía la sangre en el suelo. ¡Ahora hable claro! Díganos qué oyó usted, cómo llegó el guante a sus manos y cómo es que nadie le vio cuando pocos minutos después se abrió la puerta; de lo contrario, el jurado puede dar contra *usted* un veredicto de asesinato premeditado.

—¿Quiere decir —preguntó Paull, despabilándose y aferrándose a los brazos del sillón— que eso fue lo que oí...?

—¿Oyó?

—Fue un ruido raro, como de alguien que se ahogaba y luego tropezaba. Pensé que Eleanor me había oído y se había asustado. Entonces me escondí.

—¿A qué distancia estaba usted de la escalera?

—No lo sé. Todo es una bruma. Espérese un momento. Debo de haber estado a una buena distancia porque no me hallaba muy lejos de mi puerta..., ¿o sí? No me acuerdo... Pero cuando me agaché toqué o empujé algo, no me acuerdo qué, y era ese guante.

—¿Está tratando de decirnos que encontró este guante en el suelo a cierta distancia de la escalera? ¡Vamos!

—¡Le digo que es verdad! Es mala costumbre dudar. Había una corriente de aire..., no sé dónde, pero el guante estaba en el suelo, y al recogerlo casi dejé caer la botella. Pensé esconderme en mi cuarto y esperar hasta que ella se fuese. Así lo hice, silenciosamente. No sé qué sucedió después. Ni siquiera recuerdo haber llegado a mi cuarto. Lo primero que recuerdo es que era de día y que estaba tendido sobre la cama, todavía a medio vestir, y que me sentía como el diablo.

—¿Por qué recogió el guante?

—¡Maldición! Trataba de hacer un favor —dijo, con poca disposición. Sus ojos volvían a nublarse—. Por lo menos así lo creo. Pensé: «Esta señorita ha perdido su guante, pobre chica. Si la tía Steffins lo encuentra, habrá alboroto. Pobre chica. Se lo daré mañana y le diré: Tut, tut, se dónde estuviste anoche»; ¡ja, ja!..., viejo, no me siento bien. Tal vez si me da tiempo me acordaré de algo más. Me parece recordar... —se enmarañó el pelo y meneó la cabeza—. No. Ya pasó. Pero ahora que sigo pensando, me parece recordar...

El doctor Fell, que durante todo este relato había guardado silencio, se adelantó pesadamente. Todavía apretaba entre los dientes el resto de un largo cigarro apagado; se lo quitó de la boca y lo dejó tranquilamente en el cenicero antes de mirar a Paull.

—Calle un momento, Hadley —rugió—. Una vida está en juego..., permítame ayudarle a hacer memoria, joven. Usted está en el vestíbulo, en la oscuridad. Usted dice que había una corriente de aire. Ahora piense en la puerta al final de la escalera, aquella que conduce a la azotea por donde creyó que pasaría Eleanor. ¿Habría notado si... la corriente se debía a que esa puerta estaba abierta?

—¡Sí, por Dios, estaba abierta! —refunfuñó Paull, enderezándose—. Ahora lo sé.

En esto estaba pensando, porque...

—No le guíe, Fell —interrumpió Hadley—. Recordará cualquier cosa si usted se lo insinúa.

—Yo no insinúo nada. Ahora lo recuerda, joven, ¿no es así? —señaló con el bastón—. ¿Por qué está seguro de que la puerta se encontraba abierta?

—Porque la otra puerta de la azotea también estaba abierta —dijo Paull.

Hubo un silencio. Otra vez reinaba el desconcierto. Melson fijó la mirada en el reflejo del extremo del bastón que el doctor Fell levantó y en la cara pálida de Paull que se destacaba contra el sillón azul. En los ojos del joven se notaba un destello de certeza. No se podía dejar de creerlo.

—Esto es una tontería —dijo Hadley, lentamente—. Basta, Fell. No voy a permitir que se fuerce de este modo a los testigos... Ocurre, Mr. Paull, que una persona digna de confianza..., que no estaba borracha..., nos ha dicho que esta puerta de la azotea se hallaba firmemente cerrada con cerrojo cuando fue a verla poco tiempo después, y la otra puerta estaba cerrada y le faltaba la llave.

Paull se echó hacia atrás. Su expresión no era débil ni quejosa.

—Digo, viejo —repuso con calma—. Me estoy cansando de que la gente me llame mentiroso. Si cree que he gozado al contarle que estaba hecho un tonto, se equivoca. Estoy haciendo todo lo que puedo; sé cuál es la verdad y con ella le enfrentaré a usted en todos los tribunales, desde aquí hasta Melbourne... La puerta estaba abierta. Y también la puerta de la azotea. Lo sé porque vi la luz de la luna.

—¿La luz de la luna?

—Sí. Al abrir esa puerta se pasa a un pasillo angosto, sin ventanas, que conduce a una escalerilla. Arriba hay un pequeño desván, no lo suficientemente alto para poder estar de pie, y justamente encima está la puerta de la azotea. Lo sé porque habíamos pensado hacer un jardín cubierto en la parte chata de la azotea. No lo hicimos porque había demasiado humo de las chimeneas de los alrededores... Pero conozco el lugar.

»Sé lo que vi. Era el reflejo de la luna sobre el suelo del pasillo. Si podía ver el pasillo, quiere decirse que la puerta estaba abierta; y si podía ver la luz de la luna, es indudable que la puerta de la azotea también estaba abierta. ¡Al diablo ahora sé qué me metió en la cabeza la idea de Eleanor! Fue esto.

—Pero ¿vio a alguno que pueda identificar? —preguntó el doctor Fell.

—No... Algo o alguien se movía.

Hadley, con la cabeza agachada, caminó lentamente alrededor de la mesa, golpeando los nudillos contra ella. Se fijó en el guante que llevaba en la mano, y su indecisión no duró.

—No tiene importancia..., puesto que en el dedo de este guante..., el guante usado por la asesina..., he encontrado la llave que abre esa puerta... Le aconsejo, Mr. Paull, que se vaya a su cuarto, se lave la cara y desayune. Si tiene alguna otra idea venga a decirla —miró luego significativamente al doctor Fell y a Melson—. Creo, señores, que un vistazo a esa puerta que da a la azotea...

—Encantado —dijo Paull—. Gracias por las bebidas, viejo. Me siento un hombre nuevo —cerró la puerta silenciosamente, a pesar de que Melson esperaba oír un portazo.

Hadley salió un momento después, echando una mirada a la izquierda, hacia la puerta del cuarto privado de Paull, cuando éste la cerraba. Melson vio que la escalera, a la vista del inspector jefe quedaba a cierta distancia del cuarto de Paull...; por la huella de los rastros de sangre, a unos cuatro metros y medio. Las cortinas estaban corridas sobre las grandes ventanas del vestíbulo, que una luz dura iluminaba claramente. Se había hecho un esfuerzo para limpiar las manchas, pero la lana húmeda, desteñida por la frotación, en la alfombra roja floreada, mostraba el rastro aun con mayor nitidez que la misma sangre.

Melson pensó que resultaría imposible determinar en cuál escalón estaba parado Ames cuando la aguja del reloj le atravesó el pescuezo. Las primeras manchas empezaban en el segundo escalón desde arriba, pero como posiblemente habría permanecido de pie hasta tropezar con el umbral de la puerta, pudieron haberle dado el golpe más abajo. El rastro doblaba primero a la derecha (yendo hacia arriba), como si el moribundo hubiese intentado una o dos veces agarrarse al pasamanos; luego zigzagueaba a la izquierda y pasaba al escalón superior, zigzagueaba otra vez a la derecha y se volvía más nítido, como si Ames hubiera caído momentáneamente de rodillas, y por último llegaba hasta la puerta de dos hojas.

Hadley miró al doctor Fell, y el doctor Fell al inspector jefe. Ambos tenían el pensamiento puesto en algo; la lucha se acercaba, pero ninguno quería iniciar el tema. Hadley observaba el bolo y se asomaba por el angosto hueco de la escalera, mirando al piso de abajo y hacia la puerta del cuarto de Paull.

—¿Le gustaría saber cuánto tiempo necesitó para... recorrer este camino? —observó de pronto.

—Dos o tres minutos, probablemente —el doctor habló con ceñuda abstracción—. Fue un andar lento, si no las huellas no serían tan fáciles de seguir.

—Pero no gritó.

No, el asesino golpeó en un lugar que estaba seguro que lo impediría gritar.

—Y desde atrás... —Hadley miró en derredor—. ¿Tiene alguna idea de dónde podría haber estado la asesina? Si ella subió, siguiéndole...

—Con toda probabilidad la persona que mató a Ames estaba escondida contra la pared opuesta a la baranda, unos tres escalones más abajo. Al pasar Ames, el asesino golpeó. Es probable que Ames subiese con la mano apoyada en la baranda; muchos lo hacemos cuando subimos en la oscuridad una escalera desconocida. El golpe casi hizo caer de rodillas a Ames...; debe de ser donde la huella dobla a la derecha, cuando se agarró con las dos manos a la baranda. Luego, soltó el pasamanos, se volvió a la izquierda y quedó como usted le vio.

—¿Ames pasó y no vio al asesino?

—Este es el punto de la reconstrucción que deseaba que viera —dijo el doctor

Fell, con un prolongado ruido que sonaba en su nariz—. Es cuestión de la luz. Este vestíbulo, como me parece haber oído varias veces, estaba oscuro como boca de lobo. Pregunta: ¿Cómo diablos pudo ver el asesino para atacar? Bueno, hay una sola forma de hacerlo, y la ensayé anoche... Mire hacia abajo; tendrá que bajar un poco. Bien. ¿Ve usted aquellas angostas ventanas a cada lado de la puerta de la calle? Una de ellas está en línea recta con el pasamanos, y fuera hay un farol. Una persona, al subir en la oscuridad, tiene la cabeza y los hombros débil, pero claramente iluminados, en tanto que el asesino estaría en la oscuridad. Como digo, lo ensayé anoche. Le pedí a Eleanor Carver que me mostrase dónde estaba cuando vio, desde la escalera, por primera vez el cuerpo, y resultó.

Hadley se enderezó.

—Así que usted le pidió a Eleanor Carver —repitió con voz extraña—. Quiero hablar con usted a este respecto... Vayamos a ver el cerrojo de la puerta de la azotea; en la azotea tal vez podamos conversar a solas.

Se produjo una tirantez, una tirantez entre viejos amigos. Hadley sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta al final de la escalera y tanteó en la pared interior de la izquierda en busca del interruptor de luz. Una débil lámpara eléctrica, que colgaba sin pantalla del cielo raso, iluminó un estrecho pasillo, pintado de oscuro y mal ventilado, con una alfombra gastada sobre el piso, y al extremo unos escalones empinados como una escalera de mano. El techo era bajo, a causa del desván de arriba, y Melson se puso a toser por el polvo que se agitaba alrededor de la luz. Hadley cerró el picaporte y entonces se dio por vencido.

—Fell —dijo de repente—. ¿Qué le pasa?

El doctor Fell observó la escalera de mano, titubeó y luego comenzó a reír entre dientes. Esa risita que resonaba en los confines húmedos del pasillo, mitigó y destruyó la tensión, y un regocijo profundo hizo olvidar los horrores del caso. Sacó su llamativo pañuelo, se secó la frente, y la luz volvió a sus ojos.

Nervios —reconoció—. No sabía que podía tenerlos. Es la consecuencia de llegar al mediodía sin la influencia vigorizadora de la cerveza. Y también porque he pasado por uno de los peores interludios que espero conocer. Eh. Y también...

—¿No cree que esa joven es culpable?

—¿Eleanor Carver? No —dijo el doctor con un tremendo grito de batalla al sonarse la nariz—. Jaa, ¡hum! No. Pero ¿si primero mirásemos la declaración del joven Paull?

Hadley trepó por la escalera hasta que únicamente se le pudo ver el extremo de las piernas. Oyeron un golpe de sus manos, el ruido de un fósforo que se encendía y luego una exclamación de satisfacción. Se sacudió las manos, se agachó y sacó la cabeza por debajo del desván.

—Esto lo resuelve. Esto lo resuelve concluyentemente. El asesino no bajó por aquí y, lo que es más, el asesino no se retiró por esta puerta, dejándola con el cerrojo echado desde dentro. La puerta tiene un cerrojo, bueno y seguro, y hay que darle un

buen tirón para moverlo.

El doctor Fell agitó el pañuelo.

—¿Así que su principal testigo estaba borracho y veía visiones? —observó, pensativo.

—Exactamente. Esto prueba que únicamente Ele... ¡Un momento! ¿Qué diablos quiere decir con eso de «mi principal testigo?».

—¿No es así? ¿No le demostró a usted que Eleanor había cometido el asesinato? Ahora me entero —dijo Fell, gozoso— de su conocimiento de Emerson cuando dice que una conveniencia tonta es el duende de las mentes pequeñas. Pero en este asunto voy a denunciar que hay cierta conveniencia. Usted no puede usarla en ambas formas. Cuando Paull muestra un guante manchado de sangre que dice haber recogido en un vestíbulo a oscuras como boca de lobo, usted aplaude su aguda presencia de ánimo. Cuando dice haber visto un rayo relativamente inofensivo de luz de luna..., que generalmente es más visible que un guante en la oscuridad..., entonces usted se pone furioso y le acusa de *delirium tremens*. Tut, tut. Usted podrá creer o no en su relato, no me importa, pero no puede aceptar la parte que le gusta y despremiar a gritos la parte que no conviene a su teoría. Para mi mente sencilla debe haber una falsedad equitativa o una verdad equitativa.

—Puedo hacerlo si los hechos me apoyan —repuso Hadley—. La puerta que da a la azotea está cerrada con cerrojo: él se equivocó en esto. En cambio, aquí *está* el guante. Lo tengo en el bolsillo. ¿No dudará del guante?

—Sólo dudo de su importancia... Sinceramente, ¿cree que el asesino usó ese guante? ¿Puede imaginar a Eleanor Carver, después de apuñalar al pobre Ames, quitándose un guante, con sus iniciales en el interior, y arrojándolo al aire en gozoso abandono..., para que la policía lo encuentre? El guante debe de haber recorrido algún trecho, dicho sea de paso, si viajó desde el final de la escalera hasta la puerta de Paull. «El Misterio del Guante Volador», la conmoción de Scotland Yard, por David F. Hadley... Es una farsa, amigo mío, una farsa de primera. Si usted lleva a Paull ante un tribunal para que cuente esta historia, un buen abogado la deshacía a carcajadas. Pero ¿qué está haciendo? Acepta tal cual la prueba del guante y niega severamente el asunto de la puerta de la azotea. ¿No se le ha ocurrido a usted que la puerta de la azotea puede haber estado abierta entonces y cerrada con cerrojo ahora, por el asombroso motivo de que alguien echó el cerrojo después?

Hadley le observó. Su cara tenía una sonrisa ceñuda. Se palmeó el bolsillo donde había metido el guante.

—Usted siempre está dispuesto a ridiculizar. Siempre he reconocido que...

—Pero ¿no ve que hay motivo?

Hadley vaciló.

—Puede ser su manera personal de razonar discutiendo. Pero yo no quiero ninguna defensa y me parece que usted está haciendo lo que se conoce por silbar en el cementerio y se ha convencido de que esta joven no es culpable.

—Yo sé que no lo es. ¿Qué piensa hacer usted?

—Mostrarle el guante, y si realmente le pertenece... Ahora cálmese y observe los hechos. Las pruebas coinciden hasta en el menor resquicio, aun reconociendo que ella tenía la costumbre de llevar la llave en el dedo del guante..., que es donde la encontramos.

»Habíamos decidido que los sospechosos del asunto de los almacenes se reducían a Handreth y Carver. Handreth presenta una coartada. Los testigos de Gambridge no vieron la cara de la joven; pero en todo lo demás la descripción coincide exactamente con Eleanor. Ella también admitió que estaba en la tienda a la hora del crimen...

—Ahora —interrumpió Fell— le daré a usted una prueba que coincide con su caso y que le agradecerá enormemente. Tuve una conversación con Carver... Johannus. Él cree que la muchacha es culpable, y aparentemente llegó a esta conclusión después del robo y asesinato en Gambridge, al extremo de que anoche nos mintió al decir que recordaba la tarde del veintisiete. Cuando traté de explorar el motivo, dijo: «Tuvimos algunos inconvenientes con ella de pequeña», luego cambió de idea y calló. Cleptomanía, muchacho.

—¿Está bromeando?

—¡Noo! —refunfuñó el doctor Fell—. La muchacha toma los objetos brillantes; eso es todo. Probablemente todos lo saben. El único motivo de que la Steffins no lo mencionara anoche fue probablemente porque su estrecha imaginación no podía relacionar a nadie de su propia casa con un asesinato. Ella toma los objetos brillantes: pulseras, anillos, relojes... Si los objetos brillantes pertenecen a su tutor, las inhibiciones fuertemente arraigadas del pasado le impiden robarlos, salvo cuando no están en su poder, es decir, al cuidado de otra persona o *vendidos a otro*. ¡Estas inhibiciones! El reloj «cuadrante» se vendió a *sir* Edwin Paull; el reloj de bolsillo se vendió a Boscombe y, finalmente, Gambridge era responsable del buen cuidado del tercero. Toma los objetos brillantes: relojes, anillos..., trinchantes.

Hadley luchaba con su libreta de apuntes.

—¿Se ha vuelto loco de remate? —preguntó el inspector jefe—. Está haciendo el caso incontrovertible contra su propio cliente. Tengo...

El doctor Fell lanzó un profundo suspiro y se tranquilizó.

—Se lo he dicho, primero, para que no pueda alegar que la defensa no ha sido correcta; segundo, para hacerle ver lo que desde el principio he visto aparecer implacablemente contra esta joven; y tercero, porque no creo ni una maldita palabra de todo ello. Es demasiado bueno para ser verdad... ¿Le seguiré completando sus ideas? Hay muchísimo más todavía.

—¿Cuál es su idea?

El doctor Fell iba y venía por el pasillo, lo que parecía sofocarle.

—No sé —repuso lentamente—. Todavía no puedo hacer... ¿Salimos de este lugar? Prefiero que me oigan antes de sofocarme... Pero si le ayudo y meto los clavos donde se debe, ¿me concederá el tiempo necesario para arrancarlos otra vez?

Hadley salió indicando el camino hasta la puerta.

—¿Cree saber quién cometió el asesinato?

—Sí. Y, como de costumbre, es la última persona de quien se puede sospechar. No, no se lo voy a decir. ¿Convenido?

Hadley jugueteó con el picaporte, haciéndolo subir y bajar.

—La joven Carver es culpable. Estoy casi seguro. Pero estoy dispuesto a reconocer que la maldita porfía suya me ha puesto incómodo... ¡Vea! A falta de mejor prueba, puedo abstenerme hasta estar seguro del guante y comprobar todas las demás posibilidades; entretanto, la dejaremos so...

Cuando abrió la puerta con ademán resuelto, se detuvo al encontrarse frente a frente, al final de la escalera, con el sargento Preston, encargado de realizar el registro.

—¡Ah, señor! —dijo Preston, con una sonrisa—. Le he estado buscando por toda la casa. Quería decirle que he terminado. ¡Jo, jo!

—¿Terminado?

—Sí, señor. Hemos encontrado las cosas... ocultas muy cuidadosamente en el cuarto de ella, pero las encontramos.

Melson sintió que se le apretaba la garganta; y el doctor Fell refunfuñó algo mientras Hadley hizo la pregunta obvia...

—En el cuarto de la joven, señor —dijo Preston—. En el de Miss Eleanor Carver. ¿Quiere bajar a ver?

## UN HALLAZGO DETRÁS DE LA PARED

**A**l bajar, Hadley no miró a Fell. El sargento posiblemente también participó de la tensión, pues guardó silencio después de mirar al inspector jefe. Melson pensó con cierta sorpresa que el asunto era concluyente: no se trataba de una simple acusación, sino de algo tan real como la muerte en la horca. Se imaginaba el rostro de Eleanor Carver, con el largo pelo recortado, los pesados párpados, la boca ansiosa y voluptuosa que se movía sin articular sonido... La muchacha había salido a caminar con Hastings. ¿O ya habría regresado?... En Inglaterra les dan un breve respiro. Trascurren tres domingos después de la sentencia y luego, en la madrugada, el camino al cadalso.

En el vestíbulo, Hadley se volvió hacia Preston.

—¿Metidos en el colchón, me imagino? —preguntó de pronto—. ¿U ocultos detrás de unos ladrillos flojos? Anoche nosotros hicimos un registro completamente superficial.

—No es extraño que no encontraran nada, señor. Se ha hecho con habilidad. Yo, por supuesto, lo hubiese descubierto finalmente, pero acababa de llegar al lugar, y un accidente me ayudó. Vea usted mismo.

El cuarto de Eleanor quedaba al fondo de la casa. Y delante de la puerta cerrada estaba Mrs. Steffins a la sombra de la escalera. Tenía aspecto agitado, como si un sordo rumor hubiese circulado por la casa, y el blanco de sus ojos brillaba en la oscuridad.

—Algo sucede dentro —dijo con voz chillona—. Los he oído hablar. Han estado mucho tiempo en el cuarto y no me dejan entrar. Yo tengo *derecho* a entrar: es mi casa... ¡Johannus!

Los nervios desgastados de Hadley estallaron.

—Salga del camino —le dijo—. Quítese de en medio y cállese o será peor para todos ustedes. ¡Betts! —la puerta del cuarto de Eleanor se entreabrió, y el sargento Betts se asomó—. Venga y monte guardia. Si esta mujer no está tranquila, enciérrela en su cuarto. Ahora, Preston...

Entraron, dejando tras de ellos el ruido de un llanto chillón. El cuarto era pequeño, pero de techo alto: evidentemente formaba parte de uno mayor que había sido dividido. Dos ventanas altas, de cristales pequeños, daban al desolado patio del fondo, de piso de ladrillo, pero un saliente de madera cortaba esta perspectiva. Las paredes eran del mismo artesonado blanco. Sobre una chimenea de mármol blanco había un *Krazy Kat* y dos o tres fotografías de estrellas cinematográficas en marcos de vulgar imitación de plata.

Estos detalles expresaban todo lo demás. El moblaje consistía en un juego de madera compuesto de cama, lavabo, armario (abierto, que dejaba ver los vestidos desordenados en perchas) y un tocador con un gran espejo; una lámpara de porcelana representaba la figura de una marquesa del siglo dieciocho, y cubría el piso una alfombrita tejida. Contra la chimenea se hallaba Mrs. Gorson, con expresión azorada, teniendo entre los dedos el mango de una escoba. La oían respirar...

—¿Y bien? —preguntó Hadley, mirando en derredor—. Todavía no veo nada. ¿Qué encontró, y dónde está?

—¡Ah! Esa es la habilidad, señor —dijo Preston—. Quise que usted lo viera —se acercó a la pared entre las dos ventanas, de donde colgaba un cuadro de colores confusos que representaba un caballero con armadura que apoyaba contra su hombro a una niña de pelo rubio, escasamente vestida. Las pisadas de Preston crujieron sobre las tablas, se acercó y puso a un lado el cuadro—. Había empezado por la pared, señor, y Betts trabajaba conmigo. *Esta* mujer —señaló hacia Mrs. Gorson— insistió en que tenía que hacer limpieza, y la dejamos seguir adelante. Tenía una escoba y, al volverse el mango golpeó contra este panel... Bueno, eso fue todo. Necesité más tiempo para encontrar el resorte. Observe.

Pasó el dedo por arriba. Y exactamente como había ocurrido en el cuarto de Carver, a un costado del panel apareció una línea vertical de no más de sesenta centímetros de largo. Preston introdujo los dedos y empujó la tapa.

—Igual que la del viejo —refunfuñó Hadley y juntó las manos—. El arquitecto de esta casa parece haber... —se adelantó a prisa, y los demás le siguieron.

—¿La colgarán, eh? —preguntó Preston, satisfecho—. Me acuerdo cuando descubrieron el escondrijo de aquel individuo Brixley, en el crimen de Cromwell Road; se acuerda, señor, el que había envuelto el brazo de su mujer en un trozo de...

—¡Cállese! —rugió el doctor Fell—. Calma, Hadley...

Toda la sugestión de la presencia de la joven se reunía en este cuarto para formar su imagen. Dentro del hueco, horadado en los ladrillos, de treinta centímetros de profundidad, había algunos objetos, envueltos en una blusa rota y vieja, metidos detrás de una caja de zapatos para ocultarlos mejor. La caja de zapatos contenía una aguja dorada de reloj, de unos ocho centímetros de largo, y, también manchado de dorado, un guante negro de cabritilla, de la mano izquierda, que nadie dudó que fuera el compañero del que estaba dentro del bolsillo de Hadley. Con una ansiedad que le hizo temblar las manos, Hadley llevó la blusa hasta la cama, antes de desdoblarla...

Al tirar Hadley de la blusa, rodaron sobre el cubrecama una pulsera de platino con turquesas, un par de pendientes de perlas y un objeto chato, algo más pequeño que el puño de un hombre, con una calavera dibujada en la tapa; la luz, al caer grotescamente sobre la superficie de plata dorada de la calavera, dio un reflejo desagradable, como si la cabeza estuviese cortada. *Toma los objetos brillantes...*

—¡No! —exclamó una voz ronca. El mango de la escoba golpeó contra la chimenea, y Mrs. Gorson, los ojos saltones y una mano sobre el abultado pecho, se

adelantó resoplando—. Eso no es exacto —dijo con vehemente intención, y señaló la cama—. Afirmo poniendo a Dios por testigo, que eso no es exacto. Les digo que ellos la odian.

Hadley se enderezó.

—Está bien, Mrs. Gorson —dijo, cortante—, muchas gracias.

—Pero, señor, señor —su respiración todavía silbaba, y le tomó de la solapa—, venga y dígame si alguien puede saberlo mejor que yo. ¿Eh? —la mujer, con ojos de vaca, y sacudiendo la cabeza, parecía querer hipnotizarles—. ¿Eh? He vivido aquí once años, desde que murió la vieja Mrs. Carver, y conozco a Millicent Steffins; no puede engañarme. Le quiere, y él no la puede ver... ¡Escuche ahora, señor!, yo puedo decirle...

—Está bien. Preston, llévesela.

—¡Y yo lo hice! —dijo Mrs. Gorson, de repente, con los ojos llenos de lágrimas. No se resistió cuando Preston la empujó como a un canasto de ropa; Melson se tranquilizó porque pensaba que iba a gritar, pero no lo hizo hasta que estuvo en el pasillo.

—¡Betts! —llamó Hadley—. ¿Dónde diablos está usted...? ¡Ah! ¿Ha visto qué hay aquí dentro? Bien. Entonces vaya en seguida en busca de una orden de arresto. Es mejor que nos adelantemos. Si tienen algún inconveniente, que me llamen por teléfono para confirmarlo... ¿Ya ha regresado?

—No, señor.

—Entonces dígame a Preston que permanezca en la puerta y que me la traiga en cuanto llegue. Usted vaya tras de esa Mrs. Gorson..., ¡dese prisa!, y no le permita que diga una palabra sobre lo que ha ocurrido.

—Espere un segundo, Betts —intervino el doctor Fell. Su incertidumbre había desaparecido; parecía muy tranquilo, apoyado sobre un bastón y moviendo un dedo indeciso hacia el sargento, mientras miraba fijamente a Hadley—. ¿Está seguro de que quiere hacer eso? ¿Por qué simplemente no esperar hasta que la indagación...?

—No quiero arriesgar mi retiro dejando en libertad a una mujer evidentemente culpable.

—Pero ¿sabe que se destruirá si comete un error? ¿Sabe que ni siquiera le ha dado a esa mujer una oportunidad para explicarse? ¿Sabe que está haciendo exactamente lo que el verdadero asesino quiere que haga?

Hadley se encogió de hombros y luego sacó el reloj.

—Si le tranquiliza la conciencia, por toda su ayuda anterior le haré a usted una concesión. Son las doce y veinte.

Eleanor llegará en cualquier momento... —vaciló—. A no ser que... ¡Santo Dios!, ¿cree que se habrá escapado? No fue hoy a su trabajo; ha salido con Hastings...

Golpeó el puño contra la palma de la mano y se volvió, indeciso.

—Si es así, nada será más fácil que encontrarla —repuso el doctor Fell—. Y

entonces me retractaré, y usted podrá cumplir su orden de arresto sobre una mujer culpable. Pero vendrá. ¿Qué concesión me iba a hacer?

—Betts, espere unos minutos en el vestíbulo... Sí, hablaré con ella. Usted procede como si yo obtuviese un gran placer al arrestar a esa joven. Permítame decirle que no es así. Estoy enteramente dispuesto a encarar el caso desde su punto de vista, a pesar de esa prueba suficiente para colocar a un santo en el calendario, siempre que me presente una teoría que pueda tomarse en cuenta. Todo lo que ha hecho es ridiculizar las pruebas que hay y quejarse de mi terquedad. No obstante, no creo que usted esté trabajando simplemente por presentimiento. Nunca le he visto emplear como excusa la gastada tontería de la «intuición», así que si tiene algún fundamento verdadero para creer que la muchacha no es culpable, hágamelo saber, y trataré de no pensar en estas pruebas...

—¡Oh! ¿Estas cosas? —preguntó el doctor Fell, sin mayor interés, contemplando los objetos que estaban sobre la cama y luego la caja de zapatos dentro del hueco—. Sabía que encontraría muchas cosas como éstas, aunque no estaba seguro de en qué cuarto sería, así que no me impresionó. Por el contrario, confirmaron mi teoría. Sabía que encontraríamos la aguja del reloj y el guante y probablemente la pulsera y el reloj. Pero estaba completamente seguro de que no encontraríamos...

—¿Qué?

—El reloj tomado en la exposición de Gambridge. Esta es mi posición. Tengo una teoría que creo exacta. Había dos obstáculos abrumadores contra ella, no contra la teoría en sí, pero que le convencerían a usted o a cualquiera. He encontrado la manera de vencer uno de esos obstáculos. El otro es tan grande que reconozco sinceramente que se precisará algo parecido a un milagro para vencerle... Por otra parte, en su teoría hay un punto muy débil...

—No se trata de una teoría, sino de los objetos, objetos evidentes, que están sobre la cama y dentro de esa caja. Usted ha admitido que aun sin ellos podríamos condenar a Eleanor Carver por el crimen de los almacenes...

—Lo olvide: también por el crimen de Ames —dijo el doctor Fell, señalándolo—. El crimen de Ames lo confirma y lo prueba todo.

—Si un jurado cree que apuñaló al detective de los almacenes, no se encontrará mal dispuesto para pensar que también mató al inspector de policía. Aunque suponiendo que dudara, si la ahorcamos por el crimen de Evan Manders, no será mucho consuelo para ella decir que el jurado, después de todo, no está realmente seguro de que también hubiese matado a George Ames... Y mi teoría contra ella por el asesinato de Ames no es menos débil.

—Lo sé. Pero no quiero oír su teoría. Para estar seguro, antes de empezar, dígame exactamente qué cree usted que ocurrió aquí anoche.

Hadley se sentó en el borde de la cama y llenó deliberadamente la pipa.

—Tal como yo lo reconstruyo, no digo que sea exactamente el plan general; luego haremos todas las correcciones... Eleanor supo que un inspector de policía vigilaba la

casa y trataba de trabar amistad con sus moradores en aquella taberna...

—Dicho sea de paso, una taberna a la que no se sabe si Eleanor ha ido alguna vez, y aún menos que supiese que la frecuentaba un inspector de policía disfrazado.

Hadley le miró afablemente.

—¿Va usted a discutir cada punto? No me importa. Ninguna de esas objeciones me importa un comino... Carver sospechó que el hombre era un inspector de policía (así lo dijo), y Lucía Handreth *sabía* que lo era (también según su propio testimonio). ¿Es probable que todos ellos mantuvieran el secreto y que nunca lo comentaran con nadie? ¡No!..., trascendería, aunque fuese en una conversación casual. Y si Carver tuviese algún motivo para temer que su querida pupila había estado enredada en el asunto de Gambridge (como usted dice que ha dicho), hubiese dejado escapar una insinuación. En resumen, hay muchas maneras de que ella se enterase... Sobre todo —dijo Hadley, luchando por encender la pipa—, la muchacha estaba probablemente enterada de que alguien de la casa que conocía su secreto la espiaba, preparándose para informar a la policía; tal vez...

—¡Ah! —refunfuñó el doctor Fell—. Volvemos a aquel misterioso acusador, ¿no? Y ¿quién es el acusador?

—Mrs. Millicent Steffins —repuso el inspector jefe, plácidamente—. Y le diré varias buenas razones. No insistiré en los hechos evidentes de que: 1) es de esa clase de personas que escriben anónimos, espía a los de su casa y va secretamente a la policía: 2) debía conocer el panel secreto de la pared que un extraño no conocería; y 3) tendría buen cuidado de que Carver no viese que era la primera en acusar a su pupila y poner a la policía sobre su pista... Esta —dijo Hadley, con su tranquila sonrisa— es *mi* explicación del silencio del acusador, sin otra oscura tontería. No diré...

—Está bien, está bien —interrumpió el doctor Fell, con impaciencia—. Puede omitir todo lo que no quiere decir. Borre completamente de su mente todo lo que no quiere mencionar. ¿Qué dice de Steffins?

Hadley golpeó la boquilla de la pipa contra los dientes.

—Le pido que recuerde lo que Mrs. Steffins dijo respecto a Eleanor.

—¿Qué hay con eso?

—Debe reconocer (¿no es así?), que ella es una mujer muy charlatana.

—Sí.

—Y que habló a gritos de la intriga amorosa de Eleanor en la azotea, de la ingratitud de Eleanor, del egoísmo de Eleanor, de la codicia de Eleanor, en realidad de todo de Eleanor, *excepto*...

—Excepto ¿qué?

—Excepto —repitió Hadley, inclinándose hacia adelante después de una pausa— lo único respecto de Eleanor que era pertinente para esta investigación, y que Mrs. Steffins no podía dejar de saber que era pertinente. Debía saber que era cleptómana; esto hubiese sido un arma más útil para una desagradable observación disimulada que

muchas de las que usó; sin embargo, ni siquiera lo insinuó, ni aun antes de que nosotros trajésemos a colación el tema del robo de Gambridge. Mrs. Steffins se mantuvo muy reservada a este respecto. Fue *demasiado* reservada. Luego, cuando hablamos del asunto de Gambridge y llanamente acusamos a una de las mujeres de la casa, ni siquiera entonces pronunció una palabra respecto a Eleanor, aun cuando debió de saber perfectamente bien que Eleanor había estado en Gambridge y ciertamente ya habría averiguado por qué Eleanor había llegado tarde a tomar el té. Todo cuanto dijo fue: «Eleanor se demoró». Nuevamente estuvo muy reservada. No es posible, como usted ha querido insinuar, que ella «no relacionara a ninguno de la casa con el asesinato»; como digo, nosotros llanamente anunciamos que una de ellas había apuñalado al detective de los almacenes. No, Fell. Llegó demasiado lejos, increíblemente lejos en dirección opuesta, en caso de que fuese sospechosa de haber denunciado a Eleanor, tan amada de Carver. Fue tan reservada como el acusador, porque ella era el acusador.

Después de este arranque de elocuencia, Hadley se apoyó en la barandilla de los pies de la cama y chupó enérgicamente la pipa, que se apagaba. Un rayo de diversión le asomaba en sus ojos oscuros.

—¿Así que el viejo oso gruñe? —preguntó, examinando la colérica expresión del doctor Fell—. Le diré que no tengo nada que hacer hasta que regrese mi víctima, y me siento tan seguro que no me importa reseñarle mi alegato a la Corona. Cuando termine, usted puede, si quiere, realizar la defensa. El doctor Melson será el juez. ¿Eh?

El doctor Fell le amenazó malévolamente con el bastón.

—Qué locura —dijo—. Qué locura. No sospeché que usted a hurtadillas reunía pequeñas pruebas, al mismo tiempo que se apropiaba de todos los datos que le daba. Está bien; luego le diré algunas cosas, aunque no sea el momento adecuado. Sí, hablaré por la defensa y haré trizas su endeble teoría. Echaré abajo su edificio de lógica y bailaré sobre las ruinas. ¡Goo-roo! ¡Yo...!

—No se agite —imploró Hadley, suavemente. Sopló una chispa de la pipa—. Algo se me ha ocurrido... ¡Betts!

—¿Señor? —repuso el sargento, asomando la cabeza. Pareció asombrarse al ver al doctor Fell, que agitaba violentamente el bastón.

—Betts, busque a Mr. Carver...

—Un momento —interpuso el doctor. No debe haber periodistas en este tribunal. Continuando con su metáfora, si usted insiste en cebar al oso, debe hacerlo en privado.

—Si así lo quiere... Siempre podré verificar algunas cosas después. Betts: de todos modos, háblele a Mr. Carver de aquel reloj que construyó para *sir* Edwin Paull. Pregúntele si la transacción ha finalizado y si ha recibido su importe. ¿Preston está todavía esperando a Miss Carver?

—Sí, señor.

Hadley le hizo señas de que se retirase; volvió a acomodarse, apoyando el codo sobre la barandilla de la cama y fijó la vista en el muñeco tendido sobre la repisa de la chimenea.

—Entonces, hemos dejado establecido que Eleanor teme estar vigilada por un inspector de policía...

—¿Y hace los preparativos para asesinarle? —interrumpió el doctor Fell, vivamente.

—No, no lo creo. Ella está en la etapa de tener miedo, y el asesinato ocurrió como quien dice por accidente. De este modo...

—Esta es la última vez que voy a interrumpirle, Hadley —dijo el doctor Fell, con sinceridad—, y no lo hago ahora para refutar, sino para aclarar algo. Quiero saber su posición respecto al robo de las agujas del reloj. Esta es su tremenda dificultad, y, caso curioso, es también la mía en el lado opuesto. Si usted puede ofrecer una explicación, aun remotamente aceptable, de por qué Eleanor habría birlado esas agujas del reloj, reconozco que la defensa se haría muy difícil. ¡Vamos, vamos! No diga que ha encontrado una de las agujas en su poder, lo que probaría que las robó; y entonces ¿para qué hablar? ¡No! Estoy atacando su prueba crucial.

»Robó esas agujas de reloj: a) por pura cleptomanía; o b) para realizar un asesinato planeado con sagacidad. Y usted debe comprender que ambas explicaciones son pura tontería. Concedido que la muchacha tenía una pasión impulsiva por robar relojes y pulseras. Pero es una cleptómana muy tonta la que se desliza cautelosamente en medio de la noche, abre la puerta de su propia casa, toma cuidadosamente dos objetos largos de acero que no tienen más valor que el del hierro viejo, y triunfalmente los guarda en su escondite secreto. Usted puede pensar lo que quiera de Eleanor Carver, pero me imagino que no cree que esté loca de remate. De otra manera, usted tendría dificultades para llevarla a la horca.

»Por otra parte, acusarla de este asesinato astutamente planeado resulta una tontería por la forma que usted demuestra que la muchacha es culpable del crimen de Cambridge. Supongamos que Eleanor sea esa serpiente que, después de robar anillos y pulseras, cuando le tocan el brazo pierde la cabeza y agarra la primera arma a mano y abre el estómago del hombre y huye ciegamente como una pilluela y se salva de que la capturen sólo por su extraordinaria suerte. Muy bien. Si ella es esa mujer —dijo el doctor Fell golpeando un dedo contra la palma de su mano—, entonces le diré lo que *no hizo*.

»No urdió la idea diabólicamente imaginativa de emplear una aguja de reloj como arma. No vio que pudiese servir como cuchillo; no se deslizó para esperar pacientemente la ocasión de que el policía al acecho se presentase a visitarla en medio de la noche. Esa aguja de reloj, Hadley, es lo que usted no puede asociar con Eleanor ni con nada de lo que usted sabe de Eleanor, sea como cleptómana o como asesina.

—La defensa está fuera de orden —dijo—. Escuche mi explicación... ¡Qué

diablos!

Se enderezó y miró en derredor. Desde fuera, desde el pasillo, llegaba el ruido perturbador de pisadas fuertes, voces que discutían, el sonido de una bofetada y un golpe seco contra la puerta. Al abrirla de un puntapié, el sargento Preston, aturdido, entró trayendo agarrada a una mujer que se soltó y le miró fijamente... Luego Lucía Handreth se detuvo y contempló los objetos que había sobre la cama.

## EL INSPECTOR JEFE HADLEY HACE LA ACUSACIÓN

**E**ra demasiado tarde para esconderlos, a pesar de que Hadley hizo una rápida tentativa para lograrlo, cuidando de no alterar cualquier impresión digital que pudiesen tener. El reloj con la calavera en la tapa y la pulsera estaban a la vista. Lucía Handreth dirigió rápidamente la mirada hacia el panel abierto en la pared; luego los ojos se le velaron.

—Aquí la tiene, señor —anunció Preston, con cierta satisfacción, enderezándose la corbata; en la mejilla de la mujer, pálida de rabia, aparecían las marcas rojas de sus dedos—. Me dijo que su nombre no era Carver, pero usted me pidió que la trajese aquí...

—¡Tonto, idiota! —rugió Hadley, descuidando la calma propia de su autoridad, y saltó de la cama—. ¿No la conocía...?

—Ni de vista, señor —dijo Preston—. Betts me habló de una joven bonita, más o menos de su estatura. Anoche no estuve aquí y...

—¿Dónde está Betts? Debió quedarse fuera para ver... —luego Hadley recordó que había enviado a Betts en busca de Carver—. Está bien —agregó ásperamente—. No fue culpa suya. Ahora retírese. Mis Handreth, quédese.

Melson la observaba. Al entrar, con el cuello de piel del abrigo en desorden, se sonrojó y respiró profundamente. Luego se serenó, y sólo un pequeño destello de rabia hacía brillar sus ojos castaños. No intentó acercarse a los objetos que había visto sobre la cama. Después de arreglarse el sombrero, miró a Hadley de frente.

—Así que, después de todo, fue nuestra pequeña Nell —dijo con voz despreciativa.

—Así es. ¿Por qué dice usted «después de todo»?

—Oh..., bueno, tengo motivos. Me imagino que ahora de nada sirve callar, aunque siempre pensé que sus inspectores no tendrían mayor dificultad en obtener que el pobre Chris Paull dijese la verdad. ¿Encontró usted la otra aguja del reloj, o qué fue lo que le dio tanta seguridad?

«¿Que el pobre Chris Paull dijese la verdad?». El sentido de esta observación hizo saltar a Melson. Esperó que su cara no le traicionara, pues Hadley permaneció impassible, y el doctor Fell hurgó distraídamente en el suelo con el bastón. Lucía pareció encontrar el tema algo desagradable y, por decirlo así, no demostró mayor curiosidad. Paseó la vista por el cuarto desmantelado; se le crispó la nariz y tuvo un ligero estremecimiento, que parecía provocado por un recuerdo desagradable. Cuando Hadley le indicó una silla, vaciló en aceptarla, luego se encogió de hombros y se

sentó pesadamente.

—Pobre Don... —prorrumpió, con una mueca—. Y esto no será agradable para nosotros. Me alegro de que usted haya andado tan rápido. No me gustaría pasar otra noche bajo el mismo techo con esa... salvaje. Pero no quería decirlo, porque hubiese parecido que hablaba por despecho o algo así, y sabía que Chris lo haría... bajo presión. Aunque no sé si realmente lo hizo... ¿Qué dijo Chris?

Vieron que la postura de indiferencia vacilaba bajo una fuerte liberación de la tensión nerviosa, a medida que lentamente comprendía el valor de las palabras. Había exagerado su desprecio en ese «yo sabía que Chris lo haría».

—¿Qué dijo usted, Miss Handeth? —repitió Hadley, observando reflexivamente la pipa—. ¿A qué se refiere en especial? Nos contó muchas cosas, y esta mañana estaba algo borracho.

—A obligar a Eleanor a impedir que ese reloj... —Lucía era una mujer astuta; mientras hablaba pescó el sonido de una inflexión errada en la observación de Hadley, semejante al sonido de una moneda falsa—. Entendámonos —agregó, vivamente—. ¿Sabe de qué estoy hablando?

Antes de que Hadley pudiese contestar, la interrumpió el doctor Fell.

—Este es el momento de hablar claro, Miss Handreth, así que no trate de hacerse la ingeniosa para no informarnos. No, nosotros no sabemos de qué está usted hablando, pero ha llegado tan lejos que ahora tiene que hablar claro. No será nada bueno para su futura carrera legal que se le acuse de retener información. Efectivamente, hemos hablado con Paull. Si él sabe algo respecto a las agujas del reloj, no lo dijo, porque no se lo preguntamos. Pensándolo, nosotros ni siquiera mencionamos el hecho de que el asesinato se cometió con una aguja de reloj... Ya fue bastante difícil hacerle entender lo demás, sin hablarle de esto.

—Entonces usted quiere decir —gritó— que no ha encontrado...

—Oh, hemos encontrado la aguja del horario, la aguja que faltaba —confirmó el doctor Fell—. Está en aquella caja de zapatos. Muéstresela, Hadley. No necesita usted preocuparse por la consistencia de la prueba. Entonces, Miss Handreth...

La muchacha calló un momento.

—¡Pensar que después de todas las resoluciones que hice —dijo con cierta furia— dejé que ese estúpido policía se burlase de mí! Bueno, después de todo tienen suerte. Ustedes... —contempló al gato de trapo sobre la chimenea, y de pronto se echó a reír—. Pero todo es tan estúpido... Es decir, si no hubiese resultado tan horrible. Fue una broma. Cualquiera, menos Eleanor, lo hubiese comprendido —se frotó los ojos con un pañuelo, por alegría, lágrimas o terror, quizá por las tres cosas—. Oh, Chris lo dirá todo. Me contó la historia antes de que se la oyese contar a Eleanor. Me imagino que se lo contó solamente porque no quise congeniar con él y le dije que era exactamente igual a una historia de Wodehouse y... Oh, bueno, sé que no debí reírme, pero...

»¿Sabe por qué Chris fue a visitar al viejo *sir* Edwin? Se creyó metido en un lío

tremendo, y parece que el viejo es terrible. Chris, para estar en buenas relaciones con su pariente rico, le insistió que encargase ese reloj al mejor relojero de la ciudad, cuando cualquier otro lo hubiese podido hacer igualmente bien. Chris dijo que le regalaría el reloj a *sir* Edwin. Todo hubiese ido bien si se hubiera tratado simplemente de pagar el reloj como en un comercio cualquiera. Pero el viejo dijo que no. Él conocía a Carver y es muy aficionado a los relojes; entonces, si Chris insistía en hacerle el regalo, dijo que “retribuiría el favor de un maestro” en la debida forma.

»Bueno, parece que en la Compañía de Relojeros alguien tenía a la venta un antiguo modelo de reloj que *sir* Edwin sabía que Carver admiraba. Es un reloj de bolsillo. Entonces dejó que Chris le encargara el suyo. Luego, cuando quedara terminado el reloj fabricado por Carver (debía estar listo hoy), llegaría el severo *sir* Edwin para regalar a Carver el reloj de bolsillo y cargaría el reloj de torre en su automóvil, llevando a Carver hasta Roxmoor para instalarlo. Chris me contó esta parte abiertamente, pero lo demás con gran reserva...

—¿Cuándo fue esto? —preguntó Hadley, realizando rápidas anotaciones.

Lucía Handreth reía otra vez peligrosamente al borde del histerismo.

—Hace tres..., no, cuatro días; el lunes... Oh, ¡qué ridículo! Chris tiene un buen sueldo, pero el pobre idiota se metió el domingo pasado en una partida de poker, en un club, cuando no estaba en condiciones de distinguir un full de unas dobles parejas, perdió todo lo que llevaba encima y además firmó demasiados cheques. Iba a recibir una gruesa suma el próximo sábado... es decir, mañana. Entretanto, no podía disponer de cincuenta chelines para el reloj y mucho menos de cincuenta libras o lo que fuere. Cuando le vi con esta ansiedad, le dije: «Pero estúpido, ¿por qué no hace lo lógico? Busque al dueño del reloj de bolsillo, explíquele sus dificultades y dele un cheque con fecha del sábado. El conoce a *sir* Edwin y comprenderá». Por supuesto que Chris no quiso saber nada. Dijo que el dueño del reloj era un camarada del viejo Edwin, y si el viejo llegaba a saber que estaba sin fondos y se enteraba del porqué, se vería en dificultades, y estas dificultades eran las que estaba tratando de subsanar al comprar el reloj: Usted sabe...

»¡Todo era absurdo! Le dije: “Bueno, el reloj estará terminado el jueves o viernes”. Agregué: “Su única esperanza es que venga un ladrón y lo birle, pero necesitará una grúa y un camión para llevárselo”. Entonces se enojó... Era el miércoles por la mañana, la mañana del día en que se fue, cuando oí que le decía a Eleanor, también en estricta confidencia...

Hadley, vislumbrando la respuesta a una pregunta hasta ahora implanteable, trató de ocultar su agitación cuando preguntó:

—¿El miércoles por la noche fue cuando robaron las agujas? ¡Sí! ¿Y ella no se enteró de las dificultades de Paull hasta el miércoles; en otras palabras, hasta después de que el reloj fue trasladado al cuarto de Carver desde su anterior ubicación al alcance de todos?

—Sí.

—Vamos. ¿Qué se dijo exactamente al respecto?

—No lo oí todo. Chris repitió mis propias palabras (sin decirle a ella dónde las había oído) de que era un hombre acabado y que sólo le quedaba esperar que viniese un ladrón con una grúa y un camión. Yo no hubiera prestado atención... si no hubiese sido porque de repente me sorprendió que ese pequeño diablo lo dijese en serio. Lo comprendí por la voz de ella. Así es Eleanor. Este es su sentido del humor —gritó Lucía, impetuosamente—. Dijo: «Oh, no debe ser para tanto». Entonces Chris murmuró algo en voz compasiva y repuso, sin mayor intención: «Bueno, todo lo que puedo decir es que daría cincuenta libras al ladrón que hiciese algo con el reloj». E instantáneamente Eleanor preguntó: «¿Lo dice de veras?»... Fue todo lo que oí.

—Es suficiente —dijo Hadley.

El doctor Fell lanzó un gruñido, se apretó la cabeza entre las manos y se rizó el pelo en las sienes. Hadley, mirándole de manera distraída, remachó sus palabras como si fuesen clavos.

—«¿Puede usted relacionar el robo de las agujas del reloj con algo que sepamos de Eleanor?» —repitió—. «¿Por qué robó ambas agujas? ¿Por qué fueron robadas el miércoles por la noche cuando el reloj estaba bajo llave, y no el martes cuando estaba a la vista de todos?». Usted dijo que la respuesta era sencilla, y lo es. Fell, el caso está completo y es tan claro como la luz del día. La defensa no tiene en qué apoyarse.

—Umf, sí. Muchas gracias, Miss Handreth. Esto, sin duda, ha terminado —dijo el doctor Fell—. Muchísimas gracias. Tal vez pueda interesarle saber que por primera vez en su carrera legal conseguirá enviar a una persona a la horca.

La muchacha abrió unos grandes ojos que expresaron su terror. Tuvo dificultad en hablar.

—¿Quiere decir que me ha estado engañando? ¡Oh Dios mío! No se lo habría dicho si no hubiera estado segura de que usted..., usted me dijo... Si lo que le conté le hizo cambiar de opinión...

—Usted no ha modificado mi opinión en lo más mínimo. Sólo ha confirmado la opinión de la única persona que importa.

—Usted... —dijo la muchacha, sin aliento—, usted no creerá que miento...

—No.

—Por favor, comprenda mi posición —instó la muchacha, y golpeó el puño contra el brazo del sillón—. ¿Podría esperar que permaneciese callada, podía esperar que hiciese otra cosa con una mujer como ésta, pensando en Dios sabe qué, y con Don prendado de ella, y con todos los disgustos que él ha tenido con su padre...? ¿Qué podía hacer yo?

—Usted ha procedido perfectamente bien, Miss Handreth —dijo Hadley, con cierta brusquedad—, pero si nos hubiese dicho todo esto anoche, nos habría evitado muchísimo trabajo...

—¿Delante de Don? ¡No era posible! Además, no estaba segura. No estaba segura de nada hasta que usted empezó a hablar del robo y del asesinato de Gambridge.

Entonces me pareció ver claro —se estremeció—. ¿Puedo retirarme ahora? La vida..., la vida es un poco más complicada de lo que me imaginaba.

Se levantó, cansada, y Hadley la imitó.

—Quisiera formularle dos preguntas más —dijo Hadley, consultando su libreta de apuntes—. Primero, ¿sabía que Eleanor Carver tuviese tendencia a la cleptomanía?

Vaciló.

—Esperaba la pregunta. Sí. Me extrañaba que nadie lo hubiese mencionado anoche, especialmente Mrs. Steffins. Lo supe por ella. La vieja bruja me odia, por supuesto, pero cada vez que se peleaba con Eleanor tenía que hablar con alguien sobre eso...

Hadley miró hacia el doctor Fell.

—Finalmente —continuó—, ¿sabe si Eleanor estaba enterada de que había un inspector de policía interesado por alguien de la casa?

—Sí. Yo misma se lo mencioné. Un día de la semana pasada, he olvidado cuál, Eleanor y yo estábamos conversando en los Fields, y le vi. Estaba sentado en un banco, leyendo el diario. Yo estaba en ese momento enojadísima por algo y, aunque había resuelto no hablar nada de Ames, se me escapó. Le dije: «Cuídese. Ahí está el Gran Detective en una de sus famosas caracterizaciones».

—¿Qué respondió Eleanor?

—No gran cosa. Se volvió para mirarle y quiso saber cómo estaba enterada. Pero entonces recapacité y sólo dije que me parecía haberle visto en el tribunal. Luego me eché a reír y manifesté que era una broma.

Hadley cerró la libreta de apuntes.

—Gracias. Eso es todo. Debo prevenirle, recuerde, que no diga nada a nadie por el momento. Será solamente cuestión de una o dos horas, pero...

Cuando la muchacha salió, descorazonada, Hadley no habló durante el tiempo que tardó en recorrer sus anotaciones. Luego levantó la vista.

—Sí, perdóneme mi carácter vengativo. Lo reconozco; es una cuestión de compañerismo; en caso de que usted lo haya olvidado, ha sido asesinado un miembro de la Policía; un hombre que no llevaba ningún arma consigo ha sido apuñalado por la espalda. Me alegraré de mandar a la horca al asesino.

»Permítame que le diga lo que ocurrió aquí anoche. La joven tenía las agujas del reloj en su poder; dentro del panel secreto, que ella creyó seguro. No quería dificultades. Tenía una cita con Hastings en la azotea y subió, según propia declaración, a las doce menos cuarto.

»Recuerde lo que dedujimos anoche. Dedujimos que Ames estaba vigilando y que entró en la casa mucho antes de que sonara la campanada de la medianoche. ¿Lo recuerda? Era necesario tocar el timbre si quería tener alguna excusa para entrar en la casa, en caso de que le pescaran; tendría que arriesgarse, aun cuando sólo fuera para evitar levantar sospechas. Ames observaba a Eleanor..., probablemente a través de estas ventanas del piso bajo. Cuando la ve salir a las doce menos cuarto, con un

abrigo grueso que indica que estará ausente durante un rato, entra, sea por la puerta de la calle que está abierta o escalando una ventana. No estamos seguros de si el acusador (Mrs. Steffins) le habló del panel secreto; de cualquier modo, haría un rápido registro del cuarto para encontrar las pruebas.

»Pero mire lo que ocurre aun con la propia declaración que Eleanor nos hizo —dijo Hadley, con énfasis suave y triunfante—. En el curso normal de los acontecimientos, la muchacha debía subir a la azotea donde estaba Hastings, y Ames obtendría sus pruebas. Pero llegó a la puerta de arriba y descubrió que no tenía la llave, que la había olvidado abajo...

—¡Al demonio con su evidencia! —gruñó el doctor Fell—. Creo que usted está en lo cierto en cuanto a que ella bajó, como lo dijo. Pero...

—Inesperadamente, Ames la oye venir. Usted habrá observado —dijo Hadley, apoyando el pie en el ruidoso suelo— que no hay alfombras ni en el fondo de la casa ni en el vestíbulo. Ames apaga la luz y busca un refugio; debajo de la cama, detrás de la puerta (habrá notado que todas se abren hacia dentro), en cualquier parte. Eleanor entra a buscar la llave olvidada, la encuentra y de repente advierte que alguien ha registrado su cuarto. El inspector más hábil no puede hacerlo sin dejar rastros. Bueno, naturalmente, ¿qué actitud adopta ella? Al pensar en aquel inspector de policía, va instantáneamente a su panel secreto y lo abre para ver...

»Mientras la muchacha está de espaldas, Ames sin hacer ningún ruido a causa de sus zapatos de tenis, sale del cuarto, pero no lo bastante rápido. Eleanor no va a pedir socorro, porque sabe muy bien que no es un ladrón y que está completamente perdida si da la alarma. Pero esta serpiente, que agarró la primera arma a su alcance cuando corrió peligro en Cambridge, hace ahora exactamente lo mismo. Justamente delante de ella está la aguja pesada y afilada del par que robó para Christopher Paull y los guantes que usó para evitar que la pintura húmeda se le pegara a los dedos. Y la agarra.

»Pero ¿y Ames? A eso voy. ¿Ha comprendido usted la dificultad? Probablemente tuvo tiempo de deslizarse hasta la puerta de la calle y correr. No le tenía miedo a la muchacha, pero desde su punto de vista el peligro consistía, puesto que no quería que nadie supiese que era un policía, en que Eleanor pudiese creer que él era un verdadero ladrón y diese la alarma. En caso de captura, podría explicarse, pero dejaría malparada a la Policía por emplear sistemas ilegales y posiblemente sería despedido; además haría que su presa se enterase prematuramente de que la vigilaba. A él no le convenía su captura. Y, con alarma o sin ella, el camino más seguro para su captura era a través de la puerta de la calle. Sabía que justamente a esa hora, justamente a medianoche, había un policía que hacía la ronda y se encontraría junto a esa puerta. Y cualquier policía que ve, a medianoche, a la plena luz de un farol, que un vagabundo andrajoso se desliza de una casa a oscuras...

»Por otra parte, la muchacha puede no haberle visto, puede no estar segura de si es un ladrón, puesto que no se ha llevado nada y (así lo espera él) nada ha quedado

desarreglado. En cualquier caso, correr sería una locura. Su mejor forma de proceder, su forma de proceder más temeraria, pero en realidad su única forma de proceder, era... ¿Y bien, señores del jurado? —preguntó Hadley.

Melson pestañeó.

—¿Eh? Sí, ciertamente —reconoció—. Su mejor forma de proceder era detenerse temerariamente en el umbral de la puerta de la calle y presionar el timbre de Boscombe.

Hubo una pausa. Esta vez fue Hadley quien se echó a reír entre dientes.

—Exactamente. Si el policía se acercaba, ahí estaba él tocando el timbre honradamente para una cita que podía probar. Si una mujer con ojos de loca salía gritando, respondería: «¿Ladrón yo, señora? ¿Cree usted que si hubiese saqueado su cuarto estaría aquí tocando el timbre? Vi a uno salir de aquí, vi la puerta abierta de par en par, y he tratado de advertirles». Y ahí se detuvo, con la puerta abierta de par en par, esperando para ver si ella salía. Si no salía, significaba que no le había visto. Entonces podía volver a entrar directamente, a su cita, y luego intentar otra vez el registro interrumpido.

El doctor Fell se envolvió los hombros con la capa.

—Umf. ¿El caballero erudito tiene alguna prueba que confirme este episodio de Arsenio Lupin?

—El erudito caballero la tiene. ¿No recuerda usted *cuánto tiempo* permaneció Ames apretando ese timbre (como informó Hastings), a pesar de que le habían dicho que subiera inmediatamente? Quería asegurarse de que no había moros en la costa. ¿Recuerda que usted también encontró la puerta de la calle *abierta de par en par* cuando subió con el policía? Ames naturalmente, la hubiese cerrado, a menos que quisiera asegurarse de que alguien pudiera reconocerle en la oscuridad.

»Volvamos a nuestra cobra favorita. Ha salido al oscuro vestíbulo con el cuchillo y los guantes. Y ahí está el enemigo, esbozado por la luz del farol, que toca el timbre de la puerta, pidiendo ayuda. Debe de haber sido el momento más horrible que haya conocido esa mujer. Si no actúa, la pescan. Si actúa, pueden verla asesinando con una aguja de reloj robada. Podría arriesgarse a matarle..., apuñalándole como a un ladrón que hubiese entrado..., si él en realidad entra a la casa. ¿O se atreverá a arriesgarse a esto? Debe hacer algo antes de que haya una respuesta al timbre. Ahora el inspector Ames entra. Cruza el vestíbulo, mientras la muchacha está junto a la escalera. Ahora empieza a subir...

»Y nuestra cobra favorita le tiene en sus manos.

Hadley terminó, cerrando un puño, con una vibración en sus palabras. Miró a Melson, como si cada frase fuera un golpe para vindicar a la Policía.

—Por último, y en el caso de que usted acuse a un viejo como yo de inventar novelas, le ofreceré a usted la prueba más completa y más concluyente. Lo haré explicando lo que usted, Fell, trató de ridiculizar como «El misterio del guante volador». Se me ocurrió cuando examiné la escalera hace poco rato y recordé algo

que había sido demasiado ciego para ver anteriormente. Puedo explicarle a usted el misterio del guante volador y por qué voló.

Sacó del bolsillo el guante, que Christopher Paull había dicho que estaba tirado en el vestíbulo de arriba, y lo alisó sobre la rodilla.

—Póngase usted en el lugar de Eleanor Carver, subiendo la escalera detrás de Ames. Ha tomado instintivamente ambos guantes, pero usa uno solo. En una mano tiene el guante y la aguja, en la otra el segundo guante, en cuyo dedo ha dejado caer la llave. A su izquierda está la pared, y a su derecha el pasamanos. ¿Estamos?

»Bien. En el segundo escalón (a contar desde arriba) se arroja con todas sus fuerzas sobre la espalda de Ames y le ataca. El peso casi le hace caer de rodillas, e instintivamente levanta ambas manos; la mujer, para mantener el equilibrio, levanta la mano que tiene libre, aflojando automáticamente la presión sobre el guante. Se ve sangre. El brazo de Ames, lanzado hacia arriba, envía el guante, revoloteando por encima de la baranda, hasta el vestíbulo...

Melson se inclinó hacia adelante.

—Pero ¡Dios mío! —gritó, y la calma académica desapareció—. En ese caso la mano libre estaría en el lado derecho.

—Y éste es el guante de la mano derecha —dijo Hadley—. Exactamente. Esta no es la mano que empuñó el cuchillo. En este guante la única mancha de sangre está en el borde de la palma, un lugar que no podría estar manchado, si la mano hubiese empuñado firmemente el mango de acero. Por lo tanto...

Bajó lentamente el puño sobre los pies de la cama.

—... Por lo tanto, se explica por qué el ángulo del golpe llevó a Ames tan a la derecha. Se comprenden las declaraciones de los testigos que vieron al detective de los almacenes asesinado en Gambridge: «Estábamos hacia la *derecha* de ella, a un lado, cuando el detective de los almacenes nos pasó y le tocó el brazo. Ella alargó la *otra mano* y tomó el trinchante...». Quiere decir, señores, que la asesina de Gambridge era zurda. Y, con la indiscutible prueba ante ustedes, Eleanor Carver también es zurda.

Se levantó, se acercó a la chimenea y golpeó la pipa contra el borde de mármol. Hadley se sentía orgulloso de ser un lógico implacable que no dejaba de gozar con esta pequeña escena. Sonriendo, ceñudo, apoyó el codo sobre la chimenea y los miró.

—¿Alguna pregunta, señores? —interrogó.

El doctor Fell empezó a decir algo, cambió de opinión y manifestó:

—No está mal, Hadley. «¿Qué hombres y qué corceles contra usted se ocultarán, cuando las estrellas en sus trayectorias luchan a su lado?». Umf. Bucéfalo se ha convertido de repente en Pegaso. ¡Qué bien habla usted! Y sin embargo, en cierta manera, siempre desconfío..., desconfío mucho..., de estos casos que dependen de que alguien sea zurdo. Es demasiado sencillo... Le haré una pregunta. Si todo esto es verdad, ¿qué ocurre con la misteriosa persona que Hastings vio en la azotea, la persona con pintura dorada en las manos? ¿Cree usted que Hastings mintió?

Hadley dejó la pipa con el ademán de alguien que recuerda algo.

—¡El pañuelo! —murmuró—. ¡Santo Dios! Lo he tenido toda la mañana, desde que lo vi a usted con Carver mirando los relojes.

—¿Qué pañuelo?

—El de Mrs. Steffins. ¿No se lo dije? —sacó de un sobre un pañuelo de batista arrugado, lleno de esa sustancia que obstruía en estos momentos las ideas de Melson—. No, no se asombre. Esto sólo es la pintura de oro al aceite que usa para pintar porcelana y cerámica. No tiene nada que ver con la otra sustancia. Preston lo encontró en su cuarto, bien metido al fondo de una bolsa de ropa sucia. Pero la sustancia está fresca; tan fresca como anoche.

»Nuestra amiga Steffins era indudablemente la observadora de la azotea. Subió desde su cuarto, que da a la escalera oculta junto al hueco de Carver, y después subió por la otra escalera para investigar el romance en la azotea que todos parecen conocer.

»Recuerde que Mrs. Steffins estaba enteramente vestida. Recuerde también aquel tubo de pintura de que le hablé..., aplastado *en la parte de arriba*, como si alguien hubiese apoyado la mano sobre él. Es exactamente lo que ocurrió, porque estaba oscuro. La mujer salió de su cuarto en la oscuridad y se apoyó en el tubo de pintura cuando andaba tanteando. Se limpió las manos en un pañuelo, y en la oscuridad no pudo apreciar cuánto se lo había manchado; a prisa se fue a la azotea para ver qué pasaba. Allí, accidentalmente, se encontró con Hastings, aterrorizado por lo que ocurría abajo. La pintura en sus manos terminó de alarmarle... y corrió hasta el árbol, con los resultados que conocemos. La mujer le vio caer por el borde de la azotea y vio que Lucía le encontraba; de otro modo ¿cómo podría saber que él estaba en su cuarto? (Usted recuerda que la mujer le hizo entrar en el instante en que yo llegué). Luego bajó a tropezones, vio a la luz cuánta pintura tenía en las manos, y se las lavó. Metió el pañuelo en la bolsa de la ropa para lavar y se preparó para ponerse histérica por si alguien le echaba una mirada siniestra... ¿Le parece razonable esto?

El doctor Fell profirió un ruido misterioso que podría interpretarse como conformidad o disentimiento.

—Pero esta no es ahora mi principal consideración —continuó el inspector jefe—. He expuesto el caso de la Corona contra Eleanor Carver. Esta mañana usted hizo una lista de cinco puntos o preguntas en relación con la evidencia, y he contestado a cada uno de ellos. He hecho esto, a pesar de su expresión de desprecio ante toda evidencia visible: los objetos robados en poder de ella, la aguja horario, los guantes manchados de sangre. He presentado no solamente pruebas concretas, sino motivo, oportunidad y temperamento de la acusada; y he dado la única explicación que llena satisfactoriamente todos estos hechos antagónicos. Por lo tanto, sostengo que la evidencia no deja duda razonable en cuanto a la culpabilidad de Eleanor Carver. Usted ha dicho que hará trizas mi teoría, pero no presenta ninguna prueba que pueda llamarse propia. Así, mi señor y caballero —dijo Hadley con una amplia sonrisa—,

es el caso para la Corona. Ahora destruya mi teoría si puede.

Burlonamente se sentó. Y el doctor Fell, echándose la capa sobre los hombros, se irguió para hacer la defensa.

## EL DOCTOR FELL REALIZÁ LA DEFENSA

—Excelencia —dijo el doctor Fell, inclinando la cabeza hacia el muñeco sobre la chimenea— y señores del jurado.

Se aclaró la garganta con un ruido sordo como grito de batalla. Se echó la capa sobre los hombros y se puso de frente a la cama. Con esta capa y su espeso mechón de pelo vetado de gris en desorden, parecía un abogado excesivamente grueso que se preparaba para la batalla...

—Excelencia y señores —repitió, colocándose los lentes más firmemente y mirando por encima de ellos—. Para un oyente imparcial, muy bien podría parecer que por todas partes la casualidad y la coincidencia han conspirado para entregar a mi erudito amigo todos los hechos confirmatorios y todos los detalles necesarios para la acusación; mientras que, por otra parte, parecen haberme dado lo que, en palabras vulgares, podría llamarse una patada. Su éxito a este respecto es casi milagroso. No tiene más que buscar un indicio para encontrar seis. No tiene más que abrir la boca para exponer una teoría, e instantáneamente alguien entra por esta puerta y se la confirma. Esto no me agrada. No creo que incluso una persona verdaderamente culpable pudiese dejar *tantas* evidencias detrás de sí, aun cuando sembrara de indicios el camino desde aquí hasta el *Elephant* y el *Castle*. Insisto en considerar este punto como un caso de asesinato y no como una búsqueda del tesoro, y sobre una idea deducida de esta creencia baso mi defensa.

—¡Oigamos, oigamos! —dijo Hadley, animándole.

—Y si mi docto amigo quiere consentir en no hablar más y cerrar la boca por un corto tiempo —continuó el doctor Fell, imperturbable—, procederé a exponer mi defensa. Señores, en avicultura hay una regla muy conocida...

—Vea usted —reconvino Hadley, levantándose—, yo me opongo a que haga una farsa de esto. En primer lugar, porque no tengo tiempo para bromas y, aunque lo tuviera, me parece de muy mal gusto cuando un hombre ha sido verdaderamente asesinado y la vida de alguien está comprometida. Si usted tiene algo que decir, dígalo, pero por lo menos tenga la honestidad de ser serio.

El doctor Fell se quitó los lentes. Luego abandonó su modo jurídico y habló con tranquilidad.

—¿No lo comprende? ¿No me creerá si se lo digo? En mi vida he hablado con tanta sinceridad. Estoy tratando de impedir que esa joven sea arrestada, si no algo peor, y, dicho sea de paso, de salvar la cabeza oficial de usted en la única forma que usted lo comprenderá, mostrándole lo que está haciendo. No soy ninguna autoridad ante la ley, pero sé mucho de abogados y de sus sistemas. Y si un hombre como

Gordon-Bates o *sir* George Carnaham hace la defensa, hará trizas su pobre teoría cuando usted la presente. Puedo equivocarme, pero Dios sabe que nunca he hablado con mayor claridad.

—Muy bien. Continúe, entonces —murmuró Hadley, que parecía sentirse incómodo.

—Hay una regla muy conocida en avicultura —reanudó el doctor Fell otra vez con su voz de trompeta al cuadrarse— para evitar dos errores que se han vuelto axiomáticos: a) poner todos los huevos en una sola canasta, y b) contar los pollos antes de que salgan del cascarón. La acusación ha hecho ambas cosas, lo cual es un error. La acusación ha relacionado ambos crímenes. Ha dicho que si esta mujer mató a Evan Manders, también mató a George Ames. Y si mató a George Ames, también mató a Evan Manders. Cada acusación está construida sobre la otra y forma parte de ella. No tenemos más que arrojar una duda razonable sobre una de ellas y desvirtuaremos al mismo tiempo las dos.

»Por ejemplo, tenemos este guante, el guante de la mano derecha. La acusación declara que no pudo ser usado en la mano que apuñaló a Ames. Como hemos visto, la herida produjo un derrame de sangre que le hubiese empapado; en cambio, este guante no sólo tiene una mancha muy pequeña de sangre, sino que está ubicada en un lugar que según mi docto amigo declara, no hubiera podido mancharse si hubiese tenido el arma. ¡Bien! Mi docto amigo presenta la prueba concluyente para demostrar que la asesina de Gambridge era zurda. Y puesto que Eleanor Carver al matar a Ames debe de haberle golpeado con la mano izquierda, ambos asesinos deben ser el mismo.

»Esto es lo que llamo poner todos los huevos en una sola canasta —dijo el doctor Fell, sacudiendo su cabeza grande—. Mientras que esto... —se trasladó hasta el panel de la pared, abrió la caja de zapatos, tomó el guante de la mano izquierda y, girando, lo arrojó sobre la cama—, esto es lo que llamo contar los pollos antes de que salgan del cascarón. Ahí está el guante que la acusación alega que se usó en el crimen. Pero examínenlo, señores, y no encontrarán ni una sola mancha o señal de sangre. Mi docto amigo declara que el golpe debió provocar un derrame de sangre. Por lo tanto, según el propio razonamiento de la acusación, demostraremos: 1) que Eleanor Carver no es zurda como la asesina de Gambridge; y 2) *que en el asesinato del inspector Ames no se pudo usar ninguno de estos guantes.*

Hadley se levantó del asiento como en un acto de levitación. Tomó el guante de la cama y miró al doctor Fell...

—Deseamos que esto sea comprendido —rugió el doctor Fell—, porque esta vez la acusación no va a aprovechar ambos caminos. En esta hora tardía mi docto amigo no dirá que quiso decir otra cosa y que, después de todo, el guante usado fue el guante de la mano derecha. Él mismo probó que no lo fue. Y yo he probado la imposibilidad de que la acusada sea zurda. Si el guante de la mano derecha recibió una salpicadura de sangre cuando estaba bastante lejos de la herida, entonces, para decirlo suavemente, debemos pedir que la acusación nos muestre por lo menos algún

rastros microscópicos en el guante de la mano que hizo la herida. No hay ninguno. Por lo tanto, Eleanor Carver no mató a Ames. Y por lo tanto, ella no fue la mujer zurda que apuñaló a Evan Manders. Y esos guantes, única prueba verdadera en contra de ella, serán omitidos cuando la teoría de la acusación quede destruida bajo el peso de su propia lógica.

Para mostrar que estaba lejos de haber terminado, el doctor Fell agregó:

—¡Ejem! —y sacó su pañuelo rojo para secarse la frente. Luego sonrió.

—Un momento —dijo Hadley, con tranquila tenacidad—. Quizá me haya traicionado... un poco. Quizá con el entusiasmo de formular la acusación (que era solamente un bosquejo esquelético, como dije) puedo haber llegado un poco demasiado lejos. Pero estas otras pruebas verdaderas...

—Excelencia y señores —continuó el doctor Fell, metiendo de nuevo el pañuelo en el bolsillo—: la acusación ha adoptado tan instantáneamente la actitud que previene que tomaría, que no necesito señalar cuánto se ha perjudicado. Pero permítanme proseguir. La acusación admite que la asesina no usó guantes. Pero se encontró una cerca del cadáver, y el otro detrás de aquel panel. Si ella no los puso allí, es evidente que otro lo hizo, con el único propósito de enviarla a la horca; y esto es lo que intentaré probar.

»Al considerar estas otras “pruebas verdaderas” en contra de ella, trataré primero del asesinato de Gambridge. Como alguien ha mencionado, expuse cinco puntos para ser considerados en relación con estos crímenes... Arrumpf. Deme ese sobre, Melson. Y cuando llegue a discutirlos, pediré autorización para volver sobre ellos.

Miró suspicazmente en derredor, por encima de los lentes, pero no encontró señal de burla. Hadley estaba sentado con el guante en la mano, chupando la pipa apagada.

—Puesto que hemos refutado el cargo de zurdería, el único verdadero existente, ¿qué queda para relacionar a Eleanor Carver con la asesina de Gambridge? Que probablemente era rubia (otro dijo que era morena, pero pasémoslo por alto), que era joven y que usaba la misma ropa que la mayoría de las mujeres. Esto provoca mi asombro, por no decir mi regocijo. En otras palabras, es lo verdaderamente indefinido de la descripción lo que usted emplea para probar que fue Eleanor Carver. Usted dice que la asesina debe de haber sido una mujer, sólo fundamentándose en que hay otras tantas mujeres en Londres que son como ella. Es como decir que John Doe fuese el culpable del crimen de la corbata, en Leeds, porque el hombre a quien vieron deslizarse fuera del lugar del crimen muy bien pudo haber sido algún otro. Segundo, usted tiene el propio asentimiento de Eleanor de que estaba en Gambridge aquella tarde; lo que no suena al asentimiento de una asesina o de Eleanor Carver tal como usted ha descrito su carácter de asesina. Pero le diré a qué suena. Suena al esfuerzo de alguien que sabía que estaba allí aquella tarde; que observó el parecido superficial en las informaciones periodísticas y sabía que no podría hacerse ninguna identificación; que leyó una descripción de los objetos robados y vio que, con una excepción, no podrían ser identificados. Todo esto..., para hacerla cargar con el crimen.

—¡Espere un momento! —interpuso Hadley—. Esto se está poniendo grotesco. Acepto que los testigos no pudiesen identificarla, pero nosotros *tenemos* los objetos robados. Están ante su vista.

—¿Cree usted que son únicos?

—¿Únicos?

—Usted tiene una pulsera y un par de anillos. ¿No cree que podría entrar en Gambridge ahora y comprar veinte duplicados exactos a estos dos objetos? No son únicos; se fabrican en cantidades que hacen imposible identificar determinada pulsera o anillo como el robado el veintisiete de agosto. Usted no podría arrestar a cada mujer que viera con uno de ellos. No, mi amigo. Hay un solo objeto de los robados en la exposición de Gambridge que puede identificarse sin ninguna duda: el reloj del siglo diecisiete perteneciente a Carver. Ese es único. Ese, y únicamente ese, acusaría infaliblemente a Eleanor Carver. Y es muy significativo —dijo el doctor Fell— que sea el único objeto que usted no tiene.

Hadley se agarró la cabeza.

—¿Pretende que crea —preguntó— que por casualidad los duplicados exactos de los objetos robados estén escondidos detrás de este panel?

—No están por casualidad, sino por deliberada intención. Estoy tratando de mostrar gradualmente a mi docto amigo —dijo el doctor Fell, golpeando el puño sobre la repisa de la chimenea— que las coincidencias que nos equivocan y nos confunden no son tales coincidencias. Todo conducía a ello. Las tendencias cleptómanas de Eleanor Carver eran bien conocidas, esto fue lo que dio la idea al asesino. Él (o ella) vio una oportunidad ya planeada en el crimen de Gambridge. La vaga descripción del asesino se adaptaba a Eleanor; Eleanor estaba en los almacenes; Eleanor no tenía una coartada. Pero requería muchas pruebas. Por esto, la persona que persiguió este plan diabólico trató de aumentarlo birlando el reloj de la calavera Maurer de la caja de Boscombe. Boscombe debía creer que ella lo había robado, porque este diablo sabía que Boscombe la protegería. Usted debía creer que la muchacha lo había robado, porque usted no creería en ninguna historia que contara Boscombe para explicar su desaparición. Y ambos cayeron en la trampa. Ahora sigamos con estas «pruebas verdaderas» que usted presenta en contra de Eleanor. He señalado que la única prueba verdadera de la acusación, el único reloj que realmente podía perjudicar a Eleanor, falta. ¿Por qué falta? Porque si alguien quería echar la culpa a Eleanor, ese reloj sería el único objeto que él (o ella) hubiesen puesto «con seguridad» detrás del panel. Pero no está allí. Y la única hipótesis admisible que explica su ausencia, tanto si usted todavía cree culpable a Eleanor, o si cree en mi teoría, es que nadie lo puso ahí *porque nadie lo tenía para poder ponerlo*.

»En mi quinto punto, le pregunté —rugió el doctor Fell, mirando hacia el sobre que tenía en la mano— lo siguiente. La anotación de Melson dice: “Que la asesina de los almacenes no robó el reloj perteneciente a Carver en la casa cuando hubiese sido más fácil, sino que corrió el riesgo de robarlo en la exposición de unos almacenes

muy concurridos”. Bueno, ¿por qué?... Es muy evidente. Una mujer que vive en esta casa no puede haber sentido el loco impulso de robar un reloj que ha visto montones de veces. Este loco impulso lo ha sentido algún otro. El loco impulso, en realidad, lo ha sentido otra mujer que no vive en esta casa; una mujer de quien probablemente nunca hemos oído hablar; una mujer que seguramente nunca sacaremos de su anonimato entre ocho millones de personas. Esa es la asesina de los almacenes. El demonio de esta casa utilizó simplemente ese crimen; lo utilizó como medio para hilar una prueba contra Eleanor, para atraer a la policía a la pista de Eleanor y luego el asesinato del inspector fue aderezado con pruebas falsas contra Eleanor para enviarla al cadalso por ambos crímenes.

Hadley estaba tan agitado que tiró al suelo su cartera y se enfrentó violentamente con el doctor Fell.

—¡No lo creo! —gritó—. Esta es su maldita retórica. Es pura teoría, y además una teoría pésima. ¡Usted no puede probarlo! ¡Usted no puede acusar a alguien que ni siquiera puede probar que existe! Usted...

—¿Lo he derrotado? —preguntó el doctor Fell, ceñudo—. Por lo menos creo que está usted preocupado. ¿Por qué no mira usted la pulsera y ese reloj de la calavera y ve si hay alguna impresión digital en la superficie pulida o en otra parte? Usted dice que Eleanor creyó que ese panel era seguro; entonces, si eso es verdad, habrá cantidad de impresiones en ambas cosas. Pero no lo es. No encontré ninguna..., es algo que la prueba falsa no puede arreglar. ¿Comprende ahora por qué con buscar un indicio encontraba seis? ¿Comprende por qué con sólo abrir la boca para exponer una teoría, alguien pasaba por esa puerta y la confirmaba? Ahora sabe por qué este caso me alarmó y por qué creo en los malos espíritus. Hay aquí un verdadero espíritu maligno, que acosa a esta joven con una estratagema paciente, implacable, talentosa, la odia como un galeote odia al que le pega, y como el fracaso odia al éxito. El plan era trenzar una sogá para cortarle el pescuezo, como si alguien quisiera hacerlo con sus dos manos... Ahora continuaré, ¿o tiene miedo de escuchar mi teoría?

—Usted todavía no puede probar... —empezó Hadley, pero no en alta voz. Recogió la cartera, y su voz se volvió pensativa.

—Continúe —dijo Melson, cuya mano seguía realizando anotaciones.

El doctor Fell, resollando con dificultad, miraba a uno y a otro, la cara enrojecida y enganchado el pulgar en la bocamanga del amplio chaleco. Detrás de él, a través de las ventanas, la luz grisácea mostraba la melancolía del cielo en el patio del fondo. Continuó más tranquilo:

—Y volviendo al punto cuarto, sobre la extraña cuestión de por qué robaron ambas agujas del reloj y por qué no lo hicieron cuando el reloj estaba a la vista de todos, les diré por qué ocurrió así. Ocurrió así porque todas las pruebas tenían que señalar a Eleanor como la asesina de Ames. Robar simplemente una aguja de reloj no señalaba a nadie. Pero la aguja horaria, la aguja superflua que no podía ser empleada como arma y cuya remoción era pura pérdida de tiempo, debía ser encontrada en

poder de Eleanor, como prueba evidente del robo. Este también, pero en mayor grado, fue el motivo para esperar hasta el miércoles por la noche para robar las agujas. Aquí a nadie se le ocurrió por qué el ladrón esperó hasta el miércoles por la noche, pues sólo entonces el reloj estuvo *pintado de dorado*.

»¿Mi docto amigo no ha comprendido la absoluta sencillez de esto? Todo el caso es un rastro de pintura dorada. Fue lo buscado. ¿Dónde hubiese estado la prueba contra Eleanor, como asesina de Ames, si no hubiera sido por esas manchas doradas puestas ostensiblemente sobre un par de guantes, uno de ellos escondido detrás del panel y el otro tirado, no tan ostensiblemente, cerca del hombre muerto? Y si usted desea más confirmaciones piense en el asunto de la llave. El verdadero asesino tuvo que robarle la llave. Esta llavecita, señores, era indispensable para el plan. Se le había pedido a Eleanor que regresase temprano, y no podría tener una coartada para cualquier noche, *a no ser* que subiese a la azotea, para ver a su enamorado. Era preciso evitarlo. Eleanor debía ser atrapada sin que hubiese podido pasar por aquella puerta. Y cuando el asesino ya no necesitó la llave, la devolvió en el dedo del guante para obtener otro triunfo de peso contra la muchacha.

Hadley interrumpió con cierta prisa:

—Admitiendo esto por un segundo, lo que por cierto no hago; pero admitiéndolo como una hipótesis... Y en ese caso ¿los guantes? ¡Diablos! Cuanto más pienso, tanto más veo que todo depende de estos guantes. Usted parece haber demostrado que ninguno de ellos se usó...

—Umf, sí. Esto le molesta, ¿eh? —el doctor Fell se echó a reír entre dientes y luego se puso muy serio—. Pero el hecho es que no estoy diciendo lo que ocurrió. Sólo he dicho lo que no ocurrió. No, no... Todavía no ha llegado la hora de decirle quién es el verdadero asesino.

Hadley estiró el mentón.

—¿Usted cree que no, eh? ¿Y, sin embargo, está tratando de convencerme? ¡Por Dios! No es hora de bromas. Todavía creo estar en lo cierto...

—No..., no del todo. Por lo menos yo no lo creo —repuso el doctor Fell, observándole con sombría atención—. Le he desalentado, pero usted está en un estado tan incierto que no me atrevo a exponerle mi teoría —vio que el inspector jefe abría y cerraba nerviosamente las manos, y con voz sincera continuó—: Hombre, no estoy bromeando. Le doy mi palabra de que estoy demasiado preocupado para emplear mi acostumbrada táctica de observen-señores-que-no-oculto-nada. No me *atrevo* a decírselo, si no, lo haría. Pero usted está en tal estado que saldría enseguida a verificarla. Estamos ante un diablo muy astuto, bajo una máscara inofensiva. Si digo una palabra, el astuto enemigo hablará a su vez y, en su actual estado, usted atropellará todo el trabajo y saldrá otra vez rugiendo tras Eleanor.

»Escuche, Hadley —se frotó la frente con violencia—. Para alcanzar el fin, para arremeter con el ariete dentro de ese valiente cerebro suyo, continuó con el punto número tres, que dice: “Que la acusación, y el caso entero, contra una mujer por

haber asesinado a Evan Manders proviene de una persona no identificada, que ahora, bajo circunstancias de suma urgencia, se niega a comunicarse con nosotros”.

»Este es precisamente el fondo y el misterio de todo el asunto. Pese profundamente estas palabras mientras las analizo. ¿Qué explicación se les puede dar? La acusación dice “porque ese acusador era Mrs. Steffins. Aunque odia a Eleanor y desea descubrirla como asesina, se niega a declarar abiertamente porque teme la cólera del viejo Carver por la acusación contra su favorita”. Me permito observar que nadie, en sus cinco sentidos, podría creerlo ni por un momento, aun aquellos que consideran culpable a Eleanor. ¿Qué dice el informe de Ames? Dice “Mi informante está muy dispuesto a repetir ante el tribunal las anteriores manifestaciones”.

»Ante el tribunal, ¿lo comprende usted? Es como si usted poseyera un secreto que tiene miedo de que se conozca en su propia casa, pero no se opone, en cambio, a divulgarlo por la radio. Si dichas en privado había cosas de las que temía el efecto que causarían en Carver, difícilmente resultarían más suaves expuestas ante un tribunal público.

»Hadley, dije que había varias cosas que sonaban a inverosímiles en el informe de Ames. Esta es una de ellas. Diga, si quiere, que Mrs. Steffins es el acusador, pero en ese caso usted debe decir también que es la asesina. Quienquiera que le haya dicho esa sarta de mentiras a Ames, lo hizo con un solo propósito: atraer a Ames a la muerte en esa casa... Según dice Ames, esa persona declaró haber visto en poder del acusado (es decir, en poder de Eleanor Carver, si Ames no hubiese sido tan poco explícito y hubiese acusado directamente a la joven) “el reloj de la exposición de Cambridge, prestado por J. Carver”. Nada interesaría tanto a Ames. Bueno, pero ¿dónde está ese reloj? No está aquí, junto con el resto de las pruebas cuidadosamente preparadas. Nunca estuvo aquí. Fue la carnada para Ames, con intención de llevarle a la muerte, como la calavera de Maurer iba a ser el reloj de la muerte para Eleanor. ¿Qué más vio el acusador? A Eleanor, en la noche del crimen de Cambridge, cuando quemaba un par de guantes negros de cabritilla manchados de sangre. Hadley, ¿ha intentado usted alguna vez quemar guantes de cabritilla? La próxima vez que usted haga una fogata en el jardín de atrás, inténtelo; además sería una mujer extraordinaria la que llevara esos endemoniados trofeos desde Oxford Street y se pasara las doce horas siguientes sobre una enorme llamarada, reduciendo pacientemente a cenizas cuero curtido... Vuelva a leer el informe de Ames. Estudie las inconsistencias, el comportamiento demasiado sagaz del acusador, la insistencia en el secreto, la contradicción del acusador al decir todo esto, pero echándose atrás en el pequeño detalle (en apariencia) de introducir abiertamente a Ames en la casa. Usted verá que tiene una sola explicación.

»Y llegamos por fin al principio. Mi segundo punto indica que el asesino de Ames no fue el mismo que el de Cambridge por los motivos que he dado. Mi primer punto indica lo esencial del misterio al llevarnos a la conclusión de que, si admitimos

las demás coartadas, el peso de la sospecha recaería sobre Lucía Handreth o Eleanor Carver. Aun esto podría ser reducido y quedó casi instantáneamente reducido a una certeza cuando Mis Handreth presentó una coartada demasiado fuerte para ser ni siquiera atacada. Entonces me convencí de que Eleanor, y únicamente Eleanor, era la víctima de uno de los más ingeniosos y diabólicos planes de asesinato de que tenga memoria.

»¡Excelencia y señores del jurado! —se irguió y apoyó de plano la mano sobre la repisa de la chimenea—. En resumen, hay varias cosas que la defensa reconoce. En nuestro caso, nadie ha sido lo suficientemente amable para simular pruebas como se ha hecho con mi docto amigo. Por lo tanto, debemos contar la verdad y, no teniendo propiedades mágicas ni cooperación de la policía, no podemos presentar al verdadero asesino de Gambridge. No podemos exponer hechos perversos que al escarbarlos se conviertan en paja. No podemos contar el cuento de un inspector de policía que toca el timbre al salir de una casa y, dos minutos después de haber sido sorprendido saqueando un cuarto, entra otra vez muy contento para darle la oportunidad al asesino que le espera en la oscuridad. Nosotros no imaginamos a un asesino tan escrupuloso para llevar dos guantes cuando necesita uno solo y luego, inexplicablemente, no usa ninguno. No es muy difícil imaginarnos a un inspector de policía, siempre alerta del peligro, que sube veintitrés escalones sin ni siquiera tener la sospecha de que alguien le pise los talones. Pero pasémoslo por alto. Sólo hemos querido arrojar una duda razonable a la acusación, un granito de incertidumbre que puede forzar a dar el veredicto de “no culpable”, y me permito decir, señores, que lo hemos conseguido.

Hadley tanto como Melson se sobresaltaron y se volvieron cuando sin previo anuncio la puerta se abrió de par en par. El sargento Preston dijo vivamente:

—No quiero equivocarme otra vez, señor. Pero creo que Miss Carver está subiendo ahora los escalones de la entrada. Trata de eludir a los periodistas, y con ella viene un joven que tiene la cabeza vendada. ¿Iré a...?

Veloces nubes oscuras hacían más sombrío el cuarto gris, y el viento silbaba por la chimenea. Hadley estaba frente al doctor Fell. Ambos, erguidos, se miraban a los ojos mientras Melson escuchaba el tic-tac de su reloj. En el cuarto se notaba una intensa expectativa.

—¿Y bien? —preguntó el doctor Fell. Retrocedió el codo que estaba apoyado sobre la repisa, y una de las fotografías enmarcadas se cayó con un ligero estrépito.

Hadley se adelantó rápidamente hacia la cama, envolvió los objetos en la blusa, los metió en el hueco y cerró el panel.

—Está bien —dijo con voz gruesa—. Está bien. De nada vale alarmarla si ella no fue... —luego levantó la voz—. ¿Dónde diablos está Betts? ¡No la deje hablar con los periodistas! ¿Por qué no está Betts allí afuera cuidando de...?

En medio de una sensación de alivio, Melson oyó que el sargento decía:

—Él ha estado en el teléfono durante diez minutos, señor. No sé lo que es... ¡Ah! Se oyó el ruido de pisadas apresuradas. Betts, todavía impasible, pero con las

manos temblando un poco, empujó a Preston a un lado y cerró la puerta.

—Señor... —empezó un poco secamente.

—¿Qué hay? ¿No puede hablar claro?

—Una llamada de Scotland Yard, señor. Es algo importante. El subcomisario... No creo que podamos conseguir la orden de arresto, aunque lo quisiéramos. Han encontrado a la mujer que cometió el crimen de Gambridge.

Hadley no habló, pero sus dedos oprimieron la cartera.

—Sí, señor. Es..., es alguien que conocemos. Intentó otro robo esta mañana en los almacenes Harris, y la prendieron. La División de Marble Arch dice que no hay duda. Cuando la llevaron a su casa, encontraron la mitad de las joyas y el resto de lo robado hace tiempo. Cuando encontraron aquel reloj..., el de propiedad de Mr. Carver..., se desesperó e intentó arrojarlo por la ventana. La comparación de las impresiones digitales demostró quién era. También atraparon a uno de sus cómplices, pero el otro...

—¿Quién es?

—Bueno, señor, ahora usa el nombre de Helen Gray. Es un trabajo sistemático; se dedica a los grandes almacenes y se deshace de las cosas arrojándolas por encima del cerco. Siempre lleva dos cómplices masculinos para protegerla...

Calló, probablemente ante la expresión de curiosidad de los rostros que tenía ante sí. Todo quedó en silencio. Al retroceder Hadley, se oyó un arañazo y el crujido de tablas; respirando pesadamente, se volvió hacia Fell. Y el rostro del doctor Fell mostraba una serenidad beatífica que lentamente se convirtió en una amplia sonrisa soñolienta. Se echó la capa sobre los hombros, se aclaró la garganta, se alejó de la chimenea, se volvió e hizo una profunda reverencia al *muñeco*.

—Excelencia —dijo, con voz sonora—, la defensa ha terminado.

## REUNIÓN EN UNA TABERNA

**E**n la taberna *Duquesa de Portsmouth*, ubicada en la pequeña curva de Portsmouth Street, todavía se comenta un almuerzo ofrecido en el comedor de techo bajo, lleno de humo, un día de principios de septiembre. El almuerzo lo ofreció un hombre sumamente gordo en honor de cuatro invitados, y duró desde la una y media hasta las cuatro y cuarto de la tarde. El señor obeso, que consumió un *bistec* y un pastel de riñones casi tan grande como una palangana, llamó la atención no sólo por su tamaño, sino también por su bullicio. De pronto el hombre gordo salió del comedor y, quitándose el sombrero, declaró que todas las bebidas para los *habitués* allí reunidos corrían por su cuenta; pronunció un discurso al auditorio con referencias incomprensibles de agarrar al enemigo por la cadera y otras tonterías semejantes, pero fue francamente aplaudido hasta que apareció uno de sus compañeros, un tipo alto de aire militar, que lo hizo salir a prisa, en medio de las protestas de sus invitados.

El almuerzo dejó un recuerdo agradable en Melson. Pero lo que mejor recordaba era la escena que lo precedió, cuando Eleanor y Donald Hastings estudiaban solos el menú en el comedor mientras los otros tres se humedecían la garganta seca con un sorbo de cerveza antes de comer. El doctor Fell miró a Hadley, y Hadley miró al doctor Fell; ninguno habló hasta que el doctor emitió un sonoro y satisfecho ¡jaa!, al dejar el vaso.

—Y lo divertido de la circunstancia —dijo, bajando el puño sobre el mostrador en señal de admiración— es la manera en que ambos hemos empleado la declaración de Gray y de sus dos cómplices, declaración falsa para desviar las sospechas de su crimen. Usted empleó mentiras para acusar a Eleanor, y yo empleé las mismas mentiras para defenderla. Por supuesto que ambos creímos en Gray. ¿Por qué no? Tres personas aparentemente no relacionadas entre sí, espectadores desinteresados, dijeron el mismo cuento. Gray no corrió; simplemente dejó caer el cuchillo, gritó, señaló a alguien, contó una astuta mentira, que fue respaldada por los otros dos. ¿Por qué habría de perder la cabeza y apuñalar a Manders...?

Hadley contempló su vaso y revolvió el contenido.

—Bueno, significaba prisión segura si la arrestaban por sospechosa y comparaban sus impresiones digitales en los archivos. De todos modos, fue una treta descabellada. Terminará con certeza en la horca, y quizá los otros dos con ella —frunció el ceño—. Pero me interesa porque es un nuevo ardid de super raterías de almacenes. Si resulta sospechosa a alguien, se adelanta un joven vestido a la moda. «¿Le pareció ver a esa mujer...? ¡Tonterías! Yo también la estaba observando y...». Del otro lado, un señor

respetable, con aspecto altanero, sacude la cabeza y tímidamente también está de acuerdo. Gray les da las gracias y se retira enfadada antes de que se llame a la autoridad. ¡No está mal! Son joyas de fantasía. Unas veinte libras cada vez, debe de haber ganado un par de miles en una quincena. El detective de los almacenes seguramente ya la habría observado y no iba a andar con miramientos. Si la mujer no hubiese perdido la cabeza... —Hadley dio un golpe con la copa—. Oh, sí, nosotros la creímos, pero ahora que pienso...

—*Arrière pensée* —convino el doctor Fell, asintiendo culpablemente—. Sí, yo también lo había pensado.

—¿Pensado en qué?

—En la declaración que parecía probar que el asesino era zurdo. Gray nunca pensó decirlo. Fue un desliz en su comedia; dijo: «El detective de los almacenes se acercó, la mujer alargó la *otra mano*» y demás. Es un desliz que puede ocurrir cuando se construye apresuradamente una mentira. No *dijo* que la mujer fuese zurda. Nadie pensó en ello, ni tampoco así lo interpretó, hasta..., ¡jem!

—¡Está bien, está bien! ¡Macháquelo!

—También fue un excelente detalle el de la blusa —continuó el doctor Fell, afablemente—. No lo machaco. Si le causa a usted alguna satisfacción, le diré que engañó completamente a este viejo; aunque pensé que era bastante raro que Gray no viera la cara de la joven, a pesar de que estaba lo suficientemente cerca para desgarrarle la blusa. La muchacha se metió los guantes en el bolsillo y esperó serenamente. Esta declaración de que la asesina usaba guantes, que también apareció en los diarios, fue otro detalle que nos llevó a nuestro asesino de Lincoln's Inn Fields... No, Hadley, el único «yo-le-dije» que usted puede repetir es mi advertencia de precaverse contra los casos que se apoyan en que alguien es zurdo. Todos saben a cuento. Vaya por el sendero del prudente, manténgase alejado de los golpes de la mano izquierda, de las colillas y del dictáfono detrás de la puerta.

—A propósito, Eleanor no es zurda —observó Hadley, muy pensativo—. Le pedí que escribiera el domicilio de su patrón —aumentó su exasperación y su perplejidad—. El asunto es, ¿qué diablos haremos *ahora*?

No obtuvo respuesta, pues el doctor Fell dijo simplemente que mantendría una detenida charla a su debido tiempo. Desde la confirmación de su defensa, había estado desacostumbradamente callado. Antes de partir de la casa le pidió prestado a Hadley una de las llaves de la puerta del descansillo; nadie subió con él, pero dijo que deseaba echar un vistazo a la cerradura de la puerta de la azotea, y pareció muy contento cuando regresó. Hizo, sin embargo, una interesante sugestión. Cuando el atormentado inspector jefe meditaba cómo, en la actual situación, tocar el tema con Eleanor, Fell delineó un plan que mereció la completa aprobación de Hadley.

—La llevaremos a almorzar, y al joven Hastings con ella —dijo—. Tengo en la cabeza un pequeño experimento.

—¿Experimento?

—Tal cual. Todos en la casa probablemente ya saben que usted pensaba arrestar a Eleanor. Aunque Miss Handreth se calle, está Mrs. Gorson. Es muy probable que Steffins se lo haya sonsacado y lo que Steffins sabe, todos los demás lo saben. ¡Tanto mejor! Déjelos que lo sigan creyendo. Nosotros saldremos y, en voz alta, invitaremos a almorzar a Eleanor; ha estado fuera, no sabe nada y no sospechará nada siniestro. Los demás sí, y sólo le darán una interpretación. Vamos, pues, a almorzar y le explicaremos las cosas a Eleanor para ver qué tiene que decir. Luego regresaremos... sin Eleanor. Entrevistaremos a cada miembro de la casa, diciéndole primero que la muchacha está bajo custodia, y luego llanamente que ha sido puesta en libertad, porque la acusación contra ella ha sido destruida. ¿Eh? Hombre, me interesará mucho ver la cara de uno de ellos cuando anunciemos esta última noticia. A uno de ellos le va a producir una tremenda sacudida, y habremos llegado al momento crucial del asunto.

—¡Bien! —exclamó Hadley—. ¡Endemoniadamente bien! Pero ¿si alguien arma un bochinche y se entremete cuando salimos de la casa con ella?

—Insistiremos sencillamente en que vamos a almorzar. Es la única forma de hacerles creer lo contrario.

Nadie intervino, lo cual sorprendió a Melson. Había pensado que Mrs. Steffins saldría de un rincón oscuro, como de una *caja de sorpresas*, lanzando directamente la pregunta. Pero no había nadie a la vista. Melson notó una sensación de misterio en la casa silenciosa; nadie se movió, pero sintió que varias personas permanecían inmóviles detrás de sus puertas, escuchando. Se oía crepitar el carbón en las chimeneas, pero ninguna pisada...

El almuerzo, en el que nadie mencionó el asunto, por lo menos durante las dos primeras horas, fue todo un éxito. El doctor Fell, como ya se ha dicho, estaba bullanguero; incluso Hadley estuvo afable y, aunque trató a Eleanor con cortesía afectada y exagerada, no le quitaba los ojos de encima; por primera vez Melson le oyó reír, hasta contó una ligera anécdota, mostrando todos sus dientes con un regocijo inesperado, referente a cierta actriz cinematográfica cuyos extensos encantos llamaban su atención. Eleanor y Hastings estaban exaltados, habían tomado una decisión, según le dijo Eleanor al doctor Fell.

—Dejaré la casa tan pronto como pueda arreglarme. Le he dicho que durante mucho tiempo he sido una tonta sentimental. Todo será ahora maravilloso, a no ser que la policía arme un lío por mi partida. No lo hará, ¿no es verdad?

—¡Jaaa! —exclamó el doctor Fell. Su cara acalorada se asomaba por detrás de un gran tazón de peltre—. ¿Armar un lío? No, no lo creo. ¡Jaaa! ¿Qué planes tienen ustedes?

El comedor, largo y bajo, con un fuego vivo que ardía en la chimenea de azulejos holandeses pintados de azul, tenía ventanas con vidrios oblicuos que dejaban ver los árboles de un jardín. *Rus in urbe*, donde ningún ruido del tránsito perturbaba sus propios ruidos. El comedor tenía esa humedad agradable producto de la fragancia de

la madera vieja, de la cerveza y de tres siglos de carne asada. Melson se sentía satisfecho; como persona razonable, prefería la carne asada muy hecha y la cerveza inglesa con mucho cuerpo a cualquier otro manjar que concibieran los dioses; le agradaba el cielo raso con vigas, el aserrín en el piso de madera, los asientos de roble con respaldos altos. La madera de los asientos también estaba gastada, y contra ellos resaltaba vivamente la hermosura de Eleanor Carver; no belleza, sino lozana hermosura... De ningún modo estaba agobiada, pero tampoco histérica como la noche anterior. Se le notaba el profundo placer de la decisión adoptada que dejaba de pesar sobre sus pensamientos. Melson observó sus ojos celestes, los párpados ligeramente levantados, la boca franca y los labios gruesos, que de pronto se crispaban de risa; el pelo largo con reflejos dorados. A su lado se hallaba Hastings, sus ropas ya no estaban desordenadas, y su cara hermosa, si no algo imperfecta, era más humana sin el yodo. Ambos se mostraban muy contentos, se miraban frecuentemente y reían; ante la insistencia estruendosa del doctor Fell, tomaban cerveza en cantidad.

—¿Planes? —repitió Eleanor frunciendo el ceño—. Que vamos a casarnos, lo que es una locura, pero Don dice...

—¿A quién puede importarle? —preguntó Hastings, afablemente, y con esto resumió su filosofía. Dejó el vaso de golpe—. Nos arreglaremos de algún modo. Además, nos moriremos de hambre durante los primeros seis años, aun después de que yo pase los exámenes. ¡Las leyes! ¡Al diablo con las leyes! Me parece que debería dedicarme a los seguros. ¿No está de acuerdo conmigo en que el porvenir está en los seguros? ¿Que es lo único para un hombre...?

—No lo harás —declaró Eleanor, apretando los labios.

—Oh, oh, oh —repuso Hastings, sintiéndose confidencial—. Se trata de lo siguiente... —calló, mirando con curiosidad al doctor Fell, que arrojaba sobre ellos la alegría de su ser como el Espíritu de los Regalos de Navidad—. Es curioso que..., para ser completamente sincero..., siempre he odiado a los policías como al veneno, pero usted no parece... Ni usted tampoco —añadió, volviéndose cortésmente hacia Hadley, pero con alguna duda—. Usted comprende, no es ninguna broma cuando el viejo... está en dificultades, y uno tiene un nombre que puede ser usado para muchos equívocos como lo hacen los periodistas con sus malditas bromas. «Esperanza diferida o cosas así». Lo que quiero decir es...

Hadley se bebió todo el vaso y lo dejó. Melson tuvo la sensación de que las bromas habían terminado, y de que Scotland Yard iniciaba lentamente el trabajo.

—Jóvenes, ustedes dos —dijo Hadley, observándoles— tienen buenos motivos para estar agradecidos a la policía, o si no directamente a la policía, por lo menos al doctor Fell.

—¡Tonterías! —rugió el doctor, sin embargo, muy contento—. ¡Je, je, je, je! Tomen otro vaso. Je, je, je, je.

—¿Por qué?

—Bueno, esta mañana se armó un gran lío... —Hadley, jugueteando con el tenedor, levantó la vista con un aire de repentino recuerdo—. A propósito, Miss Carver, ¿recuerda usted que nos dio permiso para registrar su cuarto...? —al asentir la muchacha sin mostrarse preocupada, Hadley frunció el ceño—. ¿Hay por casualidad algún panel secreto en la pared?

—Sí, pero ¿cómo lo sabe usted? ¿Lo descubrió? Está entre las ventanas, detrás del cuadro. Se presiona un resorte...

—Supongo que no guarda nada allí, ¿verdad? —Hadley trató de ser jocoso—. Por ejemplo, ¿cartas de amor?

Eleanor le devolvió la sonrisa. Parecía completamente despreocupada.

—¡No! Hace años que no lo abro. Pero si le interesan estas cosas, le diré que hay varias. J. puede decírselo. Parece que el propietario de la casa, en el mil setecientos..., o tal vez fuese en el mil ochocientos..., era un viejo calavera...

Hastings estaba intrigado y entusiasmado.

—¡Qué! —exclamó y se volvió hacia ella—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Por Dios, si hay algo que he deseado, deseado más que nada, es una casa con un pasadizo secreto! ¡Bu! Pensar lo que uno puede divertirse cuando...

—Tonto, no hay ningún pasadizo secreto. Sólo esos escondites. No he usado el mío... —miró inexpresiva al inspector jefe, y su mirada se endureció—, bueno, desde que era pequeña. No, gracias. Ahora no.

Hadley vio que fruncía el labio.

—¿Por qué no? Disculpe mi curiosidad, pero yo pensaba...

—¿Qué pensaba? Oh, lo usaba cuando era pequeña y guardaba una bolsa de caramelos que quería esconder; cuando tenía quince años, y un chico, un mandadero de una tienda de Holborn..., todavía está allí —sonrió—, me escribía cartas... Bueno, otras veces... —alejó el pensamiento que le cruzaba por la mente y se sonrojó—. Mrs. Steffins lo supo. Sabía dónde las escondía. Una vez me dio una paliza a causa de esas cartas. Nunca volví a ser tan tonta como para esconder allí algo que quisiese guardar en secreto.

—¿Alguien más lo conoce?

—No, por lo menos que yo sepa, a no ser que alguien lo haya contado. Tal vez ha sido J. —Eleanor le miró vivamente—. ¿Por qué? ¿Pasa algo malo?

Hadley sonrió con una nota de pasado espanto.

—Ciertamente no a lo que usted se refiere —la tranquilizó—. Pero si es posible, quisiera que estuviese segura sobre este asunto. Puede ser importante.

—Bueno..., todavía no puedo pensar... Espere un momento. Tal vez Lucía Handreth lo sepa —trató de que en la voz no se le notara el antagonismo—. Hoy Don me contó que ellos son primos, lo que creo que debió de decirme antes y haber confiado en mí...

—¡Vamos, vamos! —interpuso Hastings, apresuradamente—. Lo que tú necesitas es otra...

—¿Crees que me importa —le interrumpió Eleanor, con cierta tensión en la voz— que tu padre haya robado a cincuenta bancos y haya matado a todos los gerentes o envenenado a la gente... o lo que fuere? Después de todo, sólo eres primo de aquella mujer —calló, algo turbada, y trató de dejar de lado el tema como si hubiese querido barrer las migas de la mesa, dejando muchas—. ¿Qué decía de los paneles? Oh, sí, que ella puede conocerlo porque creo que hay otro en su cuarto... Pero ella me preguntó algo, he olvidado qué..., y no estoy segura si se lo dije. Miss Lucía Mitzi Handreth merecería ser envenenada.

—¡Vamos, vamos! —dijo Hastings, tomando apresuradamente su vaso.

—Dígame, Miss Carver. ¿Hay en la casa alguien que la odie?

Se produjo un silencio alarmante.

—¿Que me odie? Oh, usted quiere decir Mrs... ¿qué quiere decir usted? ¿En qué está pensando? ¿Que me odie? No. Me quieren —y añadió, algo temerosa—: ¿No es así? A veces he pensado que alguien que yo quiero..., me quiere demasiado —vaciló, reflexionando—. Lo veo en su cara, es algo horrible...

—Tranquilícese. Quiero que primero usted piense en todos. Que piense en cada uno por turno, antes de que le diga algo que debe saber.

Dejó que esto le penetrara en la mente. El propio Melson necesitó tiempo para comprender y explorar cada recodo de la teoría que el doctor Fell se había trazado, sus posibilidades, como también su monstruoso significado. «El demonio más perverso bajo una máscara inofensiva...». Cada lugar común que le cruzaba por la mente parecía tanto más terrible por ser un lugar común, y se estremeció cuando Hadley empezó a hablar, teniendo como fondo el ruido del fuego que crepitaba.

El inspector jefe sostuvo que si no hubiese dado importancia a una parte determinada del relato, que por la propia naturaleza de las pruebas no podía dejar de hacerlo, hubiesen vislumbrado entonces la verdad. Al exponerle el caso, Hadley fue prudente, dejando aclarado a cada etapa que no dudaba de la inocencia de Eleanor. Pero mucho antes de que terminase, Hastings se levantó con una maldición y golpeó el puño como un loco contra la repisa de la chimenea; Eleanor permaneció sentada, muy callada, pálida y temblorosa.

Durante algún tiempo la muchacha no pudo hablar, luego la fe renació en sus ojos. Cuando Hastings volvió a sentarse y se agarró la cabeza, Eleanor le miró duramente y le preguntó, con labios apretados:

—Bueno, ¿qué piensas ahora de ella?

Una pausa. Hastings la miró entre los dedos.

—¿Pienso? ¿Pienso de quién?

—No finjas —dijo con voz impávida y luego se encolerizó—. Lo sabes tan bien como yo. Como lo sabes tú..., como lo saben todos aquí. Dije que Miss Lucía Mitzi Handreth merecía ser envenenada. Merece ser ahorcada. Sabía que me tenía aversión, pero no creía que fuese tanta.

—Todo lo que sé —contestó Hastings, con voz suave y temblorosa— es que mi

deuda con la policía ha quedado saldada. Si no hubiese sido por usted, señor... — miró al doctor Fell—. ¡Dios! Es difícil de comprender, pero no volvamos a equivocarnos. No puede haber sido Lucía. Debe de haber algún error. No la conoces...

—¡Está bien! ¡Defiéndela! —gritó Eleanor. Estaba tiesa y temblorosa, y de repente le brotaron lágrimas—. ¿Dijo que yo era una serpiente venenosa? No seré como ella. No me quedaré tan impávida haciendo observaciones frías y desagradables, desviando la vista. ¡Le arrancaré los ojos a esta serpiente y le romperé la cara! —temblaba tanto que Hastings, perplejo y molesto, quiso abrazarla, pero la muchacha le rechazó y se volvió hacia Hadley, con sereno salvajismo—. ¿Ahora lo entiende? ¿Quién le guió y le dijo todas estas cosas? Fue ella, aun en este asunto de las agujas del reloj. Persigue a Don, eso es todo. Le habrá... —de repente comprendió lo verdaderamente malo del asunto—, habrá hablado... de lo que hice... cuando me pegaron por... tomar cosas. Sí, lo reconozco. Don, no creo que me quieras ahora, ¿no es así? —preguntó—. Pero no importa. Puedes irte al diablo —golpeó la mesa y se volvió.

El doctor Fell hizo lo único necesario para que se callara. Tocó la campanilla para llamar al mozo y ordenó un coñac. Esperaron a que la tormenta se calmara y a que Hastings pudiese acercársele sin que Eleanor mostrase repulsión. Luego intervino Hadley.

—¿Entonces cree verdaderamente que Miss Handreth es la culpable?

Eleanor se echó a reír.

—¿Entonces quiere ayudarnos? ¿Quiere ver apresado al verdadero criminal? —al asentir la muchacha con un destello de vehemencia, Hadley insistió—: Entonces recobre la calma y piense. En el asunto de las agujas del reloj, por ejemplo. ¿Habló de ello con Mr. Paull?

—Sí. ¡Oh, es *verdad!* Pero nunca lo pensé dos veces. Es decir..., pude haberlo pensado...; pero ¿si la puerta de J. estaba con llave?

—Alguien puede haber escuchado su conversación.

—Naturalmente que fue ella.

Hadley la desaprobó.

—Por supuesto, por supuesto. Pero para estar convencidos debemos tener la seguridad de que nadie más podía escuchar. ¿Dónde mantuvo su conversación con él?

Después de reflexionar, Eleanor dijo, ceñuda:

—Y nadie más lo oyó o pudo oírlo, excepto Mrs. Gorson, y ella no cuenta. Le diré exactamente cuándo sucedió. Fue el miércoles a las ocho de la mañana, y ni un alma estaba levantada, ni cerca de nosotros. Yo salía para el trabajo, cuando Chris bajó con una maleta para alcanzar el tren de las ocho y veinticinco, en Paddington. Salimos por la puerta de delante; en la calle, Chris llamó a un chico y le hizo ir en busca de un coche. Mientras esperábamos en el umbral, Chris me contó su apuro. No estaba borracho. Recuerdo ahora que esa m..., que las ventanas de esa mujer estaban

abiertas; recuerdo que las cortinas se volaban. No hablábamos en voz alta, y en ningún momento nadie se acercó, salvo Mrs. Gorson, que vino una vez desde el patio para sacudir una escoba. Le dije a Chris... lo que *ella* alcanzó a oír. Luego llegó el coche y me fui con Chris; me llevó hasta donde termina Oxford Street, en Shafestisbury Avenue.

Hadley tamborileó sobre la mesa, echó una mirada al doctor Fell, pero no habló hasta que el mozo retiró los restos de la comida y trajo el café y el coñac.

—Hay una cosa que no veo muy claro —continuó—. ¿Le explicó cómo podía destruirse el reloj?

—¿Le dijo a usted esto? —preguntó Eleanor, con un sobresalto—. ¡Entonces es ella!

—No, no dijo eso. Sólo insinuó...

—Porque ahora recuerdo —interrumpió Eleanor, con viva vehemencia— que ni siquiera lo mencioné hasta que estuvimos dentro del coche, donde nadie pudo oírlo. Chris, inquieto, estuvo bastante tiempo callado. Usted sabe cómo es, Me preguntó: «¿Cómo puede decir eso? No quiero estropearlo». Le contesté: «No, pero usted podría tomar un destornillador y retirar una de las agujas...».

—¿Solamente una de las agujas?

—Sí. Pero Chris se puso más melancólico y más triste. Dijo que iría a su club a escribir una carta para pedir dinero, como última tentativa. Así que si Miss Handreth le dijo que había oído que...

—Otra cosa más —Hadley sacó de su cartera el guante de la mano izquierda; no cometió el error de mostrar el que tenía la mancha de sangre. Su tono se volvió ligeramente humorístico—. Aquí está parte de la prueba preparada en contra de usted. ¿Le pertenece?

—No. Nunca uso guantes negros —después de una momentánea repulsión, la muchacha lo examinó—. Por otra parte, son guantes buenos. Ocho chelines seis peniques por colgarme. Sin embargo, demasiado grandes para mí.

—Salud —resopló distraídamente el doctor Fell y alejó el vaso—. A propósito, ya que van y vienen las preguntas, ¿puedo formular una?... ¡Bien! No quiero entrometerme en secretos que no se refieran al asesinato, pero ¿con qué frecuencia se encontraban ustedes en esa azotea? ¿Tenían noches determinadas, o no?

La muchacha se sonrió y pareció más tranquila.

—Sé perfectamente bien que parece tonto —declaró—, pero no nos importa. Sí, teníamos nuestras noches; sábados y domingos, por regla general.

—¿Nunca durante la semana?

—Casi nunca..., es decir, en la azotea. A veces nos encontrábamos los miércoles por la tarde en la parte baja de la ciudad; nos encontramos el último miércoles, el día de que le hablé. Don trataba de convencerme para que hiciera lo que estoy haciendo ahora. Estaba tan hastiada que convinimos en encontrarnos el jueves por la noche. Así fue como sucedió... La querida Lucía también conocía nuestras citas, ¡no crea

que no lo sabía! Yo lo veía muy bien. Ella le contó a Chris...

—¡Hola! —gritó una voz desde fuera, y el grupo se sobresaltó. La puerta se abrió y Christopher Paull, con maneras nerviosas, pero amables, y un vaso en la mano, se acercó a ellos.

»¡Hola! —repitió, haciendo ademanes con el vaso—. ¿Me pareció oír mi nombre, o no? ¿No interrumpo?

## UNA CARTA BAJO EL SUELO

**E**l inspector jefe metió apresuradamente el guante negro dentro de la cartera y renegó por lo bajo. No había olvidado que la *Duquesa de Portsmouth* era el *rendezvous* de los miembros de la casa, como se lo había dicho al doctor Fell; era conveniente porque estaba cerca del alojamiento de Ames (que todavía no había sido registrado), pero hubiese apostado que ninguna de las relaciones de Carver se molestaba en llegar al comedor. Se había equivocado. Melson le oyó murmurar violentamente «esté-de-acuerdo-con-cualquier-cosa», luego se volvió casi con amabilidad hacia el recién llegado.

Mr. Paull no estaba bebido. Parecía tener la idea de marcharse a alguna parte, pues en una mano tenía el sombrero y el paraguas, y en la otra, el vaso. Pero estaba en esa situación indecisa en que si un compañero generoso le sugiere tomar un trago más antes de partir, el equilibrio tiembla, el platillo se inclina y el hombre mortal se queda a emborracharse. Estaba recién afeitado, tenía el bigotito recortado, y el delgado pelo rubio peinado hacia atrás. Llevaba traje azul, de buen corte, que no lo hacía parecer menos grueso, y corbata de colores llamativos. Sus ojos seguían congestionados, parecía amable, pero nervioso.

—Nos agradecería mucho que usted nos acompañara —dijo Hastings—. Quiero formular algunas preguntas: hablaremos del crimen de anoche... —le miró y calló.

—Asunto desagradable —dijo Paull, con cierta vehemencia—. ¡*Asunto desagradable!* ¿No es así? ¡Dios mío!

Sorbió su *whisky* con soda a prisa y se sentó. Lanzó una mirada recelosa hacia Eleanor.

—¿Sabe usted exactamente lo que ocurrió?, preguntó Hadley.

—¡Sí! ¡Maldición, por mi vida que no lo comprendo! —otra mirada recelosa—. Pero estaba pensando...

—¿Pensando qué?

—¡Al diablo con todo! Diga si quiere hacerme más preguntas —repuso Paull, con un tono afligido que demostraba su inquietud—. Estaba todavía bastante borracho cuando hablé con usted esta mañana, ¿no?

El tono de Hadley se volvió severo.

—¿No pretenderá decirnos que no recuerda lo que nos contó?

—No, no. Lo recuerdo muy bien. Todo cuanto quiero decir es... —lanzó un profundo suspiro—: ¿cree usted que ha sido muy leal no decirme que el tipo que había muerto era...?

—¿Por qué habría de interesarle?

—Usted me lo está haciendo endiabladamente difícil, amigo —vaciló el vaso—. El hecho es que he estado conversando con Lucía Handreth y...

—Lo ha hecho... —dijo Eleanor, con ese desaliento que precede al estallido. Sus ojos tenían un ardor extrañamente poco real. Luego algo la hizo temblar, y Melson sospechó que alguien le había enviado un descortés puntapié por debajo de la mesa. Paull recurrió a ella por primera vez.

—Empeño solemnemente mi palabra, lo juro sobre todas las Biblias, que nunca dije que la había visto en ese vestíbulo. Pensé...

—¿Qué pensó —intervino Hadley— cuando se enteró de que un inspector de policía había sido apuñalado con la aguja de un reloj?

—¡Palabra de honor! No lo que usted cree que pensé.

—¿Especialmente con la aguja de un reloj que usted había pedido a Miss Carver que robara para usted?

Otra vez Eleanor parecía dispuesta a intervenir, pero Hastings la tomó del brazo. La mirada viva e imaginativa de Hastings se movía entre Paull y el inspector jefe, y por fin comprendió. Melson sintió que estaba dispuesto para hacer una representación teatral convincente, si fuese necesario.

—Pero no lo hice, muchacho —protestó Paull, asombrado, mirando por encima del hombro—. No hable tan alto. No lo hice. Además, no necesitaba hacerlo. Pedí prestado el dinero. No quería enfrentarme con el tipo; había pedido prestado dinero anteriormente, fui al club y escribí una carta explicativa. Pensé que era mejor tener una entrevista con él, y entonces me dije: «¡Diablos!, el tren se fue, pero si consigo una entrevista, de ningún modo puedo tomar el tren».

—Calma. ¿Quiere decir que después de todo usted no fue a Devon?

—Oh, sí. Pero no hasta el miércoles a la noche. Se lo había prometido al viejo, así que tenía que ir. Pero contaba con el dinero, y no había razón para ir a tranquilizar al viejo; entonces, sencillamente, cambié de opinión y volví a la ciudad. ¿Qué? Por supuesto que ayer por la tarde encontré a algunos amigos, y esta mañana, cuando me desperté, ¡al diablo si no estaba otra vez duro!, pero mi dinero llegará mañana, así que todo va bien.

Hadley interrumpió esta charla desesperada.

—Volvamos al tema, Mr. Paull. ¿Le sorprendería a usted saber que se ha pedido una orden de arresto contra Miss Carver?

Paull sacó el pañuelo, que le tembló en las manos.

—Usted no puede hacerlo —insistió vehementemente—. Hable, Eleanor. Hable. Afirmo que algunos hombres son asesinos, y otros no lo son. Es lo mismo con las mujeres. ¡Diablo! Es imposible creer...

—Pero Miss Handreth lo cree.

—Bueno, Lucía es diferente. Ella no quiere a Eleanor. Pero yo sí.

—Sin embargo, ¿todavía está de acuerdo con Miss Handreth?

—Yo..., no, yo... no sé... ¡Oh, bueno, al diablo!

Hadley pestañeaba repetidamente. Miró serenamente a Paull cuando dijo:

—Entonces, le alegrará saber que el esfuerzo para echar las sospechas sobre Miss Carver ha quedado completamente desvirtuado, y ella es la única persona de quien estamos seguros que no cometió el crimen.

—¿Cómo? —dijo Paull, después de una larga pausa. El fuego se fue apagando con un crepitar desfalleciente, diseminando chispas fantasmagóricas por el cuarto, que hacían que los platos de peltre, en los estantes, parecieran moverse oscuramente. Se oían crujidos de duendes en el maderaje; Paull se llevaba el pañuelo a la frente, como sospechando una broma—. ¿Cómo? —dijo insistiendo para que Hadley repitiera. Así lo hizo el inspector jefe. Cuando Paull volvió a hablar, una serie de suspiros se produjeron en derredor; Melson tuvo la sensación de que una sombra había aparecido y desaparecido.

—Bueno, entonces ¿por qué quiere usted burlarse de mí? —preguntó con cierta debilidad querellosa—. Para tenerme aquí y mirarme como a uno que toca lo prohibido. ¡Maldición! Pero me alegra ver que tiene juicio. ¿Oye esto, jovencita?

—Lo he oído —repuso Eleanor, muy serenamente. Estaba sentada, rígida, con los dedos fuertemente entrelazados. Echó atrás el pelo con un gracioso movimiento de cabeza, pero sin apartar la vista de él—. Gracias por la ayuda. Chris.

—Oh, está bien —dijo con prisa. Cierta inflexión de la voz de la muchacha lo sorprendió momentáneamente, pero rechazó cualquier insinuación de un significado ulterior ¿Usted... me necesita todavía? Si no es así, me iré. Es un asunto desagradable, pero mientras yo no complique a nadie...

—Creo que usted necesita un descanso. En realidad —dijo Hadley, con su tono más suave—, usted tiene una invitación. Mis dos jóvenes amigos van a ir al... cinematógrafo e insisten en que usted los acompañe. Creen que la atmósfera de la casa está un poco tirante, y que su conversación podría aumentar la tirantez. Insisten en que vaya con ustedes, ¿no es así?

Miró a Hastings, que asintió instantáneamente. Su cara delgada estaba inexpresiva, pero sus ojos oscuros miraron al inspector jefe.

—Insistimos en ello —asintió, hurgando subrepticamente dentro del bolsillo—. ¡Ah, oh, oh! Sí, insistimos —continuó con voz más segura—. Nada hay mejor que festejarlo, ¿no? Será un programa de tres horas. Pensaba que deberíamos irnos ya...

—Un momento —dijo soñolientamente el doctor Fell—. Estaba pensando...: dígame, Mr. Paull, ¿no ha surgido alguna otra cosa en medio de su nubosidad de anoche?

Paull, que estaba tratando de resolver la última situación, se puso en guardia.

—¿Usted quiere decir recordar algo? No. Lo siento, viejo..., este..., lo siento, pero no recuerdo nada más. Lo siento. He pensado todo el día en ello.

—¿Ni siquiera cuando Miss Handreth le dijo lo que había ocurrido?

—Me temo que no.

—Ah —el ojito que pestañeaba se abrió en su cara roja y brillante—. Pero tal vez

usted tenga alguna idea..., alguna teoría... sobre lo que pudo haber ocurrido, ¿verdad? Jem, después del fracaso de nuestra primera teoría, estamos buscando nuevos indicios.

Paull tomó confianza y se sintió un poco halagado. Sacó del bolsillo una botella chata de plata, hizo ademán de ofrecerla y bebió un buen trago. El platillo de la balanza tembló, y se inclinó con esta nueva cantidad de *whisky*. Su voz se hizo más confidencial.

—¿No será referente a mí? Siempre digo que hay hombres que piensan y hombres que hacen. Si yo hiciese algo, sería de los hombres que hacen, pero no lo hago. ¿Me sigue? No pretendo mucho, pero le diré una cosa —golpeó el índice contra la mesa—. No me gusta ese individuo Stanley.

Hadley se irguió:

—Usted quiere decir que sospecha...

—¡Vamos, vamos! Dije que no me agradaba, y no me agrada —insistió Paull, tenazmente—. Y él lo sabe, así que no es ningún secreto. Pero cuando Lucía me lo contó, pensé: «¡Hola!». Tal vez no haya nada; ha de ser el *whisky* quien habla y piensa. Pero ¿por qué ponen dos cañones en una pistola? Porque siempre hay más de un pájaro. ¿Y cómo saldría el disparo? Bueno, tenemos un inspector de policía asesinado, y es un asunto desagradable. En la misma casa hay otro inspector de policía. Y dice Lucía que los dos hombres se conocían y habían trabajado juntos. ¿No me van a preguntar nada de esto?

Un destello de interés apareció en los ojos de Hastings; apretó las manos y se recostó.

—Señor, ¡cómo me gustarla poder creerlo! —dijo—. Pero de nada sirve..., porque usted no conoce toda la historia... de lo que ocurrió. Y aparte de esto, yo..., yo, entre todos..., puedo darle un certificado de salud a este sinvergüenza. Permaneció todo el tiempo en el cuarto. Yo le vi.

—¿Lo vio usted? —preguntó el doctor Fell, sin levantar la voz, pero algo en su tono los detuvo a todos; y se produjo un silencio tan profundo que se podía oír volar a una mosca—. ¿Le vio en el cuarto durante todo el tiempo? —continuó el doctor Fell—. Vio a Boscombe, sí. Pero ¿vio a Stanley? ¿Reparó en Stanley? Si bien recuerdo, él estaba detrás del biombo.

Hastings soltó la respiración. Insistía en hurgar su memoria y no encontraba nada.

—Lo siento. Usted no se imagina cuánto hubiese deseado probarlo. No habré visto a Stanley, pero vi la puerta... a la plena luz de la luna. Y nadie, ni nada, entró ni salió.

El doctor Fell perdió interés.

—¿Por qué le desagrada Stanley? —preguntó a Paull.

—¡Maldición! Se entromete en todo. Siempre se cruza en el camino. Se sienta en el cuarto de Bossie a beber el coñac de Bossie; se pasa media hora sin hablar, y cuando lo hace es para decir algo desagradable. Dicho sea de paso, es el que siempre

habla de la Inquisición española.

El doctor Fell, soñoliento, miró hacia un rincón del techo.

—¡Hum!, sí. Otra vez la vieja Inquisición española. Señores, cuánto ha sido lisonjeada por ciertos autores y mal interpretada por otros. Recuerdo el horror de Voltaire: *Ce sanglant tribunal, ce monument de pouvoir monacal, qui l'Espagne a reçu, mais elle-même abhorre...*; escrito en una época en que los franceses instruidos eran enviados a la Bastilla sin juicio previo y allí se quedaban hasta que se pudrían. Por supuesto que desde entonces la Inquisición se ha vuelto decrepita, pero no cortaba la lengua de un hombre ni su mano por una ofensa política como en Francia, pero esto no viene al caso. Yo tenía un amigo, un escritor, que quiso escribir la novela de su vida sobre los horrores pintorescos de la Inquisición. Estaba entusiasmado. Iba a describir a los detestables inquisidores, relamiéndose con la idea de las torturas recién inventadas, y su protagonista, un marino escocés, lucharía en sus garras; según mi recuerdo, todo debía concluir en una lucha a espada con Torquemada sobre los tejados de Toledo; desafortunadamente, luego pasó a informarse de la verdad. Dejó de leer novelas para empezar a leer hechos. Y cuanto más leía, tanto más se disgustaba y tanto más se desvanecían sus ilusiones esplendorosas. Me apena verdaderamente, señores, tener que disipar alguna ilusión sanguinaria, pero debo decirles que él renunció desesperado y ahora es un hombre amargado.

Halley perdió los estribos.

—No se entusiasme con su discurso —le interrumpió—. Pero usted no la defiende: ¿niega que su héroe escocés hubiese corrido peligro de torturas y de ser quemado?

—En absoluto. Por lo menos no un peligro mayor que el que hubiese corrido en Escocia. En su ciudad natal la bota y la tortura del pulgar eran parte legal del juicio de cualquier hombre por cualquier cosa. España le hubiese quemado tan rápidamente como Inglaterra, por la ordenanza puritana de 1648, si él negaba la existencia de una vida futura; así como Escocia quemó dos mil pretendidas brujas, y el viejo Calvino quemó a Servacio. Es decir, España le hubiese quemado, a menos que se retractara; en cambio, en su país no hubiese tenido esta opción. Ninguna persona llegó a la hoguera si estaba dispuesta a retractarse antes de la lectura de la sentencia final. Lamento decirlo. No, no defiende a la Inquisición —dijo el doctor Fell golpeando el bastón contra la mesa—. Sólo digo que nadie la ataca por el daño verdadero que causó: la ruina de una nación, la mancha eterna en la familia de *mala sangre*<sup>[4]</sup>, los testigos secretos en el juicio (también un rasgo ameno de la ley inglesa), y la certeza de la culpabilidad por alguna ofensa, por ligera que fuese, de quién se traía ante el tribunal. Considérela equivocada, pero no la considere una pesadilla. Dígase que la Inquisición torturó y quemó a la gente, como la autoridad civil lo hizo en Inglaterra. Pero eran hombres que creían, aunque estuviesen equivocados, en el alma del hombre, y no un grupo de escolares tontos que torturan maliciosamente a un gato.

Hastings encendió un cigarrillo. La llama del fósforo brilló en el cuarto que se

oscurecía, y por primera vez pareció de más edad que Eleanor.

—Usted, señor, tiene una intención al decir esto —más que preguntar lo comprobó—. ¿Cuál es?

—Porque la actitud de Mr. Paull hacia Stanley me interesa por una y otra cosas...

—¿Sí?

El doctor Fell abandonó sus pensamientos y se irguió vivamente.

—Eso es todo —declaró—. Umf. Es decir, todo por el momento. Ahora vayan los tres al cinematógrafo. Tengo unas últimas órdenes para usted. Joven, ¿se ocupará de que se cumplan? —miró el reloj—. Todos volverán a la casa esta noche exactamente a las nueve, y no antes. Cuando lleguen allí, no dirán una palabra... de nada. ¿Entendido? Adiós.

Se levantaron vacilantes, y Paull con cierta prisa.

—No sé cuál es su idea —dijo Eleanor, las manos apretadas— ni por qué ha hecho usted todo esto por mí. Todo cuanto puedo decir es: gracias.

No pudo continuar. Se cerró el abrigo, pestañeó y luego salió a prisa, con Hastings detrás de ella. Las pisadas se debilitaron y desaparecieron. Tres hombres quedaron sentados alrededor de una mesa, a la luz menguante del fuego, y durante algún tiempo nadie habló.

—Tendremos que ir a ver el cuarto de Ames —observó al fin Hadley, con voz apagada. Abrió y cerró las manos—. Estamos perdiendo el tiempo, pero no sé qué hacer. En cierta manera todo ha sido trastornado. En esta última hora me han cruzado por la mente montones de posibilidades. Todas son posibles, todas son aun probables..., y no puedo afirmar ninguna. Después de lo que dijo este loco de Paull... me he puesto a pensar...

—Sí —asintió el doctor Fell—. Me imaginé que así sería.

—Por ejemplo, vuelvo continuamente sobre uno de los puntos que usted mencionó esta mañana, punto que constituye una de las grandes dificultades. Ames fue traído a esta vecindad por un anónimo, para que se interesase por esa casa. ¿Habrá sido un anónimo? No consigo tragarlo. En mi época, no hubiese prestado mayor atención a una carta sin firma en la que se me decía que me pusiese un disfraz tonto y me colocara en algún sitio con la esperanza de enterarme de algo interesante. ¡Dios, no!..., no con el diluvio de cartas descabelladas que llueven en Scotland Yard sobre casos mucho más importantes que el crimen de Gambridge. Ames era concienzudo. Pero ¿sería tan locamente concienzudo como todo esto?... Por otra parte, si la carta venía de una fuente que conocía y creía auténtica..., ¡diablos!..., ¡no anda! —golpeó la mesa—. Veo montones de objeciones, y sin embargo...

—Hadley —dijo bruscamente el doctor Fell—, ¿usted quiere que se haga justicia?

—¿Yo? ¿Con lo que ha ocurrido? ¡Dios mío! ¡Si consiguiésemos alguna prueba para acorralar al asesino, entonces...!

—No le he preguntado esto. Le he preguntado si usted quiere que se haga justicia. Hadley le miró fijamente, mirada que se volvió sospechosa.

—No podemos entrometernos con la ley —dijo—. Usted lo hizo una vez, en el caso de Mad Hatter, para amparar a alguien, y reconozco que lo hizo con mi permiso. Pero esta vez..., ¿qué idea tiene?

En la frente del doctor Fell se marcaron las arrugas.

—No sé si atreverme a hacerlo —rugió—, aunque pueda resultar. Y si resultara, tal vez llegaría demasiado lejos. ¡Oh, sería justicia! ¡No se discute! Pero he jugado con dinamita una vez, en aquel asunto de Depping, y... a veces me persigue —se palmeó la frente—. Juré no hacerlo más, y sin embargo, no veo otra salida..., a menos que...

—¿De qué está hablando?

—Antes de intentarlo daré una oportunidad a mi última esperanza. No se preocupe. No será nada que hiera su conciencia. Ahora iré con usted a ver el alojamiento de Ames. Después quiero unas cuatro horas libres para mí...

—¿Solo?

—Por lo menos, sin ninguno de ustedes dos. ¿Quieren seguir mis instrucciones?

—Bien —dijo Hadley.

—Quiero un automóvil y un conductor a mi disposición, pero con nada que indique que es un automóvil de la policía. Deme dos hombres especializados; no tienen que ser inteligentes; en realidad, preferiría que no lo fuesen, pero que sean discretos. Finalmente, ustedes se preocuparán de que todos los miembros de la casa de Carver estén esta noche en casa a las nueve. Ustedes también estarán allí con dos hombres más...

Hadley levantó la vista después de cerrar la cartera.

—¿Armados?

—Sí. Pero no deben estar a la vista, y bajo ninguna circunstancia deben sacar el arma, si yo no doy la orden. Deben ser los hombres más corpulentos y activos que tenga, porque es seguro que habrá una pelotera y puede haber tiros. Ahora, vamos.

Melson, que no era hombre de acción, sintió una sensación desagradable en la boca del estómago cuando salió detrás de los otros, pero se negó a reconocerlo. Iba a ver de cerca al asesino antes de irse..., si es que en realidad se iba. ¿Cómo se podía saber lo que uno haría en semejantes circunstancias? Después de todo, no era más que un hombre... o una mujer. ¡Qué diablos! Y, sin embargo, se sentía ineficaz...

Bajo espesas nubes grises, la callecita parecía irreal. Tenía ese color gris polvoriento que muestra el cielo de Londres en la media luz de la tormenta; un viento fuerte agitaba los árboles de Lincoln's Inn Fields. En la curva de Portsmouth Street los faroles brillaban con aureola. Se veían casas bajas de ladrillo, con fachadas y balcones que sobresalían y, cosa curiosa, el negocio de antigüedades de la esquina le daba a toda la calle un aspecto de grabado de Cruikshank. Consultando su libreta de apuntes, Hadley los guió por una callejuela fangosa, entre paredes de ladrillo, hasta uno de esos inesperados hormigueros de casas dentro de casas, con chimeneas tambaleantes y geranios marchitos en las ventanas. Cuando Hadley tiró del cordón de

la campanilla del número 21, hubo primero un silencio, luego se oyeron unos pasos lentos y un tintineo que se acercaban, como un fantasma, desde los interiores de la casa. Una mujercita robusta, con la cara parecida a una cacerola grasienta, se levantó la gorra, respiró hondo y los miró con recelo. Sus llaves volvieron a tintinear.

—¿Sí? ¿*Qué quieren ustedes?* —preguntó con una voz sin matices—. ¿Quieren un cuarto, eh?... ¿No? ¿*Quien vera quién?* ¿*A Misterames?* *Misterames* no está *encasa* —declaró, e instantáneamente trató de cerrar la puerta.

Hadley metió el pie dentro, como una cuña, y entonces empezaron los inconvenientes. Por fin se entendieron sólo sobre dos cosas: la mujer sabía e insistía... que ella y su marido eran buena gente y que ella no sabía absolutamente nada de nada. No estaba asustada en los más mínimo, pero permanecía impasible sin comunicar nada.

—Le pregunto si recibía visitas.

—Tal vez. *Nosé.* ¿*Qué visitas?*

—¿Alguien vino a verle?

—Puede ser que sí —dijo con un encogimiento de hombros—, y puede ser *queno*. *Nolosé.* Mi Carlo *es un buen hombre*; los dos somos buenos, pregúntele al policía. *Nosotros nos sabemos nada.*

—Pero si alguno ha venido a verle, usted le habrá abierto la puerta, ¿eh?

No se confundió.

—¿*Para qué?* *Misterames* no es un inválido, como se dice, ¿eh? Puede ser que bajó. *Yonolosé.*

—¿Vio a alguien con él?

—No.

Este asalto, con variaciones y repeticiones, continuó hasta que Hadley se enojó. El doctor Fell ensayó el italiano, pero su acento era tan fuerte que sólo producía una verbosidad que de nada servía. Hadley estaba vencido antes de empezar, y lo sabía. El testigo que ha vivido en el terror de la Mafia mantiene la boca cerrada aunque la Mafia ya no exista; las amenazas de la ley nada importan. Por fin la mujer, bamboleándose, indicó el camino, por un oscuro tramo de escalera, y abrió la puerta de un cuarto.

Hadley encendió un fósforo y lo acercó a una espita de gas. Con el rabillo del ojo seguía observando a la mujer, que se había plantado tranquilamente en el cuarto; pero el inspector no parecía reparar en ella. Era una habitación pequeña y poco amueblada, con vista a las chimeneas. Contaba con una cama de hierro, un lavabo con jarra y palangana, un espejo rajado, una mesa y una silla dura. Estaba extraordinariamente limpia, pero no había nada más que una maleta gastada, algunas ropas colgadas en el armario y un par de zapatos viejos en un rincón.

Mientras el inspector jefe caminaba por el crujiente piso sin alfombrar, Melson observaba la boca impasible de la mujer, como antes lo había hecho Hadley. Sus ojos se desviaban... Hadley registró las ropas del armario sin encontrar nada; la boca

seguía impasible. Examinó el lavabo; todavía seguía impasible. Levantó y tanteó el colchón, impasible a punto de desdén. El desafío continuaba. No se oía ningún ruido sino el crujido de las tablas y el susurro del gas. Cuando Hadley se agachó sobre una parte del piso, la boca cambió un poco. Al acercarse al zócalo de la pared próxima a la ventana, cambió aún más...

De pronto, Hadley se agachó y aparentó encontrar algo.

—Mrs. Caracci, ¿así que me ha mentado? —declaró ceñudo.

—No. Le digo que no sé nada.

—Usted me mintió. Sí, me mintió. Mr. Ames tenía una mujer en su cuarto, ¿no? Usted sabe lo que esto quiere decir. Perderá su licencia para regentar la pensión y la deportarán; tal vez la lleven presa.

—¡No!

—Tenga cuidado, Mrs. Caracci. Voy a enviarla ante el juez, y él dispondrá. ¿Era una mujer, no es cierto?

—No. ¡En esta casa no ha habido ninguna mujer! Hombre, puede ser; ¡mujer, no! Se golpeó el pecho apasionadamente, y comenzó a agitarse la respiración.

—¡Eso es todo lo que sé! Soy una mujer pobre. No sé nada...

—Salga —dijo Hadley, interrumpiendo la tormenta de lamentaciones y empujándola fuera; una voz de soprano se alzó y decayó, dando golpes en la puerta cuando la cerraba con llave. Hadley tomó su cortaplumas y abrió la hoja grande.

—Aquí, debajo de la ventana —explicó—, hay una tabla floja. Puede haber algo escondido. Pero sospecho que solamente es su dinero. Ella puede haberlo tomado.

Mientras Melson y el doctor se inclinaban, Hadley arrancó la tabla. Del hueco sacó varios objetos. Una cartera de piel de cerdo, con las iniciales G. F. A., que contenía la credencial de la policía, una bolsa de seda para tabaco y una pipa de espuma de mar, un paquete de sobres ordinarios, un bloc, un buen lápiz y un libro encuadernado en rústica titulado *El arte de la relojería*.

—Ningún apunte —dijo Hadley al levantarse con un refunfuño—. Temía que no lo hubiese —hojeó las páginas del libro—. Estudiando su último papel, pobre diablo. Y ni siquiera lo pudo hacer creer. Carver comprendió... ¡Santo Dios!

Hadley dio un salto hacia atrás cuando de las páginas salió volando una hoja que revoloteó hasta caer al suelo; era una carta, con su firma muy arriba. Hadley refunfuñó algo al recogerla, y sus dedos temblorosos tuvieron dificultad para cazarla...

La esquila escrita a máquina decía:

Querido George: Sé que usted se sorprenderá al saber de mí después de tantos años y sé que usted cree que traté de perjudicarle en el caso Hope-Hastings. No le diré que vengo a tratar de darle una satisfacción, pero le diré que quiero ver si puedo atraerme los favores de la jefatura, aunque sea en un cargo con uniforme. Tengo una idea del crimen de Cambridge, en el que usted anda, y está CALIENTE. Guarde esto estrictamente para usted y no trate de verme hasta que vuelva a escribirle. Yo me comunicaré con usted. Esto es GRANDE.

Estaba fechada en «Hamstead, 29 de agosto» y firmada *Peter E. Stanley*. Se miraron uno al otro. El gas silbaba débilmente.

## EL RAYO DE LUNA

Esa noche, a las ocho y media, después de algunas tareas agitadas en Scotland Yard, Hadley y Melson tomaron por la ribera, en el automóvil del primero, que estaba furioso. Tenía que hablar en voz baja porque en el asiento posterior venían el sargento Betts y un policía de un metro noventa y ocho de altura, vestido de civil, que respondía al nombre de Sparkle. Hadley estaba furioso, y su forma de conducir era violenta.

—Tuve una entrevista con el subcomisario —dijo— y sólo pude decirle que Fell está preparando una treta y que ni siquiera sé de qué se trata. El escritorio lleno de trabajo; la casa de campo de alguien conocido ha sido saqueada, y el propio comisario ha telefoneado. Un gran lío. Usted debe estar contento por haber podido tranquilizarse mientras esperaba en la sección de objetos perdidos.

—¿Y con respecto a la carta de Stanley?

—Se la llevó Fell. A mí, recuérdelo, se me ordenó no decir nada. No me importó. ¡Dios mío!... Fell, ¿comprende lo que significa si Stanley es el culpable? ¿Un inspector de policía, aunque sea retirado, acusado de asesinar a otro? Se desencadenará un escándalo en el CID y tal vez en el Gobierno. El caso de Roger Casement no será nada al lado de esto. ¿Ha observado usted que he mantenido fuera de los diarios de hoy a Stanley, ni una palabra, ni una línea, sobre su vinculación?... Luego será tanto peor si es el culpable. Estoy rezando para que no lo sea. Lo sondeé a Bellchester, es el subcomisario, y se puso furioso. Le estamos pasando una pensión a Stanley. Parece que el hombre está loco...

—¿Literalmente?

—Literalmente insano, y varias veces ha estado muy cerca del manicomio. En realidad, debería estar allí. Pero su hermana convenció a alguien de arriba, no lo sé bien. Por supuesto que no irá a la horca aunque sea culpable. Irá a Broadmoor, donde pertenece. Pero ¿se imagina, por ejemplo, el artículo de fondo del *Trumpeter* de mañana? «Dejemos que nuestros lectores consideren el extraño caso del policía loco que desde hace varios años es mantenido y mimado por las autoridades, en lugar de encerrarle donde no pueda causar más daño. No es extraño que las autoridades se esfuercen por ocultar el asunto, cuando este hombre se volvió loco y mató a un antiguo compañero de quien hacía tiempo que tenía celos, igual que mató, hace algunos años, a un banquero contra quien hasta ahora nada ha podido probarse», etcétera. Le digo...

El automóvil se desvió para evitar un carretón, y rugió en medio de la leve neblina y de la lluvia que empañaban las luces de la ribera. Melson sintió que le latía

el corazón cuando patinaban; estaban tan ensimismados en el asunto que parecía como si el propio automóvil se lanzase a la conclusión del caso. Se agarró fuertemente de la puerta.

—Pero ¿qué piensa Fell? —preguntó.

—Todo cuanto puedo decirle de Fell —repuso el inspector jefe— es que debe tragarse su propia medicina. No puede estar con uno y con otro. Si su reconstrucción es correcta, me refiero a Eleanor, entonces Stanley no puede ser culpable. Sería una gran locura, y todo lo demás resultaría otra tontería. ¿No lo ve usted? ¡Si sólo pudiese probar que esa carta que encontramos es falsa! Pero ¡no lo es! Se la mostré a nuestro calígrafo, con un papel secante encima, y jura que es auténtica. Esto destruye el argumento. Arrincona a Stanley; lo único que puedo hacer es seguir las instrucciones de Fell, regresar a la casa y decir a todos que hemos decidido poner en libertad a Eleanor. ¿Esto no parece un anticlímax? De todos modos, en eso estamos. Si ese tonto de Paull no ha...

Calló y no volvió a hablar hasta que el automóvil, en medio de la llovizna, se detuvo delante del número 16. Abrió la puerta Kitty Prentice, cuyos ojos hinchados y enrojecidos confirmaban que había estado llorando. La mujer dio un salto, con un chillido extraño, atisbó, por encima del hombro de Hadley, no vio nada y le agarró del brazo.

—¡Señor! Oh señor, usted tiene que contarnos. ¿Han arrestado a Miss Eleanor? ¿Lo han hecho, señor? ¡Oh, es espantoso! ¡Usted tiene que contar! Mr. Carver está frenético y ha estado telefoneando a Scotland Yard y no podía encontrarle a usted y no querían decirle nada y...

Hadley temía evidentemente que una alegría prematura tuviese el efecto contrario, debido a una revelación demasiado apresurada para los demás. Con la mirada la hizo callar, aunque su expresión la aprobaba.

—No puedo decirle nada. ¿Dónde están todos?

La mujer calló e indicó la salita. Al momento su cara empezó a fruncirse, bañada en lágrimas. Hadley rápidamente se dirigió a la puerta de la salita. Se notaba que en la casa había penetrado una nueva atmósfera, mezcla de prisa y de expectativa, de manos crispadas y de rostros que se fruncirían como el de Kitty. En el silencio, Melson podía oír el sonido acompasado de los relojes del taller de delante, como los había oído la noche anterior; pero esta vez tenían un latido más acelerado. Desde la salita se oía la voz apagada de Lucia Handreth:

—Repito que le he dicho todo lo que sé. Si usted sigue, voy a enloquecer. He prometido no decir nada, pero le advierto que mejor es que se prepare para...

Hadley golpeó.

La puerta blanca, con su picaporte de porcelana y su llave grande, se abrió como un telón de teatro en medio de un repentino silencio. Carver, grande y desgredado, aún con la chaqueta de fumador y en zapatillas, dejó de pasearse por delante de la chimenea. Al fumar la pipa, los músculos de la cara sobresalían, y Melson podía verle

el brillo de los dientes cuando entreabría los labios. Mrs. Steffins, sentada con un codo apoyado sobre la mesa, se secaba con un pañuelo los ojos humedecidos, movió la cabeza, dio un sollozo con hipo y se quedó petrificada al ver a Hadley. Lucía Handreth, de brazos cruzados y sonrojada, se quedó rígida junto a la chimenea.

Por un segundo se mantuvo el cuadro, la impresión en las misteriosas deformaciones faciales alcanzó su culminación; al comprobar las sensaciones de odio o lágrimas, de furia o regocijo, los observadores sentían estas emociones como el calor de un fuego. Entonces Lucía Handreth se calmó. Carver dio un paso adelante, y Mrs. Steffins golpeó los nudillos al dejar caer el brazo sobre la mesa.

—¡Yo lo sabía! —gritó de repente Mrs. Steffins, a manera de confirmación. Estaba muy fea a causa de las lágrimas—. ¡Yo lo sabía, recuerde! ¡Yo se lo advertí! Yo le dije que llegaría a esta casa...

Carver lentamente dio otro paso hacia delante. La mirada de sus ojos era inescrutable.

—Usted nos ha hecho esperar mucho tiempo —dijo—. ¿Y bien?

—¿Qué quiere saber? —le preguntó Hadley bruscamente.

—Quiero saber qué ha hecho usted. ¿Ha arrestado a Eleanor?

—Miss Handreth —repuso el inspector jefe, sin ironía consciente— le ha dicho a usted sin duda algo de lo que hemos hablado esta tarde en el cuarto de Miss Carver...

Los ojos celestes le observaban. Carver hizo un breve ademán. Parecía que su tamaño aumentaba y que se acercaba, a pesar de que no se había movido.

—De eso no se trata, señor inspector. En absoluto. Lo único que nos interesa es..., ¿es verdad?

—¿Qué cree usted, entonces?

—¡Es la *vergüenza*! —gritó Mrs. Steffins y golpeó vivamente las manos contra la mesa—. Es por la tremenda *vergüenza*. Arrestada por asesinato. En esta casa. Viviendo en esta casa, y su nombre en los diarios. Yo hubiese soportado cualquier otra cosa...

Hadley paseó una mirada impasible por el grupo.

—Sí, tengo algo que decirle, si se queda callada. ¿Dónde está Mr. Boscombe?

—No ha dicho nada. Pero ha sido menos tonto —dijo Lucía, y dio un puntapié al borde de la repisa de la chimenea—. Ha ido en busca de su abogado para defenderla. Este dice que usted no tiene ninguna prueba, no ha tenido ninguna prueba y no tendrá ninguna prueba...

—Tiene toda la razón, Miss Handreth —dijo Hadley, con mucha calma.

Otra vez todos quedaron inmóviles, en un extraño silencio, como una imagen captada por la cámara fotográfica. De pronto, Melson oyó un rugido en los oídos y, en el silencio, la voz de Hadley resonaba.

—La prueba en contra de Eleanor —continuó— ha quedado destruida. No tenemos cargo, no tuvimos cargo y nunca lo tendremos. Lo supimos esta tarde, a tiempo de prepararnos para otra cosa —se oyó un débil sonido siniestro—. Eleanor

está disfrutando en el cinematógrafo con el joven con quien piensa casarse muy pronto; estará aquí en seguida.

Melson observaba a Lucía y a Mrs. Steffins. La cara de la última tenía una expresión tonta, como la de una persona borracha que tantea en busca de las llaves. Luego, al comprender, se desplomó. La cabeza cayó contra el respaldo del sillón con un ademán inconscientemente teatral, y sus labios temblorosos esbozaron palabras que Melson podría haber jurado que eran: «A Dios gracias».

—¿Está usted loco? —dijo Lucía Handreth.

No era una pregunta, sino una comprobación rápida, aguda e incrédula. Avanzó un paso respirando hondo.

—¿No está contenta, Miss Handreth?

—Tenga la bondad de no mostrarse cortés. Yo..., yo no estoy ni contenta ni descontenta. Sencillamente, no lo creo. ¿Es una broma? Usted me dijo esta mañana...

—Sí. Pero desde entonces hemos sabido otras cosas. Toda su declaración no fue... completamente confirmada, ¿me entiende?

—¿A pesar de todas las pruebas...? —la voz se alzó de tono—. ¿Qué dijo ella? ¿Qué le contó? Usted afirma que Don verdaderamente se va a c... ¿Qué quiere decir con eso?

Entonces, Carver, al moverse, se quedó a la vista de Melson. Se llevó a la boca la pipa apagada y empezó a chuparla ruidosamente. Parecía que se le hubiese quitado un gran peso de encima; no estaba enojado por el ardid, y ni siquiera sentía curiosidad, pero mostraba la energía que podían dar sus frágiles huesos ahora que ya no había motivo para ello.

—Gracias por su buen sentido —observó, algo tembloroso—. Nos ha dado usted el peor susto de nuestra vida.

Por lo menos, ya no lo tenemos. ¿Que qué quiere que hagamos?

Se oyó el débil ruido de la puerta de la calle, pisadas y, en alguna parte, un teléfono que sonaba insistentemente. Hadley, sin saber qué hacer, levantó la mano y esperó. El murmullo de voces y el susurro de la lluvia se hicieron más fuertes. Luego apareció Kitty.

—Señor, está el doctor Fell —dijo al inspector jefe—. Y le llaman por teléfono...

Al abrirse la puerta, Melson alcanzó a ver la capa, salpicada por la lluvia, del doctor Fell, que le daba la espalda y hablaba apresuradamente con el sargento Betts y el policía Sparkle. Estos partieron en seguida. El doctor, con su sombrero de copa en la mano y el rostro abrumado por el cansancio, entró en el cuarto cuando Hadley salía.

—Ah..., buenas noches —saludó el doctor Fell—. Me imagino que llego a tiempo. Parece que siempre tomamos esta casa por asalto, pero me alegro de decir que esta noche probablemente será la última vez.

—¿La última vez? —repitió Carver.

—Así lo creo. Espero descubrir esta noche al verdadero asesino —dijo el doctor

Fell—. Por eso me permitirán que les pida que se retiren de este cuarto hasta que los llame. Vayan donde quieran, pero ninguno debe salir de la casa... ¡Nada de histerismos, señora! —añadió, volviéndose hacia Mrs. Steffins—. Me parece ver en sus ojos que usted quiere acusar a Miss Handreth de ser la causa de toda su preocupación e inquietud. Tal vez lo sea, pero éste no es el momento de decirlo... Mr. Carver, por favor, ¿quiere hacerse cargo de estas señoras? Todos ustedes deben estar atentos a la llamada.

La campana de Lincoln's Inn Fields, amortiguada por la lluvia que caía, empezó a dar las nueve. En medio de los toques, como a una señal convenida, el timbre de la puerta empezó a zumbar bajo la presión de un dedo. Kitty corrió a responder. Las voces de los recién llegados callaron cuando Eleanor, sacudiéndose la lluvia del abrigo, entró al vestíbulo y la pudieron ver los que estaban en la salita. Detrás de ella apareció Hastings, bastante contento; Boscombe, fríamente complacido; y Paull..., ligeramente borracho y muy mojado, con su paraguas apretado debajo del brazo.

Eleanor los saludó.

—Aquí estoy —dijo. Su voz no encontraba el nivel adecuado y resonaba un poco, pero la muchacha se mantenía muy erguida—. No estoy en la cárcel, sino libre —miró a Lucía—. ¿No lo lamenta?

—¡Don, qué tonto eres! —gritó Lucía. Se refregó los ojos con la mano, vaciló y luego rápidamente se retiró del cuarto, como si la persiguieran. Eleanor, pálida, le sonreía, pero la muchacha pasó de largo, entró a su cuarto y cerró de un golpe la puerta. Un gemido de Mrs. Steffins absorbió el ruido; Carver no prestó atención y se adelantó lentamente para decirle algo a Eleanor.

—Gracias, J. —repuso la muchacha—. ¿No quiere venir arriba con nosotros?

Melson oyó, como en un sueño, que el doctor Fell salía a dar instrucciones; el grupo quedó silencioso, pero los dominaba el terror tanto como la tensión cuando regresó el doctor, acompañado por Hadley, y el vestíbulo quedó vacío. El inspector jefe, de espaldas a la pared, miraba al doctor Fell.

—¿Y bien? —gritó éste—. ¿Qué hay? ¿Algo malo?

—Todo... Todo. Alguien ha revelado el secreto.

—¿Qué secreto?

—Una llamada de la oficina —repuso Hadley, tristemente— me informa que está en las últimas ediciones de los diarios de la tarde. Alguien de Scotland Yard ha hablado; mis instrucciones no fueron comprendidas. Hayes se enredó al hacer el «Boletín de la Prensa», pero no le echen la culpa a él. Esto puede acabar con mi carrera en un par de semanas, y perderé mi pensión... Se sabe que Stanley estaba anoche aquí, metido en un asunto raro, y el subcomisario me dijo lo que ocurriría si el asunto llegaba a trascender. Yo seré la cabeza de turco. Aunque ahora pesquemos al verdadero asesino...

—¿Cree que no he previsto todo esto? —preguntó el doctor Fell, con tranquilidad.

—¿Previsto?

—Calma, hijo. Usted ha estado treinta y cinco años en la policía sin perder los nervios, y no los pierda ahora. Sí, vi el peligro, y hay un solo modo de hacerle frente: combatirlo, si podemos combatirlo...

—Sí, treinta y cinco años —asintió Hadley, contemplando el piso—. ¿Ha pensado en algo?

—Sí.

—¿Comprende lo que ocurrirá si lo echa a perder? No simplemente conmigo, sino con...

Calló. Kitty estaba otra vez allí, aún más asustada, como si se hubiese escapado de la puerta de la calle.

—Señor —dijo—, *Mr. Peter Stanley está aquí...*

El inspector jefe se quedó por un instante de piedra; luego, cuando intentó moverse, el doctor Fell le agarró del brazo. Hadley dijo:

—Esto es el fin. Esto es ahora el fin. Alguien lo verá, y estamos perdidos. Él no debía aparecer. Ahora...

—Cállese, tonto —dijo el doctor Fell, muy suavemente—. Siéntese, y suceda lo que suceda no se mueva ni hable. Envié un mensaje para que viniese. Kitty, haga pasar a Mr. Stanley aquí.

Hadley retrocedió y se sentó junto a la mesa. Lo mismo hizo el doctor Fell. Melson, sentado al fondo, cerca de las vitrinas, se apoyó en el borde de una para afirmarse...

—Adelante, Mr. Stanley —continuó el doctor Fell, medio soñoliento—. No se preocupe de cerrar la puerta. Tome una silla, por favor.

Stanley entró con un paso extrañamente suave para un hombre tan corpulento. Melson nunca le había visto a plena luz, y le volvían ahora de golpe todas las anteriores impresiones e insinuaciones a su respecto. Parecía rechazado por el brillo de la luz de la lámpara. Llevaba un abrigo mojado y no usaba sombrero; las gotas de agua le chorreaban por la cara, y sacudía la cabeza. Los ojos estaban fijos y hundidos; la cara ancha, con las orejas salientes, que la noche anterior tenía un color plomizo, mostraba ahora una palidez amoratada..., y sonreía.

—Usted me mandó llamar —dijo lentamente y abrió unos grandes ojos.

—Exacto. Siéntese. Mr. Stanley, esta tarde se hicieron contra usted ciertas acusaciones..., insinuaciones...

Se sentó, sus grandes dedos extendidos sobre las rodillas. Melson vio que no sonreía verdaderamente: era más bien una contracción nerviosa de los labios que no podía controlar. Estaba sentado inmóvil, como si fuera de cera; la energía y el peligro se equilibraban y se volvían tensos a la luz blanca de la lámpara. De repente, se inclinó hacia delante.

—¿Qué quiere usted decir con acusaciones?

—¿Conocía al difunto inspector George Ames?

—Le conocí... antes.

—Pero ¿no le reconoció cuando le vio muerto anoche?

—No le reconocí por su extraña apariencia —dijo Stanley, inclinándose aún más—. Estaba realmente hermoso. Sí.

Se echó a reír.

—Pero ¿supongo que reconoce su propia letra cuando la ve? —dijo el doctor Fell.

Fue como si hubiese restallado un látigo delante de la cara de Stanley, que dio un salto atrás. Entonces Melson comprendió. Comprendió lo que Stanley le recordaba desde el momento en que había entrado. Los movimientos suaves, a pesar de su torpeza, el gruñido en la voz, la mirada necia de los ojos que reflexionaban, las rápidas sacudidas. Estaban en una jaula, con algo entre ellos y la puerta.

—Reconocer mi propia letra —dijo—. ¿Qué diablos quiere decir? Por supuesto que conozco mi propia letra. ¿Me toma usted por loco?

—Entonces —preguntó el doctor Fell—, ¿escribió usted esto?

Buscó en el bolsillo, sacó la carta y se la arrojó. El papel cayó sobre las rodillas de Stanley, pero éste no lo tocó.

—¡Léala!

Stanley tocó la carta, luego la abrió lentamente.

—Usted la escribió.

—No.

—Es su firma.

—Le digo que yo no la escribí y que nunca la he visto antes. Me llama usted mentiroso, ¿eh?

—Espere hasta saber lo que dicen, Stanley. Usted sabe que soy su amigo, si no, no le diría esto. Espere hasta saber lo que dicen.

—¿Dicen? —retrocedió un poco—. ¿Qué dicen ellos?

—Que usted está loco, amigo. Loco. Que dentro de su cabeza hay un pequeño microbio que le está comiendo los sesos...

Mientras hablaba el doctor Fell, Stanley estaba inclinado como para arrojar la carta sobre la mesa. Despedía un fuerte olor a ropa mojada y a coñac. Al avanzar la mano velluda, el abrigo se le abrió un poco, y Melson vio algo dentro del bolsillo...

Stanley llevaba una pistola.

—Que está loco —dijo el doctor Fell—. Y por eso mató a George Ames.

Por un instante Melson creyó que la pistola se volvería contra ellos.

—Pero para mostrarle a usted lo que yo pienso de su mente —continuó el doctor Fell, fijando la vista directamente en los redondos ojos amarillentos que parecían contraerse y dilatarse—, le voy a decir cuál es la prueba en contra suya. Esto es lo que se piensa de usted, lo que se dijo:

»Anoche, mientras Ames subía esta escalera, usted no pudo salir por la puerta que da al vestíbulo. Todos lo sabemos y lo reconocemos.

»Pero en el sumario hay un testimonio muy casual, por demás casual. Un hombre,

detenido en el oscuro vestíbulo, vio un rayo de luz de luna. La puerta del pasillo, del pasillo que sube hacia la azotea, estaba abierta..., ¿comprende?... y vio en ese pasillo la luz de la luna. Dijo que la veía por la puerta que da a la azotea. Pero esto no es posible, porque la puerta estaba bien cerrada, y nadie podía pasar. Observe que dijo “un rayo”, no un trozo ni un cuadrado como podría provenir de una puerta abierta, sino un rayo..., como de la abertura, digamos, de uno de esos paneles secretos de la pared de los que sabemos que hay una media docena en la casa.

»Piense en la ubicación de los cuartos; el dormitorio del dueño está a la izquierda, y su pared es la misma de ese pasillo. Piense que usted, con su traje gris oscuro, pudo salir de detrás del biombo, también a la izquierda, penetrar sin ser visto en el dormitorio y abrir el panel de la pared para salir. Piense que la luna daba en las ventanas del fondo. La luz de la luna caía dentro del dormitorio, al abrir el resorte de la puerta desde dentro, ¡para golpear a Ames en el descansillo...! Esto es lo que su enemigo dice que usted hizo, a no ser que usted pueda cambiarlo, y su nombre es...

—¡Cuidado! —gritó Hadley.

Oyeron lo demás mientras la mano grande de Stanley se adelantaba y tiraba la lámpara de la mesa. Después de una momentánea ceguera, vieron, al resplandor del disparo, los ojos de Stanley y el brillo del metal en su mano junto con un quejido de respiración contenida.

—Apártense —dijo Stanley—, le alcanzaré.

Una forma grande tapó la luz del vestíbulo cuando éste se volvió y echó a correr; junto con el estrépito del golpe de la puerta desapareció la luz, y la llave quedó torcida dentro de la cerradura al buscar Hadley el picaporte.

—Nos ha encerrado... —Hadley golpeaba los paneles con los puños—. ¡Betts! ¡Usted! ¡Todos ustedes..., agárrenlo..., abran! ¡Fell, por Dios; ha dejado suelto a un loco!... ¡BETTS! No puede usted parar...

—El doctor... Fell dijo que no le detuviera —gritó una voz desde fuera—. Usted dijo... ¡Se ha llevado la llave!

—¡Idiota, deténgale! ¡Haga algo..., Sparkle! ¡Eche abajo la puerta!

Desde fuera cayó estrepitosamente un peso sobre la puerta. Se oyó un refunfuño y otro estrépito. Desde arriba llegó un grito y luego un disparo de pistola.

Oyeron un segundo disparo justamente antes de que la cerradura cediera, junto con un chillido desgarrador: una forma grande cayó de rodillas. Hadley salió rápidamente hacia la escalera, con Melson tras de él. Una voz hablaba claramente en la casa. Era fuerte, pero muy fría y juiciosa y parecía satisfecha.

—Usted sabe que me creen loco, así que puedo matarle lentamente sin ningún peligro. Puedo matarle aunque diga o no la verdad; todavía no lo he decidido. Pero una bala para la pierna..., otra para el estómago..., otra para el pescuezo..., todo el asunto debe hacerse lentamente hasta que usted abra su boca mentirosa. Usted ve que nadie me estorba. Hay un inspector de policía en esa puerta, y nada hace por ayudarme, a pesar de que también tiene una pistola. Yo vi el bulto en el bolsillo de su

cadera, pero observe que no hace nada, a pesar de que le doy la espalda. Ahora voy a disparar otra vez...

Un aullido, más como el de un animal en una celada que el de un ser humano, hizo que las rodillas de Melson temblaran al subir la escalera detrás de Hadley. El aullido se repitió.

—No —dijo la voz amablemente—, no puede escapar. Un cuarto no tiene más que cuatro paredes, y usted está bien arrinconado. Fui un tonto aquella vez cuando maté a aquel banquero con cuatro balas en la cabeza. Pero entonces no —tenía nada en contra de él.

Hadley llegó al último escalón con respiración espasmódica. El humo de la pólvora nublaba las caras pálidas, caras que no se movían y observaban, crispadas y asustadas. A través de la puerta abierta, Melson vio a Stanley, de espalda, y más allá una cara que no era humana, sino una figura retorcida, que se agitaba, que extendía los brazos tratando de adelantarse hacia el biombo alto pintado, cuando Stanley se movía hacia él.

—Esta —dijo Stanley— es para su estómago —y movió el brazo para disparar. El otro hombre enmudeció.

—Llévenselo —refunfuñó una voz extraña y apagada—. Está bien. Yo maté a Ames. ¡Yo maté a Ames! ¡Váyanse todos al diablo! Yo maté a Ames, lo reconozco. Pero por el amor de Dios, ¡llévenselo! —gritaba desesperadamente.

Luego Calvin Boscombe se levantó y retrocedió, cayendo, contra el biombo con las llamas pintadas, en un desmayo mortal.

Por un momento Stanley se quedó inmóvil; al fin dio un suspiro tembloroso y metió la pistola dentro del bolsillo. Miró tristemente al doctor Fell, quien cruzó el cuarto y contempló la cara desfigurada que estaba en el suelo.

—¿Y bien? —preguntó Stanley, lentamente—. ¿Estuvo bien? No pudo aguantar.

—Fue una magnífica actuación —dijo el doctor Fell, tomándole del hombro—, y no podíamos haber planeado nada mejor... Pero, por el amor de Dios, no dispare más cartuchos sin bala porque va a despertar a todo el vecindario.

Se volvió hacia Hadley.

—Boscombe no está herido —agregó—. Vivirá para ir a la horca. Me gustaría saber qué piensa ahora de las «reacciones de un hombre que está a punto de morir».

## 22

# LA VERDAD

**E**n el *Daily Sphere*: «¡Brillante estrategia de un policía retirado venga el asesinato de un antiguo camarada!». En el *Daily Banner*: «Scotland Yard triunfa nuevamente gracias a su fe en un inspector jefe en desgracia». En el *Daily Trumpeter*: «Fotografías: A la IZQUIERDA, el inspector jefe David Hadley, que halló la solución infalible en las veinticuatro horas, con el subcomisario, el Hon. George Bellchester; a la DERECHA, Mr. Peter Stanley, el hombre del día, a quien desgraciadamente no se pudo entrevistar por haber salido de viaje por razones de salud».

El artículo de fondo del *Daily Trumpeter* decía: «Otra vez ha quedado demostrada la eficiencia de los guardianes de la ley; aun los que ya no están vinculados con la institución, la veneran en el retiro. Únicamente en Gran Bretaña podemos jactarnos orgullosamente de que tal cosa pueda...».

El doctor Fell dijo:

—Bueno, ¡qué diablos!, era la única forma posible de salvarles la cabeza. ¿Otra copa?

Pero puesto que este relato no trata de salvar cabezas, sino de un crimen cometido por un hombre que se creyó muy astuto, debemos referirnos, para su esclarecimiento, a una conversación que ocurrió en las primeras horas de esa misma mañana en el hotel del doctor Fell, en Great Russell Street. Hadley tuvo que tragarse el secreto de su triunfo, y sólo él y Melson estuvieron presentes cuando habló el doctor.

Habían pasado las doce, pues hubo mucho que hacer; fue preciso verificar la firma de Boscombe, con testigos, antes de que se repusiera lo suficiente para intentar una negación. El trabajo estaba ahora terminado. El doctor Fell rebosaba de contento en su casa. Con un buen fuego, unos sillones confortables y un cajón de cerveza, dos botellas de *whisky* y una caja de cigarros, estaba dispuesto a iniciar su relato.

—No bromeo si digo que lamento sinceramente haber tenido que engañarles. No sólo tuve que soltarles una indirecta de que creía en la inocencia de Boscombe, sino también al propio Boscombe. Recuerden que le dije, en seguida de haber ido a su cuarto esta mañana y ver que faltaba el reloj que se había robado a sí mismo, que yo acababa de pasar por uno de los peores interludios de mi vida. Cuando fui allí, los cumplidos que tuve que hacer a ese demonio descarado se me atragantaron como el aceite de hígado de bacalao. Pero fue necesario. Si es el asesino más despreciable de mi experiencia, es también uno de los más inteligentes, pues no dejó ningún indicio

tangible sobre el cual trabajar. Mi única oportunidad para atraparlo fue la que elaboré. Hadley, usted estaba en tal estado esta mañana que, si le hubiese dejado ver lo que pensaba, habría intentado corroborarlo permitiéndole saber que estaba bajo sospecha. Entonces Boscombe hubiera empezado otra vez a escabullirse de nosotros, pues seguramente habría sospechado de la trampa que yo pensaba tenderle con Stanley. Boscombe no temía a la ley: a quien temía era a Stanley; y que con su mente desequilibrada volviera sus garras hacia él para destrozarle. Y me di cuenta de que era *todo* lo que temía.

—Pero su coartada... —insistió Melson—. Hastings vio... ¿y por qué él...?

—Calle un momento —interpuso Hadley, su libreta de apuntes sobre las rodillas—. Pongamos esto en claro. ¿Cuándo empezó a sospechar de Boscombe?

—Anoche. Pero hasta esta mañana, cuando desapareció el reloj de la calavera, no estuve seguro, y no estuve completamente seguro hasta que fui arriba antes del almuerzo (a usted prudentemente se le mantuvo alejado) y corrí el panel de la pared del pasillo, que también es la pared de su dormitorio. *Tenía* que haber allí un panel, porque en caso contrario no habría tenido sentido la historia de Paull de que la luz de la luna llegara al pasillo.

»Pero iremos por orden. Creí primero en la culpabilidad de Boscombe por una de esas *coincidencias* que tanto nos han preocupado. No podía creer que algunas de ellas, y especialmente una, fuesen casualidades. Era fácil creer en las secundarias, puesto que en realidad no eran coincidencias, sino resultados lógicos de las costumbres y caracteres de las distintas personas comprometidas. Por ejemplo:

»Podía creer que por casualidad Eleanor y Hastings hubiesen decidido encontrarse en la azotea la noche fatal del jueves, aunque no tenían costumbre de hacerlo a la mitad de la semana. Había habido un alboroto en la casa a causa del reloj, Eleanor había llegado al límite de sus emociones, y Hastings se sentía deprimido: esto haría inevitable una entrevista tarde o temprano. Fue una posibilidad que Boscombe previó y se anticipó robando la llave, aunque no creía que ellos elegirían la mitad de la semana. Esto, pues, no fue una coincidencia alarmante.

»Podía creer, además, que Mrs. Steffins había estado en la azotea para espiar a los dos enamorados (más adelante volveremos sobre este punto) porque como usted señaló en su reconstrucción, que fue la única parte verdadera de su acusación contra Eleanor, es muy de Mrs. Steffins el hacerlo. La noche del jueves era la natural para ser elegida por ella; Mrs. Gorson había salido, y Mrs. Steffins podía cerrar la casa temprano e ir a acechar sin peligro de ser descubierta por algún miembro de la casa que se hubiese retrasado.

»Pero —prosiguió el doctor Fell, deteniéndose a palmear el brazo del sillón— era excesivo para que cualquiera pudiese tragárselo.

»No podía creer que *Boscombe, al armar un “plan de asesinato” simulado como una inocente diversión, eligiese casualmente para víctima a un detective disfrazado que deseaba descubrir al asesino de otra persona en esa misma casa.* Esto, Hadley,

es una coincidencia que me hizo devanarme los sesos y me perturbó por completo. Si el azar puede hacer jugadas como éstas, entonces no es sólo terrible, sino aterrador. Huele a algo no solamente sobrenatural, sino a algo sobrenatural conducido por el poder de las tinieblas. Es decir, si fuese el azar.

»Pero volví a observar y vi que esta coincidencia se apoyaba y aparentemente se sostenía en otra tan asombrosa como la primera. Boscombe no podía haber hecho esto. Como único testigo (intencionado) de este asesinato simulado, *había elegido casualmente a un exinspector de policía que anteriormente había sido compañero del policía disfrazado que él no sabía que era un policía*. Fijando mi mente en el infinito y repitiéndome algunos fragmentos del libro *Créase o no*, podría creer en el primer caso. Pero en los dos..., ¡no, no! No fue casualidad. Por lo tanto, había sido un plan, y un plan de Boscombe.

Hadley tomó el vaso de cerveza que se le ofrecía.

—Esto parece muy claro —reconoció—. Pero ¿la intención del plan?

—Espere. Las preguntas que hay que resolver vienen en este orden: «¿Qué intenta hacer este hombre?»; luego: «¿Cómo?»; y luego: «¿Por qué?».

»Ante todo, este plan de asesinato simulado hubiese sido fácilmente descubierto aunque Hastings no lo hubiera visto desde la claraboya. Tuve alguna idea sobre lo que había ocurrido, y muchas personas con tiempo para pensar también la hubiesen tenido. Para rematarlo, Stanley lo revelaría en cualquier momento, e inevitablemente lo hubiese hecho, y Boscombe lo sabía. Pero era curioso el poco trabajo, el escasísimo trabajo que se tomó Boscombe para ocultar un asunto que le podría acarrear inconvenientes; se podría decir que fomentó el descubrimiento, sin llegar a despertar sospechas. Piense lo que hizo.

»Supóngase que Boscombe estuviese diciendo la verdad. Imagínese, para seguir el razonamiento, que el plan simulado era *todo* lo que buscaba. Muy bien. Algo anduvo mal; la “víctima” de la broma es atacada inexplicablemente en el umbral de la puerta y de repente descubre que él y Stanley están en una posición desagradable... Bueno, lo natural hubiese sido ocultar el plan simulado y ocultar también todas las pruebas.

»Pero ¿qué hace? Se queda ahí blandiendo una pistola que fácilmente pudo haber ocultado; permite que nosotros la veamos, atrae nuestra atención y luego se apresura a contar una historia evidentemente imperfecta para explicarlo. Aún hace más. Aunque no es ningún tonto, cuida de que un policía no demasiado inteligente (que sabe que está en su cuarto hablando por teléfono) le vea ocultar ostentadamente un par de zapatos y guantes que de otra manera no hubiese advertido.

»No necesito recordarle todo lo que Boscombe dijo e hizo, pero sigue el mismo camino. Entonces ¿por qué quiere que esto sea descubierto? La descabellada idea se me cruzó por la mente: él realmente apuñaló a Ames con la aguja del reloj por la muy buena razón de que su pretexto de que quería matar a Ames con el revólver, sin ningún motivo, plan increíble sin consistencia, tendría el resultado de desviar las

sospechas de él. En otras palabras, él se acusaba a sí mismo para después justificarse. Ahí, hijos míos, está la paradoja. Si reconocía que esperaba al hombre con una pistola, nosotros nunca sospecharíamos que hubiese salido a matar al mismo hombre con un cuchillo. Para decirlo de otra manera, no se sospecha de una persona, aun de un asesino en potencia, que perturba su propio plan.

»Esto en sí fue endiabladamente brillante, pero Boscombe lo hizo mejor aún. Antes de considerar cómo se precavió, piense que no podía llevar demasiado lejos su tentativa de asesinato porque acabaría en el banquillo. De ahí el silenciador que también floreció en nuestras caras. Recuerde que soltó algún indicio aquí y allá hasta que por fin, traspirando abundantemente, perdió el ánimo y reconoció desafiante que nunca había pensado seriamente en matar. Era para hacer pensar: “¡inmundo sinvergüenza!, quiere jugar al escondite y asustar a Stanley, pero no tiene el coraje necesario para realizar un asesinato verdadero, bórrelo como sospechoso serio”. Otra vez se acusó para justificarse, y todo el tiempo reía interiormente. Esto era lo que quería que nosotros creyésemos, y me ruborizo en reconocer, señores, que hasta anoche yo le creí.

»Pero volvamos a sus verdaderas actuaciones en el asesinato.

»En la pregunta de “¿Cómo?”, debemos examinar primero si Stanley era cómplice del asesinato auténtico. Evidentemente, no; de otra manera no hubiese habido razón para la treta. Stanley había de ser un *testigo* para él. Habla de ser el mejor y más convincente testigo..., cree que Boscombe tenía intención de matar, pero sabe positivamente que no lo hizo.

»Suponiendo que hubiese sido así, ¿cómo se realizó? Si Boscombe apuñaló a Ames, ciertamente un testigo inocente que estaba en el mismo cuarto no podía dejar de verlo. Entonces surgieron varios hechos interesantes que no tenían una buena explicación. 1) El cuarto estaba a oscuras; 2) Stanley estaba ubicado detrás de un biombo pesado, acomodado por Boscombe; y 3) En el suelo, junto a las patas del enorme sillón azul, había unas extrañas marcas de tiza.

Hadley profirió una exclamación y hojeó las páginas de su libreta de apuntes.

—¡Marcas de tiza! ¡Malditas marcas de tiza! Las había olvidado por completo. Sí..., aquí están. Ahora recuerdo. Las olvidé...

—Porque usted se olvidó de Boscombe —dijo Melson, de paso—. Yo también le olvidé.

El doctor Fell se aclaró la garganta después de un buen trago de cerveza.

—Reflexione primero sobre el plan simulado de Boscombe —continuó—, *sobre la necesidad de un cuarto a oscuras*, como se lo explicó Boscombe a Stanley, según la declaración de Hastings. Es débil. Tan débil que nadie le hubiese creído, menos un hombre con los nervios destrozados como Stanley. Boscombe dijo que debían tener a oscuras el cuarto cuando la víctima subiera la escalera y entrara «para que alguien que *estuviese* fuera en el vestíbulo no viera la luz cuando la víctima entrase por la puerta». Ahora cualquiera desde el vestíbulo vería a la víctima, y no se podría probar

que intentaba robar la casa; por lo tanto, es difícil ver por qué Boscombe tenía de algo como una débil luz; pero ésta no es la parte más frágil. Si el plan hubiese sido lo que quería ser, es una manera curiosa de atraer la mosca a la telaraña. Usted dice que venga en busca de un traje, que suba en la oscuridad, abra la puerta de su cuarto y... ¿qué? Que vea un cuarto oscuro en una casa a oscuras y que se siente a esperar a alguien que le traería un traje.

»El motivo de poner a Stanley detrás del biombo es aún más débil. Detrás de un biombo, ¡en la oscuridad! Nunca hemos encontrado una buena explicación sobre por qué Stanley no debía ser visto con el resplandor de una linterna, sobre por qué la presencia de un amigo de Boscombe habría de alarmar a alguien que viniera en busca de ropas usadas. No solamente en la oscuridad, sino también detrás del biombo presuponen la espera de una víctima cuyos poderes visuales combinan la vista del gato con los rayos X.

»Usted sabe por qué se hizo. 1) En la oscuridad, para que Boscombe pudiera moverse sin ser visto con su pijama negro y sin ser oído con sus zapatillas de fieltro...

—¡Un momento! —interpuso Hadley—. Pero Hastings miraba desde la claraboya a la luz de la luna...

—Llegaré a esto en seguida. 2) Stanley, colocado detrás del biombo, de manera que a través de la angosta hendidura mencionada pudiese ver únicamente lo que Boscombe quería que viese, algo que lo llevaría a jurar que Boscombe siempre había estado presente. Finalmente 3), las marcas de tiza. Las marcas de tiza eran fundamentales. Debían indicar *exactamente* dónde colocar las patas del sillón, sin ningún error posible, de manera que la visión, desde cualquier punto de detrás del biombo, cayera únicamente donde Boscombe quería que cayese.

»Pero evidentemente el cuarto no podía estar completamente a oscuras porque, si no, Stanley no vería nada. Por eso la claraboya debía quedar un poco abierta..., nada más que un poco, y tan cuidadosamente acomodada de antemano como un reflector en el teatro. ¿No se le ha ocurrido a usted que el minucioso Boscombe habría sido un tonto si no hubiese cubierto toda la claraboya (por la simple razón de que Hastings pudiese estar en la azotea, aunque no lo creía probable), a no ser que Boscombe fatalmente necesitase esa lucecita?

»Y lo irónico en este caso lleno de ironías es que el hombre para quien se hacía la representación..., Stanley, el testigo..., nunca fue interrogado. Fue Hastings quien habló...

—Pero díganos —interpuso Hadley—, ¿por qué Hastings no le vio escabullirse? Hastings no mentía, ¿verdad?

—No. Decía la verdad. Pero les he reseñado solamente lo que me hizo dudar de la historia de Boscombe y creerle culpable. Antes de examinar el momento del crimen, tomemos el plan desde su comienzo y veamos qué ocurrió.

»Ante todo debemos comprender el verdadero carácter de Boscombe. Hadley,

odio a este hombre con un odio personal. Es el único criminal que se ha cruzado en mi camino en quien no he encontrado un grano de..., no diré de bondad, que nada significa salvo en un sentido espiritual..., sino de humanidad. Todo en su vida ha sido desmenuzado hasta un punto de fría presunción. En él no hay ninguna vanidad, sino pura presunción. Se le había metido sin duda en su cerebro que le gustaría hacer exactamente lo que pretendía en el plan simulado..., asesinar a alguien por el placer de observar sus “reacciones” cuando estuviera a punto de morir y cebar su propia vanidad como un vampiro que se ceba con su propia sangre. Pero su misma presunción le hizo demasiado perezoso para hacerle ver que aun esto le interesaba..., hasta que Eleanor Carver puso al descubierto su presunción cuando, por primera vez en su vida, se encontró con que se burlaban de él. Por lo tanto, Eleanor Carver debía morir.

»Cuando en el futuro se escriba la historia de los criminales famosos, me imagino cómo hablarán del “pálido Boscombe, de sonrisa taimada y desagradable”. “El pálido Boscombe que se pone histérico ante la boca de la pistola cuando su propia treta se vuelve contra él”. Como monstruo psíquico lo compararán con Neil Cream, de cabeza calva y mirada de bizco, que rondaba detrás de las malas mujeres con tabletas de estricnina en el bolsillo. Pero Boscombe ni siquiera tenía la debilidad humana de importarle las malas mujeres, ni la franqueza de usar venenos. Yo le di a usted el indicio de su interés por la Inquisición española. Le dije que esos viejos inquisidores, por más errores que tuvieran, eran por lo menos hombres honestos y sinceros que creían que estaban salvando algún alma. Boscombe nunca habría sido capaz de entenderlo. Hubiera podido estudiar toda su vida sin que nunca se le ocurriera que se podía hacer el mal con un propósito honesto, o que el alma existe aunque sea como medio de un sadismo hipócrita. Estaba fascinado más que nada por lo que llamaba “sutileza”, pero que nosotros preferimos llamar simplemente presunción.

»Esta es la fase de su carácter que debemos puntualizar si queremos entender el crimen. Cuando resolvió cometerlo, no tuvo ni siquiera la franqueza de usar veneno. Eleanor debía morir. Pero jamás mataría a una persona de un disparo o de un golpe repentino, como lo haría cualquiera de nosotros. Alrededor de este asesinato haría una trama fantástica e intrincada; cuanto más intrincados e innecesarios fuesen los hilos, tanto mayor sería el placer de su vanidad al poder entrelazarlos. Hilaría su obra desde el principio y la haría crecer día a día, hasta que al fin llevara a la persona a la horca.

»Eleanor..., ¿lo recuerda?... fue la única que percibió su verdadero carácter. Cuando él, condescendentemente, resolvió hacerla su amante por no tener nada mejor que hacer, y aun llegar al experimento del matrimonio como diversión intelectual, la repentina risa de ella hizo que se viera a sí mismo. Señores, la muchacha se echó a reír y le vio, brevemente, sin su máscara. Y por esto Eleanor supo después por qué Boscombe la odiaba. Cuando vio a un hombre muerto al final de la escalera, creyó que era Hastings, y recuerde que gritó instantáneamente que

Boscombe le había matado. Eleanor lo supo... Esta tarde, cuando usted le preguntó qué personas la odiaban, Eleanor se lo hubiese dicho, pero usted se le anticipó. Le insistió tanto en la declaración de Lucía Handreth, que ella naturalmente saltó a la única conclusión.

Hadley asintió, y el doctor continuó:

—Volvamos a Boscombe. Ya hemos hablado de su plan para atribuirle el asesinato de Gambridge a Eleanor. Fue una inspiración momentánea, cuando se hallaba pensando cómo proceder. Recuerde que Carver nos dijo que cuando fue a inspeccionar los relojes aquella tarde temprano, Boscombe también estaba en Gambridge, Carver mencionó que Eleanor llegaría después. Nosotros sabemos ahora..., por la declaración de Boscombe..., que se quedó atrás cuando los demás se retiraron, con la esperanza de tener ocasión de ver a Eleanor. Aún no tenía nada planeado; simplemente, la perseguía. Habrá o no presenciado el asesinato, pero sabía que Eleanor estaba allí *sola* y, por lo tanto, sin coartada; y cuando al día siguiente leyó en los diarios todos los detalles, el plan empezó a tomar forma.

»¿Cómo sacarle provecho? No podía presentarse a la Policía y denunciarla abiertamente; esto le delataría, y no se adapta en nada al sutil Boscombe; además, no había pruebas suficientes para condenarla por este crimen. Por otra parte, no podía escribir un anónimo al inspector encargado del caso. Probablemente, sería arrojado a la papelera como tantos otros. Aun si se investigaba, esa misma investigación podría delatarle antes de que estuviese preparado sin forzar *la clase de investigación que él quería*.

»Luego..., ¡su amigo Stanley! Por supuesto que en los diarios figuraba que el inspector George Ames estaba investigando. Stanley, amigo de comentar sus desgracias y de hablar de las personas que le habían echado, le habría contado naturalmente a Boscombe la actuación de Ames en el caso Hope-Hastings. La tenacidad de Ames, su relativa inteligencia, su tendencia a ser reservado. ¡*Eureka!* Si una persona anónima le pedía a Ames que viniese disfrazado a un determinado lugar, Ames no lo hubiera hecho; pero ¿si se lo pedía Stanley?

—Pero usted ha dicho —interpuso Hadley— que Stanley nada sabía del asunto, y en esta carta está la firma de Stanley. Él debía saber...

El doctor Fell sacudió la cabeza.

—Me parece que no es necesario escribir uno mismo una carta a máquina. Todo lo que se necesita es la firma al pie de una hoja de papel. Y para esto sólo es preciso conseguir que el candidato le escriba una esquela con su firma, por cualquier motivo. Por un par de chelines se puede comprar una botella de borrador de tinta, que borrará de tal manera la escritura verdadera que solamente se descubrirá con la microfotografía (que no se usa en Scotland Yard). Entonces se escribe una nueva carta encima de la firma de Stanley con su propia máquina de escribir.

»Ahora observe cómo trabaja el pequeño Boscombe. Para verle trabajar tendrá que tener en cuenta la parte más inverosímil del informe de Ames: la tercera de las

tres “coincidencias”. Hemos explicado las dos primeras. La tercera es que al mismo tiempo que alguien informaba a Ames, también le informaba de que una persona de la casa era la culpable. Pero se negaba a ayudarlo a venir a la casa en busca de pruebas; *otra persona*, de repente y oportunamente, le invita a venir a media noche a la casa para buscar un traje. Esto es, en cierto sentido, únicamente un corolario de la primera coincidencia; nos hace dar vuelta sobre el mismo círculo, ¿no lo ve usted? Porque ya hemos dudado de este punto cuando Boscombe lo dijo, y sin embargo aquí tenemos que Ames también lo dice. Las únicas explicaciones concebibles son: a) que el informe era falsificado, o b) que Ames por alguna razón no decía la verdad.

»Se lo pregunté a usted, y me demostró que no podía ser una falsificación porque Ames lo llevó personalmente a Scotland Yard. Entonces le pregunté si “No estaría Ames jugando con los hechos si creía que lo hacía por una buena causa”, y usted dijo que no.

—Pero ¿por qué habría de jugar con los hechos al escribir a sus superiores?

—Se lo demostraré contándole lo que sucedió. Boscombe comprende que ahora tiene un plan perfecto tanto para el crimen simulado como para el verdadero. Un crimen simulado porque meses atrás, por el puro placer de torturar a Stanley, le había hablado de un plan para matar por diversión, plan que probablemente nunca pensó en llevar a cabo. (Usted observará que Hastings no volvió a oírsele mencionar). Y un crimen verdadero porque la escena está dispuesta para matar a Ames de manera tal que Eleanor acabe en la horca.

»Aquí está Ames, disfrazado, en la taberna, observando a todos porque no ha recibido ninguna acusación precisa de “Stanley” y espera a que aparezca Stanley en persona. En cambio se le acerca... Boscombe. Le dice: “Sé quién es usted, soy amigo de Stanley, y él me envía”. Ames, naturalmente le contesta: ¿Qué tiene que ver usted? ¿Por qué no viene el propio Stanley? Boscombe responde: “Que tonto es usted, alguien ha adivinado que es un inspector de policía. Si alguno lo ve con Stanley, o tiene una sospecha, todo estará perdido. Yo soy la persona a que se refiero Stanley, la que vio los objetos robados en poder de la mujer”. Entonces arma el cuento exactamente como lo vemos en el informe de Ames... con una excepción. “Yo le haré entrar en la casa”, le dice, “pero en el caso de que no obtengamos las pruebas y que yo esté en dificultades por habérselo contado, usted tiene que protegerme. En caso de que haga una acusación por difamación, usted tiene que decirle, aun a sus superiores, que el hombre que le dijo esto no es el mismo hombre (yo, Calvin Boscombe) que le ayudó a usted a entrar en la casa. Si conseguimos las pruebas, reconoceré ser ambas personas. De otro modo, necesito tener mi coartada por escrito..., si no, me niego a ayudarlo. Este es su gran caso; significa su promoción y todo lo demás si consigue descubrirlo. Lo que le pido es puramente nominal, pero insisto en ello”.

»Bueno, ¿qué podía hacer Ames? No tenía nada que perder si aceptaba y tenía probabilidades de perder todo si se negaba. Era un pretexto increíble; pero lo creyó...

y murió.

»Decidieron que el jueves por la noche..., el jueves por la noche como en todos los planes que Boscombe proyectaba, porque la puerta de la casa se cerraba temprano en ausencia de Mrs. Gorson y no habría criadas que desde el patio vieran a visitantes retrasados..., Ames subiría en la oscuridad hasta el cuarto de Boscombe y se encontraría con Stanley. El último toque de realidad se añadiría cuando Ames, al rondar por la casa, viera entrar a Stanley a una hora más temprana; y se había metido en la mente no muy despierta de Ames que en ningún momento debía hablar con Stanley. Bueno, Ames no había de llegar con vida al cuarto de Boscombe.

»Entretanto, Boscombe había preparado su prueba contra Eleanor. La adquisición de una pulsera y aros, y aun del reloj de la calavera no sería suficiente. Usaría un par de guantes pertenecientes a la muchacha..., pero ¿qué más podía acusar directamente a Eleanor? Tuvo entonces su mejor inspiración en el apuro en que estaba metido Paull: las agujas del reloj.

—Un momento —intervino Melson—. Veo una dificultad. ¿Cómo lo supo Boscombe? No es posible que Boscombe oyera la conversación entre Paull y Eleanor, sea en el umbral de la puerta o en el coche. ¡Boscombe no pudo oírlos! ¿Cómo lo supo?

—Por Paull. Tuve una breve conversación la noche anterior con el joven Christopher. Paull procedió exactamente como podíamos habernos imaginado. Habrá observado que la única persona en la casa por quien Boscombe tenía tolerancia era Paull, ¿verdad? Paull le divertía, y, en contraposición, le alababa su vanidad. Además, a Paull le agradaba Boscombe. Quería pedirle dinero prestado... Boscombe era la persona indicada para pedírselo, porque era rico..., pero Paull no se atrevía a hablarle...

—¡Ya sé! —dijo suavemente Hadley—. Como último recurso, cuando aquella mañana salía de casa, de pronto pensó que sería *más fácil si le escribía* a Boscombe sobre lo que no tenía el valor de hablarle...

—Sí. Y se encontró con Boscombe, que allanó sus dificultades y rápidamente le quitó del medio comprándole su silencio. Así era el hombre a quien Paull escribió la esquela. Una vez que tuvo que mencionar el tema a Boscombe cara a cara, ya no tenía inconveniente en hablarle de su apuro. Idea nada rara.

»Y llegamos al último acto. El jueves por la noche Boscombe y Stanley están en el cuarto del primero, a la espera de la víctima. Alrededor de Boscombe están los útiles para el asesinato simulado, los que no necesita. En su dormitorio están los útiles que sí necesita.

»El miércoles por la noche robó las agujas del reloj, usando los guantes de Eleanor. Hombre, ¿no ha pensado usted..., divertido..., en el hecho evidentemente notorio de que Boscombe es el único hombre en la casa con manos suficientemente pequeñas para poder ponerse esos guantes? Usted habrá visto muchas veces sus pequeñas y finas manos, tanto que no habrá necesitado meterlas *del todo* dentro de

los guantes, sino lo necesario para protegerlas de la pintura cuando quitó las agujas del reloj. El jueves, mientras Eleanor había salido a trabajar, escondió detrás del panel un guante, junto con la aguja horario y el resto de las pruebas. Boscombe sabía que no corría peligro; sabía que Eleanor hacía años que no usaba el panel de la pared por un temor instintivo profundamente arraigado. Y el jueves por la noche estaban listos en el dormitorio los útiles que sí necesitaba, la aguja minuterero y el guante de la mano derecha.

—¿Está usted tratando de decirme que después de todo el guante fue usado? —preguntó Madley.

—Así es.

—¡Maldición! Usted mismo demostró que ninguno de esos guantes...

—¿No está usted confundido? —preguntó el doctor Fell, frunciendo el entrecejo—. Me parece recordar que fue usted quien lo demostró, como en realidad lo ha repetido una y otra vez. No recuerdo haber dicho por mi propia cuenta que no se usó el guante de la mano derecha. Todo lo que dije fue que el guante de la mano izquierda, en su ingeniosa y admirable solución falsa, no era el que buscábamos... Naturalmente, muchacho, que no me animé a indicar que se trataba del derecho. En su estado de ánimo, hubiese sido demasiado peligroso. Al querer demostrar que Eleanor era culpable, hubiera estado muy dispuesto a decir que era ambidextra.

—Entonces usted usó una prueba falsa —dijo lentamente Hadley, y echó una mirada hacia el lápiz— para probar...

—La verdad. Tiene usted razón —convino placenteramente el doctor—. Pero ambos lo hemos hecho... Se lo demostraré con un pequeño experimento. Inténtelo usted, Melson; no quiero que este tipo haga trampa. Tome este cortapapel bien afilado. Ahora vaya hasta aquel sofá y húndalo fuertemente en uno de los almohadones rellenos de plumas. No importa, me responsabilizo ante el hotel. En seguida de atacar retroceda, no porque usted no quiera plumas sobre el guante, ¡hum!, sino porque no las quiere en sus ropas. Como Boscombe. ¡Ahora!

Melson, esperando que nadie le tomara una fotografía, golpeó salvajemente y saltó hacia atrás.

—Bien —dijo amablemente el doctor Fell—. ¿Qué hizo usted instantáneamente cuando se hundió el cortapapel?

—Abrí la mano. Hay una pluma...

—Por esto, Hadley, había sangre en la palma del guante y en ninguna otra parte, pero no mucha porque los hombres no sangran profusamente en el instante del golpe, excepto en el caso de cortarle una arteria. Su teoría hubiese sido correcta únicamente si el asesino hubiera retirado el arma de la herida con el puño cerrado; pero no de otra manera.

»Aclaremos, pues, la última dificultad... por qué Hastings desde la claraboya no vio a Boscombe dejar su sillón y por qué estaba dispuesto a jurar que le estuvo viendo siempre. Se explica por sí mismo si usted examina las pruebas.

»Piense primero en lo que Boscombe quería que Stanley viese para que pudiera jurar sobre su presencia. Observe primero la altura, muy excepcional, el ancho y la profundidad del sillón azul. Ahora, ¿dónde estaba el sillón? Recuerde que le dijo Hastings qué veía desde su ubicación en la azotea: “Veía solamente el lado derecho del respaldo del sillón que daba frente a la puerta”. En otras palabras, el espacio iluminado por la luna se combinaba de tal manera que abarcaba solamente un lado del respaldo y un brazo, mientras el resto del lado izquierdo (si se coloca usted de frente) estaba en la oscuridad. ¿Qué quiso dar a entender Hastings cuando contó lo que había visto desde la claraboya... meses atrás? Que alguien estaba sentado en el sillón, que era Stanley, pero que no podía estar seguro porque sólo podía ver una parte de su cabeza, por encima del respaldo del sillón; lo único que podía ver de Stanley era una mano que se abría y se cerraba sobre el brazo del sillón. ¿Recuerda usted cómo recalcó esto?

»Ahora piense en Stanley el jueves por la noche, atisbando por la rendija del biombo. La mayor parte del sillón estaba en la oscuridad más total, y lo estaba toda la parte delantera porque la luz de la luna lo oscurecía aún más con la propia sombra del sillón...; todo, salvo la parte lateral y el brazo derecho. Muy bien. Stanley vio que Boscombe se sentaba en el sillón cuando las luces se apagaron. Luego ¿qué vio? ¿Qué fue lo que hipnotizó a Hastings aquella noche...?

—La luz de la luna que se reflejaba sobre la pistola —repuso Hadley—, posiblemente la mano que la sostenía..., sí, la mano..., y, ¡por Dios!, ahora que lo pienso, ¡qué seguro y sereno estaba!

—Exactamente. Stanley debía ver solamente una parte. Hastings tenía un punto de vista mejor, pero no pudo ver más por la colocación de las cosas. Y, por la fuerza de su propio testimonio, no puede jurar que vio a Boscombe en ese sillón..., aunque crea que lo vio. Recuerde que Stanley, de casi un metro noventa de altura, estuvo sentado en el sillón la primera noche que Hastings los oyó hablar, y sólo pudo ver la parte superior de la cabeza. De Stanley, proporcionalmente ancho, sólo podía ver sobresalir la mano apoyada en el brazo derecho del sillón... Si el sillón era grande para el gigante Stanley, se tragaría al diminuto Boscombe. Dada la naturaleza del propio testimonio de Hastings, pudo ver a lo más la pistola y tal vez parte de la “mano”.

»Boscombe, con su pijama negro, se deslizó del sillón por la izquierda, en la profunda oscuridad. No sabemos cómo se las arregló con el revólver, porque habrá roto las pruebas..., pero lo adivino... ¿Recuerda usted, Melson, que cuando acabábamos de entrar en su cuarto anoche, yo, con toda inocencia, hice un movimiento como si fuera a sentarme en la única silla lo suficientemente grande para permitirme un descanso? Boscombe, sin motivo aparente, atravesó rápidamente el cuarto y se adelantó para sentarse antes. Había algo cerca que empujó debajo del almohadón..., algo así como un sacabotas, para tener el revólver rígido y la culata envuelta en uno de esos vistosos guantes blancos de algodón empleados en el

asesinato simulado. Sólo necesitó un momento para colocarlo, mientras se inclinaba de lado fuera del sillón y formaba una sombra protectora con su cuerpo, y otro momento para volver a sacarlo. Hastings, dicho sea de paso, oyó el *crujido* cuando dejó el sillón y cuando luego oyó su respiración fuerte, ¿lo recuerda? Pero no es de extrañar que Hastings admirara la inalterable y extraordinaria firmeza de su mano.

»Boscombe, realmente, no necesitaba tanta historia. Es muy probable que Stanley hubiese estado dispuesto a confirmar su presencia diciendo que estaba sentado y permaneció oculto. Fue tonto; pueril y tremendo..., como de Boscombe. Fue inevitable..., para Boscombe.

»Y nuestro pálido Boscombe se deslizó por la izquierda, dirigiéndose al fondo del cuarto, costó la pared hasta su dormitorio. Tenía suficiente tiempo. Le había dicho a Ames que oprimiera el timbre, que esperara, y si no obtenía respuesta en un par de minutos, que subiera. Todo estaba preparado. La luz de la luna que entraba a raudales por las ventanas de su dormitorio iluminaba lo suficientemente para encontrar la aguja del reloj y el guante verdadero. Salió por el panel y atacó. Había desaparecido y regresado, y su coartada era perfecta. No corrió el riesgo de una interrupción. Eligió las doce..., porque Eleanor, aun en el caso improbable de que subiera a la azotea, nunca lo hacía antes de las doce y cuarto. En ambas suposiciones estuvo equivocado esa noche; la muchacha subió, y subió antes de las doce y cuarto. Pero si la suerte estuvo contra Boscombe a este respecto, le favoreció en que ella subió primero a las doce menos cuarto y luego otra vez, después de una concienzuda búsqueda de la llave perdida, unos pocos minutos después del asesinato, justamente a tiempo para incurrir en sospecha, como él había pretendido.

»Finalmente, al probar la llave de la puerta del pasillo en el descansillo había asegurado que estaba bloqueado el acceso a la azotea. La cerradura rota había sido reparada y cerrada. Si Eleanor no lograba subir, Hastings no podía bajar para ver por qué no llegaba la muchacha. Boscombe no dejó nada al azar, previó aun las eventualidades que no creía que pudiesen surgir; tuvo todos los hilos, deleitándose con su habilidad de no descuidar ninguno. Jugaba una docena de partidas de ajedrez a la vez y gozaba con ello. Era ágil, talentoso y super ingenioso, pero desafortunado, y no me apena pensar que acabará en la horca.

Hadley dio un profundo suspiro y cerró la libreta de apuntes. El fuego se estaba consumiendo; había vuelto a llover. Melson pensaba en el perjuicio que este breve intermedio tendría en su trabajo sobre Burnet.

—Sí, me imagino que esto es todo —dijo el inspector jefe, volviendo a tomar el vaso—. Pero nos falta saber qué hizo usted esta tarde y esta noche...

—Traté de conseguir la prueba tangible. ¡Santo Dios! ¡No tenía absolutamente nada en contra de este hombre! En su dormitorio hay un panel secreto por el cual podía salir al vestíbulo; bueno, ¿qué hay con eso? Podría haberse burlado de mí. Dos testigos jurarían, por poca voluntad que tuvieran, que permaneció todo el tiempo en ese sillón. Su coartada era indestructible; sin embargo, yo debía destruirla.

»Por deferencia hacia usted, primero intenté métodos suaves. Había una ligera esperanza de que algún vendedor de Gambridge pudiese recordar a un hombre que había comprado objetos iguales a los robados. Envié a dos empleados suyos a hacer esa investigación..., pero era una prueba insuficiente. Aunque Boscombe pudiese ser identificado como el hombre que compró una pulsera y aros, confirmaría su aparente *deferencia* hacia Eleanor (¡Señor, era muy hábil en esto!), diciendo sencillamente que eran para ella. Consideramos que está todavía tratando galantemente de defenderla, y no a los objetos; ahí lo tiene usted... Mi otra investigación moderada fue la carta de “Stanley”. Si era una carta para Boscombe borrada con un líquido, esperé que un tratamiento microfotográfico revelaría la escritura borrada y se leería: “Estimado Boscombe: Aquí están los libros que usted quiere”, o lo que fuere la carta verdadera. Podríamos haberle vencido ahí. Acudí a un viejo amigo francés que vive en Hamstead, y que ha sido compañero de Bencolin en la Prefectura de París y todavía tiene afición a la criminología. Él hizo el experimento. Revivimos vagamente algunas palabras de la carta, lo suficiente para probar la inocencia de Stanley, de no haber escrito esta carta falsa por si las cosas iban de mal en peor..., pero nada que acusara a Boscombe.

»Entonces me vi obligado a jugar mi última, peligrosa y posiblemente terminante carta. Me vi forzado a ver a Stanley, única persona a quien Boscombe temía. Tuve que decirle todo, para construir este plan con él y llegar al arriesgado extremo de ¡pedir a un loco que aparentara estar loco! Sabía que lo haría. Sabía que si lo hacía y teníamos éxito, usted y su departamento de policía estarían a salvo. El gran peligro era que el hombre, aun aceptando, se volviera loco del todo e intentara atacar a Boscombe con balas verdaderas..., mi pelo ha encanecido esta noche. Le suministré cartuchos para su pistola; pero la retuve en mi poder, dando excusas, mientras le conduje a casa de Carver; llegó conmigo. Luego metí en el secreto a los dos policías, levanté el telón y casi vuelvo blanco el pelo de ustedes. El plan era muy difícil, posiblemente descabellado; ha sido la más intensa tensión nerviosa que haya soportado al ordenar a un loco que fingiera estar loco...

»Pero... —exhaló un profundo suspiro.

El *Daily Trumpeter* dijo: «Otra vez ha quedado demostrada la eficiencia de los guardianes de la ley; aun los que ya no están vinculados con la Institución, la veneran en el retiro. Únicamente en Gran Bretaña podemos jactarnos orgullosamente de que tal cosa pueda...».

El doctor Fell dijo:

—Bueno, ¡qué diablos!, era la única forma posible de salvarles la cabeza. ¿Otra copa?

— **FIN** —



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 - 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow Man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] En español en el original. (*N. de la T.*). <<

[2] En español en el original. (*N. de la T.*). <<

[3] En español en el original. (*N. de la T.*). <<

[4] En español en el original. (*N. de la T.*). <<